
BEST SELLER
INTERNACIONAL
LA
MALDICIÓN
DEL
AMOR
VERDADERO
STEPHANIE
GARBER
Lectulandia

Dos villanos, una chica y una batalla mortal para conseguir un final feliz.

Evangeline Fox viajó al Glorioso Norte buscando su «felices para siempre» y parece que lo ha conseguido: está casada con un atractivo príncipe y vive en un castillo legendario. Pero no tiene ni idea del devastador precio que ha pagado por ese cuento de hadas. Desconoce lo que ha perdido y su marido va a asegurarse de que no lo descubra nunca, pero antes debe matar a Jacks, el Príncipe de Corazones.

En esta obra, la cautivadora y esperada conclusión de la trilogía «Érase una vez un corazón roto», se derramará sangre, se robarán algunos corazones y el amor verdadero será puesto a prueba. Que gane el mejor villano.

Stephanie Garber

La maldición del amor verdadero

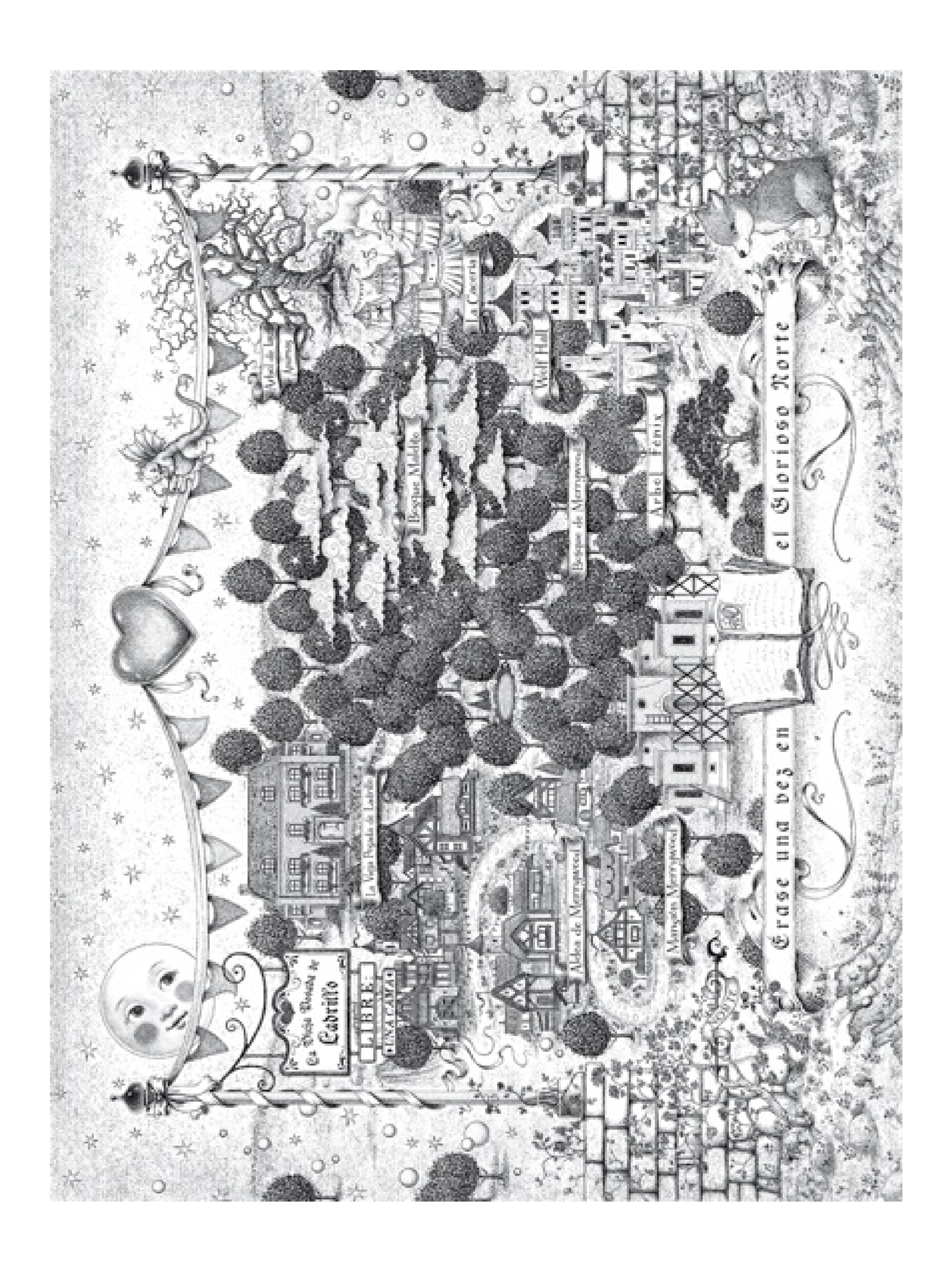
Érase una vez un corazón roto - 3

ePub r1.0
Titivillus 30.04.2024

Título original: *A Curse for True Love*
Stephanie Garber, 2023
Traducción: Eva González Rosales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para todos los que alguna vez han deseado
una segunda oportunidad.


Érase una vez en el Glorioso Norte



PARTE IV

Felices
para siempre



1

Evangeline

Evangeline Fox siempre ha creído que algún día formaría parte de un cuento de hadas. De pequeña corría a revisar las cajas siempre que recibían un nuevo envío de curiosidades en la tienda de su padre. Examinaba los artículos uno por uno y se preguntaba: *¿Será esto? ¿Podría ser este el objeto que me haga vivir una fantasía?*

En una ocasión recibieron una caja enorme en cuyo interior solo había un pomo. El objeto era de un verde jade exquisito que brillaba bajo la luz como si fuera mágico. Evangeline estaba convencida de que, si lo unía a la puerta adecuada, accedería a otro mundo y su cuento de hadas comenzaría.

Por desgracia, el pomo jamás abrió nada fuera de lo normal. Sin embargo, Evangeline nunca perdió la esperanza de acceder a un sitio así algún día.

La esperanza y la imaginación y la fe en la magia habían sido siempre para ella como respirar. Y, no obstante, cuando por fin se descubrió en otro mundo y rodeada por los brazos de un joven atractivo que decía ser su marido, descubrió que de repente le resultaba muy difícil respirar.

Su *marido*. La palabra la hacía sentirse mareada. *¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?* Se sentía demasiado abrumada para preguntar algo que no fuera esa única palabra. De hecho, ni siquiera conseguía pronunciarla en voz alta.

De no ser por aquellos brazos, se habría desplomado de nuevo. Tenía que asimilar demasiado y había perdido demasiado, todo a la vez.

En uno de sus últimos recuerdos estaba sentada junto a su difunto padre, en su casa, pero incluso esa reminiscencia tenía los bordes raídos. Era como si la muerte de su padre formara parte de un retrato desvaído, uno que no solo se había descolorido, sino al que le habían arrancado cruelmente algunos fragmentos. No recordaba con claridad los meses anteriores a su muerte, ni nada de lo que había ocurrido después. Ni siquiera recordaba cómo se contagió de la fiebre que lo mató.

Lo único que sabía era que su padre se había ido, como su madre… y que había pasado algún tiempo de ello.

—Sé que tienes miedo. Supongo que te sientes sola, Evangeline, pero no lo estás. —El desconocido que decía ser su marido la abrazó con más fuerza.

Era alto, tanto que la hacía sentirse pequeña. Sus cuerpos estaban tan cerca que podía sentirlo temblando a él también. No creía que estuviera tan asustado como ella, pero estaba claro que no se sentía tan seguro de sí mismo como parecía.

—Me tienes a mí… y no hay nada que yo no haría por ti.

—Pero no te recuerdo —le dijo. Se sentía un poco reacia a apartarse, pero todo era demasiado abrumador. *Él* era abrumador.

Entre las cejas del desconocido se formó una profunda arruga cuando se alejó de él, pero le habló con paciencia, con voz grave y tranquilizadora.

—Mi nombre es Apollo Acadian.

Evangeline esperaba sentir un destello de reconocimiento, o incluso una chispita diminuta. Necesitaba algo que le resultara familiar, algo a lo que aferrarse para no volver a derrumbarse, y Apollo la estaba mirando como si él quisiera ser ese algo. Nadie la había mirado nunca con tanta intensidad.

Le recordaba al héroe de un cuento de hadas. Tenía los hombros amplios y la mandíbula fuerte, los ojos oscuros y fervorosos, e iba vestido de un modo que la hacía pensar en cofres del tesoro y castillos. Llevaba una levita roja oscura de cuello alto con lujosos bordados dorados en los puños y en las hombreras. Debajo vestía una especie de jubón; al menos, creía que era así cómo se llamaba. En Valenda, su hogar, los hombres vestían de un modo muy diferente.

Pero era evidente que ya no estaba allí. La idea le provocó una nueva oleada de pánico que hizo escapar sus palabras.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Cómo nos conocimos? ¿Por qué no te recuerdo? —le preguntó.

—Alguien que ha estado intentando separarnos te robó tus recuerdos. —Algo destelló en los ojos castaños de Apollo, aunque Evangeline no sabía si

era furia o dolor.

Quería recordarlo, pero cuánto más lo intentaba, peor se sentía. Le dolía la cabeza y sentía un vacío en el pecho, como si no solo hubiera perdido la memoria. Durante un segundo, la agonía fue tan profunda y tan brutal que se agarró el corazón, casi esperando encontrar en su pecho un agujero irregular. Pero no tenía ninguna herida. Su corazón seguía allí; sentía sus latidos. Y, no obstante, durante un devastador momento, Evangeline creyó que no lo encontraría allí, que lo había perdido y estaba tan roto como ella se sentía.

Entonces la golpeó: no fue una sensación sino un pensamiento, uno abrupto y fragmentado.

Tenía que decirle algo importante a alguien.

No conseguía recordar qué era, pero se sentía como si el mundo entero dependiera de aquello que tenía que compartir. Solo pensar en ello hacía que la sangre corriera más deprisa por sus venas. Intentó recordar qué era ese *algo* que tenía que decir, y a quién tenía que contárselo… ¿Sería al tal Apollo?

¿Sería esa la razón por la que le habían arrebatado los recuerdos?

—¿Por qué intentan separarnos? —le preguntó.

Le habría hecho más preguntas. Le habría preguntado de nuevo cómo se conocieron y cuánto tiempo llevaban casados, pero Apollo parecía nervioso.

El joven echó una mirada furtiva sobre el hombro de Evangeline antes de decir en voz baja:

—Es complicado.

Ella siguió su mirada hasta la extraña puerta de madera contra la que había estado acurrucada. A cada lado de la entrada había un ángel guerrero tallado en piedra, aunque eran más realistas de lo que habría esperado de una escultura. Tenían las alas extendidas y salpicadas de sangre seca. La visión provocó otra punzada en su pecho, como si su cuerpo todavía recordara lo que su mente había olvidado.

—¿Sabes qué ocurrió aquí? —le preguntó a Apollo.

Durante una fracción de segundo, algo que casi parecía remordimiento atravesó el rostro de Apollo, aunque podría haber sido solo tristeza.

—Te prometo que te responderé a todas las preguntas que tengas, pero ahora debemos salir de aquí. Tenemos que marcharnos antes de que él regrese.

—¿*Él*?

—El villano que te borró la memoria.

Apollo le dio la mano y la sostuvo con firmeza mientras la sacaba apresuradamente de la estancia donde estaba la puerta y los ángeles guerreros.

La granulada luz de última hora de la mañana iluminaba los estantes abarrotados de manuscritos atados con lazos y borlas. Parecía que estaban en una antigua biblioteca, aunque los libros parecían más recientes cuanto más se alejaban.

El suelo cambió de la polvorienta piedra al resplandeciente mármol, los techos se hicieron más altos, la luz se volvió más fuerte, los manuscritos se convirtieron en tomos encuadernados en cuero. Bajo el sol de última hora de la mañana, Evangeline intentó encontrar algo que le resultara familiar. Algo que la hiciera recordar. Aunque tenía la mente más despejada, no se acordaba de nada de lo que veía.

Estaba de verdad en un país muy lejano y parecía que llevaba allí el tiempo suficiente para haber conocido a héroes y villanos, y para encontrarse en una batalla entre ellos.

—¿Quién fue? —insistió—. El que me robó los recuerdos.

Apollo trastabilló. Después, reanudó el paso más raudo que antes.

—Te prometo que te lo contaré todo, pero debemos salir de aquí…

—¡Oh, cielos! —exclamó alguien.

Evangeline se giró y vio a una mujer vestida de blanco entre los estantes de libros. La mujer (algún tipo de bibliotecaria, suponía Evangeline) se llevó una mano a la boca mientras la miraba. Parecía asombrada, y tenía los ojos muy abiertos y clavados en Apollo.

Otro bibliotecario entró en el salón. Este contuvo un grito y se desmayó de repente, dejando caer un montón de libros.

—¡Es un milagro! —gritó la primera bibliotecaria.

Más bibliotecarios y eruditos aparecieron, y todos exclamaron cosas similares.

Evangeline se acurrucó contra Apollo mientras los rodeaban, primero los bibliotecarios, después los sirvientes y cortesanos. Al final, unos guardias de pecho amplio con armaduras brillantes también aparecieron corriendo, sin duda atraídos por el clamor.

La sala en la que estaban tenía al menos cuatro plantas de altura, pero de repente parecía pequeña y asfixiante. No dejaban de acercarse a ellos personas desconocidas.

—Ha regresado…

—Está vivo…

—¡Es un milagro! —repetían todos, con voces que se volvieron reverentes a medida que las lágrimas empezaban a brillar al bajar por las mejillas.

Evangeline no sabía qué estaba ocurriendo. Se sentía como si estuviera siendo testigo del tipo de suceso que normalmente se producía en una iglesia. ¿Era posible que se hubiera casado con un santo?

Miró a Apollo e intentó recordar su apellido. *Acadian*, eso era lo que él le había dicho. No recordaba ni una sola historia sobre un tal Apollo Acadian, pero sin duda las habría. Al conocerlo le había parecido que era algún tipo de héroe, pero la multitud lo miraba como si no fuera solo eso.

—¿Quién eres? —susurró Evangeline.

Apollo se llevó la mano de Evangeline a los labios y posó un beso en sus nudillos que la hizo estremecerse.

—Soy el que no dejará que nadie vuelva a hacerte daño jamás.

Algunas personas cercanas suspiraron al oír sus palabras.

Entonces Apollo levantó la mano libre hacia la retumbante multitud en un gesto que universalmente significaba *silencio*.

Los reunidos se callaron de inmediato. Algunos incluso se pusieron de rodillas.

Era inquietante ver a tantas personas guardando silencio tan deprisa. Cuando la voz de Apollo se elevó sobre sus cabezas, ni siquiera parecían respirar.

—Creo que a algunos de vosotros os está resultando difícil creer lo que vuestros ojos están viendo. Pero lo que observáis es real. Estoy vivo. Cuando os marchéis de esta sala, decidle a todo aquel con el que os crucéis que el príncipe Apollo murió y atravesó el infierno para regresar con los vivos.

Príncipe. Evangeline apenas tuvo tiempo para procesar la palabra y todo lo que esta implicaba, porque tan pronto como Apollo habló, le soltó la mano y se quitó rápidamente el jubón de terciopelo y la camisa de lino.

Varios de los reunidos contuvieron el aliento, incluida Evangeline.

El pecho de Apollo era perfecto, suave y con músculos que parecían cincelados. Sobre su corazón tenía un llamativo tatuaje de dos espadas formando un corazón en cuyo centro había un nombre: *Evangeline*.

Hasta aquel momento, todo aquello le había parecido un sueño febril del que podía despertar. Sin embargo, su nombre en el pecho de Apollo parecía permanente, de un modo que sus palabras no le habían transmitido. No era un desconocido. La conocía con la suficiente intimidad para grabarse su nombre sobre el corazón.

Apollo se giró entonces y le mostró otra imagen que no solo la desconcertó a ella, sino a todos los reunidos. La preciosa, orgullosa y recta espalda del príncipe estaba cubierta por una telaraña de violentas cicatrices.

—¡Estás marcas son el precio que pagué para regresar! —gritó—. Cuando digo que he atravesado el infierno, lo digo en serio. Pero tenía que volver. Tenía que subsanar los males que se han hecho en mi ausencia. Sé que muchos creéis que fue mi hermano, Tiberius, quien me mató, pero no fue él.

La gente susurró, desconcertada.

—Fui envenenado por un hombre que creí que era mi amigo —bramó Apollo—. Fue lord Jacks quien me asesinó y después le robó los recuerdos a mi esposa, Evangeline. ¡No descansaré hasta que lo encuentre y lo obligue a pagar por sus crímenes con su vida!



2

Evangeline

El ruido estalló en la biblioteca con un caos de voces que reverberaron en las extensas estanterías de los muros. Los guardias de armadura juraron que encontrarían al malvado lord Jacks mientras los elegantes cortesanos y los togados eruditos lanzaban sus preguntas como una lluvia de flechas.

—¿Cuánto tiempo lleva vivo, alteza?

—¿Cómo regresó del infierno, príncipe?

—¿Por qué le robó lord Jacks los recuerdos? —le preguntó un anciano cortesano a Evangeline, mirándola con los ojos entornados.

—Basta —lo interrumpió Apollo—. No os he hablado del horror que ha vivido mi esposa para que podáis atacarla con preguntas que no sabe cómo responder. He compartido esta información con vosotros porque quiero encontrar a lord Jacks, vivo o muerto. Aunque, justo ahora, lo preferiría muerto.

—¡No le fallaremos! —gritaron los guardias.

Más declaraciones relacionadas con la justicia y con Jacks hicieron temblar los estantes de la antigua biblioteca y aporrearon la cabeza de Evangeline, y de repente todo fue demasiado para ella: el ruido, las preguntas, la riada de rostros desconocidos, la historia de Apollo atravesando el infierno.

Se dijeron más cosas, pero las palabras se convirtieron en un zumbido en los oídos de Evangeline.

Quería aferrarse a Apollo, pues en aquella nueva realidad él era lo único que tenía, pero el hecho de que también fuera un poderoso príncipe la hacía sentirlo menos suyo que de todos los demás. Temía molestarlo con más preguntas, aunque tenía muchas. Ni siquiera sabía todavía *dónde* se encontraba.

Desde donde estaba, vio un asiento junto a una ventana ovalada resguardado bajo una arcada de estanterías. Los paneles de la ventana eran de un suave azul celeste, y en el exterior, las coníferas verdes, tan altas como torres, estaban cubiertas por una pintoresca capa de nieve. Rara vez nevaba en Valenda, y cuando lo hacía nunca era tanto, como si el mundo fuera un pastel y la nieve fueran cucharadas de espeso merengue blanco.

Como había descubierto antes, la moda allí también era distinta. Los guardias parecían caballeros sacados de algún cuento antiguo, y los cortesanos vestían ropajes formales similares a los de Apollo. Los hombres usaban jubones, mientras que las mujeres llevaban elaborados vestidos de terciopelo con escote barco y cintura baja decorados con cinturones bordados o con ristras de perlas.

Nunca antes había visto a nadie vestido así, pero había oído historias.

Su madre había nacido en el Glorioso Norte y le había contado un sinfín de relatos sobre aquella tierra, cuentos de hadas que hacían que pareciera el lugar más cautivador del mundo entero.

Por desgracia, en ese momento, Evangeline no se sentía cautivada.

Apollo la miró entonces y dio la espalda a la decreciente audiencia que los rodeaba. Parecía que la gente había comenzado a marcharse para extender la noticia del regreso de entre los muertos del príncipe Apollo. ¿Y por qué no? Evangeline nunca había oído hablar de nadie que hubiera regresado del más allá. Era una idea que la hacía sentirse bastante pequeña cuando estaba a su lado.

Solo quedaban un par de personas, pero Apollo las ignoró para mirar a Evangeline a los ojos.

—No tienes nada que temer.

—No tengo miedo —mintió.

—Ahora me miras de un modo distinto. —Entonces sonrió, una sonrisa tan encantadora que Evangeline se preguntó cómo no se había percatado de inmediato de lo que era.

—Eres un príncipe —gimió.

La sonrisa de Apollo se amplió.

—¿Es eso un problema?

—No, solo… Es que… —Evangeline estuvo a punto de decirle que nunca se había imaginado casada con un príncipe.

Pero lo había hecho, por supuesto, aunque sus fantasías nunca fueron tan elaboradas. Aquello superaba todos los edulcorados sueños que había albergado sobre realeza y castillos y lugares muy lejanos. Sin embargo, habría renunciado a todo ello a cambio de recordar cómo había llegado allí, cómo se había enamorado y casado con aquel hombre y cómo había perdido lo que le parecía una parte de su corazón.

Entonces se dio cuenta: en los cuentos de hadas, la magia siempre tenía un precio. Nada se recibía sin coste. Las campesinas que se convertían en princesas siempre tenían que pagar algún precio. Y Evangeline se preguntó de repente si su pérdida de memoria no sería el precio que había pagado por todo aquello.

¿Había entregado sus recuerdos, y parte de su corazón, para estar con Apollo? ¿Tan tonta había sido?

La sonrisa de Apollo se suavizó, pasó de ser traviesa a tranquilizadora. Cuando habló, sus palabras sonaron también más amables, como si sintiera parte de lo que ella sentía. O quizá solo era que la conocía bien, aunque ella no lo conociera a él. A fin de cuentas, llevaba su nombre tatuado sobre el corazón.

—Todo saldrá bien —le aseguró Apollo en voz baja y firme—. Sé que tienes que asimilar muchas cosas. Odio dejarte, pero tengo que ocuparme de algunos asuntos; mientras lo hago, mis guardias te escoltarán hasta tus aposentos. Intentaré no dejarte sola mucho tiempo. Te prometo que, para mí, no hay nada más importante que tú.

El príncipe le dio otro beso en la mano y le echó una última mirada antes de alejarse, seguido por su guardia personal.

Evangeline se quedó allí, sintiéndose sola de repente y con más preguntas que respuestas. Si Apollo acababa de regresar de entre los muertos, ¿cómo sabía lo que le había pasado a ella? Quizá se equivocaba y no había sido el tal lord Jacks quien le había robado los recuerdos, sino ella quien imprudentemente los había intercambiado… Y eso la hizo preguntarse si quizá podría llegar a un acuerdo para recuperarlos.

La pregunta la acosó mientras seguía a los guardias que Apollo le había asignado a través del castillo. No dijeron mucho, pero le contaron que el castillo se llamaba Wolf Hall. Lo había construido el primer rey del Glorioso Norte, el célebre Wolfric Valor, lo que la hizo pensar en todas las historias que su madre le había contado sobre el Norte.

Comparado con el lugar donde Evangeline se había criado, el Norte parecía increíblemente antiguo, como si cada una de las piedras que había bajo sus pies escondiera un secreto de una era pasada.

Atravesaron un pasillo bordeado de puertas con pomos muy elaborados. Uno tenía forma de un pequeño dragón, otro parecía las alas de un hada, y también había una cabeza de lobo con una bonita corona de flores. Era el tipo de objeto que la tentaba a tocarlo y que la hacía sospechar que quizá estaba un poquito vivo, como la campanilla que colgaba ante la puerta de la tienda de curiosidades de su padre.

Se sintió atravesada por una saeta de dolor al pensar en ello, no solo en la campanilla sino en la tienda y en sus padres y en todo lo que había perdido. Fue un vertiginoso torrente que la golpeó tan de repente que no fue consciente de que había dejado de moverse hasta que un guardia con un grueso bigote pelirrojo se acercó a ella.

—¿Está bien, alteza? ¿Necesita que uno de nosotros la lleve en brazos?

—Oh, no —dijo Evangeline, avergonzada de inmediato—. Mis pies están perfectamente. Es solo que tengo muchas cosas que asimilar. ¿Qué pasillo es este?

—Este es el ala de los Valor. Suele decirse que estos fueron los dormitorios de los niños Valor, aunque nadie lo sabe con seguridad. Estas puertas han permanecido cerradas desde que murieron.

Pero tú podrías abrirnos.

La extraña voz parecía haber salido de alguna de las puertas. Evangeline miró a sus guardias, pero ninguno parecía haberla oído, así que fingió que ella tampoco lo había hecho. Su situación ya era bastante difícil. No necesitaba empeorar las cosas afirmando oír voces que salían de objetos inanimados.

Afortunadamente, no volvió a ocurrir. Cuando los guardias se detuvieron por fin delante de unas ornamentadas puertas dobles, sus pomos enjoyados destellaron pero no dijeron una palabra. Cuando se abrieron solo se oyó un suave susurro, revelando los aposentos más opulentos que Evangeline había visto nunca.

Era todo tan encantador que se sentía como si pudiera oír música de harpa y trinos de pájaros. Todo resplandecía, dorado y florido. Había ramas de lirios arlequín encuadrando la alta chimenea y enredaderas con margaritas blancas rodeando los postes de la cama. Incluso la enorme bañera de cobre que había en el cuarto de baño estaba llena de flores: suaves pétalos blancos y rosas flotaban en la humeante agua violeta del interior.

Evangeline entró en el baño e introdujo los dedos en el agua. Todo era *perfecto*.

Incluso las doncellas que se acercaron para ayudarla a bañarse y vestirse eran absolutamente encantadoras. También había un sorprendente número de ellas, casi una docena. Con sus voces dulces y sus manos amables, la ayudaron a ponerse un vestido que era tan delicado como un susurro.

El vestido era una creación en tul de color rosado con los hombros descubiertos y unas mangas semitransparentes adornadas con lazos frambuesa. Los mismos lazos bajaban por el amplio escote del vestido antes de enrollarse en pequeños capullos de rosa que cubrían el busto del ceñido corpiño. La falda era amplia y bajaba hasta las puntas de sus pies. Por último, una doncella le trenzó el cabello de oro rosa en una corona que decoró con una diadema de flores doradas.

—Está adorable, alteza, si se me permite decirlo.

—Gracias, esto…

—Martine —terminó la doncella antes de que Evangeline tuviera que quebrarse la cabeza intentando recordar su nombre—. Yo también nací en el Imperio Meridional. Su alteza, el príncipe, pensó que mi presencia aquí la ayudaría a adaptarse un poco mejor.

—Parece que el príncipe es muy atento.

—Creo que, cuando se trata de usted, intenta pensar en todo.

Martine sonrió, pero Evangeline había captado en sus palabras un atisbo de vacilación que la hizo detenerse un instante con la vertiginosa sensación de que Apollo era demasiado bueno para ser verdad. De que todo aquello lo era.

Cuando se quedó sola y se miró al espejo, vio en él el reflejo de una princesa. Aquello era todo lo que siempre había deseado.

Sin embargo, no se sentía como una princesa.

Se sentía como el arquetipo de una princesa, con el vestido, el príncipe y el castillo; pero también se sentía una impostora, como si solo llevara un disfraz, como si hubiera asumido un papel del que podría escapar, si tuviera algún sitio al que escapar. Porque tampoco se sentía como la chica que había sido antes, la siempre esperanzada muchacha que había creído en los cuentos de hadas, en el amor a primera vista y en los finales felices.

Si todavía fuera esa chica, le sería mucho más fácil aceptar todo aquello y no desearía hacer tantas preguntas.

Pero a esa chica, a *ella*, le había pasado algo. Y no podía evitar pensar que no se trataba solo de su pérdida de memoria.

Todavía le dolía el corazón, como si se le hubiera roto y solo quedaran sus fragmentos afilados. Se llevó una mano al pecho, como para evitar que se desprendieran más pedazos. Y de nuevo se vio golpeada por la inexorable sensación de que, entre todo lo que había olvidado, había una cosa que era más importante que todas las demás, más importante que nada.

Había algo de vital importancia que tenía que decirle a alguien. Pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía recordar qué era, o a quién tenía que decírselo.



3

Evangeline

Mientras caminaba desesperadamente de un lado a otro, intentando recordar, Evangeline era apenas consciente de la puesta de sol y de cómo se estaban oscureciendo sus aposentos. Esperaba que, cuando Apollo regresara, le ofreciera más respuestas. Pero cuando la puerta de su habitación se abrió por fin, en lugar del príncipe la saludaron un viejo médico y una pareja de aprendices más jóvenes.

—Soy el doctor Irvis Stillgrass —dijo el anciano médico, un hombre con barba y unos anteojos apoyados al final de su nariz puntiaguda—. Telma y Yrell son mis aprendices. —Señaló a los demás—. Su alteza nos ha pedido que le hagamos algunas preguntas para saber cuántos de sus recuerdos le arrebataron.

—¿Hay algún modo de recuperarlos? —le preguntó Evangeline.

El doctor Stillgrass, Telma y Yrell hicieron un mohín al unísono, una respuesta que Evangeline se tomó como un *no*. No la sorprendía, lo que era casi igualmente perturbador. Aunque solía ser optimista, aquel día no conseguía sentirse esperanzada. Una vez más, se preguntó qué le había pasado.

—¿Por qué no toma asiento, princesa? —El doctor Stillgrass señaló una butaca copeteada cerca de la chimenea, que Evangeline ocupó obedientemente.

Ellos se quedaron en pie, cerniéndose sobre ella mientras el doctor Stillgrass le hacía sus preguntas.

—¿Qué edad tiene?

—Tengo…

Evangeline tuvo que detenerse a pensar en ello. Uno de sus últimos recuerdos claros era de cuando tenía dieciséis años. Su padre seguía vivo y lo recordaba vagamente, sonriendo mientras abría una nueva caja de curiosidades. Pero eso era lo único que conseguía recordar.

El resto del recuerdo tenía los bordes emborronados, como un cristal sucio que ofrece una imagen brumosa sin mostrar qué hay al otro lado en realidad. Evangeline estaba segura de que su padre había muerto unos meses después de aquel débil recuerdo, pero no conseguía acordarse de los detalles. Solo sabía, en su corazón, que él había fallecido, y que había pasado algún tiempo desde entonces.

—Creo que tengo diecisiete.

Al parecer, Telma y Yrell tomaron nota de su respuesta mientras el doctor Stillgrass le hacía otra pregunta.

—¿Cuál es su primer recuerdo del príncipe Apollo?

—Hoy. —Evangeline se detuvo—. ¿Usted sabe cuándo nos conocimos en realidad?

—Estoy aquí para hacer preguntas, no para responderlas —le contestó el doctor Stillgrass con brusquedad antes de seguir con sus preguntas: ¿recordaba su compromiso con Apollo, la boda, la noche en la que él murió?

No.

No.

No.

Esa era la única respuesta que tenía, y el doctor Stillgrass se negaba a responder siempre que intentaba darle la vuelta a la pregunta.

En cierto momento del interrogatorio, un nuevo caballero apareció en la habitación. Evangeline no lo vio entrar pero de repente estaba allí, detrás de Telma y de Yrell. Iba vestido como ellos, con una larga túnica de piel marrón sobre unos ceñidos pantalones negros y dos cinturones de cuero donde llevaba sujeta una serie de cuchillos y viales en un lado y el arnés para un libro en el otro. El libro estaba ahora en sus manos, pero algo en el modo en el que hacía sus anotaciones lo diferenciaba de los otros aprendices.

Este joven escribía con una floritura, haciendo silbar su pluma de un modo que no dejaba de atraer su mirada. Cuando la pilló observándolo, le guiñó el ojo y se llevó un dedo a los labios, indicándole que no dijera nada.

Y, por alguna razón, ella no lo hizo.

Evangeline tenía la sensación de que aquel hombre no debía estar allí, a pesar de su atuendo similar. Sin embargo, era el único del grupo que parecía sentir alguna empatía por ella, y estaba desesperada por obtener respuestas. El desconocido asentía alentadoramente, le sonreía con simpatía y ponía los ojos en blanco siempre que el doctor Stillgrass decía algo especialmente desagradable.

—Puedo confirmarle que sus recuerdos del año pasado han desaparecido por completo —le dijo el doctor Stillgrass con mucha arrogancia y poca sensibilidad—. Informaremos de esto a su alteza, y uno de nosotros regresará cada día para comprobar si ha recuperado algún recuerdo.

El trío de médicos se giró para marcharse. El doctor Stillgrass pasó junto al joven sin mirarlo, pero Yrell y Telma repararon por fin en él.

—Doctor… —comenzó Telma.

Yrell, que parecía ligeramente deslumbrado por el intruso, le tiró a Telma de la manga de la túnica y evitó que dijera algo más antes de marcharse.

Evangeline se quedó a solas con el joven sin nombre, que caminó hacia ella y se sacó una tarjeta rectangular roja del bolsillo.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído —dijo en voz baja—. Siento que hayas perdido la memoria. Si alguna vez quieres hablar, y quizá descubrir la respuesta a algunas de tus preguntas, yo podría llenar algunos de tus espacios en blanco.

Dicho esto, le entregó la tarjeta de visita.

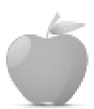
Kristof Knightlinger

Torre Vigía de la Mañana sur

Las Espiras

—¿Qué tipo de preguntas…? —comenzó Evangeline mientras terminaba de leer la extraña tarjeta.

Pero el caballero ya se había marchado.



El fuego crepitaba.

Evangeline se despertó sobresaltada, aunque no había pretendido quedarse dormida. Estaba acurrucada en una butaca junto al fuego. Todavía tenía en la mano la tarjetita roja de Kristof Knightlinger, en la que había estado pensando antes de dormitar.

Y notó algo más. Los brazos de un hombre se deslizaron bajo su cuerpo, la levantaron con cuidado y la sostuvieron contra un pecho que olía a bálsamo y a madera.

Apollo.

El corazón le dio un vuelco.

No podía estar totalmente segura de que fuera Apollo quien la tenía en sus brazos. Todavía seguía con los ojos cerrados y era una tentación continuar así. No sabía por qué sentía la necesidad de fingir, o por qué se le había acelerado el corazón en sus brazos. Apollo debía tener las respuestas al menos a algunas de sus preguntas. No obstante, sentía un miedo inesperado a hacerlas.

No estaba segura de si era porque se trataba de un príncipe o porque seguía siendo un desconocido.

Sus brazos la rodearon con fuerza. Evangeline se tensó. Pero entonces tuvo la repentina sensación de que estaba empezando a recordar algo. No era mucho, solo el recuerdo vago de estar en unos brazos, y un pensamiento.

No solo la llevaría a través de las aguas heladas. Atravesaría el fuego con ella si tuviera que hacerlo, la arrancaría de las garras de la guerra, la sacaría de ciudades derrumbándose y mundos desmoronándose…

La idea la tranquilizó y, durante un segundo, se sintió a salvo. *Más* que a salvo, en realidad. Aunque carecía de las palabras precisas para expresar la sensación, sabía que no era algo que hubiera experimentado antes… Se sentía intensamente protegida.

Despacio, abrió los ojos. Fuera era ya de noche y solo el fuego de la chimenea iluminaba el interior, lo que sumía en las sombras la mayor parte de la estancia. Sin embargo, la luz se aferraba al príncipe, dorando la silueta de su cabello oscuro y de su mandíbula fuerte mientras la llevaba a la cama.

—Lo siento —murmuró Apollo—. No quería despertarte, pero parecías incómoda en la butaca.

Con cuidado, dejó a Evangeline sobre las mullidas colchas. Después le dio un beso rápido en la mejilla. Fue tan leve que ella no lo habría sentido si no fuera tan precisamente consciente de cada uno de sus movimientos, de la lenta caricia de sus cálidas manos sobre su cuerpo.

—Que tengas dulces sueños, Evangeline.

—Espera —lo detuvo, agarrándole la mano.

La sorpresa coloreó fugazmente los rasgos de Apollo.

—¿Quieres que me quede?

Sí debería haber sido la respuesta, seguramente.

Estaban casados.

Era un príncipe.

Un príncipe imponente.

Un príncipe muy atractivo.

Un príncipe por el que quizá había sacrificado mucho.

Apollo le acarició la mano con el pulgar, esperando pacientemente su respuesta.

—Siento no recordarte. Lo estoy intentando —susurró.

—Evangeline —Apollo le apretó ligeramente la mano— lo último que quiero es que sufras, y veo cuánto te duele haber olvidado. Si nunca llegas a recordar, no te preocupes. Crearemos nuevos recuerdos juntos.

—Pero quiero recordar.

Aún más: sentía que *necesitaba* recordar. Todavía notaba la acuciante necesidad de decirle a alguien algo de vital importancia, pero no conseguía recordar qué era ese algo crucial o a quién tenía que contárselo.

—¿No habrá ningún modo de recuperar la memoria? —le preguntó—. Quizá podríamos hacer un trato con el hombre que se llevó mis recuerdos.

—*No*. —Apollo negó con la cabeza, vehemente—. Aunque eso fuera posible, no merecería la pena arriesgarse. Lord Jacks es un *monstruo* —añadió con brusquedad—. Me envenenó en nuestra noche de bodas y te implicó a ti en el asesinato. Mientras yo estaba muerto, tú estuviste a punto de ser ejecutada. Jacks no tiene conciencia, no siente remordimientos. Si creyera por un segundo que él podría ayudarte, haría todo lo necesario para traértelo. Pero, si alguna vez te encuentra, me temo que jamás volveré a verte.

Apollo tomó aire profundamente. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más amable.

—Ni siquiera puedo imaginarme lo duro que será para ti pasar página, pero creo que eso sería lo mejor, Evangeline. Jacks te hizo cosas atroces, imperdonables, y estoy seguro de que serías más feliz si nunca las recordaras.



4

Apollo

El difunto rey Roland Titus Acadian siempre había desdeñado la palabra *amable*. Amables eran los criados, los campesinos y la gente que carecía de personalidad. Un príncipe debía ser inteligente, formidable, sabio, astuto e incluso cruel si tenía que serlo… Pero nunca amable.

El rey Roland le había dicho a menudo a su hijo Apollo: «Si te definen como alguien amable es porque no has conseguido ser nada más. La gente común puede conformarse con ser amable, pero tú eres un príncipe y debes ser *más*».

El pequeño Apollo se había tomado este consejo como un permiso para ser temerario con la vida y desconsiderado con los demás. No era cruel, pero tampoco encarnaba ninguna de las otras virtudes que su padre ensalzaba. Apollo siempre había supuesto que algún día llegaría a ser inteligente, formidable, sabio o astuto. Nunca se le ocurrió que, mientras tanto, podía estar convirtiéndose en otra cosa.

Descubrió esta alarmante verdad cuando despertó del estado de sueño suspendido en el que su antiguo amigo, lord Jacks, lo había sumido. Tras descubrir que en el Glorioso Norte todos lo creían muerto, esperaba encontrarse con monumentos llenos de flores y bastiones de testarudas plañideras todavía llorando por él, a pesar de que el periodo de luto había terminado oficialmente.

En lugar de eso, descubrió que en el reino ya habían pasado página. Apenas dos semanas después, su nombre solo figuraba en una nota a pie de página, una única y ordinaria palabra en una gaceta de sociedad.

Mientras se encontraba bajo la maldición del Arquero, se topó con el periódico del día después de su supuesto asesinato. El artículo solo mencionaba que había muerto. Usaba la palabra *adorado* para describirlo, pero eso era todo. Nada se decía de sus grandes hazañas o de sus actos de valentía. ¿Y cómo habría sido posible, si apenas había hecho nada que no fuera posar para sus retratos?

Mientras atravesaba Wolf Hall para reunirse con el señor Kristof Knightlinger, de *El rumor del día*, Apollo apenas podía soportar la visión de aquellos retratos.

Tenía una segunda oportunidad para conseguir ser por fin algo *más*, como su padre le había pedido. Después de su desconcertante regreso de entre los muertos del día anterior, Apollo era consciente de que la gente lo contemplaba de un modo distinto. Hablaban en susurros, bajaban rápidamente la cabeza y lo miraban con los ojos llenos de asombro, como si no fuera solo un simple mortal.

Y sin embargo nunca se había sentido más humano, más vulnerable o más miserable.

Todo era mentira. Él no había derrotado a la muerte. Solo lo habían hechizado, y hechizado, y hechizado otra vez. Ahora, por primera vez en casi tres meses, no estaba bajo ningún encantamiento, y aun así se sentía acosado por lo que le había hecho a Evangeline.

Había creído que pensaría menos en ella cuando se librara de la maldición del Arquero. El conjuro lo había obligado a perseguirla. Bajo su influencia, pensaba en ella cada segundo. En todo momento se preguntaba dónde estaba y qué estaría haciendo. En su mente había una imagen constante de su rostro angelical. Solo la quería a *ella*… y cuando la encontró, solo quiso destriparla.

Ahora todavía la quería, pero de un modo distinto. Cuando la veía, ya no quería matarla. Quería protegerla, mantenerla a salvo.

Esa era la razón por la que le había borrado la memoria.

Sabía que era lo mejor. Jacks la había engañado, igual que lo había manipulado a él para que creyera que era su amigo. Si Evangeline volvía a caer bajo el influjo de Jacks, este la destruiría. Pero él la haría feliz. La convertiría en una reina que sería amada y adorada. Con eso compensaría de sobra lo que le había hecho en el pasado, siempre que ella no lo descubriera.

Si Evangeline descubría que él le había borrado la memoria, todo se desmoronaría.

Solo otra persona sabía que él le había arrebatado los recuerdos, y después de aquel día, si todo salía bien, no tendría que preocuparse por eso. En cuanto a la búsqueda de Jacks, esperaba que la entrevista de aquella mañana lo ayudara a encontrarlo.

Por fin llegó a la pequeña sala en la torre que había dispuesto para el encuentro. Normalmente prefería escenarios más majestuosos, enormes salones muy iluminados y con tantas ventanas y adornos que era imposible olvidar que pertenecía a la realeza. Pero aquel día había elegido una austera habitación en la torre para asegurarse de que nadie oía la conversación.

Kristof Knightlinger se levantó e hizo una reverencia tan pronto como el príncipe entró en la estancia.

—Me alegro de verle vivo y con tan buen aspecto, alteza.

—Estoy seguro de que mi regreso ha sido muy beneficioso para la venta de periódicos —replicó el príncipe. Puede que todavía estuviera un poco dolido por la escasa fanfarria que le habían dedicado tras su muerte.

Por supuesto, el periodista no parecía haberse dado cuenta.

Kristof sonreía con entusiasmo. Siempre parecía estar de buen humor. Sus dientes eran tan blancos como las chorreras de encaje que llevaba al cuello.

—Esta entrevista también ayudará. Gracias por reservar un momento para reunirse conmigo esta mañana. Sé que mis lectores tienen muchas preguntas sobre cómo regresó de entre los muertos, cómo fue estar difunto, si nos pudo observar a alguno de nosotros, los que todavía estábamos vivos.

—Hoy no responderé a ninguna de esas preguntas —le dijo Apollo con brusquedad. La sonrisa del periodista desapareció—. Me gustaría que tu artículo se concentrara en los deshonrosos actos de lord Jacks y en la importancia de que sea detenido de inmediato.

—Alteza, no sé si es consciente de ello, pero ya he mencionado sus fechorías en el periódico de esta mañana.

—Entonces menciónalas de nuevo y haz que esta vez parezcan peores. Hasta que ese criminal sea apresado, quiero que sus delitos sean publicados cada día. Quiero que su nombre se convierta en un sinónimo de canalla. Esto no es solo por mí; se trata de la princesa Evangeline y de todo el Glorioso Norte. Cuando lo hayan detenido, te concederé una entrevista y responderé a todas las preguntas que tengas. Pero, hasta entonces, te pido que publiques lo que necesito que digas.

—Por supuesto, alteza —dijo Kristof, con una sonrisa amable.

Pero no era la misma sonrisa de antes. Aquel no era su buen humor habitual. Aquella era una sonrisa amable que solo estaba allí porque Apollo era un príncipe y no había nada que Kristof pudiera hacer excepto sonreír.

Al verla, Apollo sintió que algo parecido al remordimiento se retorcía en su interior. Durante un segundo pensó en suavizar sus demandas, pero entonces se recordó lo que su padre le decía sobre ser amable.



Después de su reunión con Kristof, Apollo quería ir a ver a Evangeline. Los criados lo informaban de todas las novedades, por supuesto; según le habían dicho, por el momento estaba bien, y seguía sin recordar.

Esperaba que, después de su advertencia de la noche anterior, Evangeline hubiera abandonado la idea de perseguir sus recuerdos. Pero la chica a la que conocía no se rendía. Ella había encontrado un modo de salvarlo de la maldición del Arquero y suponía que, si le daban la oportunidad, también recuperaría la memoria perdida. Por tanto, Apollo no planeaba darle la oportunidad.

Ya había hecho los preparativos para asegurarse de que pasara la mañana ocupada. Habría preferido ser él quien ocupara su tiempo, pero tendría esa oportunidad más tarde.

Antes tenía que ocuparse de otro asunto.

El consejo de las Grandes Casas.

El día anterior se había reunido con algunos miembros para demostrar que no era un impostor y que de verdad había regresado de la muerte. Después de eso se produjo una larga discusión sobre qué hacer con el verdadero impostor, que había intentado robarle el trono. No obstante, resultó ser totalmente innecesaria, pues el muchacho huyó mientras hablaban.

Al parecer, unas sirvientas que estaban coladas por él lo pusieron sobre aviso.

Apollo envió a varios guardias en su busca, pero el impostor no era su prioridad, por el momento.

Cuando llegó a la puerta que conducía a la cámara donde se reunía el consejo, el príncipe aminoró el paso. La estancia al otro lado siempre le recordaba a un gigantesco cáliz de peltre. Las paredes eran ligeramente redondeadas y la atmósfera sutilmente plateada, lo que le confería a todo un toque afilado, como el de una espada. En el centro de la habitación había una antigua mesa de roble blanco que se decía que llevaba allí desde la época del

primer rey del Glorioso Norte, Wolfric Valor, un hombre robusto de otra era que ahora ocupaba el extremo opuesto de la mesa.

La conversación cesó tan pronto como Apollo entró en la cámara. La escena dejaba claro que, hasta aquel momento, la conversación se había centrado por completo en el miembro más reciente del consejo, el célebre Wolfric Valor. No obstante, solo Apollo sabía quién era Wolfric en realidad. En el consejo nadie más sabía que Wolfric, y el resto de la familia Valor, había estado encerrado en el Valory hasta el día anterior.

Aunque Wolfric se hacía ahora llamar lord Vale, todos los hombres y mujeres de la mesa del consejo estaban inclinados o escorados en su dirección. Eso era bueno; hacía que lo que Apollo necesitaba hacer fuera mucho más fácil. Pero también era un poco inquietante ver cómo respondía el consejo al legendario primer rey del Norte, sin ni siquiera saber quién era en realidad.

—¡Aquí está, tras volver de la muerte! —bramó Wolfric, dando una palmada que se propagó como un incendio hasta que todos los miembros del consejo estuvieron en pie, aplaudiendo al príncipe Apollo mientras se acercaba a la mesa de roble blanco.

Wolfric le guiñó el ojo. *Somos aliados*, decía el gesto. *Estamos en esto juntos. Somos amigos*.

Pero Apollo tenía muy fresco el recuerdo de la traición de su amigo. Si Wolfric decidía hacer lo mismo, Apollo no sería rival para él y su afamada familia. Lo único que podía hacer ahora era mantener su palabra y esperar que Wolfric también lo hiciera.

—Ya conocéis todos al miembro más reciente de nuestro consejo —dijo Apollo, formulándolo intencionadamente como una afirmación, en lugar de como una pregunta.

Aunque Apollo todavía no había sido coronado rey, oficialmente tenía más poder que el consejo. En el Glorioso Norte, un príncipe no se convertía en rey hasta que se casaba. Pero eso, como su próxima coronación, no era más que una ceremonia. Las celebraciones reales como las coronaciones y la Nocte Eterna estaban pensadas para que los príncipes se ganaran el afecto del pueblo y para que el reino se llenara de esperanza y amor.

A pesar de ello, el consejo de las Grandes Casas no estaba totalmente desprovisto de poder. No podía evitar que Apollo designara una nueva Gran Casa, pero podía oponerse y, en el proceso, sacar a la luz las peligrosas verdades que él no quería arriesgarse a que nadie descubriera.

Lo último que necesitaba era que el reino descubriera que los legendarios Valor habían regresado de la muerte y que ahora fingían pertenecer a la Casa Vale.

Él solo había estado muerto un par de semanas, pero el mundo creía que los Valor llevaban muertos cientos de años.

Apollo seguía teniendo problemas para asimilar el hecho de que las historias del Valory eran ciertas y de que los Valor habían estado atrapados en su interior. Odiaba imaginar el caos en el que se sumiría el reino si se descubría. Y ni siquiera quería pensar en las preguntas que Evangeline le haría si descubría que había sido ella la que había abierto el Arco Valory.

Parecía que su hermano, Tiberius, había tenido razón sobre lo que ella podía hacer.

Apollo solo esperaba que Tiberius se equivocara sobre lo que ocurriría después de la apertura del arco.

—Lord Vale y su familia me prestaron su ayuda cuando regresé de entre los muertos —les explicó Apollo con tacto, ya que esta era una verdad parcial. Honora Valor, la esposa de Wolfric, deshizo la maldición del Arquero y la maldición espejo. Se sentía en deuda con ella, y eso hizo que le fuera más fácil decir con sinceridad—: Sin esta familia, hoy no estaría aquí. Como recompensa, he decidido que se una a las Grandes Casas y voy a entregarles unas tierras donde se ocuparán de las necesidades de otros del mismo modo que hicieron con las mías.

Por un momento, el consejo entero se quedó en silencio. Apollo sabía que, aunque los miembros estaban fascinados por Wolfric, tenían dudas sobre aquel hombre que parecía un oso. Además, el anuncio de Apollo los había puesto nerviosos.

Él nunca le había otorgado el honor de formar parte de las Grandes Casas a ninguna otra familia, ni lo hizo su padre antes que él, o el padre de su padre antes que este. Era bastante sencillo de establecer pero, una vez ejecutado, muy difícil de deshacer. Dar poder era mucho más fácil que arrebatarlo.

A pesar de ello, Apollo tenía la sensación de que todos los miembros del consejo temían que este anuncio les quitara poder.

Casi podía ver las preguntas en las puntas de sus lenguas: *Acabas de regresar de entre los muertos, ¿estás seguro de que esto es prudente? ¿Planeas crear otras Grandes Casas? ¿Cómo sabes que esta familia se merece de verdad ser grande, ser una de nosotras?*

—Mi familia le está agradecida por su generosidad, alteza. Para mí es un verdadero honor formar parte de este consejo, entre tantos buenos hombres y

mujeres. —El tono de Wolfric era suave, pero observaba a los consejeros con ojos firmes e implacables. Miró miembro por miembro, y más de uno contuvo el aliento.

De niño, a Apollo le habían contado un sinfín de historias sobre aquel hombre. Se decía que Wolfric Valor podía abatir ejércitos enteros con un solo grito de batalla, y que le arrancaba la cabeza a sus enemigos con las manos. Había unido a los clanes bélicos del norte para formar un reino, y construyó Wolf Hall como regalo de bodas para su esposa después de robársela a otro hombre.

En la superficie, el hombre que tenía delante no parecía tan intimidante como afirmaban las historias. Apollo era más alto y su ropa era mucho más elegante. Y, sin embargo, Wolfric poseía ese indefinido *más* del que su padre siempre había hablado. Wolfric personificaba todo lo que Apollo siempre había intentado ser.

El consejo no dijo una palabra hasta que Wolfric apartó por fin la mirada.

Fue lord Byron Belleflower quien habló entonces.

—Bienvenido al consejo, lord Vale. Espero que ya le hayan informado de los asuntos más recientes del reino. Hay algunos temas importantes que debemos discutir hoy.

Belleflower se giró hacia Apollo. A diferencia de todos los demás, desde su dramático regreso del más allá, Byron Belleflower no miraba a Apollo con asombro ni devoción.

Apollo y él se llevaban mal desde hacía años y parecía, a juzgar por su mirada de desdén, que el desagrado de Byron se había acrecentado durante el tiempo que Apollo había estado apartado del trono. Se rumoreaba que la amante de Belleflower había muerto, aunque a Apollo no lo habría sorprendido descubrir que la joven había fingido su muerte para librarse de él.

—Bueno —declamó Belleflower a toda voz, antes de detenerse dramáticamente para asegurarse de que todos los de la enorme mesa estaban mirándolo.

La mayoría de los consejeros eran mayores, pero lord Belleflower tenía más o menos la edad de Apollo. Los dos habían sido amigos de niños, hasta que el joven Belleflower fue lo bastante mayor para comprender que Apollo iba a heredar todo un reino mientras que él recibiría solo un castillo en una fría y deprimente montaña. Apollo habría apartado a Byron del consejo hacía años, de no ser porque, lamentablemente, el castillo de este último contaba con un considerable ejército privado al que no quería ponerse en contra.

Ocurría lo mismo con la mayor parte de los miembros del consejo. Apollo prefería evitar las consecuencias de apartar del consejo a cualquiera de ellos.

—Sé que el príncipe habló ayer con otros miembros del consejo sobre la posibilidad de celebrar una coronación rápida y precipitada —continuó Belleflower—. Pero a algunos nos parece imprudente cuando todavía tenemos preguntas sobre su esposa.

Apollo se tensó.

—¿Qué tipo de preguntas sobre mi esposa?

Belleflower sonrió de repente, como si Apollo acabara de decir justo lo que él quería oír.

—Algunos no podemos evitar preguntarnos: ¿por qué le borró la memoria lord Jacks? ¿Sabía ella algo que podía perjudicarle? A menos… que estuviera implicada en el envenenamiento del príncipe.

—Qué traicionera afirmación —lo interrumpió Apollo.

—Entonces demuestra que no es cierto —insistió Belleflower.

—No necesito demostrarlo —dijo Apollo.

—Pero podría resultar apropiado —replicó *lady* Casstel. Era uno de los miembros del consejo más antiguo y sabio, y como tal, a menudo abría el camino para los demás—. No creo que su esposa sea una asesina, pero los rumores que la rodearon tras su muerte fueron muy feos, y es extranjera. Podría obrar en su favor que encontrara un modo de demostrarle a la gente que ahora forma parte de este reino, y que es totalmente leal a la Corona.

—¿Cómo propone que lo haga?

—Engendren a un heredero —sugirió *lady* Casstel sin pausa—. No solo por el bien del reino, sino como precaución. Ahora que su hermano ha sido desprovisto de su título y que se encuentra desaparecido…

Apollo hizo una mueca ante la mención de su hermano Tiberius, y durante un segundo las cicatrices de su espalda volvieron a dolerle. Algunos miembros del consejo parecieron notarlo.

Por fortuna, su reacción a la mención de su hermano no era nada nuevo. Nadie imaginaría que Tiberius había sido el verdadero causante de las cicatrices que le cubrían la espalda. Solo Havelock y algunos de los no muertos conocían la verdad. Havelock se llevaría el secreto a la tumba, y Apollo intentaba no pensar en los vampiros. Ya tenía suficientes asuntos desagradables con los que lidiar, ahora que el consejo acababa de pedirle súbitamente que engendrara un heredero.

Aunque, por cómo había hablado del tema *lady* Casstel, estaba claro que habían discutido aquel asunto antes de la reunión.

—No hay nadie más en la línea de sucesión del trono —continuó—. Sería demasiado fácil que otro impostor se hiciera con la Corona, si vuelve a ocurrirle algo.

—No va a ocurrirme nada más —dijo Apollo—. Ya he vencido a la muerte. No volverá a por mí pronto.

—Pero algún día lo hará. —Estas palabras las pronunció Wolfric Valor—. La muerte acude a por todos nosotros, alteza. Un heredero no solo protegería al reino, sino que podría ahuyentar a la muerte un poco más.

Wolfric miró la mesa con solemnidad. Si el hombre hubiera querido, podría haber elegido aquel momento para contarle a todo el consejo que Apollo no había muerto de verdad, pero no lo hizo.

Y, aunque a Apollo no le gustaba, tenía que admitir que Wolfric tenía razón. La gente no estaría tan dispuesta a confabular para conseguir el trono si hubiera un sucesor claro. Tener un heredero también afianzaría su relación con Evangeline. Cuando tuvieran a su hijo, ella no lo abandonaría. Pero no quería obligarla a quedarse a su lado.

—Evangeline todavía no me recuerda —dijo Apollo.

—¿Importa eso? Eres un príncipe —le indicó Belleflower—. La chica debería sentirse afortunada por haberse casado contigo. Sin ti, no sería nadie.

Apollo le echó una fea mirada y se preguntó si su desdén se debía solo a la sospecha de que Evangeline había colaborado con Jacks para matarlo.

—Evangeline es *alguien*. Es mi esposa. Buscaremos un heredero cuando ella se sienta más cómoda.

—¿Y cuánto tardará? —Belleflower elevó la voz, sin duda intentando sumar a los demás a su causa—. Yo estuve allí ayer. ¡A tu lado, tu esposa parecía un fantasma asustado, pálido y tembloroso! Si te importara este reino, te librarías de ella y te buscarías una nueva mujer.

—*No* voy a reemplazar a mi esposa.

Apollo se levantó de la butaca con fuerza suficiente para hacer que se tambalearan las jarras de vino y que varias uvas escaparan de sus bandejas sobre la mesa. Aquella conversación se le estaba yendo de las manos.

También se estaba desviando mucho del verdadero tema de discusión.

—Evangeline no es el tema de esta conversación. La siguiente persona que hable mal de ella no volverá a decir otra palabra en esta mesa. Si a alguien de esta sala le importa de verdad el reino, dejará de preocuparse por la lealtad de Evangeline y comenzará a buscar a lord Jacks. Hasta que él haya muerto, nadie estará a salvo.



5

Evangeline

A la luz del nuevo día, todo parecía menos un sueño febril y borroso y más una vidriera perfecta. El dormitorio de Evangeline olía a té de lavanda, a pastas de mantequilla y a una inidentificable hierba dulce que la hacía pensar en jardines exquisitamente cuidados.

Durante un precioso momento, se descubrió pensando: *Así es la perfección*.

O debería serlo.

Los fragmentos rotos de su interior estaban en conflicto con aquella elegante escena. En su cabeza, una voz pequeña pero firme le dijo: *Esto no es perfecto, esto no está bien*. Pero, antes de que pudiera decir algo más, una multitud de voces más alegres la ahogó.

Se oían al otro lado de la puerta de sus aposentos. Entonces, como el estallido de unos bonitos y floridos fuegos artificiales, las propietarias de las voces entraron en su dormitorio.

Eran tres modistas que sonrieron al saludarla.

—¡Buenos días, alteza!

—¡Parece muy animada, alteza!

—¡Esperamos que haya dormido bien, porque el día será ajetreado, alteza!

Las mujeres iban seguidas por un desfile de criados que llevaban rollos de tela, carretes de cintas, cestas de adornos y plumas, ristras de perlas y flores de seda.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Evangeline.

—Para su vestuario real —dijeron las tres mujeres a la vez.

—Pero ya tengo vestuario. —Evangeline miró con curiosidad la pequeña alcoba llena de ropa situada entre su dormitorio y el cuarto de baño.

—Tiene un vestuario para el día a día, sí —contestó la jefa de las modistas, o quizá era solo la más despabilada—. Estamos aquí para preparar las ocasiones especiales. Necesitará algo espectacular para la coronación. Después se celebrará el baile, y la Cacería podría organizarse en *cualquier* momento.

—Después, por supuesto, tendrá que formar su consejo —añadió la modista más alta—. Necesitará vestidos elegantes para cada una de esas ocasiones.

—Y querrá algunos vestidos de fantasía para las próximas fiestas de primavera, y para las cenas de gala —dijo la tercera modista.

Después todas comenzaron a parlotear sobre lo perfecta que era su colorimetría para la primavera, ¿y no sería encantador asegurarse de que todos sus vestidos tenían al menos un toque rosa, a juego con su cabello?

En mitad de todo ello, aparecieron más criados empujando carritos dorados llenos de aperitivos y golosinas tan bonitas como el tesoro de un cofre. Habías galletas con forma de castillo, tartaletas cubiertas de brillante fruta glaseada, peritas en una dulce salsa dorada, dátiles azucarados con coronas en miniatura y ostras sobre hielo con perlas rosadas que destellaban bajo la luz.

—Esperamos que todo sea de su agrado —dijo uno de los criados—. Si hay algo más que necesite, solo tiene que pedirlo. Su alteza, el príncipe, quiere que sepa que puede tener lo que desee.

—Y si alguna vez necesita un respiro, solo tiene que hacérnoslo saber —dijo la modista alta antes de buscar en su pequeño delantal y sacar un metro.

Fue poco después de esto, mientras le medían los brazos para unos guantes, cuando vio la cicatriz. Estaba en la cara interna de su muñeca derecha y era fina y blanquecina, con la forma de un corazón roto. Estaba segura de que no la había tenido antes de perder la memoria.

Tan pronto como terminaron de tomarle las medidas, Evangeline levantó la muñeca para examinar el extraño corazón roto. Le pasó el dedo por encima con cuidado, y se le erizó la piel cuando lo tocó.

En ese instante, fue como si estallara la preciosa burbuja en la que se encontraba. *Pop. Pop. Pop.*

Su arrobo ante las golosinas y los dulces y las telas preciosas se disipó mientras miraba el pequeño corazón roto. No recordaba la cicatriz, pero sí la pequeña voz de su cabeza que antes le había advertido que no todo era perfecto.

Siguió estudiando la cicatriz, esforzándose por recordar cómo se la había hecho, hasta que vio que la modista alta la miraba con extrañeza. Evangeline se cubrió la cicatriz rápidamente con la mano.

La modista no dijo nada sobre el corazón, pero algo en el modo en el que lo había mirado hacía que Evangeline se sintiera inexplicablemente nerviosa. Entonces se dio cuenta de que la mujer se marchaba disimuladamente de sus aposentos mientras el resto de costureras seguían trabajando.

No sabía si la cicatriz era de verdad algo por lo que debía preocuparse o si solo se había imaginado la reacción de la mujer. No tenía más razón para sentirse alarmada que la voz de su cabeza, que le decía que algo no iba bien. Pero quizá lo realmente malo era que escuchara una voz en su cabeza.

Quizá habría confiado en ella si la hubieran encerrado en un calabozo. Pero estaba en un castillo sacado de una de las historias de su madre y se había casado con un apuesto príncipe que había vencido a la muerte y que estaba locamente enamorado de ella. Aquella nueva vida no era solo un cuento de hadas: era algo sacado de una leyenda.

Mientras las telas y las emociones seguían girando a su alrededor, otro visitante llegó. Se trataba de la aprendiz del médico que la había visitado el día anterior, que si no recordaba mal se llamaba Telma.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí la chica. En aquel momento estaban tomándole las medidas para una capa con caperuza en un suave terciopelo frambuesa que había estado tapándole los ojos hasta hacía un momento.

—He venido solo para hacerle un examen rápido, alteza —le dijo Telma —. ¿Es un mal momento?

—Oh, no, solo estoy jugando a ser un alfiletero —le contestó Evangeline, esperando sonar más animada de lo que se sentía.

—¿Qué tal su memoria? —le preguntó Telma—. ¿Ha recuperado algún recuerdo?

—Me temo que no —dijo Evangeline. Se preguntó si no debería mencionarle la voz de su cabeza.

Pero la respuesta de Telma la hizo detenerse.

—Siento que todavía no haya conseguido recordar —le dijo la joven.

Y podría haber sido solo la entusiasta imaginación de Evangeline, pero hubiera jurado que aquella ayudante no parecía sentirlo en absoluto. Si acaso,

parecía aliviada. La reacción la hizo recordar lo que Apollo le había dicho la noche anterior: *Jacks te ha hecho cosas atroces, imperdonables, y estoy seguro de que serías más feliz si nunca las recordaras*.

Hasta entonces, Evangeline había intentado no pensar en ello. Pensar demasiado en sus recuerdos perdidos la hacía sentirse ansiosa, abrumada y agobiada. Quería creer que, si conseguía encontrar un modo de recuperar la memoria, todo mejoraría.

Pero ¿y si Apollo tenía razón? ¿Y si recordar solo lo empeoraba todo? Parecía realmente preocupado por la perspectiva de que ella consiguiera recordar. Y ahora aquella ayudante parecía sentirse igual, como si de verdad fuera mejor que lo olvidara todo.

No obstante, le era difícil desestimar su inquietud. Quizá era porque, hasta entonces, no había tenido nada más que la palabra de Apollo.

—Telma, anoche oí algo y me preguntó si es cierto. Oí que Apollo fue asesinado en nuestra noche de bodas y que me acusaron a mí del crimen.

Telma palideció ante la pregunta.

—Yo nunca creí que lo hubiera hecho usted.

—Pero ¿es cierto que los demás lo creían?

Telma asintió con pesar.

—Fue una época terrible para todos. Pero, ahora que Apollo ha vuelto, con suerte todo eso habrá llegado a su fin. —La joven exhaló despacio y una expresión soñadora llenó sus ojos—. Es increíble, ¿no? Que el príncipe regresara de la muerte por usted.

La mirada que le echó fue tan sincera, tan dulce, tan pura y emocionada que Evangeline no pudo evitar sentirse un poco tonta por haberse planteado confiar en la paranoica vocecilla de su cabeza.



Cuando las modistas, la médica y los criados se marcharon por fin, era de noche. Los aposentos de Evangeline dejaron de ser una colmena de actividad para convertirse en un tranquilo santuario solo animado por el crepitar del fuego y por el lejano tañido de un campanario. Era la primera vez que estaba sola en todo el día.

Pero la tranquilidad no duró mucho. Poco después de quedarse sola, llamaron a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Apollo.

Evangeline se miró rápidamente en el espejo más cercano para comprobar su reflejo y arreglarse el cabello. Se sentía inesperadamente aturullada.

—Adelante.

La puerta se abrió en silencio y Apollo entró con seguridad.

Seguía siendo atractivo, y seguía siendo un príncipe.

No era que Evangeline hubiera esperado que dejara de ser atractivo, o un príncipe, pero volvió a sentirse abrumada por ello, por su presencia en sus aposentos, tan alto y regio. Y estaba claro que él sabía lo guapo que era y el efecto concreto que tenía en ella.

La sonrisa de Apollo se amplió cuando a Evangeline se le calentaron las mejillas. Esperaba que no siempre fuera así. Solo había pasado un día y medio desde que lo conoció, al menos que pudiera recordar.

—He oído que has estado aquí todo el día. ¿Me acompañas a dar un paseo? —Pronunció la palabra *paseo* con una sonrisa que hizo que Evangeline creyera que no solo iban a pasear.

El estómago le hizo una atolondrada pirueta.

No sabía si eran sus recuerdos, a punto de regresar, o solo que se sentía atraída por él.

—Sí, me encantaría acompañarte.

—Me alegro de oírlo.

Apollo le acercó una esponjosa capa blanca bordeada de pelo blanco como la nieve. La ayudó a ponérsela y sus dedos calientes se detuvieron en su nuca al apartarle el cabello en un gesto que parecía más intencionado que accidental. De hecho, Evangeline empezaba a sospechar que todo lo que Apollo hacía estaba planificado.

Después de abandonar sus aposentos, el príncipe asintió a los guardias que esperaban. Fue un movimiento casi imperceptible con la barbilla, pero parecía contener el poder de una orden bramada.

Los guardias bajaron la cabeza al unísono y retrocedieron para que la pareja pudiera pasar. Después los siguieron, intentando mantener una distancia prudente.

Evangeline y Apollo caminaron por los pasillos del castillo en silencio, flanqueados por la cálida luz de los apliques en las antiguas paredes. Todavía tenía muchas preguntas para Apollo, pero ahora lo único que sentía en su interior eran nervios.

Quizá fuera el grupo de guardias en su brillante armadura de bronce lo que evitaba que hablara. Estaban a medio pasillo de distancia, pero

Evangeline podía oír sus botas contra el suelo de piedra y suponía que, si ella hablaba, ellos también la escucharían.

Apollo le dio la mano.

Ella se sobresaltó.

—Así dejarás de pensar en los guardias para pensar en esto. —El príncipe le apretó suavemente los dedos.

Evangeline nunca había caminado de la mano con un joven, al menos que pudiera recordar. El día anterior Apollo le había agarrado la mano, pero solo para tirar de ella a través del castillo.

Era… *agradable*. La suave presión de los dedos de Apollo, lo pequeña y protegida que sentía su mano en el interior de la del príncipe. Por supuesto, eso no la ayudaba a resolver el problema de sentirse demasiado nerviosa para hablar. Si acaso, se sentía más ansiosa que antes. Todo aquello era tan nuevo que no estaba segura de qué hacer. Apollo no era un chico ordinario que trabajara en un establo o en la panadería de su padre. Era el gobernante de un reino. Tenía poder y muchas vidas en la palma de la mano. Pero, justo en ese momento, solo tenía en ella la mano de Evangeline.

Estaba a punto de preguntarle por fin cómo se habían conocido cuando vio un cartel clavado en una de las redondeadas puertas del castillo.

LORD JACKS

SE BUSCA

VIVO O MUERTO

por Asesinato *y*
otros Crímenes Atroces
contra la Corona

A Evangeline se le heló la sangre.

Debajo de la lista de los delitos de lord Jacks había un retrato, si podía llamarse así. La imagen era más sombra que hombre, un rostro con dos agujeros oscuros por ojos y un tajo por boca.

Apollo tiró de ella para acercarla a su cuerpo.

—No prestes atención a esos carteles.

—¿Ese es de verdad el aspecto de lord Jacks? —Evangeline sabía que Apollo le había dicho que era un monstruo, pero no esperaba aquello.

—Es un boceto rápido. Su aspecto es más humano, pero poco. —El príncipe pronunció las palabras con algo parecido al odio.

Era el tipo de emoción que hacía que Evangeline quisiera alejarse de él. Suponía que Apollo tenía razones de sobra para sentir rencor, pero durante un segundo, deseó salir corriendo. Aunque quizá se debía al cartel de Jacks.

No dejaba de darle vueltas a la imagen sombría del cartel, hasta que brevemente perdió el rastro de dónde estaban y a dónde se dirigían. De repente se descubrió subiendo una estrecha espiral de peldaños de piedra.

En un lado no había barandilla… solo una aterradora caída hasta los pies de la torre. Si Evangeline hubiera estado en posesión de sus sentidos, no habría comenzado a subir.

Estiró el cuello, pero quedaban tantos peldaños por delante que no podía ver el final, y eran demasiado estrechos para que Apollo y ella caminaran lado a lado.

—¿A dónde conducen estas escaleras? —preguntó con incertidumbre.

—Creo que es mejor que sea una sorpresa —le dijo Apollo. Estaba justo a su espalda. Podía oír sus pasos, los suyos eran los únicos. Los guardias debían haberse quedado a los pies de la escalera, y Evangeline se descubrió pronto envidiándolos.

—¿Me das una pista del lugar a dónde nos dirigimos? —le preguntó—. ¿Planeas encerrarme en una torre?

El sonido de los pasos de Apollo se detuvo.

De inmediato supo que había dicho algo equivocado.

—No eres una prisionera, Evangeline. Yo nunca te encerraría.

—Yo… Lo sé. Solo estaba bromeando.

Y quería creer que era así. En realidad, no creía que Apollo fuera a encerrarla en una torre, como el cruel rey de un cuento de hadas. No obstante, su corazón había comenzado a latir de un modo distinto. *Peligro, peligro, peligro*, parecía decirle. Pero era demasiado tarde para regresar.

Casi habían llegado arriba. Un par de peldaños después vio por fin otra puerta, un rectángulo sencillo sin adornos.

—Debería estar abierta —dijo Apollo.

Nerviosa, Evangeline quitó el pestillo y enseguida fue recibida por una noche oscura y un susurro de aire frío que le lanzó el cabello a la cara.

Por favor, no me abandones aquí arriba, pensó.

—No te preocupes, estoy aquí —le dijo Apollo con ternura.

Evangeline no sabía si el príncipe había notado su miedo o si era que había dicho las palabras en voz alta. Pero Apollo apareció de inmediato tras ella, bloqueando parte del viento y proporcionándole un sólido muro de calidez.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio que la noche no era tan negra como había creído antes: había luz en las ventanas del castillo, más abajo, iluminando un muro bajo almenado que rodeaba la parte superior de la torre. Más allá del castillo, el mundo estaba oscuro, excepto por el rocío de estrellas que formaba unas constelaciones desconocidas.

—¿Esto es lo que querías que viera? —le preguntó.

—No —respondió Apollo en voz baja—. Solo un par de segundos más.

Un instante después, las campanas de un campanario repicaron.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Ding.

Con cada tañido, un estallido de luz cobró vida a lo lejos. Al principio solo eran algunos, resplandecientes ascuas remotas que aparecían aquí y allá, como fragmentos de estrellas caídas. Pero pronto hubo más luz que oscuridad. El mundo era luminoso, como si el cielo y la tierra hubieran intercambiado sus lugares y el mundo estuviera ahora cubierto de estrellas relucientes.

—¿Qué es esto? —preguntó Evangeline.

—Es un regalo para nosotros. Se llama la Noche de Fuego. Es una vieja bendición norteña —le contó Apollo en voz baja mientras se acercaba hasta presionar su pecho cálido firmemente contra su espalda—. Normalmente se hace antes de que el rey parta a la guerra. Se encienden hogueras en todo el reino donde la gente quema sus bendiciones, sus deseos de salud o de fuerza o de sigilo o de un regreso seguro a casa. Cuando descubrí que hoy se celebraría una Noche de Fuego en nuestro honor, pensé que te gustaría verlo. Todas las hogueras que arden ahí abajo lo hacen por nosotros. Mientras hablamos, los súbditos de todo el Glorioso Norte están quemando sus bendiciones, pidiendo para nosotros salud y un buen matrimonio.

—Es como un cuento de hadas —murmuró Evangeline. Pero, incluso al decir las palabras, estas no le parecieron ciertas.

No era *como* un cuento de hadas. *Era* un cuento de hadas. Era *su* cuento de hadas.

¿De verdad cambiaría las cosas que recordara cómo había llegado allí exactamente, cómo había conocido a Apollo, cómo se habían enamorado y casado? ¿O solo se sentiría diferente? Quizá, aunque tuviera todos sus recuerdos, Apollo seguiría poniéndola nerviosa.

Mientras el viento soplaba a su alrededor y las hogueras cobraban vida más abajo, Evangeline se giró despacio y miró al príncipe. A *su* príncipe.

—Estás mirando en la dirección equivocada. —Él sonrió, lento y arrogante.

El corazón de Evangeline latía cada vez más rápido. *Peligro, peligro, peligro,* parecía decir de nuevo. Pero ya no estaba segura de poder confiar en él… O quizá era solo que le gustaba el peligro.

—Puede que prefiera esta vista. —Subió la mano hasta la mandíbula de Apollo. Cuando él ladeó la cara contra su palma, la notó un poco áspera.

No estaba segura de estar haciéndolo bien; nerviosa, se puso de puntillas y presionó la boca contra la de Apollo.

—Por fin —gruñó Apollo. Después tomó el labio inferior de Evangeline entre sus dientes y le devolvió el beso.

Fuegos artificiales estallaron a lo lejos. Evangeline los oyó explotar mientras Apollo deslizaba las manos bajo su capa y la apartaba para abrazarla con fuerza.

Evangeline no sabía si estaban girando hacia el límite de la torre o si solo era su cabeza, mareada, pero notó el viento azotándole la espalda y supo que los brazos del príncipe eran lo único que evitaba su caída.



6

Evangeline

El mundo había cambiado durante la noche, y no solo por las mariposas que Evangeline sentía cada vez que pensaba en besar a Apollo.

La estación parecía haber cambiado mientras dormía, pasando del invierno a la primavera. En lugar de mirar por la ventana y ver un manto blanco, descubrió entusiastas árboles verdes, arbustos y musgos alegres y rocas relucientes. Todo ello estaba cubierto por una fina bruma de lluvia plateada que repiqueteaba contra su ventana.

Esa mañana, mientras llovía, otro médico acudió a ver si había recordado algo, cosa que no había ocurrido. Después de eso, las modistas regresaron, pero no se quedaron mucho.

Al parecer había una cita más en la agenda de Evangeline, aunque ella no lo supo hasta que llegó su nueva visitante.

—Hola, alteza, soy *madame* Voss. Es un placer conocerla.

La mujer hizo una reverencia perfecta y el dobladillo de su falda verde esmeralda rozó el suelo de piedra. Su cabello tenía un precioso tono plateado y su rostro alargado estaba lleno de profundas líneas de expresión que le dieron a Evangeline una impresión inmediata de calidez.

—Seré su tutora para todos los asuntos reales, aunque primero comenzaremos con sus *propios* asuntos.

Madame Voss dejó un libro de un precioso azul en el regazo de Evangeline. Las páginas del interior eran doradas, con el corte del canto en un

resplandeciente pan de oro a juego con el decorado título del libro.

Evangeline leyó en voz alta.

—*La mayor historia de amor jamás contada: un relato verídico y completo de la relación entre Evangeline Fox y el Príncipe de Corazones*.

Madame Voss contuvo un gemido.

—¡Oh, córcholis!

Y a continuación torteó el volumen que Evangeline tenía en el regazo hasta que el título cambió por fin a *La mayor historia de amor jamás contada: un relato verídico y completo de la relación entre Evangeline Fox y el príncipe Apollo Titus Acadian*.

—Siento lo ocurrido, alteza. Este libro está recién impreso. Esperaba que, por ser tan nuevo, fuera inmune a la maldición de las historias. —Echó al libro una mirada de reprimenda—. Con suerte, lo único impertinente será el título.

—Por favor, no te disculpes —le dijo Evangeline.

Hasta ese momento, la joven no había pensado demasiado en la maldición de las historias del norte, aunque su madre le había hablado de ella cuando era pequeña. Todos los cuentos de hadas del Glorioso Norte estaban hechizados. Algunos relatos no podían ser escritos, otros no podían abandonar las tierras del norte y muchos cambiaban cada vez que se contaban, perdiendo veracidad con cada narración. Se decía que todos los cuentos norteños habían sido, en su origen, hechos históricos, y que la maldición de las historias los había deformado hasta que solo quedó en ellos una pizca de la verdad.

—De donde vengo, los libros se quedan quietecitos en los estantes —dijo Evangeline—. Esto me parece encantador.

Miró la cubierta de nuevo. Aquella era la primera vez que las palabras de un libro cambiaban ante sus ojos. *Madame* Voss parecía considerarlo una molestia, pero para Evangeline era mágico. Porque *era* mágico.

Pero también era curioso que el primer título mencionara al Príncipe de Corazones.

En el Imperio Meridional, de donde era Evangeline, el Príncipe de Corazones formaba parte de una leyenda: se trataba de un personaje que aparecía en las barajas de adivinación del futuro, y no de una persona de carne y hueso. Se preguntó si era posible que, allí, el Príncipe de Corazones fuera un apodo del príncipe Apollo.

La idea le provocó una punzada de incomodidad y se preguntó qué más no sabría sobre su marido, aunque se dijo que eso no importaba. Apollo y ella crearían nuevos recuerdos, como habían hecho la noche anterior.

Y, no obstante, al abrir el libro de *madame* Voss, Evangeline no consiguió deshacerse de la extraña inquietud de su interior.

Un impresionante retrato a todo color de Evangeline y Apollo mirándose a los ojos con fuegos artificiales de fondo ocupaba las primeras páginas. Apollo estaba representado con un elegante traje real y una majestuosa corona dorada adornada con enormes rubíes y otras piedras preciosas.

Durante un segundo, Evangeline creyó ver a una tercera persona en la imagen: otro hombre parecía estar observándolos desde el borde de la página. Pero, como había ocurrido con el primer título del libro, el personaje desapareció de inmediato.

Había más ilustraciones en la segunda página, aunque nada se movió en ellas. El encabezado estaba decorado con un sol y una luna y un cielo lleno de estrellas que pendían sobre las siguientes palabras:



—¿Esto es cierto? —preguntó Evangeline—. ¿Había jurado el príncipe Apollo que nunca se enamoraría?

—¡Oh, sí! Algunos pensaban que era solo una broma, pero yo no —le contó *madame* Voss—. Era un poco preocupante, en realidad. En el Norte tenemos una tradición… un baile impresionante al que llamamos la Nocte Eterna.

Evangeline había oído hablar de la Nocte Eterna, pero no dijo una palabra. Todavía no sabía nada de su primer encuentro con Apollo, y no se había atrevido a preguntárselo a él la noche anterior.

—Apollo decía que el baile comenzaría y no terminaría nunca, ya que él no planeaba encontrar novia —continuó *madame* Voss—. Entonces la conoció. Es una pena que usted no se acuerde, porque fue de verdad amor a

primera vista. Yo no estaba allí, por supuesto. La cena era muy exclusiva y se conocieron en un espacio privado protegido por un arco.

Pronunció la palabra *arco* de un modo distinto, como si estuviera hablando de algo mágico en lugar de la estructura que Evangeline estaba imaginando.

—¿Debo suponer que los arcos son especiales? —le preguntó.

—Oh, sí —le contestó *madame* Voss—. Fueron construidos por los Valor, nuestros primeros reyes, para viajar a cualquier lugar del Norte. Pero los arcos son también excelentes para proteger cosas. El príncipe tiene uno que esconde un árbol fénix espectacular. Debería pedirle que se lo enseñe en algún momento. Ah, espere. —Miró el libro—. Apuesto a que hay alguna ilustración aquí.

La tutora pasó la página y, efectivamente, allí había un retrato impresionante de Apollo apoyado en la rama de uno de los árboles más gloriosos que Evangeline había visto nunca. Todas sus hojas parecían destellar. La mitad de ellas formaba una sinfonía de cálidos colores otoñales (amarillo y naranja y bermejo), pero el resto parecía de auténtico oro. Eran de un dorado brillante, resplandeciente, como el tesoro de un dragón.

—Este es el árbol fénix —le dijo *madame* Voss—. Desde que madura y comienza a florecer, sus hojas tardan más de mil años en finalizar el proceso de convertirse lentamente en auténtico oro. No obstante, si se arranca una sola hoja antes de que todas hayan cambiado, el árbol entero se ve devorado por las llamas. ¡*Plaf*! —dijo con un gesto dramático antes de echarle a Evangeline una mirada de advertencia.

—No te preocupes, no se me ocurriría tocar una hoja —le aseguró Evangeline.

Pero *madame* Voss ya había pasado la página.

Era Apollo de nuevo, pero esta vez cabalgaba un caballo blanco y estaba vestido de un modo más masculino, con unos pantalones marrón corteza, una camisa con el cuello abierto y un chaleco de piel con correas de cuero cruzadas que sujetaban a su espalda un arco dorado y un carcaj de flechas.

—Esto fue cuando se declaró —le dijo *madame* Voss—. Fue la primera noche de la Nocte Eterna y estaba vestido como un personaje de un cuento famoso, *La balada del arquero y el zorro*.

—Conozco esa historia —replicó Evangeline—. Es mi favorita.

O lo había sido siempre. Ahora, al decir las palabras, ya no le parecían tan ciertas.

—Eso es fantástico —replicó *madame* Voss—. Entonces, espero que pueda imaginárselo. El príncipe Apollo estaba arrebatador, cuando entró en el baile a lomos de un poderoso caballo blanco. Iba vestido como el Arquero…

De repente, Evangeline ya no oía las palabras. Le dolía la cabeza. Le dolía el pecho. Le dolía el *corazón*. Cada latido parecía atravesarla como una flecha, una idea que, de algún modo, también le hizo daño. Intentó recordar por qué pensar en su cuento de hadas favorito le provocaba tanta tristeza, pero lo único que encontró fue…

Nada…

Nada…

Nada…

Cuanto más se esforzaba por recordar, más le dolía el corazón. La sensación era similar a la que había notado dos días antes, cuando Apollo la encontró acurrucada en el suelo de una extraña y antigua cámara. Pero ahora no tenía ganas de llorar. Este dolor era crudo, furioso… Como un grito que vivía en su interior y que amenazaba con romperla en dos si no le permitía salir.

Una vez más, recordó que había *algo* que tenía que decirle a *alguien*, pero pensar en ello era todavía más doloroso que antes.

Madame Voss abrió los ojos como platos.

—Alteza, ¿está bien?

¡*No*!, quiso gritar Evangeline. *He olvidado algo y necesito recordarlo*.

La noche anterior se había convencido de que podía dejar atrás sus recuerdos, pero ahora estaba claro que había estado engañándose. Sabía que Apollo le había advertido que recuperar la memoria sería doloroso, pero por algunas cosas merecía la pena sufrir, y Evangeline creía que aquella era una de esas cosas.

Necesitaba recordar.

—Lo siento, *madame* Voss —consiguió decir al final—. Me duele un poco la cabeza. ¿Podríamos posponer esta clase?

—Por supuesto, alteza. Regresaré mañana. Entonces le contaré el resto de la historia y abordaremos nuestra primera lección sobre protocolo real, si le apetece.

Madame Voss hizo una reverencia de despedida y se marchó silenciosamente.

Tan pronto como la tutora se fue, Evangeline comenzó a leer el libro de nuevo, preguntándose si desencadenaría alguna sensación o recuerdo más.

Pero el relato del interior, su historia de amor con Apollo, era un inocente cuento ilustrado en el que ni siquiera había un villano.

A Evangeline siempre le habían encantado las historias de amor a primera vista, pero allí se mencionaba tantas veces que casi esperaba que el relato terminara con un anuncio del perfume Amor a Primera Vista: *¿Estás harta de esperar tu Final Feliz? ¡Deja de buscar y atráelo con nuestro perfume!*

El libro, por supuesto, no terminaba así. Pero tampoco la incitó a recordar, ni siquiera una pizquita.

Al final, Evangeline dejó el tomo y caminó ante la chimenea. Se devanó los sesos intentando recordar alguna historia que su madre pudiera haberle contado alguna vez sobre la pérdida de memoria, esperando que eso la ayudara a encontrar una cura. Aunque no consiguió recordar ninguna, se acordó del desconocido que le había entregado su tarjetita de visita roja: *Si alguna vez quieres hablar, y quizá descubrir la respuesta a algunas de tus preguntas, yo podría llenar algunos de tus espacios en blanco*.

Evangeline buscó la pequeña tarjeta roja. No parecía estar en ninguna parte de sus aposentos. Por suerte, el hombre tenía un nombre que era fácil de recordar.

Justo entonces entró en la estancia Martine, la joven doncella que, como ella, procedía del Imperio Meridional. Llevaba una bandeja de té muy caliente y galletas de frambuesa recién horneadas.

—Martine —dijo Evangeline—, ¿has oído hablar alguna vez del señor Kristof Knightlinger?

—¡Claro! —El rostro ovalado de Martine se iluminó—. Lo leo fielmente cada día.

—¿Lo lees?

—Escribe para *El Rumor del Día*.

—¿El periódico sensacionalista? —Evangeline había leído el periódico justo aquella mañana. Todavía podía recordar algunos de los dramáticos titulares. *¿Dónde está lord Jacks y qué cosas horribles hará a continuación? ¡El heredero impostor sigue prófugo! ¿Es realmente heroico el Gremio de Héroes?*

Por lo que tenía entendido, el señor Knightlinger vertía sus opiniones personales en su gaceta de sociedad. Su artículo sobre lord Jacks era bastante parecido al del día anterior, pero otros de sus escritos la habían entretenido. Los comentarios del señor Knightlinger, sobre todo respecto al heredero impostor, habían sido muy divertidos. La descripción del periodista hizo que se imaginara al farsante como un cachorrito entusiasta que había robado la

corona solo porque era brillante y bonita y era divertido jugar con ella. Después, el señor Knightlinger especulaba con la idea de que el impostor podía ser… ¡un vampiro!

Todo esto la hacía sospechar que el señor Kristof Knightlinger podía no ser la fuente de información más fiable. Sin embargo, suponía que lo que él le contara sería un poco más variado que el libro sobre el «amor a primera vista» de *madame* Voss, y quizá desencadenara por fin un recuerdo.



7

Evangeline

Aunque su plan actual no era gran cosa (de hecho, era más bien una excursión de un día), a Evangeline le gustaba tener un plan. No sabía si la visita al señor Knightlinger le llevaría el día entero, pero quería salir tan temprano como fuera posible.

Cuando su tutora se marchó el día anterior, ya era última hora de la tarde. Después del inicial estallido de entusiasmo, Evangeline se recostó para dormir una siesta rápida y se despertó sin pretenderlo a la mañana siguiente.

Aunque no había conseguido encontrar la tarjetita roja del señor Knightlinger, Martine le había contado que las oficinas de *El Rumor del Día* estaban ubicadas en los chapiteles, un lugar al que los guardias del palacio podrían llevarla con facilidad.

—¡Los chapiteles le van a encantar! ¡Hay un montón de tiendas preciosas y de puestos de manzanas asadas por dragones! Y va a adorar a los dragoncitos —exclamó Martine mientras buscaba un par de guantes a juego con el vestido de Evangeline.

Evangeline había elegido un vestido de día violeta con los hombros al descubierto y un corpiño ceñido cubierto de perlas iridiscentes y de flores bordadas en oro que también salpicaban las caderas de su falda fluida.

—Aquí tiene, alteza. —Martine le entregó una capa rosa y un largo par de guantes de un violeta translúcido. Los guantes no evitarían el frío, pero eran

muy bonitos. Y Evangeline siempre se ponía un poquito más contenta cuando usaba ropa bonita.

Cuatro guardias con pulcros bigotes, todos con armaduras de bronce pulido y capas burdeos que caían en cascada desde sus hombros, esperaban al otro lado de la puerta.

—Hola, soy Evangeline —dijo con alegría antes de preguntarles sus nombres.

—Mi nombre es Yeats.

—Brixley.

—Quillborne.

—Rookwood.

—Es un placer conoceros a todos. Hoy quiero visitar los chapiteles. ¿Creéis que alguno de vosotros podría ocuparse de preparar el transporte?

Se produjo un instante de silencio mientras tres de los guardias se giraban hacia el que había dicho que su nombre era Yeats. Parecía el mayor; llevaba la cabeza afeitada y un impresionante bigote negro.

—No creo que sea buena idea que vaya a los chapiteles, alteza. ¿Y si en lugar de eso le enseñamos Wolf Hall?

—¿Por qué no te parece buena idea? Mi doncella me ha dicho que están llenos de tiendas.

—Así es, pero el príncipe Apollo nos pidió que nos aseguráramos de que se queda en el recinto del castillo. Es por su seguridad.

—Entonces, ¿me estáis diciendo que cuatro caballeros de bien no son suficientes para mantenerme a salvo si abandono el castillo? —les preguntó Evangeline con descaro, intentando provocarlos.

Los guardias más jóvenes respondieron exactamente como ella esperaba.

Sacaron pecho, listos para demostrarle que se equivocaba.

Pero Yeats habló antes de que ellos pudieran decir nada.

—Debemos cumplir los órdenes del príncipe Apollo. En este momento, su deseo es que permanezca aquí, donde sabe que no hay peligro de que nada o nadie vaya a por usted.

Evangeline se habría reído si el guardia no estuviera tan serio. Por cómo hablaba, parecía que todos en el Norte intentaban matarla.

—¿A dónde se me permite ir exactamente en Wolf Hall?

—A cualquier sitio. Siempre que no abandone el recinto.

—¿Está el príncipe Apollo actualmente en el castillo?

—Sí, alteza.

—Excelente. Por favor, llevadme con él —les pidió Evangeline con tranquilidad, esperando que aquello fuera solo un malentendido. Hacía dos noches, Apollo le había dicho que no era una prisionera y que jamás la encerraría. De hecho, parecía muy ofendido cuando se lo mencionó. Sin duda, aquellos guardias estaban equivocados.

—Lo siento —le dijo Yeats con calma—, pero el príncipe está ocupado.

—¿Haciendo qué? —le preguntó Evangeline.

Yeats movió el bigote, irritado.

—No somos quiénes para decirlo —gruñó—. ¿Y si en lugar de eso la llevamos a uno de los jardines?

Evangeline dejó por fin que su sonrisa desapareciera. Hasta entonces había intentado ser educada y amable, pero estaba claro que aquellos hombres no la respetaban.

Quizá, antes de perder la memoria, habría dado menos la lata. Se habría mostrado dispuesta a vagar por el castillo y los jardines para que la consideraran una princesa fácil de complacer. Pero en ese momento no le importaba ser una princesa, ni complacida ni fácil. Necesitaba *recordar*. Y parecía improbable que eso sucediera mientras se encontraba confinada en un castillo fortificado donde la gente pensaba que era mejor que dejará atrás el pasado que había olvidado.

—¿Ha dicho mi marido que no quería verme?

—No, pero…

—Yeats —lo interrumpió Evangeline—, me gustaría ver a mi marido. Y si me dices que no o me sugieres que pasee por los jardines, voy a asumir que piensas que las flores pueden reemplazar a mi esposo o que estás en posición de darme órdenes. ¿Crees alguna de esas cosas, Yeats?

El guardia apretó los dientes.

Ella contuvo el aliento.

—No, alteza. No lo creo —respondió Yeats por fin.

Evangeline intentó esconder su alivio mientras miraba a los demás.

—¿Y vosotros?

—No, alteza —murmuraron rápidamente.

—¡Espléndido! Vayamos a ver a Apollo.

Los guardias no se movieron.

—No evitaremos que lo busque, pero tampoco la llevaremos con él —dijo Yeats.

Evangeline no solía decir palabrotas, pero en ese momento deseó hacerlo.

—Yo la llevaré con el príncipe —dijo un nuevo guardia que estaba a unos pasos de distancia.

Evangeline miró al joven de reojo.

Llevaba el mismo tipo de uniforme que los demás, pero su armadura parecía más arañada, como si la hubiera usado en alguna batalla de verdad. También tenía varias cicatrices en la cara.

—Mi nombre es Havelock, alteza.

El guardia esperó un instante.

Evangeline tuvo la inmediata sensación de que él estaba esperando que lo recordara, lo que incrementó su frustración cuando no sintió ni un atisbo de reconocimiento.

—Está bien —dijo Havelock. Después señaló con la barbilla la capa que Evangeline llevaba en el brazo—. Eso no será necesario. El príncipe está en su sala de recepción. La chimenea ocupa toda una pared. Nadie necesita capa allí.



Havelock no mentía.

La sala de recepción parecía el tipo de lugar en el que los niños se reunirían la víspera de un festivo para escuchar al abuelo contando historias ante el fuego. La lluvia caía al otro lado de los ventanales que se extendían de pared a pared.

Cuando Evangeline llegó, vio la lluvia descendiendo en cortinas plateadas, empapando los pinos oscuros y golpeando con fuerza las ventanas. En la chimenea chisporroteaba un gran fuego; los troncos se quebraron, lanzando un raudo motín de chispas y llenando la estancia de una nueva oleada de calor.

Aunque tenía los hombros al descubierto, de repente sintió calor.

Apollo estaba con un desconocido, cerca de la lejana repisa. Este era tan alto como el príncipe, pero estaba totalmente oculto bajo una oscura capucha y una larga y pesada capa.

Evangeline sintió una nueva punzada de inquietud al recordar las palabras: *Nadie necesita capa allí*. Reverberaron en su cabeza mientras se adentraba en la habitación.

—Espero no estar interrumpiendo.

Los ojos de Apollo se iluminaron tan pronto como la vio.

—No, llegas justo a tiempo, cariño.

La figura embozada siguió mirando el fuego.

Evangeline sabía que seguramente estaba rompiendo algún tipo de regla al acercarse para mirar debajo de la capucha del desconocido, pero no pudo evitarlo. Sin embargo, no le sirvió de mucho. Descubrió que el embozado era un hombre, pero poco más. Una gruesa barba escondía la mitad inferior de su rostro, mientras que una máscara negra cubría la mitad superior, mostrando solo un par de ojos ligeramente entornados.

Apollo señaló al hombre.

—Evangeline, me gustaría presentarte a Garrick de Greenwood, líder del Gremio de Héroes.

—Es un placer conocerla, alteza. —La voz de Garrick era ronca y grave, y no hizo nada para acallar la creciente sensación aciaga de Evangeline.

Nunca había oído hablar de Garrick o de Greenwood, pero había leído sobre el Gremio de Héroes la mañana del día anterior.

Rápidamente, intentó recordar qué había dicho la gaceta sensacionalista. Creía que comenzaba hablando del heredero impostor que ocupó el trono cuando Apollo fue declarado muerto. Al parecer, este impostor estaba más interesado en las fiestas y el coqueteo que en gobernar el reino, y por eso un grupo de guerreros había decidido unirse para mantener el orden en algunas zonas del Norte. Se hacían llamar el Gremio de Héroes. No obstante, según el señor Knightlinger, era debatible si estos guerreros eran héroes o mercenarios beneficiándose de una serie de circunstancias desafortunadas.

—Garrick dirige la búsqueda de lord Jacks fuera de Valorfell —le dijo Apollo.

El héroe se hizo crujir los nudillos y le mostró una inquietante sonrisa.

—Mis hombres y yo somos excelentes cazadores. Lord Jacks estará muerto en dos semanas. Posiblemente antes, si está dispuesta a ayudarnos.

—¿Qué podría hacer yo para ayudaros? —le preguntó Evangeline. Durante un momento se imaginó atada a un árbol y usada como señuelo.

—No te asustes, cielo. —Apollo le tomó la mano—. Esto solo te dolerá un momento.

—¿Qué me ha de doler? —Le soltó la mano y tropezó con la falda de su vestido.

—No hay nada que temer, Evangeline.

—A menos que no le guste la sangre —murmuró Garrick.

Apollo lo fulminó con la mirada.

—No estás ayudando.

—Tampoco usted, alteza. No quiero ser grosero —dijo Garrick, en un tono claramente grosero—, pero si la sobreprotege, tardaremos una eternidad. Cuéntele lo de la maldita marca.

—¿Qué marca? —le preguntó Evangeline.

Apollo apretó los labios en una línea tensa. Después, bajó los ojos hasta su muñeca.

Evangeline ni siquiera tuvo que seguir su mirada. Tan pronto como miró sus guantes semitransparentes, notó que la cicatriz del corazón roto de su muñeca comenzaba a arderle. Su corazón también se aceleró.

Recordó entonces a la modista que el día anterior se había marchado disimuladamente de su dormitorio después de ver la cicatriz, y tuvo la terrible sensación de que ahora sabía a dónde había ido. Se había marchado para buscar a Apollo.

—Lord Jacks te dejó esa cicatriz en la muñeca. Es su marca. Simboliza la deuda que tienes con él.

—¿Qué deuda? —preguntó.

—No sé qué le debes —le dijo Apollo—. Lo único que podemos hacer es evitar que se la cobre. —En ese momento, la miró con tristeza. Su piel, normalmente de un bonito tono oliva, se había agrisado un poco.

—¿Cómo?

—Encontrándolo antes de que él te encuentre a ti. La marca que te dejó te une a él, lo que hace posible que te localice en cualquier parte.

—Pero también puede ayudarnos a encontrarlo a él —añadió Garrick—. El mismo vínculo que le permite encontrarla debería permitirnos a nosotros cazarlo. Pero para ello necesitamos su sangre.

En algún sitio de la estancia, un ave graznó, fuerte y desquiciante. Garrick le mostró los dientes. *Sediento de sangre* fue la palabra que a Evangeline se le vino a la cabeza.

Aunque no le gustaba la idea de estar en deuda con Jacks, tampoco quería darle su sangre a aquel desconocido. De hecho, sentía la poderosa urgencia de salir corriendo de aquella habitación, y de seguir haciéndolo hasta que le fallaran las piernas. Pero tenía la sensación de que Garrick de Greenwood era el tipo de hombre que perseguiría por instinto a todo el que huyera de él.

—¿Podría pensármelo? —les preguntó—. Quiero que encontréis a lord Jacks, por supuesto, pero eso de la sangre me hace sentirme bastante incómoda.

—De acuerdo, entonces. —Garrick chasqueó sus dedos tatuados dos veces—. Argos, hora de irse.

Un pájaro que parecía un cuervo descendió de una de las vigas de arriba. Voló hacia Garrick en un elegante arco de alas negro azuladas. Evangeline sintió que una de sus plumas le rozaba la cara y…

—¡Ay! —gritó, cuando el ave le picoteó el hombro, dos abruptos picotazos que le arrancaron dos brillantes gotas de sangre. Intentó limpiárselas con la mano, pero Garrick se movió más rápido. Fue tan veloz como su pájaro y le colocó un trapo sobre la herida para recoger apresuradamente su sangre.

—Lo siento, alteza, pero no hay tiempo para pensar; eso ya lo hemos hecho nosotros por usted.

Garrick apartó el trapo ensangrentado y caminó a zancadas hacia la puerta, silbando mientras su cuervo se posaba sobre su hombro.

Evangeline estaba sangrando y furiosa. No estaba segura de con quién estaba más enfadada, con el mercenario que acababa de usar a su mascota para atacarla o con su marido.

Dos días antes, la noche que subieron a la torre, Apollo había sido muy dulce. Había sido cariñoso, había sido considerado. Pero hoy, entre lo que había ocurrido con Garrick y las instrucciones que el príncipe le había dado a sus guardias, Apollo le parecía otra persona. Y no lo conocía lo bastante bien para saber qué versión era la auténtica. Antes había creído que lo que había ocurrido con sus guardias era solo un malentendido, pero ya no estaba tan segura.

—¿Sabías que Garrick iba a hacer eso? ¿Que iba a llevarse mi sangre, aunque no le diera permiso?

Apollo apretó la mandíbula.

—Creo que no comprendes la gran amenaza que es Jacks.

—Tienes razón. No dejas de decir que Jacks es el villano, y a pesar de ello has permitido que un hombre me ataque con su rapaz para encontrar y matar a otro hombre. Además, le has ordenado a mis guardias (que no son muy simpáticos, por cierto) que no me permitan abandonar el castillo, a pesar de que me prometiste que no me encerrarías. Así que no, no comprendo la amenaza que supone lord Jacks, pero empiezo a verte a ti como una.

Los ojos de Apollo destellaron.

—¿Crees que quiero hacer todo esto?

—Creo que eres un príncipe y que haces lo que te da la gana.

—Te equivocas, Evangeline. —A Apollo le tembló la voz mientras hablaba—. Yo no deseo nada de esto, pero no solo intento protegerte de lord Jacks. Hay gente en este castillo, en mi propio consejo, que cree que no

debería confiar en ti. Creen que colaboraste con Jacks para asesinarme. Y si estas personas llegaran a la conclusión de que mi juicio está comprometido y de que sigues cooperando con él, entonces ni siquiera yo podré salvarte.

—Pero Jacks me quitó todos los recuerdos —argumentó Evangeline—. ¿Cómo puede nadie pensar que trabajo para él?

La mirada asustada de Apollo bajó de nuevo hasta su muñeca, la que tenía la cicatriz del corazón roto.

—La teoría actual es que Jacks te borró la memoria para que no pudieras traicionarlo.

—¿Eso es lo que tú crees? —le preguntó Evangeline.

Durante un largo momento, Apollo solo la miró. Su expresión ya no era de miedo ni de furia, pero no contenía la calidez y adoración a la que se había acostumbrado. Era fría y distante y, durante un segundo, Evangeline sintió un estremecimiento de temor. Apollo era el único aliado que tenía en el Glorioso Norte. De no ser por él, no tendría nada ni a nadie, ni ningún sitio a donde ir.

—No trabajo para Jacks —dijo Evangeline al final—. Es posible que no recuerde nada, pero sé que no soy ese tipo de persona. No planeo reunirme con él ni traicionarte a ti ni a cualquier otro de este castillo. Pero, si me tratas como si fuera una prisionera o un peón o si permites que alguien vuelva a atacarme con una rapaz, dejaré de comportarme. Y no porque no sea leal.

Apollo tomó aire profundamente y la frialdad abandonó sus ojos.

—Lo sé, Evangeline. Yo creo en ti, pero mis pensamientos no son los únicos que importan.

El príncipe se acercó y le acarició la mandíbula con un dedo. Entonces bajó la mirada, y ella supo que iba a besarla. Iba a poner fin a aquella discusión con los labios… y una parte de ella quería permitírselo. No podía arriesgarse a perderlo. Él era lo único que tenía en aquella nueva realidad.

Pero que fuera lo único que tenía no significaba que tuviera que cederle todo el poder.

—Sigo enfadada contigo.

Apollo movió la mano despacio desde su mandíbula a su cabello.

—¿Crees que podrás perdonarme? Siento lo de la sangre, y lo de tus guardias. Te asignaré unos nuevos. Pero necesito que confíes en mí, y que tengas cuidado.

Evangeline levantó la barbilla, desafiante.

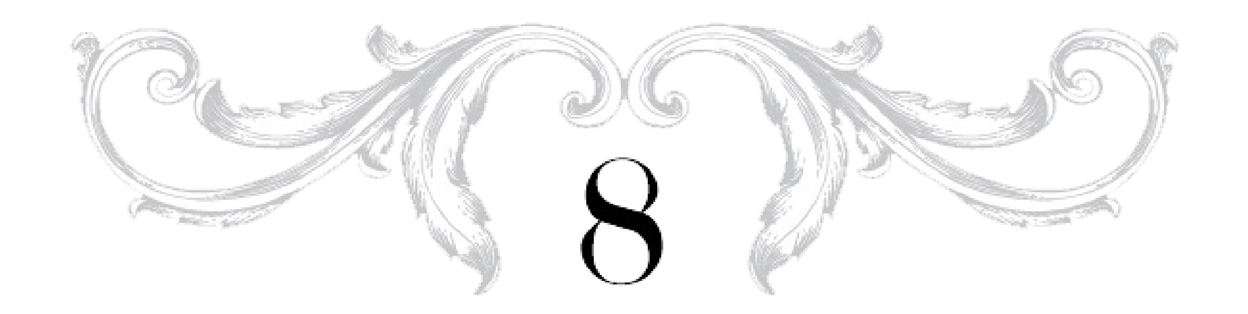
—¿Quieres decir que necesitas que me quede en Wolf Hall?

—Solo hasta que encontremos a lord Jacks.

—Pero…

Antes de que pudiera terminar, la puerta de la sala de recepción se abrió y el mismo guardia que la había acompañado hasta allí anunció:

—Lord Slaughterwood está aquí para verle. Dice que tiene información sobre lord Jacks.



8

Apollo

El momento que Havelock eligió para entrar fue perfecto, pero Apollo habría deseado que no mencionara a Jacks. La reacción de Evangeline ante la potencial nueva información fue inmediata. Sus expresiones eran siempre muy fáciles de leer. Antes había visto su inquietud; después vio su miedo, su enfado; y ahora, mientras se mordía el labio inferior, podía ver su curiosidad. Ella era la polilla, y Jacks seguía siendo la llama.

—Havelock, acompaña a lord Slaughterwood a mi despacho. Me reuniré con él allí.

—¿Puedo acompañaros? —le preguntó Evangeline—. Me gustaría oír qué tiene que decir.

Apollo fingió considerar su petición, pero fue sobre todo para asegurarse de que no se marchaba demasiado pronto y se topaba con lord Slaughterwood en el pasillo.

Cuando se encontraba bajo la maldición del Arquero y todos lo creían muerto, leyó en una gaceta que Evangeline había asistido a la fiesta de compromiso de lord Slaughterwood. Hasta entonces no había reaccionado a su nombre, pero Apollo no podía arriesgarse a que se topara con un hombre que podía desencadenar en ella algún recuerdo… o a que Slaughterwood le dijera algo sobre Jacks, con quien Apollo sospechaba que Evangeline había asistido a la fiesta.

—Lo siento mucho, cariño, pero no creo que esa fuera una buena idea. ¿Recuerdas que te dije que la gente creía que estabas compinchada con Jacks? Si alguien descubriera que estuviste en la reunión en la que se reveló su paradero, y más tarde nos esquivara de nuevo, te culparían a ti.

Evangeline apretó los labios. Estaba claro que iba a discutírselo, Apollo no lo dudaba, pero lo que ella dijera a continuación no importaba. Hacía todo aquello para protegerla.

Le acarició la mejilla.

—Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo, y espero que tú comprendas que, mientras me sigas tratando como una prisionera de la que no te puedes fiar, yo actuaré de ese modo en lugar de como tu esposa.

Se alejó de Apollo y, sin decir otra palabra, le dio la espalda y se marchó de la habitación con una estela de cabello rosa volando a su espalda.

Él sintió la necesidad de seguirla, un resquicio de la maldición del Arquero que hizo que deseara detenerla antes de que llegara a la puerta, para prohibirle que se marchara. No lo hizo. Sabía que era mejor que se fuera en ese momento, pues no podía alejarse demasiado.

Aunque Evangeline hubiera decidido que no quería asumir su papel de esposa, eso no cambiaba el hecho de que lo *era*. Era suya. Y, de un modo u otro, al final lo amaría tanto como él la amaba a ella.

Algunos minutos después, Apollo se reunió con lord Slaughterwood en su despacho privado.

Robin Slaughterwood siempre había sido uno de esos tipos amistosos que atraían a la gente como un imán. Pero aquel día no sonreía. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos, la boca en una mueca seria y el rostro cetrino. Parecía haber envejecido cinco años desde la última vez que Apollo lo vio.

—Tienes un aspecto excelente, amigo. El compromiso te sienta bien.

—Eres tan buen mentiroso como siempre —gruñó Slaughterwood—. Estoy fatal, y el compromiso se ha anulado. Pero no estoy aquí para hablar de eso.

—¿Tienes alguna pista sobre Jacks? —le preguntó Apollo.

—No —le dijo Slaughterwood en voz baja, acercándose más al fuego—. Pero no creía que quisieras que mencionara el brazalete de Vengeance Slaughterwood.

—¿Lo has encontrado, entonces?

Apollo intentó no delatar demasiado entusiasmo. El brazalete formaba parte de una vieja historia, de un cuento de hadas de esos en los que él nunca

había creído demasiado. Pero recientemente había descubierto que algunas de las viejas historias contenían más verdad, y más poder, de lo que previamente había creído.

—No —dijo Slaughterwood sin rodeos—. Si existe, mi familia no lo tiene. Pero he encontrado otra cosa que pensé que podía interesarte. —Le entregó a Apollo un pesado pergamino atado con un fino cordón de piel—. Ten mucho cuidado con esto. Y, hagas lo que hagas, no tires las cenizas.



9

Evangeline

Aunque le habían prohibido que abandonara el castillo para visitar al señor Kristof Knightlinger, a la mañana siguiente le entregaron uno de sus periódicos con la bandeja del desayuno.

No era lo que Evangeline quería. Todavía deseaba hacerle al señor Knightlinger una visita para pedirle personalmente que le contara todo lo que sabía sobre su pasado. Sin embargo, como el señor Knightlinger no le había respondido a la carta que le escribió el día anterior, solicitándole que fuera a verla a Wolf Hall, se acurrucó en el sofá para leer su gaceta de sociedad.

El Rumor del Día

salida a medianoche

Por Kristof Knightlinger

Ayer se produjo una gran conmoción en Wolf Hall por la noticia de que Garrick de Greenwood, el líder del Gremio de Héroes, se había reunido en privado con el príncipe Apollo. A mí, por supuesto, no me sorprendió descubrir que Apollo iba a reunirse con el misterioso héroe para encontrar al

ruin lord Jacks. Lo que me pareció sorprendente, no obstante, fue la noticia de la misteriosa escapada nocturna de Apollo, horas después.

Mis perspicaces fuentes dicen que vieron al príncipe marchándose del castillo a caballo al filo de la medianoche, con solo uno de sus guardias de confianza.

¿A dónde iba?

Por lo que sé, todavía no ha regresado, así que solo podemos suponer el motivo de su partida. ¿Ha decidido buscar a lord Jacks él mismo? ¿O es otro misterio el que lo ha alejado de Wolf Hall y de su adorada Evangeline Fox?

Evangeline no *quería* sentir curiosidad. Quería seguir frustrada con Apollo… y lo estaba. Todavía le dolía el hombro, donde el ave de Garrick le había arañado la piel, y sentía un peso en el corazón siempre que pensaba que el príncipe solo era a veces el dulce Apollo de la azotea. No obstante, no podía evitar preguntarse a dónde habría ido.

Mientras se ponía un inmaculado vestido melocotón salpicado de pequeñas flores rosas, blancas y violetas, Evangeline le preguntó a Martine si sabía algo de la salida del príncipe. Pero, como ella, la doncella se había enterado de ello por el periódico.

Entonces tendría que preguntarle a sus guardias. Evangeline se ajustó los lazos que le cerraban las mangas y se preparó para una potencial batalla antes de atravesar las puertas de sus aposentos. Se abrieron al pasillo exterior, donde estaban apostados dos nuevos guardias de brillante armadura.

Los guardias la saludaron de inmediato, con profundas reverencias e intensa atención.

—Buenos días, alteza. Mi nombre es Hansel.

—Y yo soy Victor —dijo el otro.

Evangeline suponía que eran hermanos: tenían el mismo hoyuelo en la barbilla, el mismo cuello grueso e incluso el mismo bigote pelirrojo. Se preguntó brevemente si tener bigote sería un requisito indispensable para ser guardia.

—¿Qué podemos hacer por usted? —le preguntó Hansel con una sonrisa.

Evangeline se olvidó brevemente de la razón por la que había abierto la puerta. Ambos guardias eran nuevos, y hasta el momento parecían *amables*.

Apollo había mantenido su palabra.

Sin duda le había sido fácil cambiar a un par de guardias, pues seguramente tenía a miles de hombres a su disposición. Y no obstante

Evangeline notó que su corazón se ablandaba, solo un poquito.

—¿Podéis decirme alguno de vosotros a dónde ha ido el príncipe Apollo?

—Lo sentimos, alteza. El príncipe no nos dijo a dónde iba —le dijo Hansel.

—Pero tenemos un mensaje para usted —le dijo Victor—. Su tutora acaba de pasar por aquí y nos ha pedido que le entreguemos esto. —Le ofreció a Evangeline un pergamino atado con un cordel de color vino.

No estaba lacrado, y por lo tanto la nota no era privada. Y solo por eso, su corazón se puso en guardia de nuevo.

Estuvo a punto de no leer la nota de la tutora; una prisionera no debería mostrarse ansiosa por obedecer instrucciones. Pero ya había desatado el cordel, así que leyó el mensaje.

> Alteza:
>
> Para la clase de hoy, he pensado que podríamos ver parte de los jardines reales. ¿Podríamos reunirnos media hora antes del mediodía en el Pozo de los Deseos?
>
> Aunque intentaré estar allí a tiempo, no dude en pedir un deseo si me retraso.

Después de firmar la carta, la tutora le había dibujado un concienzudo mapa de los jardines de Wolf Hall. A continuación, en letra tan pequeña que Evangeline estuvo a punto de no verlas, había escrito las palabras: ¡*Venga, por favor*!

Evangeline no sabía si lo que la convencieron fueron las palabras *por favor* o los signos de exclamación. Quizá fue la combinación de ambas cosas, lo que la hizo sentir que aquella petición era quizá algo más que lo que parecía a simple vista.



Las campanas de la torre dieron las once justo cuando Evangeline salía del castillo.

El cielo era de terciopelo gris, lleno de nubes arremolinadas que amenazaban con más lluvia y que le decían que debía avanzar rápidamente por los senderos adoquinados bordeados de setos con estallidos de llamativas flores púrpuras.

Había cuatro jardines principales en el recinto de Wolf Hall: el Jardín Sumergido, el Jardín del Agua, el Jardín de las Flores, y el Jardín Antiguo. Escondidos en el interior de cada uno de estos recintos estaban los cuatro jardines menores: el Jardín de las Hadas, el Jardín del Musgo, el Jardín Secreto y el Jardín de los Anhelos.

Según el mapa que la tutora le había dibujado con minuciosidad, el Jardín de los Anhelos, con su Pozo de los Deseos, estaba situado en el centro del Jardín de las Flores. Al parecer era un recinto amurallado, rodeado por un foso, al que se accedía mediante un puente.

Debería ser fácil de encontrar. El mapa era bastante bueno, y el Jardín de las Flores estaba perfectamente mantenido.

La lluvia del día anterior había pintado los terrenos del castillo de colores suntuosos y tan profundos que Evangeline suponía que, si tocaba alguna flor, sus pétalos le mancharían las puntas de los guantes. Era adorable, de un modo que casi la hacía desear que no lo fuera. No quería que su belleza la hechizara; se parecía demasiado a la sensación de estar de nuevo deslumbrada por Apollo.

Pero era difícil no sentirse al menos un poquito encantada. La niebla plateada se arremolinaba sobre la vegetación como si fuera mágica y añadía destellos brumosos a todos los árboles y arbustos. Era una niebla tan bonita que Evangeline no se dio cuenta de lo densa que era hasta que de repente dio un paso y se percató de que no veía más allá de un par de metros en el camino de piedra. Era tan espesa que ni siquiera distinguía a sus guardias a su espalda. Estuvo a punto de llamarlos, para saber si todavía la seguían, pero después se lo pensó mejor.

En realidad, no quería que los guardias la siguieran y… se le ocurrió una locura.

Puede que perder a los guardias fuera el plan de la tutora. Quizá quería ver a Evangeline a solas. Se suponía que la mujer era experta en todo lo relacionado con Wolf Hall y con la realeza, así que debía saber que el jardín estaría oculto por la niebla. Era posible que la tutora hubiera preparado aquello para contarle algo que no deseaba que otros oyeran.

Era quizá esperar demasiado que ese *algo* también la ayudara a recuperar la memoria, y no obstante se descubrió acelerando el paso.

—Princesa, ¿podría ir más despacio? —le pidió Hansel. O quizá fue Victor. No distinguía quién gritaba, solo que ambos la llamaban.

—¡Parece que la hemos perdido de vista! —gritó uno de ellos.

Evangeline caminó más rápido y abandonó el sendero, para que sus botas no repiquetearan y los guardias no pudieran seguirla con facilidad. La tierra estaba húmeda y tierna bajo sus pies. Pétalos caídos se pegaron al dobladillo de su capa y a las puntas de sus botas.

¡*Ding-dong*!

A lo lejos, el reloj de la torre marcó las once y media.

Temía que iba a llegar tarde, pero entonces vio el puente que conducía al amurallado Jardín de los Deseos. Lo cruzó apresuradamente, dejando un rastro de barro y flores que facilitaría que los guardias la siguieran cuando se acercaran. Pero, con suerte, tendría al menos unos minutos a solas con *madame* Voss.

La niebla se disipaba ligeramente al final del puente y revelaba una puerta redondeada manchada por el tiempo. Evangeline tenía la impresión de que en el pasado había sido de un bronce brillante y de que su color se había desvaído con los años, como un recuerdo que algún día desaparecería por completo.

El pomo tenía una pátina verde que le recordó una historia que leyó una vez, sobre una manija que podía describir el corazón de una persona con solo sentir su mano. Así era cómo sabía a quién debía dejar entrar.

Aunque no recordaba quién protegía el pomo, sabía que alguien con el corazón malvado lo había engañado arrancándose el corazón. Había olvidado qué ocurría después, pero no quería detenerse a recordar. Tenía que entrar en el jardín antes de que los guardias la alcanzaran.

Cuando entró, la niebla se arremolinó alrededor de sus botas. A diferencia del resto de los recintos reales, aquel espacio oblongo estaba asilvestrado, con flores rebeldes y enredaderas ebrias que se enroscaban en los abundantes árboles del jardín y colgaban de sus copas como serpentinas en una fiesta. El sendero estaba totalmente cubierto de un musgo verde azulado que se extendía ante ella como si fuera una alfombra, que la conducía a un pequeño pozo al que, por alguna razón, la maleza había respetado.

Era blanco, con un arco de piedra que sostenía una cuerda y un cubo dorado. Las gotas de lluvia comenzaron a caer de nuevo mientras Evangeline se acercaba al pozo.

Buscó a su tutora a su alrededor. Sus ojos pasaron sobre los árboles y regresaron a la extraña puerta, pero no veía ni oía a nadie. El jardín estaba en silencio, excepto por el creciente tamborileo de la lluvia. Lo que había comenzado como una llovizna se estaba convirtiendo rápidamente en una tormenta.

Evangeline se subió la capucha de la capa y deseó que su tutora llegara. Entonces recordó el final de la nota.

Aunque intentaré estar allí a tiempo, no dude en pedir un deseo si me retraso.

Lo primero que se le ocurrió fue pedir como deseo que la tutora llegara pronto, pero decidió que sería una tontería malgastarlo así. También se preguntó si era posible que la tutora no estuviera siendo literal.

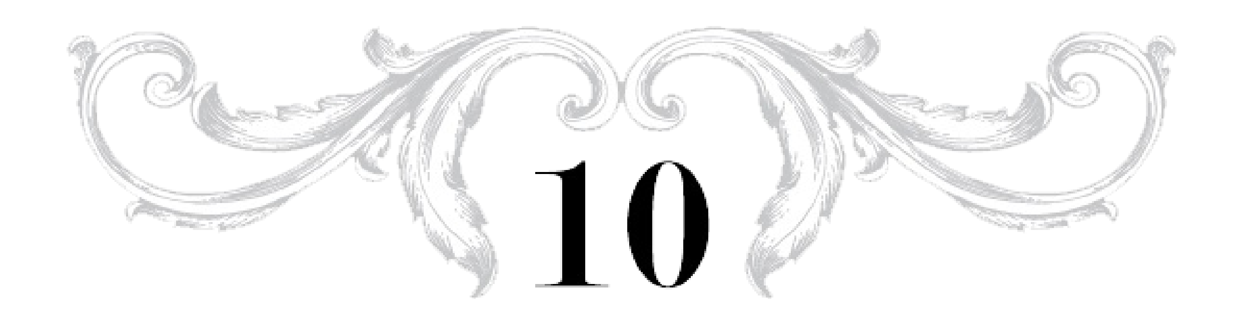
Quizá había algo en el pozo que Evangeline tenía que encontrar. Miró con mayor atención, buscando una pista. Parecía haber algo grabado en los ladrillos.

Consiguió distinguir las palabras: *Instrucciones para pedir un deseo*, pero las otras estaban tan desvaídas que tuvo que inclinarse para acercarse más…

Entonces unas manos la empujaron desde atrás.

Evangeline gritó e intentó agarrarse al pozo, pero el empujón fue fuerte, y la había pillado desprevenida.

Se vio lanzada hacia adelante y cayó como una piedra.



10

Evangeline

Evangeline había oído un sinfín de historias sobre chicas que habían viajado en el tiempo a través de grietas en la tierra, y siempre le había sonado mágico. Se las imaginaba descendiendo como hojas, gentiles y elegantes y de algún modo adorables al caer.

Su caída no fue así. Ella cayó en picado. El golpe contra el agua helada le arrancó el aire de los pulmones, y después se hundió. Su capa y sus botas eran como ladrillos y tiraban de ella hacia abajo, hacia el fondo.

Evangeline no había aprendido a nadar. Podía moverse en el agua, pero apenas.

Frenéticamente, se quitó la capa; así era mucho más fácil mover las piernas. Las botas todavía tiraban de ella hacia abajo, pero temía ahogarse si intentaba desatárselas. Necesitó todas sus fuerzas solo para emerger a la superficie del agua. Afortunadamente, había un trozo de madera sobre la que consiguió mantenerse a flote.

—¡Ayuda! —resolló—. ¡Estoy aquí abajo!

Arriba se oía el graznido de algún pájaro, las ráfagas de aire y la implacable caída de la lluvia contra el pozo, pero no había nada que pudiera usar para apoyar el pie y trepar.

—¿Hay alguien ahí arriba?

Sin dejar de gritar, forcejeó con los cierres de su vestido. La madera la mantenía a flote, pero apenas.

Fue un poco más fácil flotar solo con las enaguas, pero hacía *mucho frío*; estaba congelada. Había empezado a perder fuerza en las piernas y, sin patear, no estaba segura de que la madera pudiera soportarla.

—¡Estoy aquí abajo! —gritó más fuerte, pero por alguna razón su voz sonó más débil—. Ayuda…

Cada vez le costaba más gritar. Y hacía mucho, mucho frío. Los movimientos de sus piernas eran más débiles.

No debería haberle dado esquinazo a sus guardias. Seguramente tampoco debería haberse acercado tanto al pozo, pero no creía que alguien fuera a *empujarla*. ¿Quién habría hecho aquello?

A pesar de que no había visto a nadie, se preguntó, aturdida, si su atacante no habría sido una de esas personas sobre las que le había advertido Apollo.

Usó las fuerzas que le quedaban para moverse hacia un lado del pozo. Intentó agarrarse a una piedra para subir, pero estaba demasiado resbaladiza y ella tenía los dedos entumecidos. Se cayó de nuevo al agua congelada, salpicando.

—¡Evangeline! —gritó alguien. La voz era masculina y desconocida—. ¡Evangeline!

—Estoy… aquí… abajo… —intentó gritar, pero la voz le salió en un susurro.

El desconocido soltó una maldición.

Evangeline intentó ver fuera del pozo, pero la caída era de demasiados metros y las paredes demasiado altas; lo único que consiguió ver fue el cubo dorado, bajando hacia ella.

—Agárralo —le ordenó la voz. Era el tipo de voz a la que habría obedecido aunque su vida no dependiera de ello. No era amable, pero estaba cargada de poder y era tan afilada como la punta de una flecha.

Evangeline rodeó el cubo con sus manos congeladas. Le resultó más difícil de lo que debería, pues tenía los dedos tan fríos que apenas podía cerrarlos.

—¡No te sueltes! —le exigió la voz.

Ella tiritó violentamente, pero obedeció. Cerró los ojos mientras se aferraba al cubo y el desconocido trabajaba con la cuerda, elevándola del agua y subiéndola, subiéndola, subiéndola, hasta la parte de arriba. Tenía la combinación mojada pegada a la piel. Y entonces aparecieron unos brazos, unos brazos poderosos y sólidos, que la agarraron por la cintura.

—Ya puedes soltar el cubo. —El desconocido tiró de ella con cierta brusquedad y la sacó del pozo.

Evangeline seguía temblando, pero su rescatador se aferró a ella como una promesa que pretendiera mantener. Le rodeó la cintura con los brazos y se la acercó al pecho. Evangeline podía sentir su corazón. *Latiendo. Latiendo. Latiendo*.

Sintió la extraña y posiblemente delirante necesidad de tranquilizarlo.

—Estoy bien.

Él se rio, un sonido un poco ronco, roto.

—Si esto es estar bien, no me gustaría saber cuál es tu definición de medio muerta.

—Solo tengo frío.

Evangeline tembló contra su cuerpo mientras estiraba el cuello para verle la cara. El cabello húmedo le cubría los ojos y la lluvia entorpecía su visión. Pero, cuando por fin captó un atisbo de su rescatador, el mundo se volvió de repente más luminoso.

Era guapísimo, inhumano, un ángel guerrero con los ojos azules y el cabello dorado y un rostro que la hizo pensar que quizá debería aficionarse a escribir poesía. Casi parecía resplandecer. Eso la hizo preguntarse si estaría bien, si no estaría de verdad medio muerta y él era el ángel que se la llevaría al cielo.

—No voy a llevarte al cielo —murmuró él mientras la alejaba del pozo. El corazón todavía le latía con fuerza contra su cuerpo.

Entonces, Evangeline empezó a sentirse mareada. La lluvia la azotó como un ciclón y emborronó el jardín y a su ángel dorado hasta que estuvo en otro lugar… En el interior de un recuerdo de lo que parecía un pasillo tenuemente iluminado por la luz de las velas.

La abrazó con tanta fuerza que le dolió, pero ese dolor no le importó. Dejaría que la aplastara, dejaría que la rompiera, siempre que no la soltara. Aquello era lo que quería, y se negaba a creer que él no lo quisiera también.

Sintió el corazón de Jacks latiendo contra su pecho mientras la llevaba a la habitación contigua. Era un caos. Había manzanas y corazones por todo el escritorio. Las sábanas de la cama estaban revueltas. En la chimenea ardía algo que no era solo leña.

El recuerdo era tan real que Evangeline casi notó el calor del fuego.

Hasta que, tan repentinamente como se había zambullido en el recuerdo, se vio sacada de él por la sensación del suelo mojado y duro bajo su cuerpo, seguido por el ronco sonido de las voces.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién le ha hecho esto?

Los rostros empapados por la lluvia de dos guardias a los que no conocía se cernieron sobre ella. El agua goteaba desde sus bigotes hasta el suelo.

Evangeline buscó tras ellos algún rastro del ángel de cabello dorado que la había sacado del pozo, pero no había nadie más allí.



Ni todas las mantas ni todas las chimeneas de Wolf Hall consiguieron detener la tiritera de Evangeline. El frío se había filtrado en sus huesos y en sus venas.

Después de que la llevaran a su dormitorio, sus doncellas la habían ayudado a quitarse la combinación empapada. Hubo cierto debate sobre si debían meterla en una bañera caliente, pero Evangeline temía incluso la idea de sumergirse otra vez en agua. Había optado por una bata suave y la cama.

Ahora, mientras tiritaba, se preguntaba si no había sido un error.

—El médico estará aquí pronto —le aseguró Martine—. Y han llamado a Apollo para que regrese al castillo.

Evangeline se enterró más profundamente en las colchas. Estuvo a punto de decir que no quería ver a Apollo, pero no estaba segura de que eso fuera cierto. Parecía que él había tenido razón sobre el peligro en el que se encontraba allí.

Al principio, no le contó a nadie que la habían empujado al pozo. Mintió y dijo que se había caído. La mentira la hizo sentirse increíblemente tonta. Vio las caras de los patrulleros que la rescataron, sus expresiones, que daban a entender que ambos estaban pensando lo mismo: ¿qué clase de idiota se cae a un pozo?

La clase de idiota que no quiere darle a su marido otra excusa para que le arrebate más libertad, pensó Evangeline, mientras en voz alta intentaba seguir con la farsa entre castañeteos.

No importaba. Cuando los guardias insistieron en llevarla de vuelta al castillo, se dio cuenta de que de todos modos no se habían creído su historia sobre la caída. Le hicieron demasiadas preguntas sobre si había visto a alguien. ¿Todavía tenía la carta de la tutora? ¿Y sabía dónde estaban sus guardias personales, Victor y Hansel?

Evangeline se sintió tonta al darse cuenta de lo confiada que había sido. Aunque quizá el problema no había sido esa confianza, sino haberla depositado en la gente equivocada. Debería haber creído a Apollo, cuando le advirtió que estaba en peligro.

El doctor Stillgrass fue a visitarla y le recetó té caliente y mantas. Pero, cuando probó el té, le supo… extraño. Supuso que contenía algún tipo de sedante y lo vertió en una maceta tan pronto como se quedó sola de nuevo.

No quería que la sedaran. No lo necesitaba, estaba agotada. Pero, cuando se quedó sola, le resultó imposible dormir.

Cada sonido la sobresaltaba. El crepitar del fuego y los crujidos del suelo la hacían tensarse, como el bufón de una caja sorpresa de juguete, esperando a saltar. Cuando cerraba los ojos, casi podía oír los latidos de su corazón.

Una ráfaga fría atravesó la habitación y Evangeline se adentró más en las mantas.

Quizá no debería haberle pedido a las doncellas que se marcharan.

Entonces, en lugar de un crujido oyó pasos, fuertes y seguros, y abrió por fin los ojos.

Apollo estaba junto a su cama. Su capa de terciopelo estaba empapada y tenía el cabello oscuro alborotado por el viento, las mejillas rubicundas y los ojos castaños vidriosos por la preocupación.

—Sé que seguramente no querrás verme en este momento, pero tenía que asegurarme de que estás bien.

Parecía que quería tocarla, pero entonces se pasó la mano por el cabello.

Evangeline se incorporó con cuidado en la cama. Sus dedos se aferraron al borde de la colcha. Y descubrió que ella también quería acercarse a él. Quería un abrazo, quería que la rodearan con los brazos, y sabía que, si se lo pedía, Apollo haría ambas cosas.

Se recordó por qué no podía hacerlo, pero el razonamiento le pareció endeble. Era difícil seguir enfadada con Apollo cuando parecía que la protección que le había dicho que necesitaba era imprescindible.

Dudosa, buscó su mano, le rozó las yemas de los dedos. Las tenía frías, no congeladas, pero lo suficiente como para dejar claro que acababa de volver de su viaje. El día anterior se había negado a confiar en él, pero eso no había evitado que él acudiera cuando lo necesitaba.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo siempre vendré. Incluso cuando no quieras que lo haga.

Apollo se acercó a la cama y entrelazó los dedos con los suyos. Temblaba un poco, como la mañana en la que a ella le robaron la memoria.

Evangeline levantó la mirada y sonrió para tranquilizarlo. Pero, en lugar de ver a Apollo, se imaginó al ángel guerrero del pozo, al guapísimo guardia de cabello dorado cuyos brazos la habían rodeado como bandas de acero. Fue solo un momento, pero el rubor cubrió sus mejillas.

Apollo sonrió. Y, en su aturdimiento, Evangeline debió decir algo, porque la sonrisa del príncipe se amplió antes de contestar:

—Siempre te protegeré, Evangeline. Lo que te dije cuando regresé de la muerte era cierto: nunca te dejaré marchar.



11

Jacks

Jacks siempre se había considerado más sádico que masoquista. Disfrutaba infligiendo dolor, no recibiéndolo. Y aun así no se decidía a abandonar las sombras del dormitorio de Evangeline.

No era una obsesión.

No había ido a visitarla porque estuviera obsesionado.

Solo necesitaba asegurarse de que seguía viva. De que no estaba herida, ni en peligro. De que no era infeliz, ni tenía frío. Estaba a salvo en su cama, y estaría aún más segura cuando él se marchara, pero era demasiado egoísta para hacerlo todavía.

Se apoyó en el poste de la cama y la observó mientras dormía. Nunca había comprendido por qué algunos observaban el sueño de otros… hasta que llegó *ella*.

Castor lo hacía. Decía que eso lo ayudaba a controlar sus deseos.

En el caso de Jacks, conseguía justo lo contrario.

El fuego agonizaba en la chimenea. Pensó en prenderle fuego a la habitación solo para tener una razón para tomarla en brazos y sacarla de allí, para salvarla una última vez antes de despedirse de ella para siempre.

Aunque, por supuesto, si fuera él quien la pusiera en peligro iniciando un incendio, en realidad no la estaría salvando.

—Despierta, princesa. —Jacks lanzó un chaleco de cuero sobre su silueta dormida.

Evangeline frunció el ceño y se frotó los ojos cansados mientras apartaba la prenda. Todavía no lo había visto con claridad, pero en el pasado no había necesitado verlo. Reconocía su voz o notaba su presencia incluso antes de que hablara, y él había visto las reacciones en su cuerpo. Sus mejillas se sonrosaban o se estremecía y entonces fingía que había una corriente de aire. Que no había sido él.

No conocerlo era mejor para ella, pero él era tan canalla que odiaba que lo hubiera olvidado.

Aunque fuera culpa suya que ella hubiera perdido la memoria.

Ese no es un pequeño error que reparar. Si haces eso, el Tiempo te arrebatará algo igualmente valioso, le había dicho Honora.

Jacks había creído que el Tiempo le quitaría algo. No había esperado que se lo robara a ella.

Comparada con su *vida*, la memoria perdida de Evangeline parecía un precio insignificante a pagar. Pero, aunque estuviera viva de nuevo, Jacks jamás olvidaría que la vio morir, que sintió que se quedaba inerte en sus brazos. Eso hizo que se diera cuenta de lo frágil que era ella en realidad. Había creído que estaría más segura en el castillo, con Apollo… y lo estaría, cuando Jacks hiciera lo que necesitaba. Entonces le diría adiós para siempre.

—¿Puedes moverte más rápido? —le preguntó, arrastrando las palabras y lanzándole otra prenda—. No me apetece nada esperar todo el día.

Ella apartó la camisa que acababa de lanzarle e intentó fruncir el ceño mientras murmuraba:

—Fuera todavía está oscuro.

—Exacto. —Jacks le tiró las últimas prendas.

—¿Vas a dejar de hacer eso?

—¿Vas a vestirte de una vez?

Evangeline se apartó toda la ropa de la cara. Jacks observó su expresión desconcertada mientras sus ojos luchaban por adaptarse a la oscuridad. Todavía parecía medio dormida. Tenía los ojos adormilados y cansados. Y aun así no conseguía apartar la mirada de ella.

Desde aquel primer día en su templo, Jacks había deseado mirarla. Había querido saber cómo sonaba su voz, cómo era tocar su piel. La siguió, escuchó su oración… aborreció su oración. Era una de las peores plegarias que había oído nunca. Y, no obstante, no fue capaz de alejarse. Quería un trozo de ella. Quería quedársela para él, para usarla más tarde.

Al menos, eso era lo que se había dicho.

Ella era solo una llave.

Una humana.

No estaba obsesionado con ella.

No era suya.

Se llevó una manzana negra a la boca y le dio un enorme y cortante bocado.

Crunch.

El sonido sobresaltó a Evangeline, que se agarró al borde de la sábana.

—No sabía que te daban miedo las manzanas.

—No me dan miedo las manzanas. Eso es ridículo.

Pero estaba mintiendo. Él podía ver el pulso saltando en su cuello. La había asustado, y eso era bueno. Ella debería tenerle miedo.

Pero parecía que Evangeline no tenía instinto de supervivencia. Estaba ya totalmente despierta, pero no había llamado a sus guardias ni asumido una postura defensiva. En lugar de eso, tenía los ojos muy abiertos. Y durante un segundo quedó dolorosamente claro cuánto había olvidado, porque lo miró como si no pudiera hacerle ningún mal.

—Eres tú —exhaló—. Tú me salvaste la vida.

—Si quieres darme las gracias, date prisa y vístete.

La brusquedad de su voz la hizo encogerse un poco. Jacks sabía que estaba siendo de nuevo un canalla, pero al final, le haría más daño siendo amable.

—¿Por qué estás aquí?

—Tienes que aprender a defenderte de la siguiente persona que intente matarte —le dijo con brusquedad.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Eres instructor?

Jacks se apartó del poste de la cama antes de que ella pudiera mirarlo con demasiada atención.

—Te daré cinco minutos. Después empezaremos, estés vestida o no.

—¡Espera! —exclamó Evangeline—. ¿Cómo te llamas?

Eso ya lo sabes, Pequeño Zorrillo.

Pero, una vez más, no proyectó los pensamientos lo bastante alto para que ella los oyera.

En lugar de eso, le dijo el nombre que había planeado. Sabía que ella no lo recordaría, y él tenía que asegurarse de no olvidarlo.

—Puedes llamarme Arquero.



12

Evangeline

Evangeline se encontró con Arquero en el pasillo. Estaba apoyado contra la pared de piedra, con los brazos firmemente cruzados sobre su pecho, como si esperar no fuera algo con lo que se sintiera cómodo. Apretó la mandíbula cuando ella salió del dormitorio.

En su interior algo se tensó también, justo alrededor de su pecho. La sensación era como una daga, mordaz e incómoda. La notó aún más aguda cuando él la recorrió con su mirada, que se oscureció al clavarse en ella.

Se había puesto la ropa que él le había dado. Sin embargo, de haber estado más despierta, no lo habría hecho. La amplia falda blanca era en realidad la prenda más práctica, ya que las demás no lo eran en absoluto. La blusa rosa era demasiado transparente, el chaleco de piel le estaba demasiado ceñido, y se lo pareció incluso más cuando los ojos de Arquero se detuvieron en él.

Se preguntó entonces si seguir a aquel guardia era una buena idea.

Solo estar cerca de él la hacía sentirse como si ya hubiera tomado una mala decisión.

Él le había salvado la vida, sí, pero ya no le parecía un salvador. Había una dureza casi inhumana en él, una que la hacía imaginar que se cortaría el dedo si accidentalmente le acariciaba la mandíbula.

El atuendo de Arquero era quizá un poquito descuidado para ser un guardia real. Llevaba unas botas altas arañadas, unos pantalones de piel ceñida de cintura baja y dos correas a modo de cinturón con un montón de

cuchillos. Su camisa era amplia y la llevaba abierta en el cuello, y las mangas, subidas hasta los codos, revelaban unos brazos delgados y fuertes. Evangeline todavía recordaba la fuerza con la que la habían rodeado, lo bien que la había hecho sentir ese abrazo. Y durante un desquiciante segundo, sintió celos de cualquier otra a la que él pudiera abrazar.

Esto es definitivamente una mala idea.

Y… ¿Dónde estaban sus otros guardias?

—Había una potencial amenaza —dijo Arquero, notando el movimiento de los ojos de Evangeline de un lado a otro del pasillo tenuemente iluminado —. Han ido a investigar.

—¿Qué tipo de amenaza? —le preguntó.

Arquero se encogió de hombros.

—A mí me pareció el maullido de un gato, pero parece que a tus guardias les pareció otra cosa. —Una comisura de su boca se elevó despacio en lo que casi era una sonrisa. En ese segundo, su rostro entero cambió. Antes había sido guapo, pero ahora había algo casi incómodo en su belleza.

Pero Evangeline no quería que le pareciera guapo. Tenía la sensación de que se estaba burlando de ella, o de que su sonrisa era parte de una broma privada que no la incluía.

Frunció el ceño.

Esto solo hizo que Arquero ampliara su sonrisa. Y eso fue peor: tenía hoyuelos, unos hoyuelos injustos. Se suponía que los hoyuelos eran dulces, pero tenía la sensación de que aquel guardia era cualquier cosa excepto eso.

Se preguntó por última vez si era prudente irse con él, pero entonces decidió no responder a esa pregunta. Porque la verdad era que quería irse con él. Puede que siguiera delirando tras la caída al pozo o por la falta de sueño, o quizá se le había roto algo más que el corazón durante la época que no conseguía recordar.

—¿Nos habíamos visto antes? —le preguntó—. ¿Te conozco?

—No. Normalmente no juego con cosas que se rompen fácilmente. —El guardia descruzó los brazos y se apartó de la pared.

Arquero se movía a través del castillo como un ladrón, con paso elegante y presto mientras atravesaba los pasillos y doblaba esquinas. A Evangeline le era difícil seguirlo, con la falda absurdamente amplia que le había lanzado.

—Date prisa, princesa.

—¿A dónde vamos? —le preguntó cuando por fin lo alcanzó, a los pies de un tramo de escalera.

Evangeline estaba casi sin aire, aunque él abrió una puerta que conducía al exterior con expresión perezosa y casi aburrida.

La joven se cruzó de brazos para protegerse de la ráfaga de aire gélido que entró.

—Está helando ahí afuera.

Arquero sonrió con arrogancia.

—No podrás elegir el clima cuando alguien te ataque.

—¿Por eso me has dado una ropa tan poco práctica?

Su única respuesta fue otra frustrante sonrisa antes de comenzar a caminar por el sendero en la oscuridad.

El aire era aún más frío cuando Evangeline lo siguió al exterior. Debía faltar una hora para el amanecer. La noche era tan negra como un tintero, excepto por las intermitentes farolas que bordeaban el camino del jardín, revelando grandes estanques a cada lado.

La había llevado al Jardín del Agua.

Podía oír las borboteantes fuentes y las cascadas cayendo a lo lejos. De día, suponía que sería fantástico, pero en ese momento, en la hora más fría y oscura de la noche, en lo único en lo que Evangeline podía pensar era en cómo sería caer a esas aguas. Dudaba que los estanques fueran tan profundos como el pozo en el que estuvo a punto de morir el día anterior. Y, aun así, durante un segundo, no pudo moverse.

—Vamos, princesa —la llamó Arquero.

Pero estaba demasiado alejado para que ella lo viera. Evangeline se sintió nerviosa de nuevo, recordando lo que había ocurrido la última vez que perdió a un guardia.

Lo único que podía oír era el rápido sonido de sus pasos.

Después de un ansioso segundo, siguió el sonido. Este la condujo a un desvencijado puente suspendido. Era del tipo que le había encantado de niña, construido con madera vieja y cuerda y seguramente una pizca de imprudencia, ya que parecía bastante inestable. Si llevara una moneda en el bolsillo, la abría lanzado al río que corría debajo y habría pronunciado una oración muda por su seguridad.

Oía el agua golpeando las rocas, pero no oía los pasos de Arquero.

—¿Arquero? —llamó.

Nadie respondió.

¿La había despistado a propósito? No quería creerlo. Sabía que seguirlo era mala idea y, aun así, en su interior, había esperado que fuera buena.

Quizá había llegado el momento de regresar al castillo.

El puente se bamboleó bajo sus pies cuando se giró. Entonces unos brazos fríos la rodearon repentinamente, inmovilizaron sus brazos a sus costados.

—No grites —le susurró Arquero al oído—, o te tiraré del puente.

—No te atreverías —jadeó.

—¿Quieres ponerme a prueba, princesa? Porque me atrevería a mucho más.

La arrastró con facilidad hacia el borde del puente y la inclinó sobre la escasa barandilla de cuerda hasta que su cabello colgó sobre el agua que corría debajo. Evangeline tenía la sensación de que Arquero podía tirarla aunque no gritara, solo para verla caer.

—¿Estás loco? —Se retorció contra el cuerpo del guardia.

Él se rio entre dientes.

—Tendrás que esforzarte más.

—¡Creí que se suponía que ibas a enseñarme a hacerlo!

—Primero quiero descubrir lo que sabes hacer.

Arquero se inclinó sobre su espalda hasta que su boca estuvo junto a la oreja de Evangeline. Ella creyó sentir sus dientes, mordisqueándola mientras hablaba.

El corazón se le aceleró. Era evidente que, después de todo, estaba loco.

Intentó darle un cabezazo.

Él retrocedió rápidamente.

—Fácil de esquivar.

Evangeline dio un pisotón apuntando a su pie, pero lo único que consiguió fue que el desvencijado puente se balanceara.

—Empiezo a creer que no quieres escapar.

Esta vez, Arquero le mordisqueó la oreja de verdad; unos dientes afilados le arañaron la piel. Evangeline se preguntó si le gustaba hacerle daño a la gente, o solo a ella. Algo en aquello empezaba a parecerle personal. No obstante, los mordisquitos de su oreja no le dolieron tanto como la perturbaron.

—¿Quieres que te tire del puente? —la provocó.

—¡Claro que no! —chilló.

—Entonces, ¿por qué no luchas? —Parecía enfadado.

—Hago todo lo que puedo.

—Y yo no, lo que significa que tienes que esforzarte más. Dame una patada.

Evangeline apretó los dientes y lanzó una patada hacia atrás. Apuntó entre las piernas del joven, pero solo consiguió levantar la parte de atrás de su

absurda falda.

—Buen trabajo, princesa.

—¿Te estás burlando de mí?

—Esta vez no. Me has obligado a cambiar de postura. Con una patada así, la mayor parte de los atacantes cerrarán un poco las piernas. Eso te permitirá cambiar de postura. Da un paso adelante con la pierna derecha —le ordenó—. Después, mueve la pierna izquierda de modo que quede a mi espalda.

—¿Qué vas a hacer?

—Hazlo. No te soltaré hasta que hayas aprendido.

Arquero tensó sus brazos fríos. Una gota de lluvia cayó, seguida de otra y de otra. En cuestión de segundos, la fina blusa de Evangeline estaba empapada, como lo estaba la de él. Podía sentirla pegándose a su espalda en los lugares que no cubría su chaleco mientras él la abrazaba con tanta fuerza que casi le dolía.

Al final, Evangeline hizo lo que él le dijo. Dio un paso a la derecha con una pierna, y después movió la otra hacia atrás. Él tenía razón. Eso cambió su posición, aunque parecía que solo había conseguido enredarlos.

—Ahora agárrame —le ordenó Arquero.

—¡Tengo los brazos inmovilizados!

—Pero las manos las tienes libres.

Las tenía, pero aun así no se decidía a agarrarlo.

—Hazlo —repitió—, y después usa la cadera para cargar con mi peso y lanzarme.

Arquero la sostuvo con fuerza. Le rodeó las costillas firmemente con el brazo y le colocó el otro justo debajo de la cintura, casi en las caderas, con los dedos extendidos de un modo que la hizo pensar que no quería inmovilizarla tanto como deseaba tocarla, tanto como anhelaba abrazarla en ese puente, en la oscuridad, donde solo estaban ellos dos y la lluvia y demasiados latidos acelerándose entre ambos.

Al final, Evangeline le agarró las piernas. Todo estaba mojado y resbaladizo. Se le escurrieron los dedos contra el cuero de los pantalones mientras el puente se balanceaba.

Perdió el equilibrio. La tabla que estaba bajo sus pies desapareció.

—No… —gimió.

Arquero se movió ridículamente rápido para protegerla y hacerla girar mientras caían. Cuando aterrizaron, justo junto a la tabla rota, fue la espalda de él la que golpeó el puente con un sonoro crujido.

Evangeline lo oyó gruñir, como si el golpe le hubiera arrancado el aire de los pulmones, pero no la soltó. Si acaso, la sostuvo más fuerte.

Podía sentir su trabajosa respiración contra su cuello mientras estaban allí, tumbados sobre el puente roto. Se le había subido la blusa en la pelea, y los dedos de Arquero estaban ahora sobre su vientre desnudo.

La lluvia caía con fuerza. Cada centímetro de su piel estaba empapado. Pero lo único que sentía era las yemas de los dedos de Arquero, viajando despacio hacia la cinturilla de su falda.

—Ahora es cuando te liberas —le dijo él en voz baja.

—No quiero hacerlo —replicó ella, pero las palabras sonaron mal, jadeantes. Y a pesar del frío y de la humedad, notó que el calor viajaba desde sus mejillas hasta la piel desnuda que había bajo las manos de Arquero—. Quiero decir, que antes necesito recuperar el aliento.

Él la regañó con un chasquido de lengua.

—No debes recuperar el aliento. Si dejas de luchar, pierdes. —Levantó una mano helada hasta su garganta y Evangeline notó la punta afilada de un cuchillo contra su cuello.

Se quedó muy quieta, o lo intentó. Era sorprendentemente difícil no moverse con una daga en la garganta y una mano rodeando íntimamente su vientre.

—¿Estás loco?

—Sin duda.

Arquero movió despacio la daga, dibujando una cuidadosa línea sobre el pulso de Evangeline. No le cortó la piel, pero el efecto seguía siendo desquiciante.

—*Nunca* te creas a salvo —la riñó. Su cuchillo trazó una línea desde el hueco en su garganta hasta el centro de su pecho, bajando por los cordones de su vestido.

Evangeline contuvo el aliento. La punta de la daga se detuvo justo debajo de los cordones. Solo necesitaría un pequeño movimiento para deshacerlos.

No.

No estaba segura de si la palabra la había pensado él o si lo había hecho ella. Casi había sonado como la voz de Arquero en su cabeza.

Entonces, en un movimiento imposible, Arquero la puso en pie y la soltó con la misma velocidad.

Ella se tambaleó, retrocediendo sobre sus piernas débiles.

Arquero estaba empapado. El agua goteaba desde su cabello dorado hasta sus mejillas pálidas, pero ni siquiera estaba tiritando. Se quedó allí, agarrando

el cuchillo que había sostenido contra su cuello. Tenía los nudillos blancos, pero quizá era solo el frío.

—Más tarde probaremos de nuevo.

—¿Y si no quiero intentarlo más tarde? —jadeó ella.

Él sonrió, una expresión que decía que le resultaba muy tierno que ella creyera que tenía opinión.

—Si eso es lo que quieres, entonces tendrás que esforzarte más para ahuyentarme cuando acuda a tu dormitorio. Hasta entonces, lleva esto. A todas partes.

Arquero le lanzó su daga.

Giró, empuñadura sobre punta. Las joyas destellaron bajo la luz, y de repente Evangeline vio una imagen de aquel cuchillo. Pero no estaba en el aire; estaba en un suelo oscuro. Y no era cualquier imagen, sino un recuerdo.

Faltaban muchas de sus piedras preciosas, pero la empuñadura del cuchillo seguía destellando bajo la luz de las antorchas, vibrando en azul y púrpura, el color de la sangre antes de ser derramada.

El recuerdo fue fugaz.

Mientras se desvanecía, Evangeline miró el cuchillo que tenía en la mano. Era sin duda la misma daga. Tenía las mismas piedras preciosas azules y púrpuras, y le faltaban las mismas incrustaciones.

No sabía si siempre había sido de Arquero o si en el pasado fue suya, pero estaba segura de que él le había mentido al decir que no la conocía.

Quería preguntarle por qué, y quería preguntarle por el cuchillo.

Pero, una vez más, de repente había desaparecido.



13

Apollo

Apollo estaba ante la chimenea de su despacho privado, con las manos entrelazadas a la espalda, la barbilla levantada, la mirada bajada. Era una pose que había asumido frecuentemente para los retratos, como el que en aquel momento colgaba sobre la repisa de la chimenea. Por supuesto, en aquel retrato era más joven. Lo habían pintado antes de conocer a Evangeline, antes de morir y de ser reemplazado en menos de una semana por un impostor. Y uno muy mediocre, encima.

Apollo sabía que todavía era joven. Había vivido solo veinte años… y habían sido veinte años tranquilos, lo que dificultaba bastante que su vida inspirara a bardos y trovadores. Le gustaba pensar que, de haber vivido un poco más antes de su supuesta muerte, su legado no se habría desechado tan rápidamente. No obstante, seguía sintiéndose decepcionado consigo mismo por haber perdido tanto tiempo.

Aunque regresar de la muerte le había dado ventaja para construir un legado que no fuera tan fácilmente olvidado, sabía que solo eso no sería suficiente para crear el futuro que quería, para asegurarse de que nadie volviera a hechizarlo ni a usarlo de algún otro modo para dañar a Evangeline.

Tenía que hacer algo más.

Desplegó el pergamino que lord Slaughterwood le había entregado hacía solo dos días. Como las veces anteriores, empezó a incendiarse, no lo suficiente para quemarlo pero sí para destruir la página y convertirla en

ceniza. Comenzó por las palabras de la parte inferior del pergamino; siempre se quemaban antes de que pudiera leerlas. Pero ya había leído suficiente, y sabía qué tenía que hacer exactamente.

Pero primero tenía que asegurarse de que Evangeline estaba segura.

La llamada a la puerta llegó justo a tiempo.

Apollo tomó aire profundamente y se preparó para lo que temía que iba a ocurrir a continuación.

—Adelante —dijo, haciendo una mueca mientras la puerta de su despacho se abría y Havelock entraba.

El guardia vio de inmediato la página en llamas en la mano de Apollo y las cenizas en el suelo.

—¿Interrumpo algo?

—Nada importante.

Apollo dejó caer la humeante página al suelo. Como todos los relatos del Norte, estaba aquejado por la maldición de las historias. Aquel en particular se quemaba cada vez que se abría.

La página ardería hasta que fuera solo un montón de ceniza. Después volvería a formarse… de un modo muy parecido a lo que Apollo estaba haciendo con su vida y la de Evangeline.

—¿Qué novedades me traes sobre el ataque a la princesa Evangeline? —preguntó.

El guardia hizo una reverencia y tomó una inspiración atribulada.

—La tutora de la princesa sigue declarándose inocente. *Madame* Voss jura que ella no le envió a la princesa la carta que la llevó hasta el pozo. Afirma que los guardias mienten.

Apollo se pasó una mano por el cabello.

—¿Qué dicen Victor y Hansel?

—Mantienen su historia. Dicen que la tutora les entregó la carta y que perdieron a Evangeline en la niebla cuando esta fue a reunirse con ella. Juran que no forman parte de ningún complot.

Apollo hizo una mueca.

—¿Crees que dicen la verdad?

—Parecían sinceros, alteza, pero es difícil saberlo. La tutora también parecía sincera.

Apollo suspiró y miró el suelo, donde la página casi había terminado de arder.

—Victor, Hansel y la tutora seguramente están compinchados —dijo.

Deseó retirar las palabras tan pronto como las pronunció.

Pero era demasiado tarde. Había sido demasiado tarde desde que le ordenó a Victor y a Hansel que le entregaran a Evangeline la nota falsificada de la tutora, que fingieran que la perdían de vista en los jardines y que después la empujaran al pozo. Pero Evangeline no le había dejado opción. Se había negado a creer que estaba en peligro, y él tenía que demostrarle que se equivocaba.

No había pretendido que la lección fuera tan traumática. Esperaba que los guardias que patrullaban los jardines la encontraran antes. Ese había sido un error, pero no había querido involucrar en su plan a más gente de la necesaria.

—Sigue torturando a la tutora… Creo que es posible que se derrumbe, sobre todo si le dices que has matado a Victor y Hansel.

Havelock palideció.

Apollo le dio una palmada en el hombro y, una vez más, se sintió tentado a cambiar de rumbo. A decirle a Havelock que dejara a Victor y a Hansel en prisión. Odiaba perder a aquellos soldados concretos. Habían demostrado ser admirables, pero no estaba seguro de cuánto perduraría su lealtad. Y lo último que necesitaba era rumores de que había sido él quien había orquestado el atentado más reciente sobre la vida de Evangeline.

—Sé que Victor y Hansel son amigos tuyos, pero han traicionado a Evangeline. Tenemos que dar ejemplo con esto.

Havelock asintió con debilidad.

—Me aseguraré de que se hace esta noche.

Apollo sintió una punzada de algo similar al remordimiento. Odiaba hacerlo, y odiaba que las cosas hubieran llegado a aquello, que la falta de confianza de Evangeline en él lo hubiera obligado a tomar decisiones tan drásticas. Pero estaba haciendo lo correcto.

Estaba protegiendo a su esposa de todos, incluido él mismo.



14

Evangeline

Arquero no era un ángel ni un salvador. Era voluble, posiblemente peligroso, y aun así Evangeline tenía la sensación de que era su mayor baza para recuperar su memoria.

Una vez más, miró la daga que Arquero le había dado. Lo que había recordado de ella no le daba demasiado con lo que seguir, así que quizá era más una miguita de pan que un recuerdo en condiciones, pero todo amante de los cuentos de hadas sabía que siempre merecía la pena seguir un rastro de miguitas de pan.

Y Evangeline planeaba seguir aquel allá a donde la condujera.

Un recuerdo podía ser una coincidencia.

Pero había visto a Arquero dos veces y ambas habían desencadenado vívidos recuerdos, y con ellos la esperanza.

Después de despertar antes del alba y de pasar las horas más oscuras forcejeando con Arquero bajo la lluvia, Evangeline debería haberse arrastrado de nuevo a la cama, agotada.

En lugar de eso, estaba eufórica. Era como si hubiera encontrado un fragmento de su antiguo ser. Y era uno de sus fragmentos favoritos. Era la parte de sí misma a la que le encantaba sentirse esperanzada. Había olvidado que la esperanza podía hacer que los colores fueran más brillantes y los sentimientos más cálidos, como si pudiera cambiar las ideas de lo que *no era* a lo que *era* posible.

Sus recuerdos no se habían desvanecido para siempre; solo estaban perdidos, y ahora tenía la esperanza de encontrarlos.

Como Arquero ya había conseguido que recordara dos cosas, tenía sentido esperar que, cuando lo viera de nuevo, recordaría más. Y si no era así, al menos le pediría que le contara de qué se conocían.

Pero esta vez no esperaría a que él fuera a buscarla.

Su plan consistía en solicitar una visita guiada por Wolf Hall, una que incluyera las viviendas de los guardias y los soldados. Sabía que Arquero le había dicho que darían otra clase más tarde, pero no quería esperar hasta que fuera *más tarde*. Quería verlo de nuevo ese mismo día.

—Disculpe, alteza —le dijo Martine con voz aguda—. Antes de marcharse quizá querría echarle un vistazo a esto. Llegó mientras hablaba con la aprendiz del médico.

La doncella le entregó una nota de color crema con el sello de Apollo en el lacre, que Evangeline rompió rápidamente antes de leerla.

Mi dulce Evangeline:

Siento que mis muchos deberes reales me mantengan hoy alejado de ti. ¿Me harías el honor de acompañarme para cenar una hora después del ocaso en el Patio de Columnas?

Estoy deseando verte, y también te presentaré a unos invitados especiales.

Con todo mi amor,
Apollo

—¡Deberíamos empezar a prepararla de inmediato! —exclamó Martine, que ni siquiera intentó esconder que había estado leyendo sobre el hombro de Evangeline.

—¿De verdad necesito empezar a vestirme ya para la cena? —Acababa de pasar el mediodía, lo que le debía dejarle al menos un par de horas para buscar a Arquero—. Es solo una cena.

—Nada es solo una cena si sucede en un castillo —replicó Martine—. Cuando un príncipe dice cena, en realidad quiere decir *banquete*. Todos estarán allí. Todos los cortesanos, todos los nobles, todos los miembros de las Grandes Casas, todos los guardias…

—¿Todos los guardias? —repitió Evangeline, pensando de inmediato en Arquero.

Si iba a estar en la cena, no tendría que buscarlo antes. Y si esa cena era una reunión tan concurrida como Martine la hacía sonar, seguramente le sería fácil escabullirse para tener una conversación privada.



Apollo

Apollo debería haber elegido una ubicación distinta para la cena.

El Patio de Columnas era una de las estancias más impresionantes de Wolf Hall, con un techo de cristal abovedado que se alzaba tres plantas y que proporcionaba una vista excelente de las estrellas. Ocho enormes columnas formaban un círculo en el centro de la habitación con estatuas talladas de los Santos Olvidados. Apollo creía que eran mucho más espectaculares que las estatuas de los Valor en la bahía, ya que estas todavía tenían cabeza. Además, estaban talladas en la inusual piedrastrella, que resplandecía por la noche, añadiendo un aspecto sobrenatural al patio que esperaba que le encantara a Evangeline.

Pero ahora se arrepentía de la decisión.

Debería haber sido más cauto.

Las columnas eran impresionantes, pero también le impedían ver todo el patio y las puertas que conducían al exterior. Los guardias estaban allí, por supuesto, buscando cualquier rastro de Jacks. Pero, al final de la noche, la mitad de los guardias estarían tan borrachos como los invitados. Era lo que pasaba siempre en esas fiestas.

Apollo nunca había sido demasiado estricto con sus guardias durante las cenas de celebración. El mayor peligro en aquellas reuniones era que los brindis se prolongaban demasiado, y dejar que los guardias bebieran era un modo fácil de mantener su lealtad. Apollo no quería arriesgarse a perder parte

de esa lealtad ahora, sobre todo desde que había tenido que renunciar a Victor y Hansel. Tendría que mantener cerca a Evangeline toda la noche.

La notó tan pronto como entró en el patio: una vibración en su piel, agradable e incómoda a la vez, como la atracción que sentía por Evangeline. Era un efecto secundario de la maldición del Arquero que todavía perduraba, aunque cuando estuvo hechizado era mucho más fuerte, como un fuego quemándole la piel que sentía que solo ella podía extinguir.

Se giró para mirarla mientras entraba en la estancia, y todo lo demás se difuminó.

Las mesas llenas de comida, los invitados con sus mejores galas, las columnas y las grandes velas que lo rodeaban se emborronaron un instante, como una acuarela desdibujada por la lluvia.

En mitad de todo ello, Evangeline brillaba, elegante, inocente y preciosa.

Cuando pudo concentrarse de nuevo en la fiesta, Apollo se dio cuenta de que todos los demás ojos estaban clavados en ella. No podía prestar demasiada atención a cómo la observaban los demás invitados. Algunos solo sentían curiosidad, pero ciertas miradas lo pusieron en guardia, y un par lo hicieron desear cortar algunos cuellos.

Intentó no enfadarse demasiado. Era la mujer más guapa de la estancia, y no podía culpar a los demás por mirarla.

Pero quería dejar claro que ella le pertenecía.

Evangeline no lo vio acercarse. Se estaba moviendo en silencio por la habitación, con los ojos abiertos por el asombro mientras miraba las resplandecientes columnas.

Le habían recogido el cabello y su vestido tenía un escote generoso y unos tirantes finos que parecía que podían romperse solo con chasquear los dedos. Quizá, si jugaba bien sus cartas, ella le permitiría hacerlo, más tarde aquella noche.

Se acercó a ella en silencio.

—Estás preciosa —susurró. Después, porque era suya y porque podía hacerlo, posó un beso suave y prolongado en su nuca.

Notó que la piel de la joven se calentaba contra sus labios. Pero después Evangeline se tensó.

Esperaba no haber desencadenado un recuerdo.

Despacio, le puso una mano en la parte baja de la espalda y se detuvo a su lado.

—Espero no haberte asustado.

—En absoluto —le contestó ella, con una voz extrañamente aguda—. Es solo que no esperaba ver a tanta gente aquí. —Sus ojos sobrevolaron la habitación.

Apollo no sabía si solo estaba nerviosa o si estaba buscando a alguien. Esto último no debería ser posible, ya que no recordaba a nadie… o se suponía que no lo hacía.

A lo lejos, el trovador comenzó a cantar. La letra hablaba de Apollo el Grande y del Temible y pronto Difunto Jacks. *Es un monstruo entre hombres, un pecado mortal andante que matará a tus hijos y te robará a tu amante. Permite que se acerque demasiado y te dejará agonizante*.

La gente que estaba cerca se balanceaba al ritmo de la música, pero Evangeline parecía visiblemente incómoda. Había dejado de buscar con la mirada, y Apollo se preguntó si sería cierto que la gente la ponía nerviosa.

Su esposa nunca le había parecido tímida, pero recordó que el día de su boda había estado muy inquieta.

—Me gustaría que esta noche hubiera sido más íntima, pero toda la corte quería estar aquí y es importante que sepan que somos felices y que estamos bien. —Le quitó la mano de la espalda y entrelazó los dedos con los suyos—. No te preocupes. Esta noche, quédate cerca de mí.

La mantuvo a su lado mientras empezaban a saludar a los invitados uno por uno.

Apollo siempre había odiado aquella parte, pero Evangeline pareció animarse a medida que la gente la saludaba con sonrisas y abrazos, halagándole desde el sonido de su voz al color de sus mejillas y a los rizos de oro rosa de su cabello.

A él le habría gustado que las conversaciones estuvieran un poco más inspiradas, pero suponía que podría haber sido peor. Fue durante una de las conversaciones sobre su cabello cuando Apollo se alejó solo un minuto para buscar una copa de vino. Aquellas cosas eran mucho mejores con una copa en la mano, aunque parecía que había elegido el momento equivocado para marcharse.

Cuando regresó junto a su ruborizada esposa, Evangeline se estaba riendo de algo que lord Byron Belleflower había dicho. Belleflower soltó otra gracieta y ella se rio de nuevo, con la sonrisa más amplia que Apollo había visto en toda la noche.

Desgraciado.

En la reunión del consejo, Belleflower prácticamente había pedido la cabeza de Evangeline. Y ahora estaba intentando seducirla.

—Parece que no puedo darme la vuelta un segundo —dijo Apollo mientras tomaba la mano de Evangeline con soltura y la acercaba a su lado.

—No debes sentirte amenazado, alteza. No deseo robarte a tu esposa. Solo le estaba contando algunas historias sobre nosotros, cuando éramos niños. Pensé que le vendría bien divertirse un poco después de la semana que ha tenido. —Belleflower se llevó una mano al corazón mientras se giraba de nuevo hacia Evangeline—. También quería decirte que me he enterado de tu caída de ayer. Me alegro de que te encontraran a tiempo y de que los guardias responsables de poner tu vida en peligro hayan sido sacrificados como los perros que son.

—¿Sacrificados…? —repitió Evangeline. La sonrisa desapareció de su rostro y sus ojos amables se llenaron de alarma.

Apollo habría matado a Belleflower.

—Creí que solo habían detenido a mis guardias para interrogarlos —dijo Evangeline, girándose para mirarlo.

—No hay necesidad de inquietarse, cielo —le contestó Apollo con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora—. Creo que nuestro amigo lord Belleflower ha sacado sus noticias de la prensa amarilla. Lo único que se ha sacrificado esta noche es la bestia que vamos a cenar. Ahora, si nos disculpas…

Se acercó a Evangeline mientras la alejaba del taimado lord Belleflower.

Pero parecía que el daño estaba ya hecho. El destello de luz que había visto antes había abandonado los ojos de la joven, y sus dedos estaban fríos en su mano.

Apollo detuvo rápidamente a un criado que pasó junto a él con copas de vino plateadas.

—Toma, cariño. —Tomó un cáliz y se lo entregó a Evangeline—. Creo que es el momento de brindar, ¿tú no? ¡Amigos! —exclamó Apollo, atrayendo la atención de todos—. Me temo que mi corte ha olvidado cómo se celebra. Mucho de lo que he oído esta noche son cumplidos sosos y rumores poco inspirados, ¡así que levantemos las copas por la gloria de regresar de entre los muertos y por la magia del verdadero amor!



16

Evangeline

Era el tipo de fiesta que Evangeline se había imaginado cuando era niña y su madre le contaba cuentos de hadas: una preciosa sala de baile llena de personas encantadoras engalanadas con atuendos deslumbrantes. Y ahora ella era una de esas personas. Con un vestido fulgurante, del brazo de un príncipe… al menos hasta que él elevó su copa para hacer un brindis.

Apollo mantuvo el vino sobre su cabeza mientras la gente se reunía a su alrededor y alzaba sus copas.

Evangeline hizo lo mismo, aunque no le apetecía mucho beber después de enterarse de que Hansel y Victor habían muerto. Ambos le habían parecido muy amables, y era difícil creer que pudieran haber tenido algo que ver con el intento de asesinato. Pero ese era uno de los problemas de tener lagunas de memoria: hacía que muchas cosas fueran difíciles de creer.

Intentó buscar a Arquero disimuladamente entre los grupos de cortesanos y guardias. Antes, habría jurado que Apollo la había pillado mirando y que se había molestado un poco, como si eso lo pusiera celoso.

Mientras estaba ocupado con su brindis, tenía otra oportunidad de examinar la estancia. Casi nada había cambiado desde que llegó; todo eran columnas brillantes e invitados bien vestidos.

No veía a nadie que se pareciera a Arquero.

—¡Que todos los que aquí buscáis el amor verdadero lo encontréis, y que caigan maldiciones sobre los que se interpongan en su camino!

La multitud hizo tintinear sus copas y coreó a Apollo.

—¡Por el amor y las maldiciones!

Evangeline se llevó la copa a los labios, pero no se decidió a beber. Comprendía que se brindara por el amor, pero no por las *maldiciones*. Era perturbador que nadie más pareciera compartir su sentimiento. El embriagador aroma del vino llenó el patio mientras los invitados vaciaban sus copas y se teñían los labios.

Y solo por un segundo, Evangeline tuvo el fugaz pensamiento de que, si aquello era un final feliz, ya no estaba segura de quererlo.

—Eres lo bastante lista como para no beber en un brindis así —canturreó una voz musical.

Evangeline se giró para buscar su origen, alejándose ligeramente de Apollo.

Si antes había creído que su mundo era extraño, este estaba a punto de volverse aún más peculiar.

La chica que se había acercado a ella parecía de verdad una princesa de cuento de hadas, de esos en los que la gente brindaba por cosas como el honor y el valor en lugar de hacerlo por poco meditadas maldiciones. Tenía la cara con forma de corazón, unos brillantes ojos verde botella y el cabello del resplandeciente color de las violetas.

Debido a sus rizos del color del oro rosa, Evangeline estaba acostumbrada a ser la única chica de la habitación con un cabello inusual. Casi esperaba sentir una pequeña punzada de envidia… pero cuando la chica sonrió, resultó tan increíblemente dulce que en lugar de eso sintió una especie de afinidad con ella.

—¿Sabías que hay una vieja historia del Norte que dice que no se necesita un hechizo mágico para lanzar una maldición? —musitó la chica de cabello violeta—. Se creía que, al principio, el Norte estaba tan lleno de magia que a veces la palabra *maldición* era suficiente para ejecutarla, siempre que la persona que la oía creyera lo que se estaba diciendo.

—¿Eso es lo que crees que ha ocurrido esta noche? —le preguntó Evangeline.

La chica sorbió su copa con una sonrisa felina.

—Creo que, afortunadamente, esa magia murió hace mucho. Pero también creo que todo es posible. —Le guiñó el ojo—. Soy Aurora Vale, por cierto, y es un placer conocerte, alteza.

La chica hizo una reverencia perfecta y susurró:

—Ahora vas a conocer a mis padres.

El aire cambió cuando dos personas se acercaron. Momentos antes todo había estado lleno de brindis, del tintineo del cristal y del olor ácido del vino de ciruela. Pero ahora, mientras la madre y el padre de Aurora se acercaban, se hizo un extraño silencio. Las copas dejaron de tintinear, los pasos cesaron, la gente pausó sus conversaciones para mirar a la pareja con curiosidad.

Evangeline también la sentía. Como en el caso de su hija, aquella pareja la hizo pensar en otra era en la que la sangre se derramaba más a menudo que el vino, y en la que incluso la gente más débil tenía que ser dura para sobrevivir.

La madre de Aurora se movía de un modo especial. En lugar de hacer todo lo posible por resultar fascinante y deslumbradora y por llamar la atención sobre sus joyas (algo que ni siquiera habría sido posible, ya que no las llevaba), la mujer se movía a través de la multitud como una flecha a través de la noche, elegante y segura. Evangeline tenía la impresión de que estaba más acostumbrada a caminar por el campo de batalla que por una sala de baile.

El padre de Aurora era tan rudo como su hija hermosa. Tenía los hombros anchos y una espesa barba, y la cicatriz que bajaba por el lado derecho de su cara era tan brutal que Evangeline no estaba segura de cómo había sobrevivido a aquel tajo.

Vio que el hombre le daba a Apollo una palmada en el hombro con una mano que era como la de un oso.

—Gracias por invitarnos, alteza.

—Cómo no —dijo Apollo. Su sonrisa era amplia, pero también parecía un poco tensa en las comisuras, como si él también notara el poder que emanaba la pareja y eso lo pusiera nervioso—. Evangeline, deja que te presente a lord y *lady* Vale y a su hija, Aurora, a la que parece que ya conoces.

—Es un placer —dijo Evangeline.

—El placer es todo nuestro —dijo *lady* Vale, que de inmediato rodeó a Evangeline con los brazos. Era una fracción del tamaño de su marido, pero el abrazo fue inesperadamente feroz y muy cálido—. Tu querido esposo me ha contado tantas cosas maravillosas de ti que es casi como si te conociera.

Podría haber sido un efecto de la resplandeciente luz de las velas que iluminaba la estancia, pero cuando se apartó, le pareció que los ojos de *lady* Vale estaban llenos de lágrimas.

Evangeline iba a preguntarle si se encontraba bien, pero Apollo, que todavía parecía un poco incómodo con la familia, habló antes de que pudiera hacerlo.

—Los Vale se han trasladado a Valorfell desde las tierras más lejanas del Norte —le explicó—. Han asumido con valentía la inmensa tarea de reconstruir Merrywood.

Conozco ese nombre, estuvo a punto de decir Evangeline. Pero no lo conocía, en realidad no. Solo le sonaba familiar. Quizá lo había oído mencionar antes, aquella misma noche. O quizá lo recordaba…

—¿Qué es Merrywood? —preguntó.

—Merrywood engloba todas las tierras que pertenecieron a una antigua Gran Casa. Se trata de un bosque, de una aldea y de una mansión que se quemó hace cientos de años —le explicó Apollo.

Evangeline vio en su mente un atisbo de una casa destrozada de la que solo quedaba en pie una humeante escalera. Seguramente era solo un intento de imaginar, pero durante un segundo, se preguntó si de verdad sería un recuerdo. Puede que fuera esa la razón por la que aquella familia ponía nervioso a Apollo, porque estaba reconstruyendo un lugar que de algún modo estaba relacionado con su memoria perdida.

—¿Cómo se produjo el incendio de la mansión? —preguntó.

—Nadie lo sabe en realidad —le dijo Apollo—. La mayor parte de los hechos se ha perdido, debido al tiempo y a la maldición de las historias.

—No se ha perdido del todo —replicó Aurora alegremente—, aunque puedo entender por qué no se cuenta a menudo. Es una historia muy trágica.

—Entonces quizá no deberías contarla tú tampoco —le dijo lord Vale.

—Pero la princesa ha preguntado por ella —protestó Aurora.

Tanto lord como *lady* Vale echaron a su hija una mirada que bordeaba la reprimenda, como si no quisieran hacer una escena pero tampoco desearan tener aquella conversación.

—Es cierto, lo he preguntado yo —dijo Evangeline, que no quería meter a Aurora en ningún problema. Pero estaba ansiosa por saber más, por descubrir si eso la ayudaba a recordar.

—Lo cierto es que no es una historia para una fiesta —dijo *lady* Vale, que ahora parecía especialmente incómoda.

—Aun así, me gustaría oírla —insistió Evangeline—. No conozco tantas historias del Norte como me gustaría.

—Bueno, entonces deja que yo te instruya —dijo Aurora.

Sus padres parecían nerviosos, pero Aurora era imparable.

—Vengeance Slaughterwood, de la Casa Slaughterwood, estaba comprometido con la joven más hermosa de todo el Norte, pero esta chica no lo amaba. Sus padres se negaron a permitir que rompiera el compromiso, pero

ella no quería casarse con alguien a quien no amaba. El día de la boda, huyó. Por supuesto, Vengeance no estaba dispuesto a dejarla marchar… Tenía un apellido que honrar, después de todo. Y por esto, cuando Vengeance oyó el rumor de que la hermosa muchacha estaba enamorada del único hijo de lord Merrywood, arrasó la mansión, la aldea y el bosque de Merrywood, cumpliendo con las expectativas de su terrible nombre: Venganza —terminó Aurora animadamente, como si finalizara un brindis, aunque ya no sonreía.

Frente a ella, *lady* Vale se había quedado extremadamente pálida, y lord Vale se había vuelto de un furioso tono rojo.

El padre de Evangeline no la había mirado en toda su vida como lord Vale estaba mirando a Aurora en ese momento. Por supuesto, Evangeline tampoco había mirado nunca a su padre con el desafío que mostraba Aurora. Esto la hizo preguntarse si no se habría equivocado sobre la conexión de esta familia con sus recuerdos perdidos. Quizá era solo la tensión entre ellos lo que hacía que Apollo pareciera tan incómodo. Al final, eso era lo único que había provocado la historia: incomodidad. No desencadenó ningún recuerdo.

—Con suerte, nuestra reconstrucción de Merrywood ayudará a recuperar parte de lo que se perdió —anunció lord Vale, en un claro intento de cambiar de tema.

Esta vez, a Aurora no pareció importarle. Parecía haber dicho todo lo que quería sobre el tema.

—Espero que el príncipe y tú nos acompañéis en la fiesta de la reconstrucción. Me *muero* de ganas de conocerte mejor. —Aurora abrazó a Evangeline y susurró—: Tengo la sensación de que vamos a ser *muy buenas* amigas… ¡Ay! —Se apartó, parpadeando, dolorida.

—¿Qué pasa? —le preguntó Evangeline.

—No me había dado cuenta de que llevabas una daga encima.

Aurora ladeó la cabeza, señalando el cuchillo enjoyado de Arquero que Evangeline se había guardado en el cinturón.

Una arruga se formó entre las cejas de Apollo y su mirada se tornó inusualmente oscura.

—¿De dónde has sacado eso?

Evangeline puso la mano protectoramente sobre la empuñadura de la daga.

—La encontré en los jardines —mintió.

Se arrepintió de inmediato, pues ella nunca había sido mentirosa, pero no podía parar.

Apollo miró con recelo el cuchillo. Era la misma expresión que había mostrado antes, cuando la pilló buscando a alguien en el salón, pero esta vez los celos eran inconfundibles. Entornó los ojos, un músculo latió en su frente y Evangeline se alegró de no haberle contado la verdad, de no haberle dicho que se la había regalado otro joven. Todavía temía que Apollo se la quitara.

Rápidamente, se inventó una historia ligeramente absurda sobre su hallazgo en el pozo justo antes de que la sacaran.

—Creo que me da buena suerte. Pero siento haberte hecho daño, Aurora.

—En realidad no ha sido nada. De hecho, ahora que has dicho que da buena suerte, me alegro de que la tengas. Pero deberías ser más cuidadosa con tus armas. Sé que es un amuleto, pero con tantos guardias a tu alrededor, ¿de verdad la necesitas?

—Ella tiene razón —le dijo Apollo—. No…

—*Ejem*. —Alguien se aclaró la garganta sonoramente tras ellos. Evangeline se sintió inmediatamente aliviada. Estaba casi segura de que Apollo había estado a punto de quitarle el cuchillo.

Ahora estaba concentrado en un nuevo guardia que se había detenido junto a su grupo.

—Alteza, siento interrumpir, pero hay un asunto de gran urgencia del que tengo que informarle.

Apollo se giró hacia el guardia con enfado.

—¿Y no puede esperar un minuto?

El joven palideció visiblemente.

—Créame, alteza. Si no fuera importante, no habría interrumpido. —El guardia se acercó y susurró algo que hizo palidecer a Apollo.

—Disculpad, pero me temo que me necesitan en otro lugar. —Miró a Evangeline—. Odio marcharme, pero te buscaré más tarde esta noche.

Antes de que ella pudiera preguntarle a dónde iba, el príncipe Apollo se alejó a zancadas.



17

Evangeline

Evangeline no tocó el vino, aunque parecía ser la única absteniéndose. El divertimento del banquete continuó después de que Apollo se marchara. Pronto no fueron solo los cortesanos quienes bebían; varios guardias estaban haciéndolo también.

No había reloj en el Patio de Columnas, pero ella sabía por el movimiento de la luna sobre su cabeza que había pasado cierto tiempo desde que Apollo se marchó, suficiente para saber que lo que había requerido al príncipe era importante.

Se preguntó brevemente si habrían encontrado a lord Jacks, pero suponía que esa noticia habría alegrado al príncipe, y no parecía contento cuando se marchó. No, debía tratarse de otra cosa.

Siguió pensando en ello durante el tercer plato del banquete, hasta que alguien en el centro de la mesa hizo otro brindis. Los norteños, según parecía, eran muy aficionados a brindar. Aquel brindis en concreto fue en honor del arquero que había abatido a las aves que estaban saboreando, y de repente Evangeline lo recordó. *Arquero*.

Su interior dio una voltereta rápida. Miró el patio una vez más, esperando que por fin hubiera llegado, pero todavía no había rastro de él.

Evangeline nunca se había considerado una persona imprudente. Otros quizá no estarían de acuerdo, pero ella argumentaría que actuaba con la

esperanza de lo que podía salir bien, mientras que otros temían lo que podía salir mal.

Sabía que, sobre todo debido al reciente incidente del pozo, escabullirse de la cena sin sus guardias para buscar a Arquero podía ser un poco arriesgado. Pero también suponía que, ahora que Apollo no estaba y que tantos estaban distraídos, aquel sería quizá el mejor momento para intentar encontrar a Arquero, y con suerte recuperar la memoria.

Sopesó las distintas distracciones que podría usar para escabullirse. Primero pensó en tirar del mantel para volcar las bandejas de comida. Se imaginó derramando el vino. Entonces comenzó otro brindis y se dio cuenta de que aquella era su oportunidad.

Lord Vale estaba pronunciando unas palabras. Estaba haciendo un trabajo espectacular, explicando gráficamente su deseo de reconstruir Merrywood en un esfuerzo de sumar a otros a su causa. Incluso a Evangeline le resultaba difícil apartar la mirada de él.

Lord Vale, de pie con una copa de cristal levantada sobre su enorme cabeza, atraía todos los ojos.

—¡Esta restauración beneficiará a todo el Norte! —declaró con una voz que era como el trueno—. Reconstruiremos Merrywood para expulsar a los fantasmas del pasado que se atreven a seguir acosándonos. ¡Porque somos norteños! ¡Nosotros no tememos a los mitos y leyendas! ¡Nosotros *somos* los mitos y leyendas!

La sala estalló en vítores.

—¡Nosotros somos las leyendas!

—¿Quién se unirá a mí en esta reconstrucción? —exclamó lord Vale.

—¡Cuenta conmigo!

—¡Mi casa estará allí!

La estancia explotó en una cacofonía de voces apasionadas mientras hombres y mujeres e incluso guardias elevaban sus copas por todo el patio y brindaban.

—¡Comenzaremos justo después de la Cacería! —bramó lord Vale.

Evangeline eligió ese momento para levantarse de la mesa y marcharse a través de las puertas más cercanas. Se concentró en la rapidez más que en el silencio, pues el alboroto del patio habría sido lo bastante fuerte para ahogar el sonido de una guerra.

Y por eso pasaron unos minutos antes de que Evangeline oyera los pasos que resonaban a su espalda.

Buscó rápidamente la daga de Arquero y se giró.

—Soy solo yo. —Aurora Vale levantó las manos a la defensiva—. Lo siento, no pretendía asustarte. Cuando te vi marcharte, pensé en acompañarte. Los brindis de mi padre pueden durar días. Recuerdo una boda en la que brindó desde el ocaso hasta el alba.

—¿Nadie intentó detenerlo?

Aurora se rio.

—Nadie intenta detener a mi padre. No creo que el brindis de esta noche vaya a durar tanto, pues parece que ya ha ganado suficientes adeptos para su causa, pero deberíamos alejarnos antes de que alguien se dé cuenta. —Aurora empezó a caminar, moviendo su cabello violeta—. ¿A dónde vas? ¿Tienes un amante secreto? ¿O quizá vas a ver a tu bruja personal para que te diga el futuro?

—Oh, no —contestó Evangeline rápidamente—. No tengo amantes ni conozco a ninguna bruja. Solo pensaba regresar a mi dormitorio.

—Vaya, qué decepción. —Aurora suspiró—. Sin embargo, supongo que acompañarte a tu dormitorio sigue siendo mejor opción que escuchar a mi padre. —Entrelazó su brazo con el de Evangeline.

Antes Aurora le había caído bien, pero ahora había algo en ella que no parecía encajar. O quizá era solo que le molestaba que arruinara sus planes para buscar a Arquero.

—Gracias por la oferta —le dijo Evangeline con cautela—, pero en realidad preferiría estar sola.

Aurora la miró con recelo antes de dedicarle una sonrisa deslumbrante.

—Entonces, ¿es verdad que tienes un amante secreto?

—No —repitió Evangeline con tranquilidad—. Estoy casada.

Aurora hizo una mueca.

—Eso no suele detener a otros. ¿De verdad no hay ningún guardia o un mozo de cuadra atractivo que haya llamado tu atención?

—Solo Apollo —dijo Evangeline con firmeza. Aunque, mientras hablaba, su mente regresó con Arquero. Se lo imaginó allí, en el puente bajo la lluvia, con la camisa pegada al pecho y los ojos clavados en ella. Pero no lo quería como amante. Era temerario e incivilizado y le había mentido cuando dijo que no la conocía. Solo quería encontrarlo por si la hacía recordar algo nuevo.

Pero parecía que eso no ocurriría aquella noche.

Empezaron a oírse pasos fuertes por el pasillo. Aurora había retenido a Evangeline lo suficiente para que sus guardias notaran su ausencia y la alcanzaran.



La decepción hacía que Evangeline se sintiera cansada. Mientras sus guardias la acompañaban a su dormitorio, no dejó de mirar sobre su hombro buscando a Arquero. No sabía si de verdad esperaba que apareciera o si solo deseaba tanto que lo hiciera que creía que podía conseguir que se hiciera realidad.

Se imaginó topándose con él en el pasillo y recuperando todos los recuerdos en un súbito aluvión que hizo que todo en su mundo del revés cobrara sentido.

Por desgracia, después de un trayecto sin incidentes, regresó a su dormitorio, donde se descubrió pensando: *Qué pena*, mientras se ponía el camisón para irse a dormir.

No sabía cuándo se metió en la cama exactamente, o cuánto llevaba allí. En algún momento entre el sueño y la vigilia oyó que el suelo crujía a su lado. No parecía el paso seguro de Apollo, sino alguien entrando a hurtadillas. Evangeline se atrevió a imaginar que era Arquero mientras abría los ojos…

Una figura ancha y corpulenta se cernía sobre su cama.

No es Arquero ni Apollo.

Intentó gritar.

Pero su asaltante se movió más rápido. En el tiempo que tardó en abrir la boca, se lanzó sobre la cama, le colocó una enorme mano enguantada sobre los labios y la aplastó con el peso de su cuerpo.

Olía a sudor y a caballo. Evangeline no podía verle la cara; llevaba una máscara completa que solo dejaba expuestos sus ojos apagados.

Intentó gritar de nuevo. Probó a morderle la mano. Aunque Arquero no la había enseñado a hacerlo en esa posición, casi podía oír sus palabras de aquella mañana: *Si dejas de luchar, mueres*.

Lanzó una patada, apuntando entre las piernas del asaltante.

—Será mejor que te estés quieta. —El sicario le mostró un cuchillo con la longitud de su antebrazo.

¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! Gritó sin palabras, luchando frenéticamente para quitárselo de encima.

Él bajó el cuchillo y le separó la parte de arriba del camisón. Entonces Evangeline notó que la afilada punta de la hoja le tallaba una dolorosa línea entre los omoplatos.

—Tienes que estar de broma —gruñó Arquero.

Evangeline ni siquiera lo había visto entrar en la habitación, pero de repente estaba allí, dorado y resplandeciente y posiblemente la criatura más hermosa que había visto nunca. Agarró al sicario por el cuello con brutalidad, lo tiró de la cama y lo inmovilizó contra un poste, elevándolo hasta que sus piernas colgaron tan inútiles como las de una muñeca.

Evangeline se bajó de la cama.

—He intentado luchar.

La sangre bajó por su pecho mientras se ceñía la bata con unas manos que no dejaban de temblarle.

Arquero entornó los ojos al ver la sangre y Evangeline habría jurado que pasaban del azul a una plata fundida. El joven miró de nuevo al mercenario y gruñó.

El sonido que salió de su boca fue completamente animal. Le arrancó la máscara, sacó un cuchillo y le acercó la hoja al ojo izquierdo.

—¿Quién te ha contratado para que le hagas daño?

El sicario palideció, pero apretó los dientes.

—Te lo preguntaré una vez más y después perderás el ojo. Casi prefiero que no contestes, porque me encantaría sacártelo. ¿*Quién* te contrató para que la mataras?

—Fue un encargo anónimo —se apresuró a decir el sicario.

—Mala suerte para ti. —Arquero bajó el cuchillo.

—Te lo juro, no lo sé —insistió el hombre—. Solo me dijeron que fuera lento, doloroso y sangriento.

Evangeline se sintió aturdida. Una cosa era que alguien la quisiera muerta y otra descubrir que querían torturarla.

—¿Dijeron por qué? —le preguntó Evangeline.

El asesino cerró la boca.

—No seas grosero. La princesa te ha hecho una pregunta. —Arquero levantó al hombre y lo zarandeó bruscamente por el cuello hasta que su cabeza se balanceó hacia un lado—. Contéstale.

—No sé por qué —dijo el hombre—. Solo me pidieron que fuera doloroso.

Arquero hinchó las fosas nasales.

—Tienes suerte de que yo sea más amable que quien te contrató. —Ladeó su cabeza dorada, casi pensativo—. Esto te dolerá, pero no mucho tiempo. —Entonces tomó su cuchillo y le apuñaló el corazón.



18

Evangeline

El sicario cayó al suelo con un horrible sonido. Tembló, se convulsionó… Evangeline no estaba segura de cuáles eran las palabras adecuadas, solo de que no murió de inmediato. Fue horrible, pero no podía decir que lo sintiera. Todavía notaba la sangre manchándole la bata que se sostenía contra el pecho. Había sido un camisón bonito, en azul violáceo y bordeado de un delicado encaje crema que la sangre estaba oscureciendo.

Su asaltante emitió algunos sonidos borboteantes que sonaron como maldiciones.

—Estás malgastando tus últimas palabras —le dijo Arquero—. Ya estoy maldito.

El guardia se inclinó y retorció el cuchillo. Cuando lo extrajo, la sangre le salpicó la oscura chaqueta y la camisa clara que llevaba debajo, pero no pareció importarle.

Pasó sobre el cuerpo caído y caminó junto a la cama, fulminando a Evangeline con la mirada.

—¿Por qué están siempre intentando matarte? —Su voz sonó grave, al borde de algo letal—. Debes tener más cuidado.

—¿Cómo podría ser esto culpa mía?

—No tienes instinto de supervivencia. —Arquero dio otro paso enfadado —. Si alguien le pusiera a una botella la etiqueta de *veneno*, tú te la beberías.

Te tomas las advertencias como invitaciones. No pareces capaz de mantenerte alejada de todo lo que puede hacerte daño.

Como yo.

Evangeline habría jurado que había oído las dos últimas palabras en su cabeza mientras él daba otro paso hacia ella, hasta que estuvo tan cerca que prácticamente pudo sentir la furia caliente que emanaba.

Tenía que retroceder, llamar a sus guardias, pedirle que se marchara. El corazón le latía imposiblemente rápido.

Pero se descubrió diciendo:

—Tú no vas a hacerme daño.

—Eso no lo sabes. —Un músculo se movió en su mandíbula—. Esta mañana estuve a punto de tirarte de un puente.

—También acabas de matar a alguien para salvarme la vida.

—Puede que disfrute matando.

Arquero limpió su daga ensangrentada en las sábanas, pero sus ojos abrasadores no abandonaron los de Evangeline. Todavía parecía furioso y feroz. Tenía sangre en las manos, y los ojos inyectados en ella. No obstante, Evangeline nunca había deseado tanto a nadie.

Debió perder la cabeza en algún momento durante la noche, porque quería que él se acercara. Quería que la tocara. Quería que la abrazara, que la inmovilizara mientras la enseñaba a luchar. No le importaba, siempre que la tocara.

Se dijo que era solo el miedo, la excitación, la sangre que corría por sus venas. La sensación se desvanecería en un minuto. Pero una parte enloquecida de ella no quería que desapareciera.

Antes de pensárselo mejor, buscó su mano.

El contacto fue eléctrico. Tan pronto como sus dedos encontraron los de Arquero, el mundo comenzó a dar vueltas. El dormitorio se convirtió en un caleidoscopio de luz y oscuridad, y de repente se encontró en otra parte.

Estaba en otro recuerdo.

Estaba oscuro y húmedo y, durante un segundo, no pudo respirar.

Golpeó el agua helada, tan dura como la tierra. Pataleó, por instinto, pero alguien la sostenía con fuerza con unos brazos que eran implacables, tirando de ella hacia la superficie a través del rompiente. El agua salada subió por su nariz, y el frío le llenó las venas. Tosía y escupía, apenas capaz de tragar aire mientras él nadaba hacia la orilla con ella a remolque. No la soltó y la sacó del océano como si fuera su vida la que dependiera de ello, en lugar de la de ella.

—*No te dejaré morir*.

Una única gota de agua goteó desde sus pestañas hasta sus labios. Fue suave como una gota de lluvia, pero la expresión de sus ojos contenía la fuerza de una tormenta. La oscuridad debería haberle ocultado su expresión, pero la luna creciente parecía más luminosa cada segundo y delineaba sus mejillas mientras la miraba.

El mundo entero se le puso del revés cuando reconoció en el recuerdo el rostro de Arquero.

El oleaje del océano parecía de repente silencioso en contraste con los latidos de su corazón. O quizá era el corazón de él.

Arquero respiraba trabajosamente, tenía la ropa empapada y el cabello despeinado sobre el rostro. No obstante, Evangeline supo en ese momento que no solo la llevaría a través de las aguas heladas. Atravesaría el fuego con ella si tuviera que hacerlo, la arrancaría de las garras de la guerra, la sacaría de ciudades derrumbándose y de mundos desmoronándose.

El recuerdo terminó, pero Evangeline no dejó de darle vueltas en su mente. Hacía unos días, después de recordar la última parte de aquel suceso, había creído que era Apollo la persona que la había tenido en sus brazos.

Pero se equivocaba. Había sido Arquero.

No se conocieron en el pozo. También dudaba que aquel nuevo recuerdo fuera de su primer encuentro. La había abrazado con demasiada intensidad.

Cuando sus sentidos regresaron al presente, lo primero que vio fue que Arquero había atravesado el dormitorio. Estaba junto a la puerta, mirándola del mismo modo que en ese recuerdo, como si estuviera dispuesto a caminar por el fuego para salvarla. Tenía la mano que ella le había tocado cerrada en un puño en el costado, y la miraba como si no hubiera nada que deseara más que marcharse.

Y no había nada que ella deseara más que se quedara.

Tenía muchas preguntas, y no solo sobre aquel nuevo recuerdo. Pensó en cómo reaccionó cuando *madame* Voss le mencionó *La balada del arquero y el zorro*. Había creído que la historia la había alterado, pero ahora sabía que había sido solo el nombre. *Arquero*.

Era él.

—Me aseguraré de que los guardias limpian este desastre y lo mantienen en secreto. Pero, en el caso de que alguien pregunte, di que tú mataste al hombre que te atacó.

Arquero se giró para marcharse.

—¡Espera! —gritó Evangeline—. ¡No te marches!

No se detuvo.
Ya se había marchado de la habitación.
Pero, esta vez, ella salió tras él.



19

Apollo

Apollo iba a estropearse las botas. Había demasiada sangre manchando las alfombras, las paredes, y ahora sus botas. En realidad, lo de las botas no lo enfadaba. Conseguiría otras; el calzado no le importaba, sinceramente. Lo que de verdad lo irritaba era que su esposa llevara encima una daga que en el pasado había pertenecido a Jacks.

Le habría encantado salir y cazar a ese canalla aquella misma noche, pero en lugar de eso tenía que lidiar con aquel desastre.

—¿Dices que hay un superviviente? —preguntó.

—Sí, alteza —contestó el guardia que estaba al mando en aquel lugar.

—Me gustaría hablar con él en privado. —Apollo salió al pasillo, pisando más sangre al moverse. Había visto otras muertes antes, pero nunca tan macabras.

Al otro lado del pasillo oyó a otro guardia vomitando en una maceta.

Se alegró de no haber tenido tiempo de comer antes de llegar, o él habría hecho lo mismo.

Arriba, los ánimos eran funestos, pero al menos el aire ya no portaba el aroma metálico de la sangre.

Olía a cera de abeja. Su suave luz proyectaba un halo sobre el florido papel de pared que cubría las paredes. También había varias acuarelas y esbozos a lápiz enmarcados. Alguien de la familia debía ser un artista, aunque ninguna de las pinturas era muy buena al principio. A medida que avanzaba

por el pasillo, las obras mejoraron bastante. Algunos de los bocetos parecían fieles retratos de los miembros de la familia que ahora yacían, muertos, en la planta de abajo.

Al final, el guardia se detuvo delante de la puerta que debía conducirlo con el único superviviente de la masacre.

—Entraré solo —dijo Apollo.

—Pero alteza…

—Es una orden. Esta víctima ya ha soportado suficiente tormento esta noche. No quiero que se sienta interrogado.

El guardia se apartó obedientemente.

Apollo entró en la tenue estancia y cerró la puerta a su espalda.

Un muchacho que parecía tener unos catorce años estaba sentado en una enorme cama de estilo imperio, sosteniéndose las rodillas mientras se balanceaba de atrás a adelante. Era delgado, seguramente porque estaba creciendo, y no por malnutrición.

Los Fortuna eran una de las Grandes Casas. Aunque perdieran la mitad de su riqueza, tendrían más que de sobra para comer.

Esa era la razón por la que habían llamado a Apollo aquella noche. No era habitual que la mayoría de los miembros de una Gran Casa fueran masacrados en una única noche. La noticia de lo ocurrido allí se extendería y, cuando lo hiciera, la Corona tendría que tener el control de lo que se dijera.

Este tipo de noticia podía sumir el reinado de Apollo en las sombras o fortalecerlo.

—Hola —dijo Apollo, sentándose con cuidado en el borde de la cama.

El chico se acurrucó más.

—No estoy aquí para hacerte daño.

—Eso no importa —dijo el niño, con la voz rota—. Nada podría dolerme más que esto.

—No —asintió Apollo—. Nunca había visto nada tan horrible, y esa es la razón por la que estoy aquí. Quiero asegurarme de que atrapamos a quien ha cometido esta atrocidad para que jamás vuelva a ocurrir.

—No podéis atraparlo —murmuró el niño, balanceándose—. No es humano.

—¿Por qué dices eso?

El muchacho levantó la mirada por fin. Su terror era tan crudo que parecía un esqueleto con la piel pintada.

—Se movía muy rápido. Yo estaba aquí arriba cuando oí el primer grito. Era mi hermana. Ella siempre es muy dramática. Al principio no le di

importancia. Después oí otro, y otro.

El niño se llevó ambas manos a los lados de la cabeza y se cubrió las orejas como si todavía oyera los alaridos.

—Sabía que era malo… maligno. Corrí abajo, pero tan pronto como vi la sangre, me escondí en el armario.

—¿Viste al que hizo esto antes de esconderte?

El muchacho asintió, temblando.

—Tenía un aspecto salvaje.

—¿Se parecía a lord Jacks?

—No.

—¿Estás seguro? —insistió Apollo.

En realidad, él no creía que hubiera sido lord Jacks. Solo un tipo de criatura podía causar ese tipo de devastación. Pero quería que el chico dijera que había sido Jacks. Eso haría que todo fuera mucho más fácil.

—No era él. Lo habría reconocido. Lord Jacks era amigo de mi abuela, antes de que esta falleciera. Ese hombre… No creo que fuera siquiera un hombre…

El niño se llevó las palmas de las manos a los ojos y lloró en silencio.

Apollo, que nunca se había sentido cómodo con el llanto, se levantó de la cama y echó un vistazo rápido a la habitación. Había un escritorio cerca de la ventana, con un caballete al lado. Parecía que aquel chico era el artista de la familia. Apoyada en el caballete había una acuarela a medio terminar bastante bonita. Sobre el escritorio había más dibujos, bocetos y cuadernos. Parecía que prefería dibujar animales y personas, aunque había un dibujo de una manzana.

Apollo odiaba las manzanas.

Solo ver la fruta hacía emerger su furia. Miró la silueta de la manzana, la sangre de sus botas y al niño que todavía lloraba en la cama.

No había nada que pudiera hacer por el niño, o con la sangre. Pero los dibujos y la manzana hicieron que se diera cuenta de que había algo que podía hacer con Jacks.

—Tienes bastante talento —le dijo al niño—. Algunas de estas obras son buenas.

—Gracias. —El chico se sorbió la nariz.

—¿Crees que podrías dibujarme algo? —Apollo tomó un cuaderno y un lápiz y se lo entregó al chaval.

—¿Quieres que te dibuje algo ahora?

—Sí. Se supone que el arte es una buena terapia para el alma.

Apollo le dijo lo que quería que le dibujara.

El muchacho contestó con una expresión inquisitiva, pero no intentó discutir con el príncipe. La mayoría de la gente no lo hacía, aunque habría sido mejor para aquel chico que lo hiciera.

Pero no fue así y se puso a trabajar en su boceto, inclinando la cabeza sobre el cuaderno mientras delineaba y sombreaba febrilmente y hacía todo aquello que hacían los artistas. Cuando terminó, arrancó la página con cuidado y se la entregó a Apollo.

—Excelente —dijo Apollo—. Es un trabajo realmente bueno, jovencito.

—Gracias.

—¿Te sientes mejor ahora?

—La verdad es que no —murmuró el chico.

Apollo le dio una palmada en el hombro.

—Siento mucho tu pérdida —susurró—, pero pronto no sentirás dolor.

Entonces sacó su cuchillo y apuñaló al niño en el corazón.

El desconcierto y el dolor cruzaron brevemente el rostro del muchacho antes de que cayera hacia atrás sobre la cama, tan muerto como el resto de su familia.

Apollo sintió un momento de tristeza. En realidad, no era un monstruo. Solo hacía lo que había que hacer. Un niño tan confiado y cobarde no duraría mucho en este mundo; además, toda su familia había muerto. Y Apollo se aseguraría de que su sacrificio no fuera en vano.

El príncipe rodeó la daga con las manos del niño, haciendo que pareciera ante quien lo encontrara más tarde que él mismo se había provocado la muerte. Después, tras un vistazo rápido en el espejo para asegurarse de que no se había manchado la camisa de sangre, salió al pasillo y cerró la puerta rápidamente a su espalda, antes de que el guardia apostado fuera viera el interior de la habitación.

—¿Cómo ha ido, alteza? —le preguntó el guardia.

Apollo negó con la cabeza tristemente.

—Es una tragedia terrible, pero me ha hecho un dibujo del hombre que asesinó a su familia.

Apollo le entregó el esbozo al guardia.

—Imprimid más carteles de SE BUSCA. Mencionad esta masacre, y después añadid este retrato de lord Jacks.



20

Evangeline

Evangeline atravesó la puerta corriendo justo cuando dos guardias irrumpían en su dormitorio. Los esquivó rápidamente, esperando que la persiguieran, pero ella era la única que corría. Sus pies descalzos golpearon la fría y dura piedra mientras corría detrás de Arquero, gritando:

—Espera… ¡Para!

No podía haber ido demasiado lejos. Oía los pasos de sus botas doblando la esquina. Lo oyó a los lejos, pasillo tras pasillo y tras pasillo. Pero, cada vez que giraba en una esquina, Arquero ya no estaba allí. Lo único que veía eran retratos de Apollo que parecían mucho más acusatorios de lo que recordaba.

Los ojos pintados del príncipe la miraron mientras corría por un pasillo especialmente estrecho. Algunas de las luces estaban apagadas, lo que lo hacía también más oscuro, hasta que llegó hasta otro retrato de su marido. Los apliques que flanqueaban la pintura parecían especialmente luminosos, y se reflejaban en el marco dorado como para compensar las luces que se habían apagado.

Parecía otro retrato de Apollo apoyado en las ramas del árbol fénix mágico. Aunque era difícil estar segura, porque el retrato había recibido una cuchillada en el centro.

Arquero estaba junto al cuadro mutilado, con la capa retirada de los hombros. Miraba el retrato destrozado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Creo que este me gusta más.

Evangeline no veía ningún cuchillo en su mano, pero había una dureza en su mirada que parecía una daga. Si alguien podía cortar con la mirada, era él.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó.

—Eso no sería muy amable por mi parte.

Los ojos de Evangeline viajaron hasta la sangre que salpicaba su camisa clara.

—¿Te consideras amable?

—En absoluto, pero creo que tú ya lo sabes.

Arquero se apartó de la pared y se acercó a ella. El pasillo era bastante estrecho, así que no tuvo que caminar demasiado. Dos pasos y estaba allí, lo bastante cerca para que todo oliera a manzanas y para que Evangeline se sintiera repentinamente mareada.

La mañana anterior, cuando se encontró con Arquero en el pasillo fuera de su dormitorio, solo estar cerca de él la hizo tener la sensación de que había tomado una mala decisión, aunque todavía quería seguirlo. Había supuesto que estaba delirando por la falta de sueño, pero ya no deliraba. No estaba loca. Era solo el efecto que él tenía en ella.

Estar tan cerca de Arquero la hacía sentirse como si no pudiera recuperar el aliento, como si su sangre estuviera hecha de burbujas de champán, subiéndose a la cabeza.

—¿Qué eres tú para mí? —le preguntó.

Arquero clavó sus ojos en los de ella.

—Nada.

Pero no le pareció nada cuando bajó los dedos para apresar el cinturón que mantenía su bata cerrada. Lo sostuvo como si no pudiera decidir si quería desatarlo o tirar de ella para acercarla a él.

—¿Por qué mientes? —le preguntó.

—Creí que ya habíamos dejado claro que no soy demasiado amable. —Arquero tiró del cinturón, lo suficiente para aflojar el nudo.

Evangeline se lo quitó rápidamente de las manos y se ciñó la bata.

Él se rio levemente.

—¿Te pongo nerviosa?

Lo dijo como si esperara que fuera así. O quizá solo esperaba evitar que ella le hiciera más preguntas. Cuando estaba tan cerca, le era difícil pensar con claridad, y apenas recordaba por qué lo había seguido por el pasillo. Había algo en Arquero que la hacía desear estar allí, con él.

Sabía que estaba mal. Ella estaba con Apollo. *Y no solo tenemos una relación,* se recordó. *Estamos casados*. Apollo era su marido.

Arquero no podía ser nada para ella. Y él acababa de decirle que no era nada para ella, pero también le había dicho que era un mentiroso.

—Dime solo una cosa que sea verdad —le pidió, y después se prometió en silencio que se alejaría de él y de aquellos sentimientos—. Sé que, cuando me rescataste en el pozo, ya nos conocíamos. ¿Eras uno de mis guardias?

Él apretó la mandíbula.

Durante un segundo, Evangeline no creyó que fuera a responder.

Después, Arquero negó con la cabeza.

—No. Normalmente se me da mejor hacer daño que proteger. —Miró la sangre que manchaba la parte delantera de la bata de Evangeline.

Ella no se había mirado bien el corte que lo había manchado todo de sangre. Era tan superficial que ya se había cerrado, no necesitaría puntos. Pero la sangre que había dejado atrás era muy fea… y ella seguramente también lo estaba.

—Tú nunca estás fea —le dijo él en voz baja.

Evangeline levantó la mirada de nuevo. Durante un segundo, Arquero pareció casi tímido e increíblemente joven, apenas mayor que ella. Unos mechones rubios cayeron sobre sus ojos cuando se acercó a ella y se inclinó despacio.

Ella no sabía si estaba intentando no asustarla o si el asustado era él. Parecía inusualmente nervioso mientras se acercaba a su cuello. Lentamente, tomó un mechón errante de cabello rosa entre sus dedos y se lo metió detrás de la oreja. Tuvo tanto cuidado que sus dedos ni siquiera le rozaron la piel, aunque parecían querer hacerlo.

Había un tipo distinto de dolor tensando su mandíbula y haciendo que los músculos de su cuello se movieran. Le sostuvo la mirada como si deseara abrazarla, aplastarla contra su pecho como había hecho en su recuerdo.

Casada.

Casada.

Casada, se recordó Evangeline.

Estaba casada con Apollo. Arquero no significaba nada para ella.

—Debería marcharme —dijo—. Mis guardias… Seguramente están a punto de dar la voz de alarma. Me sorprende que no estemos oyendo ya campanas —balbuceó, intentando encontrar más palabras para tener una razón para quedarse, aunque sabía que tenía que marcharse.

Suponía que todavía había recuerdos de él que había olvidado. Pero ahora le daba un poco de miedo lo que podía recordar, pues hacerlo quizá provocaría que sintiera más de lo que ya sentía.

Era bastante duro estar allí frente a él y no tocarlo, en una distancia que parecía casi más íntima que una caricia. Arquero parecía estar haciendo un esfuerzo para no acercarse a ella y acariciarle los dedos, como si el roce de su piel pudiera liberar un motín de chispas o apagar todas las luces del pasillo.

Esperó a que él se alejara.

Pero Arquero no se movió.

Durante un segundo, tampoco lo hizo ella. No conseguía despojarse de la sensación de que, si lo dejaba en ese momento, si le daba la espalda, quizá no volvería a verlo.

Había sentido mariposas cuando besó a Apollo, pero tenía la sensación de que besar a Arquero sería un terremoto.

Casada, se recordó una vez más.

Y esta vez, por fin se giró para marcharse.

Tan pronto como se movió, Evangeline tuvo la sensación de que acababa de cometer un error. Sin embargo, no sabía si el error había sido acercarse demasiado a Arquero o darle la espalda y alejarse de él.



Evangeline intentó no pensar en Arquero mientras prácticamente corría de vuelta a sus aposentos. Miró sobre su hombro solo dos veces. Él no estaba allí ninguna de ellas.

Al regresar a su dormitorio, descubrió que todo rastro del crimen había desaparecido.

Era en realidad un poco inquietante. Quizá debería haberle parecido más que un poco inquietante, pero después de todo lo que había pasado aquella noche, en realidad no era capaz de sentir más de lo que sentía. O de hacer demasiadas preguntas sobre lo extraño que era todo.

Había guardias esperando ante su puerta, pero a su llegada ni siquiera le preguntaron a dónde había ido o quién era el hombre al que habían encontrado muerto junto a su cama. Sin duda lo habían visto, porque habían retirado el cadáver.

Cuando Evangeline entró en su dormitorio, era como si no hubiera ocurrido nada malo.

Su cama estaba de nuevo cubierta por una colcha mullida tan pura como la nieve. No había manchas a la vista, ni siquiera en el suelo, donde habían colocado una nueva alfombra blanca y dorada. Todo estaba nuevo, impoluto y puro… Excepto ella.

Arquero le había dicho: *Me aseguraré de que los guardias limpian este desastre y lo mantienen en secreto.* Pero todo estaba extraordinariamente limpio y tranquilo. O los guardias le eran excepcionalmente leales o…

En realidad, no se le ocurría nada que pudiera ir después del *o*. Ahora que volvía a estar en su dormitorio, se sentía conmocionada por lo que había experimentado antes.

Su cabello rosa era un desastre; tenía los ojos demasiado abiertos, atrapados en una expresión de miedo, y había sangre en su camisón y manchándole la mejilla. Estaba horrible.

Le temblaron las manos mientras se limpiaba la sangre y se ponía un camisón rosa nuevo. Intentó evitar que sus pensamientos regresaran con Arquero. Él no era suyo, no debía pensar en él, y aun así no dejaba de recordar su aspecto en el pasillo, y que por un segundo le pareció casi tímido, casi asustado y casi suyo.

Ding. Dong. Ding.

El reloj de la torre marcó las tres de la mañana.

Evangeline regresó al presente, desconcertada. Cerró los ojos, dejó a un lado los recuerdos de Arquero y volvió a su dormitorio… solo para sobresaltarse de nuevo al ver a Apollo.

Parecía que acababa de entrar en sus aposentos. Tenía los ojos encapotados y la camisa arrugada, y había sangre salpicándole las botas. Aunque solo le manchaba el calzado, era mucha, y había empapado el cuero marrón hasta que prácticamente era rojo.

Muerte. Parecía estar en todas partes aquella noche.

—¿Estás bien? —Evangeline cruzó rápidamente la habitación—. ¿Qué ha pasado?

Apollo se pasó una mano temblorosa por el cabello y cerró los ojos, como si el recuerdo de lo ocurrido fuera demasiado para él.

—Preferiría no hablar de ello.

Cuando abrió los ojos, los tenía inyectados en sangre. Había un bozo cubriendo su mandíbula que ella nunca había visto antes. Apollo estaba siempre inmaculado, era el perfecto príncipe de un cuento de hadas. Pero, en las pocas horas desde que lo vio por última vez, algo parecía haber cambiado.

Evangeline se sentía destrozada. Había creído que no era capaz de experimentar más emociones, pero Apollo debía importarle más de lo que creía. No sabía qué había pasado, pero quería intentar que se sintiera mejor.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —le preguntó.

Parecía que él iba a decir que no, pero entonces bajó los ojos. Se movieron hasta su boca y se detuvieron allí, como si se le hubiera ocurrido una cosa.

A Evangeline le latió el corazón con nerviosismo.

Él no se movió de inmediato, como si supiera que aquel no era el tipo de ayuda que ella le estaba ofreciendo. Pero quizá, en realidad, sí lo era; quizá era aquello lo que ambos necesitaban.

Él necesitaba consuelo y ella necesitaba claridad.

Apollo se acercó.

Evangeline se estremeció. No sabía por qué tenía la sensación de que aquello estaba mal, cuando debería estar bien. Debería serle fácil apoyarse él, colocar las manos en su pecho mientras él le rodeaba la cintura con los brazos.

A Apollo le temblaban los dedos, lo que la hizo sentirse un poco mejor. Como si, quizá, fuera normal estar nervioso.

La primera presión de sus labios fue suave, como lo fue el movimiento de sus palmas al descender por su cuerpo. Como solo llevaba el fino camisón, podía sentir mucho más de él de lo que nunca había notado en sus besos anteriores.

Pronto se perdió un poco en el sabor de su lengua y en la presión de su cuerpo, y se tumbaron juntos en la cama. Entonces su mundo se puso del revés, y la lanzó a otro beso de otra época.

Podía sentir una brisa a su espalda y la presión de Apollo contra su pecho.

El corazón de Evangeline se convirtió en un tambor que latía más fuerte y rápido cuanto más la abrazaba Apollo. Había capas de ropa entre ambos, pero podía sentir el calor que expelía su cuerpo, más calor del que había sentido nunca. Casi demasiado calor, demasiada ansia. Apollo ardía como un fuego que consumía en lugar de calentar. Y, aun así, había una parte de ella que quería ser abrasada, o al menos chamuscada.

Rodeó el cuello del príncipe con ambas manos. La boca de Apollo abandonó sus labios y bajó hasta su garganta, posando beso tras beso en su descenso…

Una mano fría se cerró en su hombro y la apartó de los brazos del príncipe.

—Creo que es hora de irnos.

Arquero la dirigió hacia las escaleras del balcón con una ligereza sobrenatural. En un momento, Apollo era todo lo que Evangeline podía

sentir, y después se vio apresada bajo el brazo duro de Jacks, presionada contra su frío costado mientras la conducía hacia los peldaños…

Arquero.

Apollo rompió el beso rápidamente.

—¿Qué has dicho?

A Evangeline se le cerró la garganta de repente. Por accidente, debía haber dicho el nombre de Arquero en voz alta.

—Acabo de recordar algo —le contó, y después por supuesto se arrepintió de inmediato. No podía decirle a Apollo que había recordado algo de Arquero. Quizá podría contarle la primera parte, lo del beso. Pero después seguramente le preguntaría por qué había dicho Arquero, y ella no quería mencionar que él se la había llevado después.

Aunque de repente sentía una inmensa curiosidad por saber por qué había hecho eso Arquero. ¿Y cómo pudo hacerlo? Apollo era un príncipe. Pero no tenía tiempo para preguntarse por ello… No cuando Apollo estaba mirándola como si lo hubiera traicionado.

Unos celos mucho peores que los que había visto antes ardían en sus ojos. Los sintió en sus manos, cuando cerró el puño en la parte de atrás de su camisón.

Evangeline buscó algo que decir, cualquier cosa que pudiera cambiar el modo en el que Apollo estaba mirándola. Entonces se acordó de lo que *madame* Voss le había contado sobre su petición de mano. Podía decirle que era aquello lo que había recordado.

—He recordado una cosa de ti. Fue la noche en la que te declaraste. Estábamos en un baile y tú estabas vestido como el arquero del viejo cuento de hadas, *La balada del arquero y el zorro*.

Mientras hablaba, Evangeline tenía una imagen en su cabeza que podría haber sido también un recuerdo.

Apollo se apoyó sobre una rodilla.

Ella se olvidó de respirar mientras la multitud crecía a su alrededor, atrapándolos en un círculo de vestidos de baile, jubones de seda y rostros estupefactos.

Apollo le tomó ambas manos con calidez.

—Te quiero, Evangeline Fox. Quiero escribir baladas sobre ti en las paredes de Wolf Hall y tallar tu nombre en mi corazón con espadas. Quiero que seas mi esposa, mi princesa y mi reina. Cásate conmigo, Evangeline, y deja que te lo dé todo.

Se llevó su mano de nuevo a sus labios y, esta vez, cuando la miró, fue como si el resto de la fiesta no existiera.

Nadie la había mirado así antes. Lo único que podía ver era el anhelo, la esperanza y el atisbo de miedo que se arremolinaban en la expresión de Apollo.

Y aun así no era ni la mitad de poderosa que aquella con la que Arquero la había mirado en el recuerdo que tuvo antes, como si pudiera arrancarla de las garras de la guerra, de ciudades desmoronadas y mundos destruidos. Se lo imaginó de nuevo, mirándola mientras una gota de agua caía desde sus pestañas hasta sus propios labios.

Pero todo eso había quedado en el pasado.

En el presente estaba casada con Apollo. Los sentimientos que tuviera por Arquero ya no importaban. Si había podido olvidar todo un año, también podría olvidarse de aquellos sentimientos. Pero el problema era que no estaba segura de querer hacerlo. Todavía no, al menos. No cuando todavía no conocía toda la historia.

Sabía que estaba mal aferrarse a ello, pero aquella noche se había dado cuenta también de lo poco que conocía de verdad a su marido. No había sabido que era celoso, o que le gustaba brindar por las maldiciones. No sabía por qué tenía sangre en las botas.

Y después de decirle que había recordado su proposición, había esperado que se alegrara, pero Apollo parecía inconfundiblemente alarmado.



21

Jacks

Jacks ya había visto suficiente. Si se quedaba más tiempo en el balcón, si seguía mirando, mataría a Apollo, o al menos haría que le fuera imposible volver a tocar a Evangeline.

Se recordó que ella estaba a salvo con Apollo. Como princesa, tendría todo lo que quisiera.

Pero se suponía que ella no debía querer besarlo. No era justo, pero la odiaba un poco por ello. Sin embargo, ese rencor era lo único que lo impulsaba a marcharse, y realmente tenía que hacerlo.

Evangeline estaba a salvo. Eso era lo que importaba.

Si se quedaba, si irrumpía en la habitación y usaba sus poderes para obligar a Apollo a mirar mientras le decía a Evangeline que ella no era nada para él, que ella lo era *todo*, que había retrocedido en el tiempo para que ella viviera y que tomaría la misma decisión una y mil veces más… Si Jacks la ayudaba a recordar que era a *él* al único que debería querer besar, ella ya no estaría a salvo. Ni siquiera estaría viva.

Para que Evangeline pudiera tener algún futuro, Jacks no podía ser parte de él.

Saltó del balcón en silencio. Sus botas no hicieron ningún sonido cuando aterrizó en el oscuro patio de abajo. Aunque debería haber calculado mejor los tiempos; podía oír a dos guardias de patrulla acercándose.

Normalmente, habría usado sus habilidades para controlar sus emociones y que se dieran la vuelta, pero estaba un poco cansado después de todos los guardias a los que había controlado antes. También podía oír la conversación de estos, y las palabras *sangre* y *masacre* llamaron su atención.

Jacks se acercó a los muros de piedra de Wolf Hall y se escondió en las sombras mientras los guardias se acercaban y el más alto decía:

—Quixton estuvo allí y dice que es imposible que una sola persona matara a tanta gente. Dijo que era como si lo hubiera hecho un demonio. —El guardia se detuvo para estremecerse—. No le tengo ningún cariño a la familia Fortuna, pero nadie debería morir con la garganta rasgada y el corazón arrancado.

Jacks no estaba de acuerdo con aquella afirmación, pero le preocupaba menos que un guardia real tuviera un corazón tan irracionalmente tierno que el uso que aquel guardia había hecho de la palabra *demonio*.

Los demonios no existían.

Pero Jacks conocía a una criatura que los humanos confundían a menudo con ellos, sobre todo en el Norte, donde la maldición de las historias hacía que fuera casi imposible que se extendieran los testimonios sobre vampiros. Cuando eso ocurría, la maldición evitaba que los humanos mostraran un miedo razonable. Por eso, siempre que un humano estaba realmente asustado, normalmente se refería a los vampiros como demonios.

Y Jacks temía saber exactamente de qué demonio sediento de sangre estaban hablando aquellos guardias. *Castor*.

En su origen, los Valor habían utilizado la maldición de las historias para proteger a su hijo, Castor, cuando se convirtió en vampiro. Se suponía que esta debía afectar solo a las historias sobre vampiros, pero la maldición nació del terror, y las maldiciones que provienen del miedo siempre se deforman un poco, o se vuelven mucho más terribles de lo que se pretende.

Jacks se preguntó si los Valor intentarían revertir la maldición ahora que habían regresado. Sería interesante ver si Honora y Wolfric decidirían remodelar el Norte, o si llevarían una vida tranquila en la reconstruida mansión Merrywood.

Todavía no había ido a visitarlos. Vio a la mayoría de los Valor después de que se abriera el arco, pero en ese momento estaba medio muerto gracias al apetito de Castor. Desde entonces, Jacks solo había visto a Aurora. Sabía que ella no lo delataría ante Apollo o sus soldados, pero no estaba tan seguro de sus padres, Wolfric y Honora.

Primero estaba el asunto del honor, que ambos tenían. Después estaba Apollo, que le había concedido a su apellido el estatus de Gran Casa y les había donado el bosque, la mansión y la aldea de Merrywood.

En opinión de Jacks, ni el bosque ni la mansión ni la aldea eran un gran regalo. Su historia era horrible. La mayoría de la gente solía decir que aquellas tierras estaban malditas o embrujadas. Ni siquiera a Jacks le gustaba atravesarlas.

Pero pensó de nuevo en la charla de los guardias sobre un demonio asesino. Después se imaginó a ese mismo *demonio* asesino rasgándole la garganta a Evangeline, matándola de nuevo.

Jacks montó su caballo y cabalgó rápidamente hacia Merrywood.

Notó un cambio tan pronto como llegó. Podía oír vida pululando a cada lado del camino. Había conejos, ranas, pájaros y ciervos, y los árboles habían comenzado a crecer de nuevo.

Aunque apenas habían pasado unos días desde el regreso de los Valor, había una razón por la que eran los Valor, una por la que, incluso después de mucho tiempo muertos, sus leyendas habían sobrevivido y crecido, transformándolos en seres que a veces parecían dioses.

Jacks sabía que no lo eran.

Los Valor sangraban y morían como todos los demás, pero no vivían como el resto. No se contentaban solo con sobrevivir. Ni siquiera estaba seguro de que fueran capaces de ello. Antes de que los encerraran en el Valory, comenzaron la creación de un reino que abarcaba medio continente. Jacks no sabía qué harían ahora que habían salido, pero no tenía ninguna duda de que propiciarían otro cambio indeleble en el mundo.

Se bajó de su caballo y lo amarró a un poste justo a las afueras de la aldea de Merrywood. Los Valor no habían comenzado todavía con su reconstrucción de la mansión. Habían empezado por la aldea. Jacks suponía que se estarían hospedando en algún sitio cercano, y por tanto era probable que Castor estuviera cerca, en lugar de en su antigua cripta de Valorfell.

Como el bosque, la aldea de Merrywood estaba también volviendo a la vida. Cuando Jacks entró en la plaza, el aire olía a madera recién cortada. Era una plaza antigua, construida alrededor de un pozo que hacía mucho tiempo había estado rodeado de tiendas: un herrero, un boticario, un panadero, un carnicero, un candelero y el mercado de frutas y verduras.

Durante un segundo, Jacks recordó las noches en las que se escabullía para reunirse con sus amigos en la azotea de la botica. Se tumbaban,

observaban las estrellas y se jactaban de todas las cosas que harían algún día, como si sus días estuvieran garantizados en lugar de contados.

Levantó la mirada. No esperaba encontrar a Castor en la azotea de la botica, pero tampoco le sorprendió hacerlo.

Una de las desventajas de ser inmortal era que tenían cierta propensión a permanecer anclados al pasado, a la época de antes de dejar de envejecer. A pesar de todos los días que Jacks había vivido, los días en los que era humano eran siempre los más vívidos, y no parecían atenuarse con el tiempo. Era otra desventaja de ser inmortal: aquellos recuerdos persistentes y eternos que siempre daban a la humanidad la ilusión de ser mucho más intensa que la inmortalidad. Esto hacía que Jacks odiara a los humanos a veces, pero suponía que hacía que Castor quisiera convertirse en uno.

—¿Vas a bajar o tengo que prenderle fuego a la botica? —le preguntó Jacks.

—Esa amenaza funcionaría mejor si al menos tuvieras una antorcha —contestó Castor. Un segundo después saltó con facilidad al suelo y apoyó despreocupadamente un codo en la pared de la vieja y desmoronada botica. Ahora que no tenía el yelmo y que había recuperado a su familia, era mucho más Castor, el noble príncipe sin una preocupación, que Caos, el sufrido vampiro que no podía alimentarse debido a su casco.

Durante un segundo, Jacks sintió una punzada de envidia.

—¿Qué te tiene de tan mal humor? —le preguntó Castor—. ¿Has estado espiando a Evangeline otra vez?

—No estoy aquí por ella —le espetó Jacks.

—Bueno, sin duda estás antipático por ella.

Jacks lo fulminó con la mirada.

—Y tú estás de un perturbador buen humor, teniendo en cuenta que acabas de asesinar a una familia entera.

La expresión de Castor se volvió seria de inmediato. El calor se filtró en su mirada, que parecía menos hambrienta que amenazante.

Si Jacks tuviera más aprecio por su vida, se habría asustado. Pero últimamente no sentía demasiado, a menos que las emociones tuvieran algo que ver con Evangeline, y por el momento estaba haciendo todo lo posible por evitarlas.

Cualquier cosa que lo ayudara a quitársela de la cabeza era agradable en comparación… excepto quizá aquello. Castor era su amigo más antiguo, así que Jacks no quería odiarlo, pero cuando lo miraba, todavía podía ver sus dientes en el cuello de Evangeline mientras le arrancaba la vida.

Castor ni siquiera sabía que esa versión de su historia existía. No era totalmente justo juzgarlo por ello, pero hacía mucho tiempo que Jacks no intentaba ser justo.

—Si estás aquí para echarme un sermón —le dijo Castor—, no quiero oírlo.

—Entonces seré breve. Tienes que controlarte, o tus padres lo descubrirán y esta vez, en lugar de ponerte un yelmo, te pondrán en una tumba.

Castor apretó la mandíbula.

—Ellos no harían eso.

—Son humanos, Castor. Los humanos hacen un montón de cosas estúpidas cuando están asustados.

Jacks lo había hecho. Y lo peor de todo era que había creído estar haciendo lo correcto. Como cuando Castor murió.

Fue él quien le pidió a la madre de Castor, Honora, que lo trajera de entre los muertos.

Castor y Lyric habían sido los mejores amigos de Jacks, casi como hermanos. Lyric acababa de morir, y Jacks no podía perder también a Castor.

No había pensado bien cuál sería el precio de traerlo de vuelta a la vida. No se había imaginado cuánta sangre se vertería. Una de las razones por las que Jacks había permitido que lo convirtieran en un Destino fue que así Castor no estaría solo. Entonces inició el rumor de que Castor era Caos y de que Caos era un Destino, para que el mundo no descubriera que él era el único Valor que quedaba.

—Estoy intentando cuidar de ti —le dijo Jacks—. Por fin has conseguido librarte del yelmo y recuperar a tu familia. No quiero ver cómo destruyes esta oportunidad.

Castor resopló.

—No soy yo el que está a punto de destrozar su vida.

—¿Qué se supone que significa eso?

—He hablado con mi hermana. Aurora me ha contado lo que quieres y lo que estás dispuesto a intercambiar por ello.

—Tu hermana… —Jacks se detuvo. Incluso él sabía que no era prudente insultar a la melliza de un vampiro con problemas de control. Sin embargo, era tentador. Cerró los puños, pero Castor no era al único al que quería darle un puñetazo—. Sé lo que estoy haciendo.

El vampiro le echó otra dura mirada.

—Si Evangeline recupera la memoria alguna vez, jamás te perdonará esto.

—Al menos estará viva para odiarme.



Evangeline

—La Cacería…

—… la Cacería.

—… la Cacería…

Normalmente, Evangeline no prestaba atención a las conversaciones de sus guardias, pero esas dos palabras no dejaban de filtrarse a través de su puerta, como si aquel nombre tuviera más poder que otras palabras más ordinarias. Había oído menciones antes, pero había creído que se trataba solo de una referencia a la búsqueda de lord Jacks. Ya no estaba tan segura.

Se lo habría preguntado a su doncella, pero Martine se había marchado para devolver su bandeja del almuerzo. Después de todo lo que había ocurrido la noche anterior, Evangeline se había pasado medio día durmiendo.

Mientras sorbía una tranquilizante taza de té de redestrella, tomó el periódico del día esperando que tuviera alguna respuesta para ella. Y la tenía… Aunque no fue una respuesta a sus preguntas sobre la Cacería.

El Rumor del Día

¡ASESINATo! ¡ASESINATo! ¡ASESINATo!

Por Kristof Knightlinger

¡Atrancad las puertas! ¡No viajéis solos! ¡Manteneos alertas! ¡Nadie está a salvo! Anoche, lord Jacks cometió otro crimen atroz. Durante las primeras horas de la noche, asesinó cruelmente a toda la familia Fortuna, creadora de las apreciadas Aguas Maravillosamente Saborizadas de Fortuna. El guardia con el que hablé afirmó que nunca había visto tanta sangre.

Hubo solo un superviviente, el joven Edgar Fortuna. Por desgracia, el dolor de lo ocurrido fue demasiado para el pobre Edgar, que se suicidó poco después de la masacre. No obstante, Edgar nos proporcionó un boceto del asesino, que hemos impreso en el periódico de esta mañana.

Insto a cualquiera que haya visto a lord Jacks a que por favor alerte a la Guardia Real de inmediato. Ninguna pista es demasiado nimia. Este asesino inhumano debe ser detenido antes de que vuelva a matar.

Evangeline pasó la página. Esta vez, no había una imagen borrosa. Allí, recién impreso en blanco y negro, había un retrato de Arquero. Tenía una sonrisa despreocupada y una manzana en una mano; no parecía para nada un asesino… sino todo lo que Evangeline deseaba en secreto.

SE BUSCA

VIVO O MUERTO

LORD JACKS

por Asesinato *y*
otros Crímenes Atroces
contra la Corona

—No —exhaló Evangeline.

No. No. No. No.

—Esto no puede ser —dijo, con voz más frenética esta vez.

Aquello tenía que ser un error.

Quizá Arquero se parecía a lord Jacks. O quizá el retrato estaba mal. Arquero no podía ser lord Jacks. Era un guardia. Le había salvado la vida… dos veces.

—Alteza —dijo Martine mientras regresaba al dormitorio—, tiene las mejillas un poco pálidas.

—Estoy bien. Acabo de ver algo en el periódico que me ha inquietado. —Sostuvo la página para que Martine la viera—. ¿Este es de verdad el aspecto de lord Jacks?

—Es él, alteza. Entiendo por qué ha palidecido. Es horrible, ¿verdad? —Pero su voz sonó como un suspiro, y Evangeline habría jurado que había corazones en los ojos de la doncella mientras miraba la imagen en blanco y negro, que era cualquier cosa menos horrible.

Jacks parecía un final feliz e inalcanzable, y Martine parecía claramente embelesada por él. Igual que lo había estado Evangeline, aunque ella temía que sus sentimientos por él fueran mucho más profundos que un simple embeleso.

Incluso ahora, solo mirando su imagen, sentía *cosas*.

No quería creerlo. Todavía quería pensar que el periódico estaba equivocado. Arquero (lord Jacks, más bien) había estado con ella la noche anterior.

Pero no había estado con ella *toda* la noche. Había ido a buscarla después de que llamaran a Apollo, pero…

Intentó buscar otra excusa. Una vez más se recordó que Arquero, *Jacks*, le había salvado la vida, así que no podía ser un asesino. Y, no obstante, la noche anterior le había confesado justo eso.

Quizá disfruto matando, le había dicho. Y en lugar de sentirse horrorizada, ella se había sentido… En realidad, no podía pensar en cómo se había sentido la noche anterior. Ahora solo se sentía mareada y tonta y estúpida y completamente furiosa consigo misma.

Debería haberlo sabido. Debería haber adivinado por qué estaba Arquero en los recuerdos que Apollo había querido que olvidara. Apollo se lo había advertido. *Jacks te ha hecho cosas atroces, imperdonables, y estoy seguro de que serías más feliz si nunca las recordaras*.

Y tenía razón, porque Evangeline se sentía fatal.

Todavía no quería que Arquero fuera el villano. No quería que él fuera Jacks. Y, desde luego, no quería sentir nada por él.

Se le encendieron las mejillas con algo parecido a la vergüenza.

Martine la miró con preocupación. Evangeline solo quería sonreír, quemar el periódico y fingir que nada de aquello había ocurrido. Pero incluso si conseguía ocultar sus sentimientos (algo que dudaba, ya que estos eran lo que la definía), no podría fingir que Jacks no había asesinado a toda esa gente la noche anterior.

Tenía que contarle a Apollo que había visto a Jacks en Wolf Hall haciéndose pasar por un guardia llamado Arquero.

Agarró el primer vestido que consiguió encontrar, uno con un corpiño de terciopelo verde musgo, escote corazón y unos tirantes finos cubiertos de flores rosas a juego con la larga falda de gasa.

Martine le preparó un par de zapatillas a juego que Evangeline se calzó rápidamente. Después se dirigió a la puerta, antes de perder el valor. No quería pensar en ello, pero tenía que actuar rápidamente.

Tenían que detener a Jacks antes de que asesinara a más inocentes, y esperaba que su confesión fuera de ayuda. Si Jacks estaba entrando y saliendo del castillo, era evidente que tenía personas allí que le eran leales, como sus guardias de la noche anterior. A menos que fueran tan ingenuos como ella.

Con una profunda inhalación, Evangeline abrió por fin la puerta de sus aposentos para salir al largo pasillo.

Sus guardias de la noche anterior no estaban allí. En lugar de eso, Joff y Hale, los mismos soldados que la encontraron en el pozo, esperaban al otro lado, con brillantes armaduras de bronce y sonrisas amistosas. Como todos los demás guardias, llevaban bigote… Otra cosa que Arquero no había tenido.

—Buenos días, alteza —dijeron al perfecto unísono.

—Buenos días, Joff. Buenos días, Hale. Por favor, ¿podríais llevarme a ver a Apollo? Tengo que hablar con el príncipe de inmediato.

—Me temo que ya se ha marchado para la Cacería —dijo Joff.

—Entonces llevadme a la Cacería —replicó Evangeline.

Ya había pasado el mediodía y podía sentir los minutos escapándose rápidamente mientras estaba en el pasillo. Podía decirle a aquellos guardias que tenía información sobre lord Jacks; seguramente así la escucharían, pero no estaba segura de en quién podía confiar en aquel castillo. Suponía que algunos guardias tenían que serle leales a él, o de lo contrario no habría podido entrar y salir de Wolf Hall sin que lo detuvieran.

Hale frunció el ceño.

—Alteza…

—No me digáis que no se me permite abandonar el recinto del castillo.

—Oh, no. No dejaríamos escapar una oportunidad de ir a la Cacería.

Hale dijo la palabra *Cacería* con una combinación de reverencia y entusiasmo, y aunque Evangeline tenía la sensación de que no tenía tiempo que perder, no pudo evitar preguntar.

—¿Qué es esa Cacería?

Los rostros angulosos de Hale y Joff se iluminaron.

—¡Es el acontecimiento más emocionante del año! —exclamó Joff.

—Todos lo esperan con ganas —añadió Hale.

Evangeline no tenía hermanos, pero de haberlos tenido, suponía que habrían sido un poco como Joff y Hale. Ambos jóvenes estaban tan animados que terminaban las frases del otro y repetían sus palabras mientras iban y venían para explicar el milagro de la Cacería.

—Es una tradición casi tan antigua como el mismo Norte —dijo Hale.

—Fue implantada hace siglos por los Valor —añadió Joff—. La historia dice que una de sus hijas, la guapa…

—Todas eran guapas —lo interrumpió Hale.

—Bueno, la más guapa —continuó Joff—. Tenía un unicornio como mascota, ¿sabe? Y una vez al año, después de la primera lluvia de primavera, enviaban a ese unicornio al Bosque Maldito y todo el mundo podía cazarlo.

—¿Y se supone que eso era divertido? —les preguntó Evangeline.

—No se preocupe, no intentaban *matarlo* —le prometió Hale.

—Da muy mala suerte matar a un unicornio. Y son mucho más útiles vivos.

Joff asintió y añadió:

—A quien atrapaba al unicornio se le concedía medio deseo.

—¿Qué es medio deseo?

Ambos hombres se encogieron de hombros.

—Nadie lo sabe bien —admitió Joff.

—Ya no hay unicornios —terminó Hale—. Pero ahora, cada año, alguien se presenta voluntario para vestirse de unicornio durante la Cacería. ¡Un año Joff casi lo consiguió!

Joff asintió, orgulloso.

—Lo habría hecho, pero ese cabeza huevo de Quixton me derrotó.

—¿Puedo preguntar —comenzó Evangeline en lo que esperaba que fuera un tono educado, ya que aquellos hombres sin duda tenían la Cacería en alta estima— por qué se presentaría alguien voluntario para eso?

—Si eres el unicornio —le explicó Hale— y consigues pasar dos noches y tres días sin que nadie te atrape, consigues un título de caballero y un escudero y un montón de oro.

—¿Y si te atrapan? —preguntó Evangeline.

—Bueno —dijo Joff, con algo menos de entusiasmo—, el que se disfraza de unicornio normalmente acaba mal herido si lo capturan. Y el que lo atrapa es el que recibe el título, si lo necesita, junto al montón de oro y el escudero.

—Entonces… ¿A la gente le gusta la Cacería debido a los premios?

—También hay una gran celebración después —dijo Hale.

—Y es la única época del año en la que cualquiera puede entrar en el Bosque Maldito —añadió Joff.

Evangeline nunca había oído hablar del Bosque Maldito.

—¿Y la gente quiere entrar en ese bosque? —preguntó.

—Oh, sí, la maldición del Bosque Maldito es bastante *especial*. Pero debería ponerse unas botas más recias y una capa o dos antes de que nos vayamos —dijo Hale—. Siempre llueve en el camino, que es lo que intentaba advertirle antes.



23

Evangeline

Supuestamente, hacía mucho tiempo, el Bosque Maldito no estaba maldito. Se decía que era el bosque más bonito del Glorioso Norte. Era el tipo de bosque donde nacían las mejores partes de los cuentos de hadas, llenas de criaturas amistosas dispuestas a guiar a los viajeros perdidos o a ayudar a los heridos. Aquel bosque estaba lleno de flores que emitían luz por la noche y de pájaros que cantaban unas melodías tan dulces que incluso los corazones más duros lloraban al escucharlas.

Se creía que era el bosque favorito de los Valor, y que los Valor eran la familia favorita del bosque.

Por tanto, cuando todos los Valor fueron decapitados, el bosque lloró por su querida familia. Se apenó tanto que se transformó en algo muy diferente. En algo *maldito* que, a su vez, maldecía a todos aquellos que se atrevían a entrar en él.

Algunos dicen que esta maldición era el modo del bosque de intentar que otros lo amaran como la familia Valor lo había hecho… porque la maldición del bosque era un tipo de hechizo peculiar. Al principio ni siquiera lo parecía, y recordaba a un milagro. Hasta que más y más norteños se adentraron en el bosque y nunca salieron.

Y por esto, al más puro estilo del norte, se decidió que todos los caminos hacia el Bosque Maldito debían encantarse también, para que los norteños dejaran de desaparecer en su interior.

Por desgracia, hubo desacuerdos en cómo sería mejor embrujar las carreteras, de modo que se lanzaron a la vez varios encantamientos chapuceros.

Evangeline desconocía esta historia. Pero, tan pronto como llegó al camino que había decidido tomar con sus guardias, vio la evidencia de tales hechizos. Todo comenzó con una llovizna que no estuvo mal al principio, pero la lluvia se intensificó a medida que avanzaba la carretera. De repente, el viento los azotaba con lluvia, de costado y en diagonal.

Pronto estuvo empapada. No estaba segura de cómo de larga era la carretera, pero parecía que la lluvia la golpearía para siempre. Era muy tentador darse la vuelta, pero tenía que contarle a Apollo que Jacks había estado infiltrándose en el castillo para verla.

La única arma que Evangeline tenía era la daga enjoyada que Jacks le había dado. La llevaba guardada en un pequeño cinturón de terciopelo verde que complementaba su vestido, y se dijo a sí misma que, si volvía a verlo, no dudaría en usarla. No obstante, una parte de ella temía no poder apuñalarlo. También había una parte retorcida que temía no volver a verlo. Se le hizo un nudo en el estómago cuando recordó cómo le había dado la espalda la noche anterior, y que él no la había seguido después.

Sabía que Jacks era el enemigo, pero una parte de ella todavía se sentía embelesada por la idea de Arquero. Sola, nunca lo derrotaría. Necesitaba a Apollo y a su ejército y todo lo que este tuviera que ofrecer, y vagar bajo la lluvia era un precio diminuto a pagar por ello.

—Siga adelante —dijo Joff mientras el viento le azotaba la cara con la capa y le salpicaba las botas de barro.

Evangeline agradecía que los hombres no le hubieran permitido abandonar el castillo llevando solo unas zapatillas, o se le habrían quedado atrapadas en el sendero, como muchas otras antes de estas. En lugar de adoquines, había fragmentos del camino totalmente pavimentados con zapatos. También había carruajes volcados en los laterales, todos con aspecto de ser muy antiguos. Parecía que la mayor parte de los norteños estaban ya familiarizados con los hechizos que para adentrarse en el Bosque Maldito evitaban todo tipo de transporte excepto los pies.

—Casi hemos llegado —dijo Hale. Mientras hablaba, un letrero apareció junto a la carretera.

CIEN PASOS HASTA
EL BOSQUE MALDITO

¡Todavía puedes darte la vuelta!

La lluvia cayó con mayor fuerza cuando Evangeline pasó junto al letrero, haciendo que los mechones sueltos se le pegaran a la cara. Apenas pudo distinguir otro cartel unos minutos después:

¿POR QUÉ NO TE HAS DADO LA VUELTA TODAVÍA?

La lluvia se volvió más furiosa. Cuando se acercaron al último letrero, caía en sábanas.

¡BIENVENIDO
AL MEJOR DÍA
DE TU VIDA!

La madera era rosa y las palabras doradas y era la cosa más peculiar. Tan pronto como Evangeline se aceró al letrero y leyó sus palabras (lo que ocurrió casi de inmediato) la lluvia cesó de repente. Todavía podía oír su brusco aporrear contra el terreno, pero cuando se giró para mirar el camino por el que acababa de llegar, este parecía estar tan seco como un valle en un caluroso día soleado.

—En el Bosque Maldito no llueve —dijo Joff—. Esa es la otra razón por la que todos los caminos que entran y salen de él están hechizados. Si se pierde, la lluvia es un modo de saber que ha salido del bosque.

—Entonces, ¿ahora estamos en el bosque? —preguntó Evangeline, mirando el campamento que la rodeaba.

Después de la difícil caminata para llegar hasta allí y de todos los letreros de advertencia, había sospechado algo un poco más siniestro. Se había imaginado sombras, telarañas y montones de bichos, pero lo único que veía era un cielo oscuro al borde del ocaso sobre una aldea de coloridas tiendas de seda decoradas con banderines, así como montones de hombres y mujeres todos vestidos para la aventura. También había caballos, varios perros y un par de halcones posados en hombros.

Evangeline intentó ver más allá del campamento, buscando árboles o incluso solo hojas. Pero lo único que vio detrás de las tiendas fue un brumoso borrón de colores que la hizo pensar en el final de un arcoíris.

—Estamos en el intermedio —le dijo Hale.

—Cuando esté en el bosque, lo sabrá —añadió Joff.

—¡Evangeline! Quiero decir, ¡alteza! —gritó Aurora Vale mientras corría hacia ella, con sus perfectos tirabuzones violetas brincando.

Mientras todos los de las tiendas cercanas estaban agotados por la lluvia, Aurora parecía tan fresca como una flor. Sus ligeras botas grises, con cordones hasta la rodilla, estaban inmaculadas, como su vestido armadura corto y el carcaj de flechas de punta plateada de su espalda.

Hale se irguió al verla, y Joff se atusó rápidamente el alborotado cabello.

—¡No sabía que te unirías a la Cacería! —exclamó Aurora, entusiasmada —. Solo puedes estar en un equipo, conmigo y con mi hermana Vesper.

—Gracias, pero solo he venido a buscar a Apollo.

—Siempre puede unirse a la adorable dama después de encontrarlo —le ofreció Joff.

—Estoy seguro de que al príncipe no le importará —añadió Hale rápidamente.

Evangeline no estaba segura de estar de acuerdo, pero tampoco estaba segura de que los guardias estuvieran totalmente centrados. Incluso antes de que la adorable Aurora los hechizara con su llegada, los rostros de los hombres se habían llenado de pasión por la aventura al ver el movimiento en las tiendas y las armas afiladas.

—Oh, por favor, ¡pregúntale a tu príncipe si puedes unirte! Nos divertiríamos mucho juntas.

Aurora miró a Evangeline con una expresión que era parecida a la de un cachorrito que esperaba salir a jugar. Por supuesto, los cachorritos no solían llevar armas a la espalda, ni flechas que planeaban lanzar a otros cachorritos.

—Lo pensaré —dijo Evangeline—, pero primero debo encontrar a Apollo.

—Yo puedo llevarte con él —se ofreció Aurora—. Acabo de verlo por allí. Su campamento está pasando el grupo de tiendas de la Casa Casstel. —Señaló al norte, donde había una extensa aldea de tiendas azules celeste con rayas plateadas y una congregación de hombres y mujeres bastante altos vestidos a juego.

—Me temo que la dama está equivocada —dijo una nueva voz que Evangeline no reconoció, al menos no al principio. Pero, tan pronto como se giró, vio el rostro amistoso de lord Byron Belleflower.

El joven sonreía amablemente, como lo había hecho la noche anterior, cuando lo conoció en el banquete y la agasajó con todo tipo de historias jocosas sobre Apollo. No le pesaba verlo de nuevo, pero aquel no era el mejor momento.

—Ni siquiera te había oído llegar, mi señor.

Eso no era demasiado sorprendente, ya que Aurora Vale estaba acaparando la atención de todos y lord Byron Belleflower parecía haberse vestido para pasar desapercibido.

Aquel día llevaba unos pantalones marrones, un chaleco de cuero y una camisa *beige* con las mangas enrolladas hasta los codos. A diferencia de Aurora, lord Belleflower no llevaba flechas a la espalda. Lo único que tenía era una pequeña daga en el cinturón y un cuchillo en la cadera.

—Pensaba que ya éramos lo bastante amigos para que me llamaras Byron. Y perdóname por asustarte, alteza. Acabo de venir de ver a Apollo. Estaba hablando con los representantes del Gremio de Héroes, allí, justo donde su campamento está en *realidad*. —Byron señaló en la dirección contraria, más allá de una hilera de tiendas de comida, donde Evangeline atisbó un valle de oscuras tiendas verdes rodeadas por grupos de hombres y mujeres que parecían tener todos un perro o un ave de presa.

—Eso es imposible —dijo Aurora, con un repentino rubor cubriendo sus mejillas—. El príncipe, junto a sus tiendas reales, están en la otra dirección. Acabo de estar allí hace unos minutos, antes de encontrarme con la princesa Evangeline.

—Alteza —replicó Byron con tranquilidad—, perdóname por ofender a tu amiga, pero me temo que está confundida y mintiendo. El príncipe no está en esa dirección.

—No estoy…

¡*Tararará*! Las trompetas resonaron a lo lejos, interrumpiendo las protestas de Aurora. Un momento después, un heraldo cercano vestido con los colores reales gritó:

—¡Atención! ¡Atención! La Cacería comenzará oficialmente en diez minutos. ¡Diez minutos hasta que comience la Cacería!

Evangeline se estaba quedando sin tiempo.

—Bueno, parece que todos deberíamos irnos —dijo Aurora, como si la discusión no se hubiera producido.

Joff y Hale empezaron a seguirla de inmediato, con las cabezas altas y los hombros hacia atrás. Seguramente la habrían seguido al interior de un volcán, si se lo hubiera pedido.

Byron no estaba tan deslumbrado. Le echó a Evangeline una breve mirada de súplica.

—Si te vas con ella, estarás cometiendo un error —le dijo en voz baja.

Evangeline miró rápidamente el campamento más cercano, con la intención de preguntarle a un transeúnte si había visto al príncipe. Pero todos

se dirigían en la dirección opuesta, hacia el brumoso límite del Bosque Maldito, y Apollo seguramente estaría haciendo lo mismo. Tenía que tomar una decisión, si quería contarle lo de Jacks antes de que comenzara la Cacería y el príncipe se adentrara en el bosque.

—Estoy segura de que uno de vosotros debe estar equivocado —dijo Evangeline con dulzura.

Aunque en realidad no lo creía. Uno de ellos estaba mintiendo.

Ambos parecían ofendidos.

Aurora había dejado de caminar. Parecía a punto de jurar que ella era virtuosa y que nunca diría una mentira, pero entonces frunció los labios y le echó a Byron una mirada venenosa que convirtió su rostro de adorable a horrible en un instante.

Evangeline no se fiaba de ella. Había algo en Aurora que no le encajaba. Había empezado a sentirse recelosa después de que llamara la atención sobre la daga de Jacks, y después la asaltara en el pasillo acusándola de tener una aventura.

Tampoco estaba segura de confiar en Byron. Después de todo lo que había ocurrido los últimos días, Evangeline no se fiaba de nadie. Pero el joven lord no le había dado ninguna razón para *no* confiar en él.

—Joff, ¿por qué no vas con Aurora? —le pidió Evangeline—. Si encuentras al príncipe antes que yo, dile que lo estoy buscando y que no se una a la Cacería hasta que lo encuentre. Es importante. Hale y yo nos dirigiremos en la otra dirección con lord Belleflower.

Hale parecía abatido por tener que abandonar a Aurora.

—Estoy seguro de que la veremos de nuevo —le aseguró Evangeline mientras seguían a Byron hacia las tiendas de comida, que en realidad parecían servir mucha más cerveza que comida.

Las antorchas iluminaban a la gente que remoloneaba junto a ellas. Evangeline observó a un grupo que unía sus copas y gritaba:

—¡Por la Cacería!

—¡Buena suerte, amigos míos! —dijo Byron, con un saludo.

Los hombres y mujeres levantaron sus copas y brindaron de nuevo.

—¡Cinco minutos! —gritó un heraldo a lo lejos—. ¡Cinco minutos hasta que comience la Cacería!

Este heraldo estaba más lejos que el anterior. Evangeline ni siquiera lo vio aparecer. Solo oyó su voz, más tenue que antes, y después se desvaneció por completo.

Las tiendas junto a las que caminaban ahora, que al parecer pertenecían al Gremio de Héroes, estaban también tranquilas. Parecía que todos los héroes se habían marchado ya hacia el bosque. Lo único que quedaba era una fina espiral de humo de una fogata recién apagada. Las charlas, las risas y el afilar de las espadas habían cesado.

Evangeline esperaba que no fuera demasiado tarde. No quería tener que buscar a Apollo en el Bosque Maldito, sobre todo ahora que el sol estaba poniéndose.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Solo un poco más —dijo Byron, con seguridad.

Pero a medida que el cielo se oscurecía y que los zarcillos de niebla reptaban a su alrededor, parecía que se estaban acercando a los límites del Bosque Maldito en lugar de a un campamento.

Evangeline temía haber cometido un error al irse con él. Se apartó, acercándose más a Hale.

—Deberías quedarte conmigo.

Byron le agarró la muñeca y tiró de ella. La niebla era más espesa allí; ya no era solo unas volutas sino una bruma densa que subía hasta sus rodillas, pero era la mano de Byron lo que la ponía nerviosa.

—Por favor, suéltame —le pidió mientras intentaba zafarse, pero Byron la sostenía con fuerza.

—Lord Belleflower. —La mano de Hale se detuvo en la empuñadura de su espada mientras hablaba—. La princesa Evangeline le ha pedido que la suelte.

La boca de Byron se curvó en una sonrisa. Fue uno de esos momentos que suceden despacio y rápido a la vez. Mientras la sonrisa de Byron se deslizaba lentamente en su lugar, echó mano a su cuchillo tan rápido que Evangeline ni siquiera lo vio hasta que atravesó el aire y se enterró en la garganta de Hale.

El guardia cayó al suelo y la sangre manó de su cuello.

—¡*No*! ¡Hale! —gritó—. ¡Hale!

Byron la detuvo rápidamente. Le puso una mano sobre la boca y la rodeó con el otro brazo.

—Es hora de que pagues lo que le hiciste a Petra.

—¿Quién es Petra? —quiso gritar Evangeline, aunque las palabras no salieron de su boca. Forcejeó, pero Byron la agarró con fuerza y la arrastró hacia atrás a través de la tierra. Ya no había más tiendas, solo una densa niebla y ellos dos… Solos.

Evangeline intentó patear, apartarse, hacer todo lo que Arquero le había enseñado, pero apenas llegaba con los pies al suelo. Solo las puntas de sus pies arañaban la tierra. No podía apoyarse en nada.

No obstante, tenía una mano lo bastante cerca para agarrar la daga guardada en su cinturón. Suponía que solo tendría una oportunidad para usarla, una oportunidad para salvar su vida.

Agarró la daga y golpeó con ella hacia arriba, cortándole la muñeca a Byron.

—¡Zorra!

—¡Eso ha sido por Hale! —gritó Evangeline mientras Byron la soltaba.

Y entonces corrió.



24

Apollo

Apollo no era un asesino; no mataba a menos que fuera absolutamente necesario.

Pero se sintió tentado a desenvainar su espada y atravesar con ella el estómago de Joff.

No había nadie más en la tienda con ellos, y en un día como aquel, sería fácil deshacerse del cuerpo abandonándolo en el Bosque Maldito. Siempre se producían accidentes durante la Cacería.

Pero Apollo necesitaba respuestas, no más derramamiento de sangre. Echó una fría mirada al guardia.

—¿Dónde está mi esposa?

—Está con lord Belleflower, alteza.

—¿Por qué diantres la has dejado con él?

—Ella me pidió que lo hiciera, alteza. La princesa Evangeline no estaba segura de en qué campamento se encontraba usted, así que hizo que Hale y yo nos separáramos.

—Tu trabajo es estar a su lado —lo interrumpió Apollo—. Independientemente de lo que ella quiera.

—Lo sé, alteza. —Joff bajó la cabeza—. Siento haberme equivocado.

—Vete —le ordenó—, antes de que te atraviese con mi espada.

—Hay otra cosa, alteza. —Una gota de sudor bajó por la frente de Joff—. La princesa me pidió que le dijera que no se uniera a la Cacería hasta que ella

le encontrara.

—¿Te dijo por qué?

Joff negó con la cabeza.

—No, pero parecía muy decidida.

—Ella siempre parece decidida.

—¡Alteza! —gritó una voz jadeante y aguda. Un niño irrumpió en la tienda.

—¡Detente, enano! —exclamó un guardia, pero el niño era rápido.

—¡La princesa está en problemas! —dijo el niño—. Acabo de ver a un hombre intentando asesinarla. ¡Ella ha huido al Bosque Maldito!



25

Evangeline

Evangeline atravesó la niebla. Creía estar volviendo sobre sus pasos, hacia las tiendas que pertenecían al Gremio de Héroes. Pero no veía tiendas, solo una niebla infinita y la noche.

Se habría dado la vuelta, pero todavía podía oír a Byron soltando improperios. Unos que la hicieron preguntarse qué creía ese hombre que ella había hecho, y quién era Petra.

No fue hasta que dejó su voz atrás cuando por fin se permitió detener sus piernas lo suficiente para recuperar el aliento y secarse las lágrimas de los ojos.

Pobre Hale. No se merecía morir así, ni de ningún otro modo.

Evangeline sabía que no era culpa suya (ella no le había clavado el cuchillo en la garganta) y aun así se sentía culpable. Había tanta gente intentando matarla que no podía evitar preguntarse qué había hecho para merecerse todo aquello.

¿Era solo porque se había casado con un príncipe… o por otro suceso de su pasado que había olvidado?

Mientras corría adentrándose en la oscura niebla, cada vez le era más difícil respirar. Odiaba aquella sensación de no saber y aquel miedo a no llegar a descubrirlo nunca.

El barro salpicó sus botas y el dobladillo de su capa de terciopelo verde hasta que el terreno se volvió duro. Trastabilló brevemente cuando el camino

se adoquinó bruscamente bajo sus pies.

Entonces, como si hubieran abierto una cortina, la niebla desapareció, y también la noche cerrada. Se desvaneció por completo para revelar una calle llena de tiendas tan coloridas como caramelos en un tarro. Todas tenían alegres marquesinas de rayas, brillantes campanillas y las puertas pintadas de todos los colores del arcoíris.

A Evangeline se le erizó la piel cuando pasó junto a las fachadas, con sus animados escaparates. Sabía que no podía detenerse; no debía detenerse. Seguía huyendo para salvar su vida, y tenía que encontrar a Apollo para contarle lo de Jacks.

Pero aquella no era solo una calle bonita. Evangeline *conocía* aquella calle. Conocía la farola torcida al final de la misma, y la razón por la que olía a galletas dulces recién horneadas. Y sabía que, en mitad de la calle, situado entre el Paraíso de los Caramelos de Crystal y Delicias Horneadas de Mabel, encontraría el lugar del mundo que amaba más que ningún otro: la tienda de su padre. *Rarezas, Curiosidades y Extravagancias de Maximillian*.

El pecho se le constriñó dolorosamente cuando llegó a la puerta delantera. De repente nada más importaba, solo aquello.

La tienda estaba distinta de como la recordaba. Como el resto de las fachadas, estaba más bonita, más brillante, *más nueva*. La pintura era de un tono de verde tan brillante que parecía mojado. La luna del escaparate estaba tan limpia que parecía no haber cristal; Evangeline se imaginó que podía meter la mano a través del escaparate y agarrar uno de los curiosos artículos que se derramaban de la chistera púrpura del revés. Un sombrero que, como la tienda, había creído que jamás volvería a ver.

Habría creído que aquello era solo un espejismo. No era posible que hubiera corrido hasta su casa en Valenda; ni siquiera estaba segura de cómo se regresaba a Valenda desde el Norte, pero estaba bastante segura de que había que tomar un barco.

Y, no obstante, cuando alargó los dedos hacia la tienda, pudo sentir la puerta, sólida y de madera y caliente por el sol bajo su mano. Era real. Todo aquello era real. Todavía podía oler las galletas de la panadería, más abajo en la calle. Y después oyó una voz a lo lejos.

—¡Limonada! ¡Limonada fresca!

Una aparición de burbujas al final de la calle y un momento perfecto de euforia siguieron al grito.

Cuando Evangeline entró en el Bosque Maldito, el letrero había dicho: ¡*Bienvenido al mejor día de tu vida*!

Las palabras le habían parecido frívolas, pero ahora parecía que ese era el lugar, o el momento exacto, en el que se encontraba.



Aquel momento concreto fue la víspera del día en el que cumplió doce años.

Evangeline siempre había tenido una historia de amor con la anticipación. Uno de sus pasatiempos favoritos era soñar e imaginar. *¿Qué pasaría? ¿Qué ocurriría? ¿Y si…?* Le gustaba especialmente la oleada de anticipación que sentía antes de las ocasiones especiales, y sus padres siempre hacían que sus cumpleaños fueran superespeciales.

El día que cumplió nueve años, se despertó para descubrir que todos los árboles del jardín de su madre tenían las ramas llenas de piruletas atadas con lazos de lunares. También había gominolas colocadas en el centro de las flores y enormes trozos de caramelo colocados entre las briznas de hierba, haciendo que pareciera que las piedras del jardín se habían convertido en golosinas durante la noche.

—Nosotros no hemos sido —afirmó su padre.

—Oh, no —asintió su madre—. Esto ha sido sin duda magia.

Evangeline sabía que no lo era… o casi lo sabía. Sus padres tenían un modo de hacer las cosas que siempre dejaba solo una pizquita de asombro y duda que la hacía preguntarse si quizá, después de todo, habría sido magia.

Y por eso, aquel día justo antes de cumplir doce años, Evangeline esperaba con ilusión la magia que sus padres tendrían preparada para ella aquel año.

Evangeline tenía una fe inquebrantable en que su madre y su padre habrían planeado algo maravilloso. Apenas podía esperar, y no obstante era la espera lo que hacía que el día fuera tan estupendo.

La anticipación de Evangeline por lo que estaba a punto de ocurrir era burbujeante. Contagió a todo el que entró en la tienda de curiosidades de su padre aquel día, poniendo una sonrisa en la boca de cada persona y llenando la tienda de carcajadas, aunque nadie sabía de qué se reía. La alegría era, sencillamente, contagiosa.

Y quizá había solo un poquito de magia en el aire, porque por casualidad el pastelero de aquella calle probó una nueva receta de galletas de cristal que decidió llevar a la tienda de curiosidades. Quería saber qué opinaban los demás, y la tienda era sin duda el lugar perfecto donde estar esa tarde.

Las galletas, por supuesto, estaban deliciosas, y las hizo incluso mejores el carrito de limonada que se detuvo delante de la tienda. Era amarillo y blanco y tenía un misterioso mecanismo inferior que expulsaba un constante chorro de burbujas con forma de corazón.

Evangeline había visto muchos carritos de limonada antes, pero nunca uno como aquel. Tenía cuatro sabores que, según el cartel, cambiaban cada día. Las opciones del día eran:

Limonada de arándanos

Limonada de lavanda con cubitos de miel

Limonada con pulpa de fresa y hojas de albahaca

Y después la más deliciosa de todas:

¡*Limonada montada*!

Estaba hecha con nata, limones y azúcar, y cubierta por una brillante porción de crema de vainilla.

Evangeline quería saborear la bebida, pero también le apetecía compartirla con su madre y su padre, que habían cometido el error de pedir la de arándanos.

Todavía se recordaba sentada en los peldaños de la tienda, entre sus padres, sintiéndose la niña más afortunada del mundo.



Evangeline no sabía cómo era posible que hubiera retrocedido en el tiempo hasta aquel día, pero no necesitaba que fuera posible. Lo deseaba tanto (*estar de nuevo en la tienda, estar con sus padres, estar a salvo*) que estaba dispuesta a creer en la imposibilidad de todo ello.

Una sombra se movió en la tienda. Evangeline la vio a través de la ventana y, aunque era solo una sombra, sabía a quién debía pertenecer.

—¡Padre! —gritó mientras entraba en la tienda de curiosidades.

Olía justo como la recordaba: como las cajas de madera que siempre iban y venían, y el perfume de violeta que su madre solía ponerse.

Las botas de Evangeline repiquetearon sobre el suelo de baldosas negras y blancas mientras se adentraba, exclamando:

—¡Padre!

—¡Cariño —dijo su madre—, no entres aquí!

A Evangeline se le debilitaron las rodillas cuando oyó la voz de su madre. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la oyó. No le importó lo que decía; ninguna fuerza terrenal podría haber evitado que Evangeline la siguiera.

Corrió hacia el fondo de la tienda, donde una puerta disfrazada de armario conducía al almacén de atrás. Pero sus padres no estaban allí. Allí solo había cajas abiertas, un expositor a medio terminar para el escaparate y montones de otras cosas a las que Evangeline no prestó atención. Si recordaba aquel día concreto correctamente, encontraría a sus padres en el ático, inflando globos para el día siguiente.

Las escaleras estaban al fondo. Pero, tan pronto como llegó hasta ellas, la voz de su padre tronó desde arriba:

—¡Cielo, no subas aquí!

—¡Solo necesito veros un segundo!

Evangeline subió rápidamente las escaleras, con el corazón lleno de esperanza y miedo por si no era lo bastante rápida y se veía lanzada de nuevo al presente, sin ver a su madre y a su padre.

Cuando sintió el pomo bajo su mano, sólido y real, estuvo a punto de llorar. La puerta se abrió a una habitación llena de globos de cumpleaños. Eran de color lavanda y púrpura, blanco y dorado, y todos rebotaban sujetos a rizados cordeles rosas. Eran los mismos que tuvo en su cumpleaños aquel año, solo que, como todo lo demás, ahora eran más brillantes y brincaban más y había muchos *más* de los que recordaba.

—Cielo, tú no deberías estar aquí —dijo su madre.

—Estás estropeando la sorpresa —añadió su padre. Su voz era clara y sonaba cerca, pero Evangeline no podía verlo ni a él ni a su madre detrás de todos aquellos globos de cumpleaños.

—¡Madre! ¡Padre!

Evangeline comenzó a explotar globos mientras gritaba, pero volvían a aparecer más.

—Corazón, ¿qué estás haciendo ahí arriba? —le preguntó su padre.

Su voz sonaba ahora como si viniera de abajo.

Evangeline sabía que era un truco, igual que aquella horrible habitación.

Pero lo malo de la esperanza era también lo que la hacía maravillosa. Cuando un poco de esperanza ha cobrado vida, es difícil matarla. Y ahora que Evangeline había oído las voces de sus padres, no podía evitar esperar que, si era lo bastante rápida, podría verles también las caras.

Casi tropezó con su falda cuando comenzó a bajar la escalera, corriendo de nuevo hacia la habitación con el sinfín de cajas de curiosidades. Como en el caso de los globos, había más cajas de las que recordaba, un laberinto sin fin. Y justo más allá, oyó a su madre diciendo:

—Corazón, ¿dónde estás?

Esta vez, la voz amable de su madre le puso un nudo en la garganta. Estaba muy cerca, y no obstante tenía la sensación de que no pasaría de ahí: cerca, pero nunca con ella.

—Lo siento —dijo una nueva voz.

Evangeline se sobresaltó y miró de soslayo, pero el joven que acababa de hablar no tenía un rostro al que echar solo una ojeada de soslayo. Mirarlo la hizo contener el aliento. Tenía una cara increíblemente atractiva y los ojos más verdes que había visto nunca, unos ojos tan verdes que tuvo que preguntarse si alguna vez había visto unos ojos verdes antes.

—¿Qué sientes? —le preguntó Evangeline—. ¿Eres tú el responsable de esto?

La boca del Atractivo Desconocido formó una mueca triste.

—Me temo que no soy tan poderoso. Así es como te atrapa el Bosque Maldito. Te da apenas lo suficiente para perseguirlo, pero jamás te deja encontrar lo que quieres.

—Corazón, ¿dónde estás? —repitió su madre.

Evangeline miró en dirección al sonido de su voz. Creía que el Atractivo Desconocido tenía razón. En cierto sentido, había temido todo el tiempo que aquello fuera demasiado maravilloso para ser cierto. La gente se caía en agujeros y pozos, no en el mejor día de sus vidas, y aun así lo único que quería era correr entre las cajas siguiendo el sonido de la voz de su madre. Solo quería verla una última vez, pasar un último minuto con ella, darle un último abrazo.

No parecía que el Atractivo Desconocido fuera a intentar detenerla si salía corriendo detrás de su madre otra vez. Estaba tan quieto que podría haber sido uno de los objetos inanimados sacados de las cajas.

No parpadeaba, no se movía, ni siquiera un dedo. Estaba vestido un poco como un soldado, con una exquisita armadura de cuero que no se parecía a ninguna otra que ella hubiera visto aquel día. Y aunque llevaba armadura, Evangeline no vio que llevara armas, y tampoco tenía bigote, así que no podía ser uno de los guardias de Apollo.

—¿Tú también eres una trampa del bosque? —le preguntó—. ¿Estás aquí para ofrecerme algún tipo de trato? ¿Me permitirás ver a mis padres si te

entrego un año de mi vida?

—¿Harías ese trato? —le preguntó él.

Evangeline pensó en ello. Había algo en estar tan cerca de sus padres, en aquel lugar semireal en el que se encontraba, que hacía que la solitaria desazón de su pecho doliera más de lo habitual. Era tentador entregar un año de tiempo solo por un abrazo, solo para verse rodeada por los brazos de la gente a la que quería, que la quería y que sabía sin duda que no deseaban para ella nada más que lo mejor. Anhelaba olvidar, por un momento, que lo único que tenía era un marido misterioso, que no dejaban de intentar matarla y que la única persona por la que se sentía inexplicablemente atraída era el asesino más peligroso de todos.

Un año no parecía un mal precio a pagar por escapar de todo ello. Pero sus padres odiarían que hiciera eso.

—No, no quiero hacer ese trato —murmuró Evangeline.

—Bien —dijo el Atractivo Desconocido—. Y no, no soy otra trampa. Yo estoy en mi propia trampa.

Avanzó un paso despacio, moviéndose con una sorprendente elegancia para alguien tan alto y de estructura tan poderosa.

—El Bosque Maldito nos lleva a cada uno a un lugar que replica el mejor día de nuestra vida. Después nos entrega justo lo suficiente de ese día para hacer que deseemos buscar más.

—Entonces, ¿tú estás en un día distinto? —le preguntó Evangeline.

El Atractivo Desconocido asintió.

—El bosque puede cambiar de escenario, pero no puede esconder de los demás a los que están en su interior. Así es como te he encontrado.

—¿Por qué me buscabas? ¿Quién eres?

—Tú me conocías como Caos. Soy tu amigo —le dijo. Pero había algo extraño en el modo en el que dijo la palabra *amigo*, como si no estuviera completamente seguro de ello.

Si Evangeline no acabara de ver a uno de sus guardias asesinado por alguien que después intentó matarla a ella, quizá no le habría dado demasiada importancia. No quería creerse con tan mala suerte como para que el tal Caos intentara matarla también.

Pero no estaba dispuesta a arriesgarse.

Se sacó la daga del cinturón.

Caos levantó las manos rápidamente.

—No estás en peligro. Estoy aquí porque un amigo nuestro necesita ayuda… tu ayuda. Está a punto de tomar una decisión terrible y tú tienes que

hacerle cambiar de idea antes de que sea demasiado tarde para salvarlo. No estoy aquí para hacerte daño, Evangeline.

—Entonces, ¿por qué no te alejas de ella? —gruñó Arquero.

Evangeline no lo había oído acercarse. Solo se giró y de repente Arquero (*Jacks*) estaba allí. Cuando lo vio avanzando ágilmente entre las cajas, mirando a Caos con una expresión letal en sus ojos, le fue más fácil pensar en él como Jacks.

—No quiero que te acerques a ella. Jamás. —Jacks desenvainó su espada y, antes de que Caos tuviera tiempo de hablar, le atravesó el pecho con la hoja.



Jacks

La espalda de Jacks golpeó el suelo cuando Evangeline se lanzó sobre él.

—¡Monstruo! —gritó, maldiciendo.

Él nunca la había oído maldecir de verdad. No se le daba muy bien, pero lo estaba intentando furiosamente.

Cayeron al suelo y ella aterrizó sobre su pecho con una fuerza que debería haberle arrancado el aire de los pulmones, pero eso no evitó que aullara:

—¿Por qué has hecho eso? ¡No puedes ir por ahí matando a la gente!

Siguió golpeándolo. Tenía las rodillas a cada lado de sus caderas, y no dejaba de darle manotazos. Jacks no sabía si estaba intentando golpearlo o apuñalarlo, y sospechaba que ella tampoco sabía qué quería hacer.

Si quería apuñalarlo, estaba sosteniendo el cuchillo en la dirección equivocada mientras le aporreaba el pecho con los puños. En otro momento, le habría gustado darse cuenta de que al menos intentaba defenderse. Pero, como siempre, Evangeline no tenía ni idea de a qué tipo de peligro se enfrentaba en realidad.

Jacks le atrapó ambas muñecas con las manos enguantadas y tiró de ellas sobre su cabeza antes de que le cortara el cuello accidentalmente.

—No está muerto de verdad —resolló—. El *auténtico* monstruo, que es al que acabo de apuñalar, volverá a la vida. Y, cuando lo haga, será mejor que nosotros no estemos cerca.

—Nada de *nosotros*. ¡Sé quién eres! —Evangeline liberó por fin sus manos, se echó hacia atrás y dirigió la daga directamente hacia su corazón. Esta vez, la hoja señalaba la dirección adecuada. Le temblaban las manos, pero su voz seguía sonando furiosa y herida—. Vi tu retrato en el periódico… ¡junto al relato sobre todos a los que asesinaste anoche!

—Yo no asesiné a nadie anoche.

—¡Pero si mataste a alguien delante de mí!

—Eso no fue un asesinato. Él estaba intentando matarte.

Evangeline hizo un mohín. Sabía que él tenía razón, pero no movió la daga. La mantuvo apuntando a su corazón. Jacks podía ver en sus ojos que ella creía que aquello era lo correcto, terminar con él. Y no se equivocaba del todo.

—Me lo merezco —le dijo—. Seguramente me merezco algo mucho peor. Pero este *no* es un buen día para matarme. Estoy esforzándome mucho para mantenerte con vida.

Jacks le agarró los brazos de nuevo y rodó con ella, atrapándola debajo de su cuerpo. Intentó tener cuidado, intentó no hacerle daño, pero necesitaba que ella lo entendiera antes de soltarla.

—Sí, soy un asesino. Disfruto haciéndole daño a la gente. Me gusta la sangre. Me gusta el dolor. Soy un monstruo pero, aunque tú no lo recuerdes, Evangeline, yo soy *tu* monstruo.

Ella contuvo el aliento.

Durante un segundo, Jacks habría jurado que no era furia ni miedo lo que veía en sus ojos. El cuello de Evangeline se tiñó de rosa y sus mejillas se ruborizaron… de un modo distinto. Jacks no sabía si por fin estaba recordando.

Pero era lo bastante egoísta para esperar que lo estuviera haciendo.

Dudó si mantenerla atrapada bajo su cuerpo hasta que lo hiciera. Sabía que era una mala idea, pero quería que recordara. Quería que lo mirara, solo una vez, y lo reconociera como lo había hecho antes.

Era cruel por su parte, querer que ella lo amara de nuevo. Si Evangeline lo recordaba, volvería a hacerle daño.

Todavía lo perseguía la última vez que la vio con sus recuerdos intactos. Fue fuera del Valory. Horas antes, la había visto morir en sus brazos.

Evangeline no tenía ni idea de lo que había pasado, ninguna pista sobre que Jacks había usado ya las piedras para volver al pasado por ella.

Estaba intentando convencerlo para que no las usara para regresar con Donatella. Le había pedido que, en lugar de eso, se quedara con ella.

A pesar de todo, ella todavía lo quería.

Jacks se había muerto de ganas de decirle que ni siquiera recordaba cómo era Donatella, que su rostro era el único que veía siempre que cerraba los ojos, que iría con ella a cualquier parte… si pudiera.

Pero no podía verla morir de nuevo. Su primer zorro había creído en él y después había muerto, igual que lo haría Evangeline. Su historia solo podía tener un final, y no era uno feliz. La esperanza de Evangeline era poderosa, pero no era mágica. No era suficiente.

Era mejor hacerle daño, era mejor romperle el corazón, hacer lo que fuera necesario para mantenerla con vida y alejada de él.

Eso no había cambiado.

Pero estaba fracasando en eso de dejarla marchar. Quería mantenerla aplastada contra el suelo bajo su cuerpo. Le habría prendido fuego al mundo y lo habría dejado arder todo solo para seguir abrazándola así.

Miró al lado. Castor estaba inmóvil. Su pecho estaba quieto, sus ojos abiertos sin ver. Parecía muerto de verdad, pero no pasaría mucho tiempo antes de que volviera a la vida.

Tenía que sacar a Evangeline de allí.

Seguía aturullada bajo su cuerpo, con la cara colorada y la respiración trabajosa. Sabía que todavía no sabía si confiar en él, pero Jacks no podía perder más tiempo.

Se levantó del suelo de un salto. Después le agarró la mano y tiró de ella para ponerla en pie antes de echar mano a la cuerda de su cinturón.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, pero Jacks no le dio la oportunidad de alejarse. Tiró de ella de nuevo y le ató rápidamente la muñeca a la suya.



27

Evangeline

Evangeline ni siquiera sabía de dónde había sacado Jacks la cuerda. De repente estaba allí, en sus manos expertas, como si siempre la llevara consigo por si acaso necesitaba atar a una chica.

—¿Cómo podría haber estado yo enamorada de ti?

Era una pregunta poco amable, pero Evangeline se sentía agobiada. En un momento estaba en el suelo con Jacks encima y ahora estaban atados, piel con piel, una sensación muy distinta a cuando había una capa de ropa entre ellos.

Suponía que él podría sentir su pulso, corriendo contra el suyo.

Evangeline tiró de las cuerdas que los unían, pero en lugar de soltarse, empezaron a crecer en ellas pequeñas flores blancas y diminutos capullos rosas en enredaderas verde esmeralda que se enroscaron alrededor de sus brazos, acercándolos todavía más.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Jacks.

—¡Creí que esto lo estabas haciendo tú!

—¿Crees que yo nos ataría con flores? —Jacks frunció el ceño mientras florecía un pequeño capullo rosado—. Debe ser este sitio —murmuró.

Fue entonces cuando Evangeline se dio cuenta de que ya no estaban en el cuarto de atrás de la tienda de curiosidades.

El caos de cajas había desaparecido y la tienda se había transformado en una cabaña adorable; ¿o quizá aquel lugar peculiar era una posada? El vestíbulo bien iluminado donde Evangeline estaba con Jacks parecía

demasiado grande para ser una cabaña familiar. Había al menos cuatro plantas con habitaciones, llenas de puertas con curiosas tallas que representaban cosas como conejos con corona, corazones en el interior de urnas de cristal y sirenas con collares de conchas.

Se sintió tonta por no haberse dado cuenta de inmediato, por no haber podido ver más allá de Jacks.

Justo frente a ella había una puerta redondeada, y a su lado había un reloj maravillosamente inusual. Estaba pintado de colores alegres y tenía péndulos con brillantes piedras preciosas, y en lugar de horas, el reloj mostraba nombres de comidas y bebidas: *Empanadillas de carne, Estofado de pescado, Estofado misterioso, Tostadas y té, Gachas, Ale, Cerveza, Hidromiel, Sidra de vino, Tarta de miel, Crujiente de zarzamora, Pastelillos del bosque*.

—Bienvenida a la Madriguera —dijo Jacks en voz baja.

Evangeline se giró para mirarlo. O lo intentó. Girarse ya no era exactamente posible, debido a la cuerda de flores que unía sus brazos.

—No puedes atar a la gente y llevártela a donde quieres.

—No tendría que hacerlo si recordaras. —Su tono seguía siendo calmado, pero era una calma peligrosa, una que ponía colmillos en sus palabras.

Evangeline se dijo que eso no debía importarle. Pero, en lugar de eso, se sintió obligada a discutir.

—¿Crees que no estoy *intentando* recordar?

—Sin duda no lo bastante —dijo Jacks con frialdad—. ¿Quieres al menos recuperar la memoria?

—¡Lo único que he estado haciendo es intentar recuperarla!

—Si te crees eso, o te mientes a ti misma o has olvidado lo que es intentarlo de verdad. —Sus ojos llamearon cuando se encontraron con los de ella; era un fuego tan ardiente como la ira. Pero también había dolor en ellos, forjado en hilos plateados que se movían como grietas a través del azul de sus ojos—. Te he visto intentarlo antes. Te he visto desear algo más que ninguna otra cosa en el mundo. He visto lo que estás dispuesta a hacer, hasta dónde estás dispuesta a ir. Ahora ni siquiera te acercas a eso.

Jacks apretó la mandíbula mientras la miraba. Parecía enfadado y exasperado. Levantó la mano libre, como si fuera a pasársela por el cabello, pero entonces la colocó en la nuca de Evangeline y apoyó la frente en la de ella.

Jacks tenía la piel fría, pero el contacto le calentó todo el cuerpo. Deslizó la mano que le había puesto en el cuello hasta su cabello, y su cuerpo entero

se quedó sin fuerza. Él la sostuvo, con los dedos amables firmemente clavados en su cuero cabelludo.

Aquello estaba muy mal, que deseara al hombre que la había atado a él y que le había hecho otro sinfín de cosas indecibles. Pero lo único en lo que podía pensar era en que quería que le hiciera aún más.

Jacks era como la fruta envenenada de las hadas: un solo mordisco podía arruinar a una persona. Pero ella ni siquiera lo había mordido, ni iba a hacerlo. No habría mordisco. Ni siquiera sabía por qué estaba pensando en morder.

Intentó apartarse, pero Jacks la sostuvo con fuerza, enredando su cabello en su puño y manteniendo su frente presionada contra la de ella.

—Por favor, Pequeño Zorrillo, recuerda.

El nombre provocó algo en ella.

Pequeño Zorrillo.

Pequeño Zorrillo.

Pequeño Zorrillo.

Eran solo dos palabras, aunque no parecían simples, para nada. Sonaban como una caída. Sonaban a esperanza. Parecían las palabras más importantes del mundo. Las palabras hicieron que se le acelerara la sangre y que la cabeza le diera vueltas hasta que, una vez más, solo estuvieron Jacks y ella. Nada existía excepto la presión de su frente fría, la sensación de su mano fuerte enredándose en su cabello y la mirada destrozada y suplicante de sus ojos azul mercurio.

La combinación de todo ello le revolvió las entrañas como una baraja de cartas, hasta que todas las sensaciones que había intentado descartar emergieron de nuevo.

Quería confiar en él. Quería creerlo cuando decía que el Atractivo Desconocido al que acababa de apuñalar no estaba muerto de verdad. Quería pensar que todas las historias escabrosas que le habían contado sobre él eran mentira.

Lo quería a *él*.

No importaba que, unos minutos antes, él le hubiera dicho que disfrutaba con la sangre, el sufrimiento y el dolor. Todas esas cosas estaban en el fondo de la baraja. Y ella no quería volver a mezclar las cartas.

Evangeline podría haberse inventado un montón de razones para justificarse, razones que iban más allá de solo oír un apodo.

Pero no quería defender sus sentimientos; solo quería ver a dónde la conducían. Ya no quería alejarse. En lugar de eso, quería tomar cualquier camino oscuro por el que él estuviera a punto de llevarla. Y eso tenía que

significar algo. Quizá solo significaba que era tonta, o quizá significaba que su corazón recordaba cosas que su mente no.

Intentó recordar algo una vez más. Cerró los ojos y repitió el apodo en silencio, como una oración.

Pequeño Zorrillo.

Pequeño Zorrillo.

Pequeño Zorrillo.

Pensar en Jacks diciendo esas palabras hizo que le diera un vuelco el corazón, pero no le devolvió sus recuerdos.

Cuando abrió los ojos, la mirada inhumana de Jacks seguía clavada en la suya. Había algo parecido a la esperanza en sus ojos.

—Lo siento —le dijo en voz baja—. No consigo recordar nada.

La luz se apagó en la mirada de Jacks. Rápidamente sacó los dedos de su cabello, se irguió y se apartó. Lo único que se tocaba ahora eran sus muñecas y sus brazos, debido a las enredaderas que los unían.

Jacks no intentó cortar las viñas que se enroscaban alrededor de sus brazos, y Evangeline se sintió extrañamente alegre por ello. Puede que no hubiera recuperado la memoria, pero parecía que su corazón realmente lo recordaba, porque sintió que se le rompía un poco cuando él la miró con unos ojos que se habían vuelto tan fríos como las sombras de un bosque.

El insólito reloj de la pared marcó *Estofado misterioso*, y el cuerpo del Atractivo Desconocido se movió. Evangeline vio que su pecho se estremecía con algo que no era del todo una inspiración. Pero, definitivamente, era movimiento.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Jacks con brusquedad. Tiró de la cuerda florida que lo ataba a Evangeline y varios pétalos pálidos cayeron de las flores.

—¿A dónde vamos? —le preguntó—. ¿Y cómo hemos llegado *aquí*?

—Estamos aquí porque yo nos até —le dijo Jacks—. Si dos personas se tocan piel con piel, ambas participan de la ilusión de la persona con la voluntad más fuerte. De lo contrario, se perderían. Como estábamos atrapados en ilusiones diferentes, tú podrías haberte encontrado una pared, donde yo tendría una puerta.

—Entonces, ¿este fue el mejor día de tu vida? —le preguntó Evangeline. Deseó haberse dado cuenta antes, o haber tenido más tiempo para examinar aquella curiosa posada, para ver qué era lo que Jacks apreciaba.

Pero estaba claro que él no quería demorarse. Ni siquiera respondió a su pregunta.

No oía ninguna voz llamándolo, pero se preguntó si estar allí le haría a Jacks tanto daño como le había hecho a ella estar tan cerca del recuerdo de sus padres. Si él también sentía la atracción de algo que deseaba pero que no podía tener.

Jacks abrió rápidamente la puerta de la Madriguera, como si no pudiera alejarse lo bastante rápido de allí. Y aun así Evangeline vio un destello de dolor en sus ojos, como si también le doliera marcharse.

Fuera, se apresuró por uno de los caminos más bonitos que ella había visto nunca.

Los colibríes revoloteaban, los pájaros trinaban y diminutos dragones azules dormían la siesta sobre setas rojas con puntitos blancos. Las amapolas que bordeaban el camino que se alejaba de la posada eran también enormes. Le llegaban a la cintura y tenían unos pétalos de un rojo profundo que parecían de terciopelo y el perfume más dulce.

Cuando llegaron al final del camino adoquinado, el aire pasó de tener un agradable aroma a flores a ser húmedo y musgoso. Todavía había un camino, pero no estaba hecho de nada más que tierra, bordeado de árboles enormes que transformaron el mundo de alegre y luminoso a sombrío y frío.

Evangeline podía oír un arroyo a lo lejos… junto con sonidos de voces y de cascos de caballo.

La Cacería debía estar cerca, lo que significaba que Apollo también lo estaría.

Con todo lo que había ocurrido, se había olvidado de él. Se preguntó si formaría parte de la Cacería o si Joff le habría entregado su mensaje de que no participara hasta que ella lo encontrara. Esperaba que hubiera recibido el mensaje y que estuviera esperándola fuera del Bosque Maldito. No quería imaginar qué ocurriría si se la encontraba ahora, atada a Jacks.

—¿A dónde vamos exactamente? —le preguntó.

—Primero tenemos que salir de este odioso bosque antes de que alguien más intente matarte.

—Por cierto —le contó—, alguien más intentó matarme antes, por eso entré en el bosque.

Jacks le echó una mirada siniestra.

—¿Cómo es que todos los días intenta matarte alguien?

—Ojalá lo supiera. Quizá entonces podría evitar que ocurriera.

Él parecía dudarlo.

—¿Quién ha sido esta vez? ¿Lo viste?

—Fue lord Byron Belleflower. ¿Lo conoces?

—Nos han presentado. Malcriado, rico, bastante inútil.

—¿Sabes por qué me quería muerta? Dijo algo sobre Petra.

Jacks hizo una mueca. Fue tan rápida, casi imperceptible, que Evangeline se preguntó si se la había imaginado.

Cuando habló de nuevo, Jacks sonó casi aburrido.

—Petra era una muchacha despreciable. Fue la amante de Belleflower hasta que murió, recientemente. Pero tú no tuviste nada que ver con ello.

—Entonces, ¿por qué quiere matarme?

—No tengo ni idea. —Jacks sonaba ligeramente molesto—. A estas alturas, asumo que todo el mundo te quiere muerta.

—¿Eso te incluye a ti?

—No. —Ni siquiera hubo un segundo de duda—. Pero eso no significa que estés a salvo conmigo.

Jacks la miró entonces. Sus ojos se encontraron por primera vez desde que presionó la frente contra la suya y le suplicó que recordara. Tenía los ojos más azules y brillantes que había visto nunca, y mientras estaban allí, en el bosque, le parecieron más claros que antes, con un espectral tono azul que la hizo pensar en una luz a punto de apagarse.

—No creo que vayas a hacerme daño —le dijo.

El color de los ojos de Jacks se atenuó.

Pronto no opinarás lo mismo.

Las palabras sonaron solo en su cabeza, pero era la voz de Jacks y, por un segundo, sintió un vértigo terrible en el vientre.

Un ave graznó sobre su cabeza, chirriante y agudo.

Evangeline levantó la mirada.

Una criatura alada, oscura y conocida, volaba en círculos sobre ellos.

El corazón le dio un brinco cuando recordó que aquella misma criatura le había dado un picotazo en el hombro.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa? —le preguntó Jacks.

—Esa ave —susurró Evangeline—. Es del líder del Gremio de Héroes. Está buscándote.

Con la mano libre, Jacks se sacó un cuchillo de una funda de la pierna.

—¡No! —Evangeline le agarró la muñeca rápidamente.

Jacks frunció el ceño.

—No me digas que ahora no se me permite matar pájaros.

—Es una mascota, y no debería ser castigada por culpa de su amo.

Jacks miró a Evangeline como si para él no tuviera ningún sentido, pero se guardó el cuchillo.

—Esperemos que esa mascota esté enfrascada en el mejor día de su vida, rodeada de conejos rollizos, en lugar de concentrada en nosotros.

—Gracias —dijo Evangeline.

—En realidad no creo que te haya hecho un favor.

—Pero era lo que yo deseaba.

Parecía que Jacks quería decir algo más sobre sus *deseos*, pero entonces la arrastró por la muñeca a través del bosque.

Evangeline no sabía cuánto tiempo caminaron después de eso, pero al final el alegre bosque se llenó de niebla. Las flores y las enredaderas que los ataban desaparecieron, desvaneciéndose como un sueño que solo podía vivir bajo el sol.

Todavía podía ver a Jacks y sentir la presión de su muñeca, ahora atada con una sencilla cuerda, pero el mundo se estaba oscureciendo a su alrededor. El cielo era un remolino de gris carbón y de nubes a punto de romper a llover.

La primera gota fue una sorpresa. Después la lluvia comenzó a caer en unas implacables líneas grises que emborronaron las estrellas y la oscuridad de la noche.

Evangeline se puso rápidamente la capucha de su capa de terciopelo verde, pero la lluvia ya le había empapado el cabello.

—¿Significa esto que hemos salido oficialmente del Bosque Maldito?

—Sí.

—Pero ¿dónde están todas las tiendas de la Cacería?

—Ahora estamos al otro lado del bosque —le dijo Jacks, sin detenerse mientras seguía lloviendo.

Evangeline perdió una vez más la noción del tiempo mientras caminaban a través de la lluvia. Estaba oscuro cuando escaparon del bosque, y seguía estando oscuro. Jacks se había quedado muy callado, y ella tenía bastante hambre.

No podía recordar la última vez que había comido o bebido algo. Eso no parecía importar en el interior del Bosque Maldito, pero ahora le gruñía el estómago y tenía las piernas cansadas, y cada roca y bellota que veía le parecían algo a lo que merecía la pena darle un bocado.

Empezaba a sentir los efectos de haberse pasado un día entero sin comer ni beber. Al menos creía que había sido un día. No estaba totalmente segura de cuánto tiempo había pasado desde que se adentró en el bosque.

Lo único que sabía era que volvía a ser de noche, que tenía la boca seca y que se sentía las piernas como si fueran a desplomarse bajo su cuerpo. Jacks caminaba a su lado, pero suponía que estaba retrasándolo.

Tenía la capa empapada y la lluvia empezaba a filtrarse en su piel helada.

—Casi hemos llegado —le dijo Jacks. La lluvia goteaba de las puntas de su cabello dorado hasta sus mejillas antes de bajar por su cuello hasta su jubón. A diferencia de Evangeline, no llevaba capucha ni capa. Solo lo cubría la lluvia… y como todo lo demás, le quedaba bien.

Él la miró de soslayo.

—No deberías mirarme así.

—Entonces, ¿cómo debería mirarte?

Jacks apartó la mirada abruptamente.

—No deberías mirarme de ningún modo.

Evangeline sintió una punzada de algo parecido al dolor. Jacks la había atado a él, le había salvado la vida, y ahora le decía que no lo mirara.

—¿Qué estamos haciendo, Jacks?

—Tenemos que ponernos a resguardo de esta lluvia —le dijo.

Tan pronto como habló, la posada apareció a lo lejos, como un desplegable en un libro ilustrado. Como un lluvioso desplegable en un libro ilustrado. Pero a Evangeline no le importaba, mientras pudiera entrar en calor y conseguir algo que comer. Tenía los zapatos empapados, la capa mojada y pegada a su persona, e incluso la cuerda que la ataba a Jacks estaba chorreando. Pero, cuando se acercaron, descubrió que, incluso bajo el chaparrón, la posada parecía acogedora y cálida.

El edificio era de un brillante ladrillo rojo con abarrotados maceteros llenos de algodonosas flores de hoja de zorro cubiertas por gruesas gotas de lluvia. La chimenea en el tejado cubierto de musgo, de la que salían penachos grises, llenaba el aire de humo de madera. El viento balanceaba el letrero que había delante de la posada.

La Vieja Posada de Ladrillo en el Fondo del Bosque para Viajeros Perdidos y Aventureros.

Debajo de este letrero había otro cartel en movimiento con la palabra: *Libre*.

Y después, clavado debajo, había otro letrero aún más pequeño que decía: *Una cama*.



28

Apollo

Apollo nunca había participado en la Cacería.

Es un modo excelente de exponerse al asesinato, había dicho siempre su padre. *Haz acto de presencia al principio, pronuncia tu grito de batalla y después saca el culo de allí*.

Apollo siempre había hecho justo eso. Nunca se había aventurado más allá del perímetro del campamento real para entrar en el Bosque Maldito.

Lo único que podría haberlo atraído a su interior era Evangeline. Tan pronto como el niño apareció en su tienda y le contó que alguien había intentado matarla, Apollo deseó entrar en el bosque a salvarla.

Después se dio cuenta de que aquella era la oportunidad que había estado esperando. El momento que le aseguraría que él siempre cuidaría de ella.

—Alteza —dijo un guardia. La solapa de su tienda se abrió y el guardia entró rápidamente—. Lord y *lady* Vale están aquí para verle.

—Haz que pasen —dijo Apollo.

La puerta de su tienda se abrió más y Honora y Wolfric Valor entraron.

El aire se detuvo cuando lo hicieron. Las llamas del fuego bajaron, como si la tienda hubiera tomado aliento profundamente y se lo estuviera aguantando.

Wolfric no se había molestado en ponerse una capa. Llevaba solo una vieja camisa sencilla con cordones en el cuello, unos gruesos pantalones negros y unas desgastadas botas de piel. La ropa de su esposa era igualmente

sencilla. Aunque deberían haber tenido aspecto de campesinos, todavía exudaban autoridad. Antes de que los guardias de Apollo cerraran la tienda, los pilló mirando a la pareja con algo cercano a la reverencia, a pesar de que no sabían quiénes eran en realidad.

—Por favor, tomad asiento.

Apollo les indicó un banco frente a una mesa baja cubierta de velas mientras él ocupaba una silla cercana. Como si planeara pasar días allí, el príncipe se había asegurado de que su tienda poseyera tantas comodidades como fuera posible: almohadas, mantas, sillas… Incluso tenía una bañera en una esquina.

—Gracias por venir esta noche. Me alegro de veros de nuevo a ambos, majestades, aunque desearía que fuera en mejores circunstancias. Estoy seguro de que sabéis que mi esposa ha desaparecido.

—Mi familia ayudará en lo que pueda —dijo Wolfric.

—Me alegro de oír eso, porque creo que podríais tener acceso a lo que necesito.

Apollo sacó el pergamino que lord Robin Slaughterwood le había entregado y lo desplegó cuidadosamente. De inmediato, el final de la página comenzó a arder, como siempre hacía. Despacio, las llamas se comieron las palabras línea a línea.

Después de que lord Slaughterwood le entregara el pergamino, Apollo necesitó ocho intentos para leer la página, e incluso así no consiguió pillar las últimas frases; siempre ardían demasiado rápido. Pero había leído suficiente para saber que jamás debió malgastar su tiempo buscando el brazalete de Vengeance Slaughterwood. Debería haber estado persiguiendo esta historia.

—¿Sabéis qué es esto? —les preguntó a los Valor mientras la página seguía ardiendo ante ellos.

—No —contestó Wolfric—. Y deberías saber que no aprecio la teatralidad. Si vas a pedirnos algo, escúpelo.

—No es teatralidad —dijo Apollo con tono de disculpa—, es solo la maldición de las historias. —Intentó que su voz no sonara condescendiente. Para que aquello funcionara, el antiguo rey no podía verlo como una amenaza —. Este pergamino contiene una historia que se olvidó hace mucho sobre un árbol del que solo queda uno: el Árbol de las Ánimas.

Apollo se detuvo lo suficiente para fijarse en la expresión de Wolfric, pero el estoico antiguo rey no delató nada. Tampoco lo hizo su esposa, aunque el pergamino no la mencionaba a ella, así que quizá no sabía nada al respecto.

—No había oído hablar de este árbol hasta el día en el que un amigo me dio este pergamino. Según el mismo, las ramas del Árbol de las Ánimas están llenas de sangre, y cualquiera lo bastante listo para encontrarlo y lo bastante valiente para beber su sangre dejará de ser humano para volverse inmortal.

—Parece una leyenda —sugirió Wolfric.

—Tú deberías saberlo —replicó Apollo—. Este pergamino también dice que tú fuiste la única persona que consiguió hacer crecer el árbol.

—Lo fui —dijo Wolfric con tranquilidad—. También fui un idiota al plantarlo, para empezar. El Árbol de las Ánimas es maligno.

—A veces el mal es necesario.

Durante un segundo, la expresión pétrea del antiguo rey se agrietó por fin. Curvó los labios en una sonrisa, y Apollo sintió una fugaz llamarada de triunfo.

Después Wolfric se levantó y lo miró como si no fuera más que un niño.

—El mal nunca es necesario. Pero existen las malas decisiones, chico, y me temo que tú estás a punto de tomar una.

La palabra *chico* cabreó a Apollo, pero consiguió atemperar su voz para decir:

—Evangeline es una mujer inocente, y lord Jacks es un inmortal con amigos inmortales. Nunca lo aventajaré y protegeré a mi mujer mientras sea un simple humano.

Wolfric resopló.

—He oído que a tu mujer se la llevó lord Belleflower, no lord Jacks.

—Eso podría ser cierto, pero recuerda mis palabras: a estas alturas, ya la tendrá Jacks.

—Entonces deberías dejar de perder el tiempo en una lujosa tienda y salir como un auténtico líder a buscarla —dijo Honora.

Esto pilló a Apollo más que un poco desprevenido y se sintió ligeramente avergonzado. Las palabras de Wolfric lo enfadaron, pero Honora lo había humillado.

—Mi esposa tiene razón —dijo Wolfric—. Ve a buscar a tu princesa y, si valoras tu vida, olvídalo todo del Árbol de las Ánimas.



29

Evangeline

Evangeline esperaba que en la Vieja Posada de Ladrillo no hiciera frío. Que no hiciera nada de frío. Esperaba que las habitaciones fueran pequeñas y acogedoras, que las chimeneas estuvieran encendidas y que hubiera colchas… montones de colchas. Se imaginaba colchas de *patchwork* en los bancos, colchas cubriendo los suelos, colchas tapando las escaleras.

Se dio cuenta entonces de que quizá estaba delirando un poco. Y esta vez no era por Jacks. Se había acostumbrado a sentir su muñeca atada, aunque, cuando se acercaron a la posada, sintió que el pulso de Jacks empezaba a acelerarse.

—Hagas lo que hagas, *no* te bajes la capucha.

Seguía lloviendo mientras Jacks echaba mano a su capa y le bajaba la capucha hasta que prácticamente le cubrió los ojos.

—Apenas puedo ver. —Evangeline se levantó la capucha para que no la cegara—. ¿Y tú? Ni siquiera tienes capa.

—No necesito capa.

—Eres tan reconocible como yo. Y estás atado a una mujer.

—Soy muy consciente de ello —gruñó Jacks—. Haz solo lo que yo haga y sígueme la corriente en lo que yo diga.

Antes de que Evangeline pudiera hacerle otra pregunta, abrió la puerta.

La posada no estaba cubierta por las colchas que Evangeline se había imaginado, pero por lo que podía ver, era pintoresca y acogedora.

Las vigas de madera se entrecruzaban en un techo lleno de faroles de cristal que parecían pequeñas estrellas perdidas. Iluminaban las escaleras a la derecha y a la izquierda y un pequeño pasillo en el centro que conducía a una tranquila taberna. Debía ser bastante tarde, porque los únicos clientes eran una pareja que hablaba tranquilamente ante unas tazas de cerveza medio vacías y un esponjoso gato blanco que bebía leche de un platillo en un extremo de la barra.

—¿En qué puedo ayudaros, pareja? —dijo la tabernera.

—Necesitamos una habitación para pasar la noche. —Jacks levantó sus muñecas atadas, cubriéndole la cara a Evangeline—. Creo que estabais esperándonos. Escribí a principios de semana para reservar una habitación para mi nueva esposa y para mí.

Esposa.

La palabra conjuró un aluvión de sensaciones, un aleteo en el pecho de Evangeline, e hizo que le diera vueltas la cabeza. Le gustó oírlo decir la palabra *esposa* más de lo que debería haberle gustado, pero también había dicho que había escrito a principios de semana.

Jacks había planeado aquello… *y los planes de Jacks nunca terminaban bien*.

Evangeline no conseguía recordar por qué se sentía así. Intentó acordarse de algunas cosas que Jacks hubiera planeado en el pasado, pero lo único que consiguió rememorar fue cómo se le aceleró el pulso antes de entrar y que antes le había dicho que no lo mirara. Y ahora había tenido una repentina y terrible sensación sobre aquel plan.

—¿Estás lista, amor? ¿O quieres que te lleve en brazos? —le preguntó.

Lo único que Evangeline podía oír era la palabra *amor*. Se dijo a sí misma que Jacks solo estaba actuando, interpretando un papel para el plan que había ideado, pero se quedó casi sin aliento cuando él cortó la cuerda que ataba sus muñecas y después, sin esfuerzo, la levantó en sus brazos.

Se le aceleró el corazón mientras él subía las escaleras. Le gustaba sentirse en sus brazos, pero no conseguía despojarse de la sensación de que estaba pasando otra cosa que no le gustaba tanto.

—Jacks, ¿qué estás tramando? —susurró—. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué fingimos estar casados?

—Haces un montón de preguntas.

—Solo porque tú haces un montón de cosas cuestionables.

Él no le hizo caso, y llegaron a la segunda planta de la posada. En la mitad del pasillo había una puerta entreabierta por la que se derramaba la tenue luz

de las velas. Cuando Jacks entró, la estancia le pareció cualquier cosa excepto siniestra.

La habitación era la de una cabaña de ensueño. Todo era verde, dorado y rosa.

Unas titilantes lámparas de cristal verde esmeralda colgaban a cada lado de una cama con un cabecero tallado que parecía un árbol florido. El cubrecama era de un suave tono verde bosque, y estaba cubierto de pálidos pétalos rosas. Habían esparcido pétalos también sobre el suelo de madera, y en la repisa de una chimenea donde algunos troncos ardían en silencio y llenaban la estancia de un suave resplandor.

Evangeline notó que el pecho de Jacks se movía para tomar aliento profundamente. El corazón volvía a latirle con fuerza, y ahora también lo hacía el suyo. Pero temía que fuera por una razón diferente.

El tiempo pareció ralentizarse cuando él la llevó a la cama. El fuego había calentado el aire, dulce por todos los pétalos de flores, y todo parecía sacado de un sueño perfecto.

Excepto Jacks.

No la miraba. De hecho, parecía mirar cualquier cosa excepto a ella. La tumbó cuidadosamente en la cama.

Después echó mano a las correas para los cuchillos que llevaba en las piernas.

—¿Qué estás haciendo?

Evangeline gateó y se puso de rodillas mientras Jacks sacaba un pequeño vial de peltre que ella no había visto antes.

—¿Qué es eso? —le preguntó con nerviosismo.

Él apretó lentamente la mandíbula.

—Te he mentido. Me gustaría que hubiéramos tenido un final distinto. —Descorchó el vial—. Adiós, Evangeline.

—¿Por qué me estás diciendo adiós? —Entró en pánico cuando Jacks empezó a inclinar el vial hacia ella.

No tenía ni idea de lo que había dentro. Todavía no podía creerse que él fuera a hacerle daño, pero no tenía ninguna duda de que iba a abandonarla.

¿Planeaba dejarla dormida? ¿Lo que había en el vial era algún tipo de poción para dormir?

Se levantó de la cama y le tiró el vial de la mano. Este salió volando.

—¡No! —Jacks intentó moverse, pero por una vez no fue lo bastante rápido.

El resplandeciente polvo dorado del vial cayó como un hechizo por toda la habitación. Evangeline lo sintió en sus mejillas, en sus pestañas, en sus labios.

Se dijo que no debía ingerirlo, pero fuera lo que fuera debía funcionar solo con el contacto con la piel. El polvo brillaba a su alrededor; se sentía mareada y el mundo parecía agradablemente animado. Jacks brillaba más que todo lo demás. De hecho, parecía haber sido creado para brillar. Su cabello, sus pómulos, su boca severa: todo era precioso, dorado y fulgurante.

Parecía que el polvo también estaba afectándole a él.

Evangeline observó mientras Jacks intentaba quitarse el polvo brillante del cabello, pero seguía teniendo los rizos húmedos y el polvo dorado era testarudo. Después de un segundo, renunció a seguir sacudiéndose el pelo y frunció el ceño, pero el gesto apenas expresaba irritación. Todo lo que en Jacks solía ser brusco parecía de repente tierno y solo un poco apabullado.

—Eres un peligro —gruñó mientras el oro se arremolinaba a su alrededor —. ¡Eso podría haber sido veneno!

—¿Me habrías envenenado?

—Me he sentido tentado a hacerlo en más de una ocasión… —Su mirada se oscureció cuando bajó hasta sus labios y se detuvo allí.

A Evangeline se le calentó la piel y empezó a pensar que Jacks y ella tenían una definición de veneno muy distinta.

Algo hormigueaba en el fondo de su mente. *La boca cruel de Jacks. Sus propios labios. Muerte y besos, y parejas de estrellas condenadas*.

Los pensamientos parecían trozos fragmentados de un recuerdo. Intentó atraparlos, intentó recordar. Si lograra recordar, quizá conseguiría que él se quedara, pero el polvo dorado hacía que todo estuviera borroso en su cabeza.

La habitación se estaba calentando y, durante un segundo, lo único que deseó hacer fue cerrar los ojos y tumbarse en la cama hasta que todo dejara de dar vueltas. Pero temía que, si cerraba los ojos, cuando los abriera de nuevo, Jacks se habría ido. *Para siempre esta vez*.

Acababa de despedirse de ella. Le había dicho que deseaba que su historia hubiera tenido un final distinto, como si hubieran llegado ya a la última página.

Pero Evangeline quería más páginas.

Cuando Jacks evitó su mirada y se giró para marcharse, le agarró la muñeca con ambas manos.

—No voy a dejar que te marches. Me dijiste que tú eras *mi* monstruo. Si eres mío, ¿por qué me has traído hasta aquí para abandonarme? Nada de esto

tiene sentido.

Él apretó los dientes.

—Que yo sea tuyo no implica que tú seas mía.

Evangeline no sabía si seguía afectado por el resplandeciente polvo dorado. Sus bordes afilados habían vuelto. Tenía el cabello húmedo y los ojos ardientes, antinaturalmente brillantes, casi febriles.

No puedo quedarme contigo. Tú y yo no estamos destinados a estar juntos.

Intentó soltarse…

Pero Evangeline lo sostuvo con fuerza, luchando contra el sueño que la abrumaba.

—No te creo, Jacks. Puede que no lo recuerde todo sobre ti, pero te conozco. *Sé que te conozco*, y no creo que haya algo que tú no puedas hacer.

—No puedo hacer esto —le dijo con brusquedad.

Desde tan cerca, Evangeline vio que tenía los ojos bordeados de un rojo brillante. Casi parecía… ¿sangre?

Jacks cerró los ojos, como si no quisiera que ella lo viera, pero hacerlo solo lo hizo parecer más perdido. Como si estuviera cerca y lejos a la vez.

Evangeline oyó caer una gota de agua. Creyó que era una lágrima, pero se trataba de lluvia del jubón de Jacks, goteando en el suelo.

El fuego y el polvo dorado habían ahuyentado la mayor parte del frío, pero seguían teniendo las ropas empapadas.

Dudando, buscó el botón de arriba del jubón de Jacks.

Él abrió los ojos de inmediato.

—¿Qué estás haciendo?

—Tienes la ropa mojada —susurró mientras, con un suave chasquido, desabrochaba despacio el primer botón. Fue un sonido leve, pero de algún modo llenó la habitación.

En el exterior, la lluvia golpeaba con fuerza la fina ventana, haciendo temblar el cristal, pero aun así Evangeline oyó cada botón mientras los abría uno tras otro.

—Esta es una muy mala idea —murmuró Jacks.

—Había esperado que te gustaran las malas ideas.

—Solo cuando las tengo yo.

Se quedó muy quieto mientras Evangeline se ocupaba del último botón, pasándolo con cuidado por el agujero. Durante un segundo no hubo lluvia, no hubo respiración. Solo existían ellos dos.

Con cuidado, Evangeline separó la tela de su jubón.

Entonces Jacks le agarró la muñeca.

—Mi turno —dijo con voz ronca. Y ella habría jurado que podía sentir su voz sobre su piel, mientras buscaba los cordones de su capa.

Jacks tenía las manos calientes por el polvo dorado. Evangeline podía sentir las abrasadoras yemas de sus dedos mientras deshacía con cuidado el lazo de su cuello. Apenas le rozó la piel al quitarle la capa de los hombros, pero ella se sintió de repente en llamas.

Llevaba un vestido debajo, pero podría no haber llevado nada, a juzgar por la expresión torturada con la que la miró. Evangeline no quería respirar. No quería moverse, por miedo a que sus manos se detuvieran allí, a que la dejara con el vestido mojado, a que no buscara los cordones sobre sus senos.

Jacks tomó una inspiración profunda e irregular y le colocó las manos en la cintura, la condujo con suavidad a la cama y la empujó hasta tumbarla sobre la colcha. Evangeline podía sentir los pétalos pegándose a su piel húmeda mientras Jacks se cernía sobre ella, con las rodillas a cada lado de sus piernas.

Jacks bajó la mirada.

Evangeline sintió un aleteo en su vientre cuando él buscó los tirantes de su vestido y se los bajó despacio por los hombros. Se sintió aún más mareada cuando su mano se movió hasta el corpiño de terciopelo de su vestido. Con cuidado, le soltó los corchetes ocultos que lo cerraban y se lo bajó por las caderas, dejándola solo con una combinación de seda. Respirar debería haber sido más fácil así, pero en lugar de eso olvidó cómo hacerlo.

¿Qué era respirar? ¿Qué eran las palabras? Lo único que Evangeline sabía era que las manos de Jacks estaban en su cuerpo, deslizándose calientes y curiosas desde sus caderas hasta su cintura. Quizá suspiró cuando le acarició el pecho. Tenía las manos tan calientes que las sentía a través de la combinación. Después las notó sobre su piel, cuando deslizó una bajo su ropa y la detuvo sobre su corazón.

La habitación no dejaba de girar, y esta vez no tenía nada que ver con el polvo dorado.

La única magia presente era la de las caricias, la de los latidos y la de Jacks. Y durante un momento fue perfecto. Él parecía suyo, y ella se sentía como si fuera suya.

No quería moverse, no quería hablar, por miedo a romper el hechizo en el que estaban sumidos. Pero también quería tocarlo, quería estar más cerca. Si aquel era el único momento que iban a pasar juntos, si por la mañana iba a decirle de nuevo adiós, quería más.

Le puso las manos en los hombros.

—Es mi turno de nuevo.

Lo empujó con las manos, guiándolo para que se tumbara, para que fuera ella la que lo tocara mientras comenzaba con su jubón, que él todavía no se había quitado.

Deslizó la mano bajo la tela húmeda, preparada para quitárselo. Y entonces lo notó. Sus dedos rozaron un trozo de papel.

Jacks murmuró algo que sonó como un *no*.

O quizá solo oyó la palabra en su cabeza.

Jacks tenía los ojos cerrados, cubiertos por una perfecta capa de oro. Y de repente estaba inmóvil, excepto por el movimiento de su pecho.

Al final había caído presa del encantamiento de sueño del polvo dorado.

Evangeline seguía teniendo la mano en el interior de su jubón, tocando el borde del papel. ¿Por eso la había detenido antes?

Se sintió un poco culpable mientras tiraba del borde de la nota, pero no lo suficiente para no extraerla del jubón. Estaba milagrosamente seca, aunque bastante desgastada, como si él la hubiera doblado y desplegado para leerla una y otra vez. Y Evangeline reconoció de inmediato la descolorida caligrafía.

Era la suya.

Por si se te olvida lo que el Príncipe de Corazones ha hecho, y te sientes tentada a confiar de nuevo en él.

Releyó rápidamente las palabras, esperando recordar cuándo las había escrito. Pero no hubo nada. Abrió la nota, con cuidado de no rasgarla, ya que el papel estaba muy usado y quebradizo.

Debía ser importante, si Jacks lo llevaba consigo y lo releía una y otra vez.

La carta estaba escrita por ella… pero no era una carta para Jacks, sino para ella. Era una nota que se había escrito a sí misma.

¿Por qué la llevaría encima Jacks?

Como en el exterior de la nota, las palabras del interior estaban tan desvaídas que apenas conseguía distinguirlas.



Querida Evangeline:

En algún momento volverás a verlo y, cuando lo hagas, no debes dejarte engañar por él. No te dejes engatusar por sus encantadores hoyuelos, por sus sobrenaturales ojos azules o por las mariposas que revolotearán en tu estómago cuando te llame Pequeño Zorrillo; no es un apelativo cariñoso, es otra forma de manipulación.

Puede que el corazón de Jacks haya vuelto a latir, pero no siente nada. Si te ves tentada a confiar en él de nuevo, recuerda todo lo que ha hecho.

Recuerda que fue él quien envenenó a Apollo para que te acusaran de asesinato y encajaras en una profecía muy, muy antigua, una que te convertiría en una llave capaz de abrir el Arco Valory. Eso es lo único que quiere, abrir el Arco Valory. Seguramente será amable contigo en algún momento del futuro, para intentar persuadirte de abrir el arco. No lo hagas.

Recuerda lo que te contó aquel día en el carruaje: que es un Destino y que tú no eres para él más que una herramienta. No te permitas olvidar lo que es, ni vuelvas a sentir pena por él.

Si tienes que confiar en alguien, confía en Apollo cuando despierte. Porque despertará. Encontrarás un modo de curarlo y, cuando lo hagas, confía en que juntos encontraréis vuestro final feliz y en que Jacks recibirá lo que se merece.

Buena suerte,
Evangeline.



Puede que fuera la magia de la carta, de la Evangeline del pasado diciéndose a sí misma que *recordara*, una y otra vez, como si hubiera sabido

que algún día lo olvidaría.

O puede que fuera otro tipo de magia, la que creció en su interior mientras se preguntaba por qué llevaba Jacks aquella carta. No era una carta de amor. De hecho, era justo lo contrario. Y aun así la había leído una y otra vez. La había llevado consigo, cerca de su corazón. Sus palabras… O más bien las palabras de la chica que había sido. Y quería volver a ser esa chica. ¡Quería recordar!

Y por fin… lo hizo.

Recordó.



30

Evangeline

Su memoria comenzó a regresar como la lluvia, cayendo despacio sobre Evangeline y emborronando todo lo demás mientras se recordaba, primero, escribiéndose la carta. Había estado sentada en sus aposentos reales, al borde de unas lágrimas furiosas, pero también tenía el corazón roto. Aunque en ese momento no había reconocido el sentimiento, la Evangeline actual lo identificó de inmediato.

Era el mismo dolor que había sentido en su corazón desde que perdió la memoria. Había creído que se iría cuando la recuperara, pero el dolor se intensificó cuando el goteo brumoso de recuerdos se convirtió en un constante aguacero.

Recordó a Jacks. Recordó la visita a su iglesia, cuando lo vio por primera vez y le pareció una persona horrible. Más tarde descubrió quién era en realidad… que era el Príncipe de Corazones, el Destino, y que todavía era una persona horrible.

Cada vez que veía a Jacks, le parecía un poco peor. Siempre estaba comiendo manzanas y burlándose de ella, e incluso cuando la rescataba era mezquino. Recordó la noche en la que la envenenaron con las lágrimas de LaLa. Él se había aferrado a ella como a un viejo rencor. Tenía el cuerpo rígido y tenso, como si no quisiera que ella estuviera allí, y aun así le rodeaba con fuerza la cintura, como si no tuviera intención de soltarla nunca.

Todavía le parecía horrible, pero al revivir aquella noche algo cambió en su interior. Le ocurrió de nuevo cuando recordó la noche que pasó con él en la cripta.

De repente comprendía por qué pensar en Jacks la hacía pensar en morder.

Había también otros recuerdos: cuando la infectaron con el veneno de vampiro y se moría de ganas de clavarle los dientes; y cuando le mordió el hombro, presa de un dolor enloquecedor, la noche en la que asesinó a Petra.

Lo recordó todo en una carrera hacia atrás. Que Petra y ella habían sido las proféticas llaves capaces de abrir el Arco Valory. Que intentó encontrar las cuatro piedras del arco para hacerlo y Petra intentó asesinarla para evitarlo.

Había matado a Petra en defensa propia. Jacks la encontró después cubierta de sangre. Entonces se la llevó a la Madriguera, y Evangeline tuvo que reconocer por fin que estaba completamente enamorada de él.

Llevaba un tiempo enamorada de él. No sabía si eso era parte de un recuerdo o algo de lo que se acababa de dar cuenta.

Aquellos recuerdos no parecían formar tanta parte de su pasado como de la historia de ambos, la historia de Evangeline y Jacks. Y era una historia preciosa, su nuevo cuento de hadas favorito. Odiaba haberlo olvidado. Que todos esos momentos se hubieran perdido, y que Apollo hubiera intentado reescribirlos y convencerla de que Jacks era el villano.

Aunque, para ser justa, desde el punto de vista de Apollo lo era: Jacks lo había sometido a un hechizo de amor y después lo había dejado en un estado de animación suspendida. No fue Jacks quien le echó la maldición espejo o la del Arquero, pero Evangeline no estaba segura de que Apollo lo supiera.

Aunque sus recuerdos estaban regresando, todavía había cosas que no sabía. Aún no sabía qué ocultaba el Valory, pues nadie podía contarlo debido a la maldición de las historias. Sin embargo, descubrió que su contenido dejó de interesarle tan pronto como descubrió que Jacks, en realidad, no quería abrirlo; solo quería usar las piedras del arco Valory para viajar al pasado y poder estar con la chica que había hecho que su corazón volviera a latir. *Donatella*.

Recordar aquella parte fue como vivirla de nuevo.

Quiero borrar cada momento que tú y yo hemos pasado juntos, cada palabra que me has dicho y cada vez que te he tocado porque, si no lo hago, te mataré igual que maté al zorro, recordó que le había dicho Jacks, y eso le rompió el corazón.

Ella intentó discutir con él.

¡*Yo no soy ese zorro*!

Pero Jacks había estado seguro de que no habría un final feliz para ellos dos. Le contó que él era el arquero del cuento.

Y entonces supo, de repente, que esa había sido la razón por la que la mención de *madame* Voss de *La balada del arquero y el zorro* le rompió el corazón. No se había debido a su nombre, Arquero, sino a que era la historia con Jacks y sabía cómo terminaba. Sabía que Jacks había matado al zorro, y que creía que algún día también la mataría a ella.

Jacks lo había creído con una convicción tan inquebrantable que planeaba regresar al pasado para estar con una chica a la que no quería y, de ese modo, no llegar a conocerla a ella, borrando para siempre sus recuerdos y su historia juntos.

Se recordó a sí misma herida y furiosa y discutiendo con él poco después de abrir el arco Valory. Le había rogado que se fuera con ella, que la eligiera a ella en lugar de a Donatella, pero él le dijo: *Solo quiero que te marches*.

Y ella hizo justo eso. Se marchó.

Pero fue una despedida complicada. En su interior sabía que era importante para Jacks. Sabía que él la quería. Pero también sabía que tenía tanto miedo de matarla que nunca la elegiría. Él creía que ya había encontrado a su verdadero amor, y que no era Evangeline.

Pero Evangeline nunca le dijo que estaba enamorada de él. Él había estado asustado, pero ella también. Le dijo que le habría gustado que su historia tuviera un final diferente, pero debería haberle dicho cuánto lo amaba. El amor era la magia más poderosa del mundo.

Pero el amor le falló aquella noche. No fue suficiente.

Aunque seguía enamorada de Jacks, tanto la Evangeline del pasado como la del presente tenía la sensación de que lo había perdido.

A la Evangeline del presente, la del pasado le parecía muy ingenua. Recordó que había corrido a buscar a Jacks creyendo que, si conseguía decirle que lo quería, eso lo arreglaría todo.

Estaba claro que no había sido así.

Y, no obstante, una parte de la Evangeline del presente envidiaba la esperanza y la fe ciega en la magia del amor de su antiguo ser.

Evangeline todavía mantenía la esperanza, pero algo había cambiado desde aquella noche. Se preguntó si sería porque fue aquella noche cuando perdió a Jacks, a pesar de su esperanza y de su fe y de su empeño por perseguir sus deseos.

Cuando regresó corriendo a la estancia donde estaba el arco Valory para decirle a Jacks que lo quería, él no estaba allí.

No creía que hubiera regresado en el tiempo, porque todavía lo recordaba. También estaban allí las cuatro piedras mágicas del arco Valory.

Pero no estaba Jacks, solo su sangre manchando las alas de los ángeles de piedra que protegían el Valory.

Entonces apareció Apollo. Había pensado que él la dejaría marchar. Lo único que ella le había causado era dolor. Estaría mejor sin ella, pero no la dejó marcharse.

Aunque Evangeline nunca había creído de verdad en el destino, cuando por fin recordó a Apollo arrancándole los recuerdos, durante un instante le fue difícil incluso creer en el amor.

El príncipe le acarició el cabello mientras le robaba los recuerdos, uno a uno. Evangeline intentó detenerlo. Luchó y suplicó y lloró.

Pero él siguió adelante, diciéndole con tranquilidad: *Pronto estarás mejor*.

—¡Canalla!

Evangeline quería golpearlo, hacerle daño, pero lo único que consiguió golpear cuando despertó por fin del estado onírico en el que la habían sumido sus recuerdos fue el colchón.

Se descubrió regresando al presente, a la cama verde bosque en la que Jacks la había tumbado la noche anterior.

Pero Jacks no estaba ya allí.

Evangeline notó su ausencia del mismo modo en el que solía notar su presencia antes de perder la memoria. Sintió un escalofrío en la piel que la dejó fría y asustada.

Se dijo que no debía tener miedo.

Pero seguía mareada tras la fusión de su pasado con su presente. No solo había recordado que Apollo le había robado sus recuerdos: lo había sentido. Ahora comprendía por qué su corazón le había gritado *peligro, peligro, peligro* esa primera noche en la azotea. Pero no había escuchado a su corazón, y en lugar de eso, besó al príncipe.

¿Era aquella la razón por la que Jacks la había abandonado? ¿Creía que estaba enamorada de Apollo?

La idea la ponía tan enferma que le fue difícil levantarse de la cama. Pero tenía que encontrar a Jacks. Tenía que contarle que había recordado. Y tenía que decirle que estaba enamorada de él.

Cuando repasaba las acciones de Jacks, la mayoría parecía decirle que él también la quería. No dejaba de volver a ella, de protegerla, pero también de

abandonarla.

Nerviosa, echó mano a su vestido abandonado. Entonces fue cuando se miró el brazo.

Había un ancho brazalete de cristal rodeándole la muñeca derecha. Era frío al tacto y era de cristal transparente. Cuando tiró de él, no se soltó.

No parecía tener ningún tipo de cierre y era demasiado estrecho para que pudiera sacar la mano deslizándola. Alguien debió ponérselo, de algún modo.

¿*Qué había hecho Jacks*?

Porque ella sabía que había sido Jacks. Tuvo que ser él. Había planeado llevarla allí y dormirla con el polvo dorado, quizá para ponerle aquel brazalete. Pero ¿por qué?

Evangeline examinó el extraño objeto de cristal. A primera vista le había parecido liso, pero ahora veía que tenía grabadas unas delicadas flores de cerezo que se curvaban alrededor de la muñeca, como si fueran flores cayendo de un árbol.

Intentó recordar si alguna vez había oído alguna historia sobre un brazalete como aquel, pero no consiguió recordar nada. Y, con brazalete o sin brazalete, tenía que marcharse. Tenía que encontrar a Jacks antes de que Apollo la encontrara a ella.

A aquellas alturas, Apollo sin duda sabía que había desaparecido y seguramente había enviado a la mitad del ejército en su búsqueda.

Evangeline se puso el vestido. Después tomó su capa, se la colocó sobre los hombros, se cubrió el cabello con la capucha y se dirigió a la puerta. No le había prestado demasiada atención al entrar, ya que estaba más concentrada en el hecho de que Jacks la llevaba en brazos.

En ese momento se dio cuenta de que era una puerta bonita. En lugar de un sencillo rectángulo, la puerta alcanzaba un punto dramático en la parte de arriba. Era de un verde ligeramente desvaído, con una adorable patina dorada. El pomo de la puerta también habría sido adorable, pero Evangeline no podía verlo bien bajo las salpicaduras de sangre. Estaba totalmente cubierto de sangre de un rojo profundo en la que destellaban motas dorada.

Recordó la noche en la que abrió el arco Valory, cuando encontró las piedras manchadas con la sangre de Jacks.

—No, no, no… Esto no puede estar sucediendo de nuevo.

Era casi peor, ahora que lo recordaba todo con tanta claridad, ahora que sabía que aquello había ocurrido antes. Jacks había decidido alejarla de él y desaparecer, y nunca conseguiría decirle que lo quería. El amor había perdido, en lugar de ganar.

Giró el pomo ensangrentado con manos temblorosas. Y después le temblaron aún más. Había más sangre fuera de la habitación, manchando el suelo del pasillo.

—¡Jacks! —gritó desesperadamente—. Jacks…

Se detuvo al recordar que Jacks era un fugitivo. Quería encontrarlo con urgencia, pero no quería alertar a nadie más que pudiera estar cerca.

Sin otra palabra, bajó corriendo las escaleras. Ahora que había dejado de gritar podía oír la lluvia golpeando la fachada, pero todo lo demás estaba inquietantemente silencioso, teniendo en cuenta que se trataba de una posada con una taberna. Inusualmente silencioso. Demasiado silencioso.

Su último paso al bajar las escaleras sonó como el estallido de un trueno. Supo que había pasado algo incluso antes de encontrar los cuerpos.

Había tres. Tres siluetas inertes, inmóviles. Evangeline los vio antes de que se le oscureciera la vista, tiñéndose de negro en los bordes y llenándose de puntos danzantes en el centro.

Se agarró a la barandilla, buscando apoyo, con las piernas débiles. Algo inaudible escapó de su garganta; fue un grito, una maldición. No sabía qué palabras salieron de su boca, ni cuánto tiempo estuvo allí.

Aturdida, se obligó a buscar supervivientes. Se acercó primero a la tabernera, que estaba tumbada tan cerca de la puerta que parecía que intentaba huir cuando le abrieron la garganta. Los otros dos cadáveres se encontraban junto al fuego, y Evangeline supuso que los habían pillado desprevenidos.

Parecía que los había atacado un animal salvaje, pero ahora que había recuperado la memoria, Evangeline sabía que no había sido eso.

Aquello lo había hecho un vampiro.

Ella debió salvarse gracias a Jacks… Pero entonces, ¿dónde estaba él? ¿Por qué había sangre suya en la habitación? Su cuerpo no estaba allí, pero un millón de preguntas giró en la mente de Evangeline mientras salía tambaleándose de la taberna. ¿Estaría herido? ¿Muerto? ¿Le habrían mordido?

Evangeline se prometió que regresaría para cubrir los cuerpos con sábanas y mantas, pero primero tenía que encontrar a Jacks.

Fuera, la lluvia seguía cayendo en un implacable velo. No podía ver más allá de un par de metros, pero creyó que oía a alguien acercándose.

Un ave graznó de un modo que reconoció, y Evangeline se detuvo de inmediato.

Un segundo después, una figura se movió hacia ella a través de la lluvia. Una figura que, definitivamente, no pertenecía a Jacks.

Garrick, del Gremio de Héroes, estaba casi oculto bajo su capa y su capucha, pero lo reconoció por la horrible ave posada en su hombro.

Empezó a retroceder hacia la posada, pero el sendero estaba resbaladizo. Se le deslizó el pie.

—No pasa nada, princesa. No estoy aquí para hacerle daño. —Garrick la agarró del brazo, como para sujetarla—. Estoy aquí para rescatarla.

—Yo no necesito que me rescaten. —Evangeline intentó zafarse, pero Garrick la sostuvo con ferocidad, como si no le importara hacerle daño o que sus dedos le dejaran moretones—. Por favor, suéltame.

—Está empapada —gruñó—. Tiene que volver a entrar.

Evangeline dio un paso, pero después recordó que no solo era Evangeline Fox: era la *princesa* Evangeline Fox.

—Suéltame de inmediato —le exigió—. Te ordeno que me liberes.

El héroe maldijo entre dientes y añadió algo que sonó como *realeza inútil*.

—Lo siento, *princesa*, pero va a venir conmigo y con mis hombres.

Chasqueó los dedos dos veces y más siluetas se acercaron bajo la constante caída de la lluvia. Había al menos media docena de hombres, todos ocultos por capas como la de Garrick, aunque Evangeline podía ver con claridad que todos ellos eran más grandes que ella.

No conseguiría escapar luchando, pero quizá podría convencerlos para que la dejaran marchar.

—Vosotros no lo comprendéis. —Clavó los talones en el terreno lodoso —. El interior de esa posada no es seguro. Id a verlo por vosotros mismos. Pero, por favor, no me llevéis a mí. No puedo volver a entrar ahí.

—No se preocupe —le dijo Garrick—. No estará en ningún sitio más segura que con nosotros.

—Entonces, ¿por qué parezco una prisionera? —protestó.

Garrick suspiró bajo su capucha.

—De acuerdo, es una prisionera. Pero eso no significa que no vayamos a mantenerla a salvo.

Evangeline siguió discutiendo, pero Garrick la empujó sin dificultad al interior, seguido por su grupo de *héroes*.

El aire era fétido, por el olor metálico de la sangre y de la muerte que abundaba en él.

La tabernera seguía inmóvil en el suelo, en la misma postura horrible en la que Evangeline la había encontrado.

Garrick clavó sus dedos un poco más fuerte en el brazo de Evangeline. Fue la única indicación de que la visión de aquellos cadáveres lo hubieran

afectado.

Se bajó la capucha. Era la primera vez que Evangeline lo veía sin máscara. Un rostro rudo, aunque atractivo y totalmente desprovisto de emoción.

A continuación, comenzó a ladrar órdenes.

—Leif, Raven, Thomas… Vosotros tres, subid y examinad las habitaciones. A ver cuántos más han muerto.

Los hombres subieron las escaleras rápidamente, haciendo temblar la madera mientras Garrick se dirigía de nuevo a Evangeline.

—¿Vio quién hizo esto, alteza?

—Si quieres que responda a tus preguntas, suéltame.

—No la necesitamos. Debió ser lord Jacks —dijo uno de los hombres de Garrick.

—No —replicó Evangeline de inmediato, echándole al hombre una dura mirada—. Esto no lo ha hecho Jacks.

—Mi esposa está sin duda aturdida —dijo una voz que de inmediato erizó la piel de Evangeline.

Apollo estaba allí. Lo oyó, caminando hasta detenerse a su lado. Después sintió el roce de su mano en la parte baja de su espalda.

Evangeline se giró y le abofeteó la cara con fuerza. El sonido de su mano al golpearle la mejilla resonó en la posada, fuerte, restallante y satisfactorio.

Repugnante, engreído y cobarde príncipe de los gusanos, pensó mientras veía su piel volviéndose de un inflamado tono rojo.

No le dijo que sabía todo lo que había hecho. No le dijo que sabía lo que era en realidad, y que ella nunca sería suya. Quería hacerlo, pero no era tan tonta. No cuando Apollo estaba rodeado de guardias y héroes que la someterían sin esfuerzo si decidía enfrentarse al príncipe.

—¡Oh, Apollo! —exclamó en lugar de eso—. Me has asustado.

El príncipe se frotó la mejilla.

—No sabía que podías pegar tan fuerte, cielo. —Sus palabras sonaron a broma, pero Evangeline habría jurado que entornaba la mirada. Se dijo a sí misma que él no podía saber que había recuperado la memoria.

Y se dio cuenta entonces de que nunca lo descubriría.

Tenía que seguir fingiendo, y no solo porque sus guardias y héroes estuvieran allí. Si Apollo descubría que había recuperado sus recuerdos, podía quitárselos de nuevo. Ahora comprendía por qué hacía que los médicos la visitaran cada día: para asegurarse de que, si alguna parte de su pasado comenzaba a regresar, él lo sabría y podría volverla a borrar.

Era una persona horrible. Evangeline sabía que era horrible, pero la profundidad de aquella decepción la golpeó con fuerza. Deseó abofetearlo de nuevo, gritarle y chillar y enfadarse, enfurecerse y liarla mucho, pero tenía que ser cuidadosa.

Y tenía que hacerlo ya.

Intentó hacerse pequeña. Garrick la había soltado por fin cuando Apollo apareció. Se rodeó el pecho con ambos brazos y bajó la cabeza, como si estuviera conmocionada y asustada, algo que debería estar, pero le era muy difícil sentirlo sobre toda la furia que latía en su interior.

Le fue aún más difícil que su voz sonara inofensiva.

—Yo tampoco sabía que tenía tanta fuerza. Es solo que todo es demasiado horrible. Los cuerpos, la sangre… ¿Y sabías que lord Belleflower mató a Hale e intentó asesinarme?

—Eso me han dicho. —Apollo la rodeó con los brazos, pero el abrazo fue demasiado fuerte. Asfixiante—. No pasa nada. Ahora estoy aquí.

Sigue fingiendo, se dijo Evangeline. *Sigue fingiendo*. Tenía que devolverle el abrazo y actuar como si se sintiera aliviada, pero no estaba segura de poder hacerlo. Ya le era bastante difícil respirar con tranquilidad estando tan cerca de él.

Apollo se apartó por fin, pero siguió tocándola. Le rodeó los hombros con un pesado brazo, manteniéndola cerca. Evangeline se preguntó si se habría dado cuenta de que quería escapar. Intentó relajarse, pero las siguientes palabras de Apollo lo hicieron imposible.

—Voy a sacar a Evangeline de aquí —le dijo a Garrick—. Tienes que encontrar a Jacks antes de que asesine de nuevo.

—Jacks no hizo esto —protestó Evangeline.

Apollo se tensó tan pronto como ella dijo *Jacks*. Notó que su brazo se ponía rígido a su alrededor.

Pero se negaba a retirar sus palabras. Podía fingir que había perdido la memoria y podía soportar un abrazo, pero no dejaría que Apollo culpara a Jacks de unos asesinatos que no había cometido. No otra vez. Y no cuando había otro asesino suelto.

—Esto es la obra de un vampiro.

Apollo le echó a Evangeline una breve e inquietante mirada que parecía preguntar: *¿qué sabes tú sobre vampiros?* Después se rio. Fue una risa ligera, pero suficiente para hacer que a ella se le acaloraran las mejillas.

—Está claro que mi esposa está confundida después de todo lo que ha pasado.

—Tengo la mente totalmente clara —protestó Evangeline con tranquilidad—. He visto a un vampiro en el Bosque Maldito.

Era cierto. No se dio cuenta en ese momento, pero ahora que volvía a tener sus recuerdos había más cosas que encajaban. El Atractivo Desconocido del Bosque Maldito era Caos. Él mismo se lo dijo cuando se conocieron, pero Evangeline no recordaba quién era, así que no se había dado cuenta de que era un vampiro que hasta hacía poco había llevado un yelmo que evitaba que se alimentara.

Ahora comprendía por qué Jacks se había dado tanta prisa en incapacitarlo. Jacks había estado protegiéndola. Él siempre la protegía.

—Sé que parece una locura —insistió Evangeline—, pero estoy segura de lo que vi. Era un vampiro, y no se parecía en nada a lord Jacks.

Añadió el último Jacks solo para ver la mueca de Apollo, pero esta vez no la hizo. Apollo curvó los labios en una sonrisa lenta que hizo pensar a Evangeline que se había puesto una máscara.

—De acuerdo, cielo, te creo.

—¿Sí?

—Por supuesto. Solo estaba sorprendido. La gente no habla a menudo de vampiros, así que perdóname por mi escepticismo inicial.

Apollo le frotó el hombro mientras se dirigía de nuevo a Garrick.

—Lord Jacks sigue siendo tu prioridad, pero dile a tus hombres que busquen también a Lucien, el heredero impostor. Adviérteles que es un vampiro y que está inmerso en una ola de asesinatos.

Evangeline se contuvo para no reaccionar. Intentó mantener el rostro cuidadosamente inexpresivo, tan inocente como se suponía. Tenía que parecer una chica sin memoria y no una chica que acababa de oír a su mentiroso y fullero marido acusar de asesinato a su primer amor.

—Ese heredero… —dijo Evangeline en voz baja, esperando sonar solo curiosa—. ¿Qué aspecto tiene? He oído que era joven y extremadamente atractivo.

Apollo frunció el ceño ante la palabra *atractivo*, pero Evangeline continuó como si no se diera cuenta:

—Todas mis doncellas hablaban sobre lo devastadoramente guapo que era. Pero el vampiro que hizo esto, el que yo vi en el bosque —se estremeció—, era viejo y monstruoso.

Se sintió un poco culpable por aquella mentira, pero sabía que, si intentaba describir a Caos, Apollo seguramente lo retorcería para que sonara

como Luc, ya que ambos vampiros eran jóvenes, de cabello oscuro y atractivos.

—Evangeline, cariño —dijo Apollo—. Los vampiros asumen un aspecto distinto cuando se alimentan. Sé que crees que el vampiro que hizo esto era un viejo monstruo, pero los vampiros son inusuales. Estoy seguro de que, si de verdad viste a un vampiro, fue el heredero impostor. A menos que no estés segura de que fuera un vampiro.

Canalla. Asesino. Monstruo.

Te odio, quería decirle. Pero expresarle a Apollo cómo se sentía no ayudaría ni a Luc ni a Jacks. En lugar de eso, dijo lo único que se atrevió a decir:

—Estoy segura de que era un vampiro. —Y deseó desesperadamente que Luc estuviera en algún sitio seguro y lejano.



31

Evangeline

Evangeline solo tenía que sobrevivir al viaje en carruaje.

Solo era un viaje en carruaje.

El último viaje en carruaje.

Cuando llegara a Wolf Hall, escaparía usando los pasadizos secretos de los que Apollo le habló antes de casarse. Ahora que había recuperado la memoria, se acordaba de ellos. Solo tendría que esperar hasta que oscureciera, cuando todos durmieran en el castillo. Entonces se marcharía e intentaría encontrar a Jacks.

No, se corrigió, no lo intentaría. *Encontraría* a Jacks. Daba igual que no tuviera ni idea de a dónde había ido, de por qué la había abandonado o por qué le había puesto el brazalete de cristal en la muñeca.

Quería examinar de nuevo el brazalete. Jacks se había tomado muchas molestias para ponérselo, así que debía ser importante. Mágico, seguramente. Pero, hasta el momento, el brazalete no había hecho nada espectacular… De hecho, no había hecho nada en absoluto.

Mantuvo el brazalete escondido debajo de su capa mientras el carruaje traqueteaba hacia Wolf Hall. Aunque ahora parecía ir en la dirección equivocada.

Evangeline no sabía demasiado sobre la geografía del Norte, pero sabía que Wolf Hall estaba al sur, y podía decir por la dirección del sol que brillaba

sobre la vegetación que su carruaje se dirigía ahora al oeste, hacia un sitio que no conocía.

Lo único que veía eran campos verdes y árboles con nuevas hojas retoñando.

Se descubrió agarrando los cojines rojos de terciopelo sobre los que estaba sentada mientras esperaba a que la carretera se curvara de nuevo hacia el sur, pero el camino siguió tan recto como un tallo de trigo.

Hasta entonces, se había dedicado a mirar por la ventana en lugar de observar a Apollo. No sabía si podía mirarlo durante mucho tiempo sin revelar sus verdaderos sentimientos, y tampoco le apetecía verlo. Ya era bastante doloroso estar sentada tan cerca del hombre que le había arrancado los recuerdos y reescrito su historia. No quería mirarlo a la cara, pero al final se giró.

Estaba sentado frente a ella. Tenía la barbilla apoyada en una pirámide que había formado con los dedos y la miraba con la misma intensidad que ella había empleado en evitarlo.

Un escalofrío bajó por su columna mientras se preguntaba si había estado mirándola así todo el tiempo. Como si supiera que ocultaba un secreto.

—¿Va todo bien, cariño? Pareces un poco nerviosa.

—Solo me estaba preguntando a dónde vamos. Creí que Wolf Hall estaba al sur.

—Lo está. Nos alojaremos en otro sitio un tiempo.

Por cómo se sintió al oírlo, un tiempo bien podría ser una eternidad. Ella sabía cómo escapar de Wolf Hall, pero le sería mucho más difícil huir de otro sitio.

—¿Dónde está ese otro sitio? —le preguntó.

—Justo aquí. —Apollo señaló la ventanilla con una mano regia mientras el carruaje pasaba junto a un amistoso letrero rodeado por un alegre lazo verde.

¡BIENVENIDO A LA ALDEA DE MERRYWOOD!
DONDE TODOS SON BIENVENIDOS

Tan pronto como lo vio, los recuerdos de Evangeline colisionaron con la realidad. Se recordó cabalgando a través de aquel pueblo y de su bosque con Jacks. Había sido la definición de desolación y desesperanza, un lugar exánime y descolorido. Pero ahora bullía de vida.

Podía ver la plaza principal desde el carruaje. Estaba llena de sopladores de vidrio y orfebres, de hombres con hachas y mujeres con martillos, todos

trabajando bajo coloridas tiras de banderines y faroles y guirnaldas que colgaban desde las tiendas a medio reparar.

Incluso con la puerta del carruaje cerrada, podía oír una melodía de trinos de pájaros, de niños riéndose y de gente trabajando duro.

—Ahora que la Cacería ha terminado, los Vale están celebrando un festival para animar a la gente a ayudarlos a reconstruir la mansión Merrywood y la aldea vecina. Esta era la celebración de la que estuvieron hablando la otra noche en la cena. Han prometido tierra, casa y trabajo a todo el que ayude. Es una vieja tradición que el resto de Grandes Casas apoya instalando puestos y organizando cenas y bailes cada noche.

Mientras Apollo hablaba, el carruaje se alejó de la plaza y llegaron rápidamente a un círculo de tiendas reales del profundo color del vino tinto. La atmósfera allí no era tan alegre como en la aldea. Había muchos menos banderines y muchos más soldados.

Evangeline se tensó al verlos. Eran demasiados para contarlos; parecían hormigas plagando un pícnic. Como temía, allí le sería mucho más difícil escabullirse sin ser vista, pero encontraría un modo de conseguirlo.

Los guardias se apartaron, permitiendo que el carruaje se digiriera al centro del campamento, donde los soldados entrenaban y la carne se estaba asando en las fogatas.

—Parece que tus guardias se están preparando para la batalla en lugar de para una celebración —dijo Evangeline.

—Eso es lo que hacen los soldados —contestó Apollo con frialdad.

El carruaje se detuvo ante una tienda que era el equivalente a un castillo. Estaba bordeada de dorado, con dos torres de lona en los lados donde ondeaban las banderas con el blasón real de Apollo.

Todos los guardias se inclinaron cuando el príncipe salió, seguido de Evangeline. La tomó de la mano de inmediato, pero ella habría jurado que le estaba apretando los dedos más de lo habitual.

Tomó aire superficialmente y se recordó que solo tenía que interpretar su papel, fingir que nada había cambiado. Siempre que Apollo no sospechara que había recuperado la memoria, conseguiría escapar.

—¡Princesa Evangeline! —exclamó una voz musical, y segundos después apareció Aurora Vale caminando elegantemente junto a la hilera de guardias. Llevaba una corona de flores en el cabello violeta, con capullos de rosa y ranúnculos y aster blancos que soltaban pétalos en su estela al caminar.

Evangeline habría jurado que habían aparecido más pájaros solo para trinarle una melodía.

—¡Me alegro mucho de que estés a salvo! He estado muy preocupada estos dos últimos días —le dijo Aurora con dulzura—. Pero sabía que tu príncipe te traería de vuelta, e incluso te hice esto para cuando lo hiciera.

Le entregó una corona de flores a juego con la que ella llevaba en el cabello.

—Gracias —dijo Evangeline, aunque todavía no confiaba en Aurora.

La buscó rápidamente en su memoria recién recuperada, para ver si quizá la había conocido en el pasado, pero lo único que encontró fue otro recuerdo de la Madriguera. La primera mañana que pasó allí, encontró dos nombres tallados en la madera junto al reloj de las comidas:

AURORA + JACKS

¿Era por eso por lo que Aurora Vale no le caía bien, porque se llamaba igual que una chica ya fallecida que había sentido algo por Jacks?

—Todas las celebraciones comenzarán mañana —siguió contándole Aurora alegremente—. Y será muy divertido tenerte a ti aquí. Habrá todo tipo de tenderetes con golosinas y cosas bonitas. Piensas venir al festival, ¿verdad? Todos mis hermanos quieren trabajar, pero a mí se me da fatal reparar cosas.

—En realidad creo que sería divertido ayudar con la reconstrucción —le dijo Evangeline.

Apollo se rio.

El sonido le erizó la piel. Se dijo a sí misma que no debía discutir con él, que no debía hacer nada que lo hiciera recelar de ella. Pero no pudo resistirse a girarse y preguntarle:

—¿Crees que no podría ayudar con las reparaciones?

—No es eso, cielo, solo creo que hay cosas mejores que podrías hacer.

—¿Cómo qué? —replicó Aurora—. A mí me suena fatal, pero ¿no es para eso para lo que estamos todos aquí? ¿Temes que tu esposa sea tan frágil que se haga daño si usa un martillo?

Apollo apretó la mandíbula.

—Yo no he dicho que mi esposa sea frágil.

—Entonces quizá no deberías tratarla así, ni reírte de sus deseos —replicó Aurora.

Algo oscuro destelló en los ojos de Apollo.

A su alrededor, todos los guardias se quedaron muy quietos. Incluso los pájaros dejaron de cantar.

Evangeline abrió la boca para decir algo… cualquier cosa. Aurora no tenía ni idea de lo cruel que podía ser Apollo, y después de cómo la había defendido, quería protegerla. Pero, para su sorpresa, Apollo se relajó e inclinó la cabeza.

—Tienes razón, señorita Vale. No debería haberme reído de mi esposa.

—No, no deberías —le riñó Aurora.

Y eso fue lo más extraño. Segundos antes, Evangeline había temido por ella, pero ahora sentía que el equilibrio de poder había cambiado.

Parecía que Apollo temía a Aurora.

Evangeline habría pensado que eran imaginaciones suyas. Pero, cuando Aurora se marchó por fin, después de declarar que al día siguiente trabajaría con Evangeline, esta habría jurado que la chica le había pasado a Apollo una nota a escondidas.

Ocurrió cuando Apollo le besó la mano para despedirse. Evangeline vio la nota enrollada solo un segundo. Después, supuso que Apollo se la escondió bajo la manga, porque cuando miró de nuevo, el papelito había desaparecido.



Apollo

La primera vez que Apollo vio a Aurora Valor, pensó que era un ángel. Era preciosa y él se sentía más fantasma que príncipe.

Antes, aquella misma noche, había estado enjaulado en una cama en la guarida subterránea de un vampiro. Evangeline lo encerró allí después de que la besara y perdiera el control, y estuviera a punto de matarla.

Cuando lo dejó atrapado en la jaula, Apollo creyó que los vampiros iban a matarlo y casi deseó morir. Estaba maldito, maldito de verdad… No lo que la gente decía cuando tenía una racha de mala suerte.

Era una verdadera maldición, y Apollo en realidad se había alegrado de ello. Un príncipe al que habían hechizado una vez podía llegar a convertirse en una leyenda, pero a él lo habían hechizado tres veces y habían estado a punto de matarlo tantas otras… Una de ellas su propio hermano.

Estaba dispuesto a dejar que los vampiros lo dejaran sin sangre, siempre que fuera rápido. Pero entonces una mujer entró en la habitación. No conocía su nombre, no entonces. Cerró los ojos y esperó a que ella lo mordiera, pero no era una vampira. Aquella mujer era Honora Valor, y de algún modo lo despojó de la maldición del Arquero y de la maldición espejo. Sin embargo, aquella era una de esas situaciones en las que el remedio parecía al principio casi tan malo como la enfermedad.

La curación hizo que Apollo se sintiera repentinamente desarraigado. Habían cortado su conexión con Evangeline, y quería recuperarla. No quería

estar hechizado, pero la quería a ella; el deseo no había desaparecido cuando lo hicieron las maldiciones.

Si acaso, la quería aún más. Ahora que no se sentía obligado a hacerle daño, a cazarla, por fin podría ser suya.

Pero sabía que no sería tan sencillo. No sería sencillo, para nada.

Durante la mayor parte de su vida, Apollo había tenido siempre todo lo que había querido. Era un príncipe y no estaba acostumbrado a desear nada; estaba acostumbrado a exigir y recibir. Pero, por primera vez, temía que quizá no conseguiría lo que quería.

Había intentado matar a Evangeline. Le había disparado y había intentado estrangularla. Seguramente tenía todavía los moretones de sus manos en el cuello.

Esperaba que ella lo hubiera perdonado. Había estado hechizado, y era incapaz de evitarlo. Ella seguramente lo comprendería. Pero ¿y si no olvidaba nunca lo que él le había hecho?

¿Y si, cuando intentara besarla, se acordaba de que también había intentado matarla?

Después estaba lord Jacks. Su antiguo amigo.

Apollo nunca había tenido que competir con otro hombre. ¿Quién podía competir con un príncipe que algún día sería rey? Pero, cuando intentó matar a Evangeline, vio cómo ella miraba a Jacks cuando irrumpió en la habitación para rescatarla. Como si Jacks fuera su salvador, su héroe.

Algo había cambiado entre ellos.

Y Apollo no sabía qué hacer al respecto.

Antes de marcharse, Honora levantó los barrotes de la cama. Apollo era libre para irse, pero fue incapaz de moverse. Estaba demasiado nervioso y asustado para abandonar la habitación.

Entonces Aurora apareció en la entrada como un ángel.

No solo era preciosa: era etérea, y su dulce voz pronunció todas las palabras que él quería oír.

—Alguien tan guapo como tú no debería estar nunca tan triste —le dijo.

Esa chica sabía cosas, y no solo que Apollo era un príncipe, algo de lo que todo el mundo era conocedor. Sabía lo de la maldición del Arquero, que lo había obligado a cazar a su esposa.

—Yo podría ayudarte a arreglarlo todo —le dijo. Después le ofreció un elixir—. Bébete esto y, durante un breve lapso, tendrás el poder de borrar los recuerdos. Después podrás comenzar de nuevo. Puedes borrarle los recuerdos que desees y reescribir su historia.

Apollo debería haberle hecho más preguntas.

Pero no había querido conocer las respuestas. Se bebió el elixir y se arrepintió de inmediato.

¿Cómo se había planteado borrarle la memoria a Evangeline? No lo haría. Dejaría que el poder se disipara. Aunque estaba destrozado, sabía que aquella sería una transgresión imperdonable.

Pero entonces salió de su jaula y se encontró a Evangeline, y ella lo miró como si estuviera despidiéndose de él. Le dijo que desearía que Jacks no tuviera tanto poder sobre ella, y que lo sentía.

Había elegido a Jacks.

Había elegido mal.

La estaban engañando, como Apollo lo estuvo cuando creyó que Jacks era su amigo.

Tenía que detenerla. Tenía que salvarla.

No quería hacerle daño. Intentó que no le doliera. La abrazó mientras lloraba y le prometió, en silencio, que juntos crearían nuevos recuerdos. Recuerdos preciosos, extraordinarios. Y jamás volvería a hacerle algo así.

Tampoco esperaba volver a ver al ángel, o que ese ángel resultara ser Aurora Valor.

Como todos los demás en el Norte, Apollo había creído que los Valor estaban muertos. Cuando Honora Valor lo curó, no sabía quién era.

No fue hasta más tarde, hasta después de quitarle la memoria a Evangeline y entrar en el Valory, cuando vio a toda la familia Valor y comenzó a comprender la extensión de lo que había ocurrido.

Los Valor no fueron decapitados, como siempre habían afirmado las historias. La familia estaba viva y se había mantenido en un estado de sueño suspendido durante cientos de años. Ellos eran el verdadero tesoro oculto al otro lado del arco Valory.

Wolfric y Honora le aseguraron que no estaban allí para robarle su reino o su corona, pero lo único que Apollo pudo oír mientras miraba a su hija Aurora fue su sangre, precipitándose por sus venas.

Ella le guiñó el ojo, como si todo fuera un juego, y Apollo se quedó allí plantado como un niño.

—Lo único que queremos es un lugar donde vivir en paz —le dijo Wolfric —. Nadie tiene por qué saber que hemos regresado.

Si Apollo hubiera estado en sus cabales, de inmediato habría dicho algo como: «No podría estar más de acuerdo», y los habría enviado a las muy lejanas tierras del norte donde nadie volvería a verlos.

Pero eran los Valor, él estaba desconcertado tras encontrarlos con vida y su hija conocía su más terrible secreto.

Lo miró con sus preciosos ojos mientras decía:

—¿Y si en lugar de eso nos nombras Gran Casa? Podríamos asumir otro apellido, como Vale.

Apollo esperaba que Wolfric se opusiera. Las Grandes Casas no vivían en paz. Pero parecía que Wolfric, en realidad, no había querido llevar una vida tranquila.

—Creo que eso podría funcionar. ¿Qué dices tú, amor mío? —preguntó echando una mirada a su esposa, que se mostró de acuerdo.

—Siempre que nuestras verdaderas identidades sean un secreto —dijo Honora—. No me apetece repetir el pasado.

A su lado, Aurora sonrió como si todo estuviera ya decidido. Entonces los otros impresionantes hijos de los Valor asintieron y sonrieron.

¿Cómo iba a negarse Apollo?

Se oyó decir a sí mismo:

—Excelente. Puedo entregaros tierras. Una mansión, una aldea, un bosque… Necesitan reparaciones, pero cuando os convierta en una Gran Casa, la gente acudirá a ayudaros. Solo necesito un poco de tiempo.

—No tardes demasiado —replicó Aurora con dulzura.

Y cuando le guiñó el ojo de nuevo, Apollo supo que había hecho un trato con un demonio, y no con un ángel.

Ahora, cuando Aurora le pasó la nota, el corazón le latió con fuerza. Se la guardó en la manga rápidamente, pero solo saber que estaba allí lo hacía sentirse enfermo.

La petición más reciente de Aurora había sido que le presentara a Evangeline.

—No pongas esa cara de preocupación, alteza —le dijo con dulzura—. Solo deseo ser su amiga. He estado encerrada mucho tiempo y todas mis amigas han muerto.

Apollo no se había creído que solo quisiera hacer amigas, pero sabía que no podía negarse. Igual que sabía que tampoco podría negarse a lo que le pidiera en esta ocasión. Pero quizá podría ignorar su mensaje un rato.

Necesitaba un poco de tiempo a solas con su esposa.

Apollo la observó con atención mientras entraban en la tienda. Habían colocado en el suelo alfombras bordadas en dorado y burdeos, habían encendido velas de cera de abeja junto a los cojines y usarían pieles en la cama. Junto a esta había una mesa baja con fruta y queso y copas de vino.

Sin embargo, Evangeline se detuvo justo al pasar el umbral. No tocó la comida de la mesa, no se lanzó a los cojines, ni siquiera intentó quitarse la capa empapada.

—¿Dónde te quedarás tú? —le preguntó.

—La compartiremos —le dijo Apollo en voz baja mientras se movía a su espalda—. Así podré protegerte. —Le rodeó la cintura con los brazos.

Ella se tensó bajo sus manos.

Fue solo un segundo; se tensó, y después fue como si se derritiera en sus brazos.

Él le apartó el cabello y le besó el cuello.

Una vez más, se tensó, pero esta vez no se relajó.

Tenía que soltarla. Volvía a estar asustada. Había sentido algo similar en la posada en la que la encontró, pero no había estado seguro hasta ahora. Detuvo la boca sobre su cuello, lo bastante cerca para sentir su pulso corriendo bajo sus labios. Entonces la oyó tomar aire bruscamente.

Una vez más, supo que debía soltarla, pero no podía hacerlo. Sus latidos acelerados desencadenaron algo en su interior, una urgencia de mantenerla en sus brazos, de sostenerla hasta que ya no quisiera escapar.

—Creí que habíamos superado esta tontería de no actuar como mi esposa. —Tensó los brazos a su alrededor y…

¡Qué dolor! Fue repentino e intenso y tan fuerte que ni siquiera pudo agarrarse a ella. Se encorvó. Se le nubló la vista, su visión se llenó de manchas.

Era como le hubieran clavado en las costillas un cuchillo en llamas y después se lo hubieran retorcido. Pero la sensación desapareció con la misma rapidez con la que sintió la repentina punzada de dolor.

Cuando pudo ver de nuevo, Evangeline lo estaba observando con un nuevo tipo de horror.

—Apollo, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó, llevándose ambas manos al pecho.

Fue entonces cuando él vio el brazalete que llevaba en la muñeca. Estaba hecho de cristal; esa debía ser la razón por la que no lo vio antes. Quizá ni siquiera lo habría notado si no brillara débilmente, si no se hubieran iluminado en él unas palabras en un idioma que no entendía, aunque temía saber qué significaban. Qué era en realidad aquel brazalete.

Quería preguntarle dónde lo había encontrado, cómo había llegado a ser suyo, por qué lo llevaba y si sabía para qué servía. Pero supuso que

Evangeline no tenía ni idea de qué era, y no quería llamar su atención sobre él. Además, esperaba equivocarse.

Porque, si tenía razón, si aquel era el desaparecido brazalete de protección de Vengeance Slaughterwood, eso significaba que había estado a punto de hacerle daño.

Tenía que controlarse.

—Estoy bien —dijo, retrocediendo despacio—. Acabo de recordar algo importante de lo que tengo que ocuparme.

—¿De qué se trata? —le preguntó Evangeline.

—Cosas aburridas de príncipe. No te preocupes, volveré pronto.

Podría haber intentado darle un beso de despedida, pero no confiaba en sí mismo. Y tenía cosas de las que ocuparse.

Tan pronto como se marchó de la tienda, Apollo se sacó de la manga la nota de Aurora Valor.

Reúnete conmigo en el límite entre el Merrywood y el camino que conduce al Bosque Maldito.
Te espero allí al atardecer.
Ven solo, y te sugiero que no se lo cuentes a nadie.

En lugar de su nombre, había dibujado un lobo con una Corona de Flores.

Apollo quemó la nota al pasar junto a la fogata más cercana.



Llegó temprano al cruce. Quería terminar con aquel asunto de Aurora lo antes posible.

Había llegado allí a caballo y lo sorprendió cuánto había cambiado el bosque de Merrywood. Había musgo cubriendo las rocas. Nuevas hojas estaban brotando en los árboles. Apollo podía oír incluso los sonidos de la vida: ciervos y pájaros y grillos.

El bosque de Merrywood había renacido desde el regreso de los Valor. Ya no parecía el lugar encantado que había temido de niño… y aun así nunca había visto a su caballo tan nervioso. Después de amarrarlo a un árbol en el límite entre el bosque de Merrywood y el Bosque Maldito, el animal pisoteó

el terreno y relinchó. Cuando Apollo intentó darle una manzana, el caballo se la tiró de la mano.

Se preguntó si la bestia estaría enfadada por lo cerca que estaban del camino hechizado que conducía al Bosque Maldito o por la llegada de Aurora Valor.

Mientras cabalgaba hacia Apollo en un caballo plateado que parecía resplandecer bajo la luz de la luna, Aurora todavía parecía un ángel.

—No pongas esa cara tan triste. No es bonita —le riñó antes de bajar de su caballo—. Y lo creas o no, príncipe, estoy aquí para ayudarte.

—¿Como la última vez?

—Ahora Evangeline es tuya, ¿no?

—Por ahora —gruñó Apollo—. Estoy empezando a temer que podría estar recuperando parte de sus recuerdos.

Aurora terminó de atar su caballo a un árbol. A diferencia del de Apollo, su animal parecía totalmente satisfecho.

—¿Por qué dices eso?

—Está rara. ¿Tienes más de ese elixir de los recuerdos? —le preguntó. Y se odió a sí mismo por hacerlo.

Aurora resopló mientras se acercaba, arrastrando su larga falda plateada por el lecho del bosque.

—¿Crees que fue una poción fácil de conseguir?

—Eres una Valor.

—Sí, pero nuestra magia no es ilimitada. ¿Crees que voy por ahí cargada de frascos de magia?

—Ese día lo hiciste.

Aurora frunció brevemente los labios.

—¿Vas a seguir haciendo preguntas tontas, príncipe? ¿O te gustaría convertirte en el tipo de hombre al que su esposa nunca se atrevería a dejar?



33

Evangeline

Cuando Apollo la dejó sola en la tienda, Evangeline examinó el brazalete de cristal que le rodeaba la muñeca. Era mágico. Lo había supuesto, pero no había sabido qué hacía hasta que vio a Apollo encorvarse por el dolor.

Acercó el cristal a la luz de la vela. Lo había visto iluminarse con una curiosa escritura cuando Apollo se agarró el estómago. No consiguió hacer que las letras aparecieran de nuevo; lo único que veía eran las pequeñas flores de cerezo grabadas en el cristal.

Se preguntó si su magia actuaría solo con Apollo, si era por eso por lo que las palabras habían aparecido minutos antes, cuando él la tocó y ella no quería que lo hiciera. Parecía justo el tipo de hechizo que Jacks pondría en un objeto.

Lo que no comprendía era por qué. Si Jacks no quería que estuviera con Apollo, ¿por qué la había dejado con él? ¿*Por qué no me llevó Jacks con él*?, se preguntó. Pero ya conocía la respuesta a eso.

Tú y yo no estamos destinados a estar juntos.

Siento terminar con tu cuento de hadas, Pequeño Zorrillo, pero las baladas no tienen un final feliz, y tampoco lo tendremos nosotros dos.

Todas las chicas a las que he besado han muerto, todas excepto una. Y esa chica no eres tú.

Me gustaría borrar cada momento que tú y yo hemos pasado juntos… porque si no lo hago, te mataré igual que maté al zorro.

Jacks ya le había contado todas sus razones para marcharse.

Aunque recordar la última razón la hizo detenerse. Jacks había querido que ella encontrara las piedras del arco Valory, no para poder abrirlo sino para usarlas para retroceder en el tiempo y estar con Donatella, la chica a la que había besado y no había matado. Pero no hizo eso. Si lo hubiera hecho, ella nunca lo hubiera conocido y en ese momento él estaría con Donatella en Valenda.

¿Qué había pasado, entonces? Había cuatro piedras en el arco. Cada una de ellas tenía un poder mágico distinto, pero cuando se combinaban podían volver atrás en el tiempo. No obstante, solo podían usarse con ese propósito una sola vez.

¿Había cambiado Jacks de idea sobre viajar al pasado? ¿Estaba esperando antes de usar las piedras? ¿O ya las había usado?

Antes de recuperar la memoria, Caos le había dicho: *Estoy aquí porque un amigo nuestro necesita ayuda… tu ayuda. Está a punto de tomar una decisión terrible y tú tienes que hacerle cambiar de idea antes de que sea demasiado tarde para salvarlo*.

Sin duda había estado hablando de Jacks. Pero ¿cuál era la terrible decisión?

Cuando se enteró de que Jacks quería volver en el tiempo para cambiar el pasado y no llegar a conocerla, se sintió desolada y aterrada. Pero no parecía que fuera a hacer eso… Aquello parecía otra cosa. Seguramente algo peor.

Tenía que salir de aquella tienda y encontrar a Jacks.

Pensó en prenderle fuego al campamento y aprovechar el caos para escapar. Pero era fácil que un incendio se descontrolara, y no quería hacerle daño a nadie.

Excepto a Apollo. A él quería hacerle daño.

—Espero que valores todas las molestias que me he tomado para llegar a esta tienda —dijo una voz maravillosamente familiar mientras la solapa de la tienda se cerraba.

No la había oído abrirse, aunque debería. Una chica vestida de guardia estaba en el centro de la tienda, examinando el lujoso espacio con las manos en las caderas y una sonrisa traviesa en los labios, que se había maquillado con un brillo de purpurina.

—¡LaLa! —exclamó Evangeline, demasiado fuerte. No pudo contener su entusiasmo al ver a su amiga—. ¿Qué haces vestida de guardia?

—He intentado visitarte, pero no me lo han permitido. No dejaban de decir tonterías sobre que estabas demasiado estresada para ver a tus *amigas*, así que tuve que diseñarme un disfraz.

LaLa se giró y, al hacerlo, la falda midi se le levantó justo lo suficiente para revelar que debajo de la sencilla tela burdeos llevaba unas brillantes enaguas de lentejuelas que destellaban como el fuego. También había añadido unas pequeñas mangas abullonadas a su chaqueta de bronce, y un cinturón a juego que se ataba con un lazo en la espalda.

LaLa era muchas cosas. Primero y sobre todo, Evangeline la consideraba su amiga, de modo que a veces le resultaba fácil olvidar que también era una Destino inmortal, como Jacks.

Era la Novia Abandonada.

Una vez le confesó que los Destinos siempre estaban luchando contra el deseo de ser lo que fueron creados para ser. El deseo de LaLa era encontrar el amor. Lo anhelaba más que ninguna otra cosa, aunque sabía que nunca duraría. Sus relaciones siempre terminaban con ella sola en el altar, llorando lágrimas envenenadas. Porque, por muchas aventuras que viviera, el único romance que de verdad quería era el de su primer amor: un dragón cambiaformas que había estado encerrado en el Valory.

Para combatir su ansia por encontrar el amor, cosía. Cosía un montón. Y se le daba muy bien.

—Sé que no es exactamente el mismo uniforme —dijo con otro movimiento de su falda—, pero creo que lo he mejorado.

—Me encanta —afirmó Evangeline—. Y verte me gusta incluso más.

Como hacía menos de un día que había recuperado la memoria, Evangeline no había tenido tiempo de echar de menos a su amiga. Pero, ahora que LaLa estaba allí, tenía la sensación de que la añoranza había estado siempre presente, formando parte del vacío de su interior que solo ahora había empezado a llenarse. Entonces la abrazó, tan fuerte que habría temido hacerle daño si LaLa no hubiera sido una Destino.

—¿Dónde está tu dragón? —le preguntó. Se dio cuenta de que, aunque recordaba haber abierto el arco Valory, todavía no sabía exactamente qué había en su interior, aparte del dragón cambiaformas de LaLa. Tampoco tenía ni idea de si LaLa se había reunido ya con él.

—Oh, está por aquí —dijo LaLa vagamente, mientras se apartaba—. Estoy segura de que lo conocerás pronto —añadió, pero un poco desanimada, lo que no era en absoluto propio de ella.

LaLa era una Destino y por lo tanto sus emociones no eran del todo humanas, pero Evangeline sabía que estaba enamorada de su dragón; lo había querido tanto que fue ella la que le lanzó a Apollo la maldición del Arquero,

esperando equivocadamente que eso hiciera que Evangeline abriera el arco Valory.

Evangeline se había sentido muy dolida en el momento, pero como LaLa, ella también había tomado decisiones malísimas por amor.

—¿Va todo bien? —Evangeline se acercó a ella de nuevo y le tomó la mano—. ¿Necesitas hablar?

—No pasa nada, en realidad. Es solo que… —LaLa se detuvo para suspirar—. El mundo ha cambiado *un montón* desde que encerraron a Dane, y parece que yo también. Pero no pasa nada, de verdad. ¿Qué es lo que se dice sobre el amor? Ya sabes, ese dicho que menciona azúcar, fuego y el precio del deseo.

Evangeline negó con la cabeza.

—No estoy segura de haberlo oído nunca.

—Bueno, quizá no sea un dicho. Bueno, no me entiendas mal, amiga, me emociona que me preguntes por todo esto, pero estoy desconcertada. Creí que no recordabas nada.

—Así era —le dijo Evangeline en voz baja—. Acabo de recuperar la memoria.

A continuación, le contó a LaLa rápidamente que fue Apollo quién se la arrebató, que había intentado convencerla de que Jacks era el villano y que lo habría conseguido si Jacks no hubiera vuelto para salvarle la vida. Le habló a LaLa de cada una de las visitas de Jacks, y de que su corazón lo recordaba aunque su cabeza no lo hiciera. Hasta que, al final, encontró la carta que ella misma había escrito y que Jacks llevaba cerca de su corazón.

—Eso es sorprendentemente dulce —dijo LaLa.

—A mí también me lo pareció. Tan pronto como leí la carta, conseguí recordarlo todo. Eso fue anoche… O quizá esta madrugada. Tengo el tiempo un poco mezclado.

Sonrió, pero fue una sonrisa insegura. Se sentía muy aliviada de ver a su amiga. Solo quería tumbarse en alguno de los cojines de la tienda y charlar de nada y de todo. Pero no había tiempo para eso.

No si quería encontrar a Jacks e intentar evitar que hiciera lo que fuera sobre lo que Caos la había advertido.

—No quería venir aquí con Apollo, pero cuando desperté, Jacks se había marchado y Apollo apareció allí con sus héroes, sus guardias y sus mentiras.

—Canalla —murmuró LaLa—. Sé que los príncipes son lo peor, pero tenía la esperanza de que haber sido hechizado lo cambiaría para bien.

—Creo que, a su manera, él piensa que está haciendo algo bueno.

—Pero todavía lo odias, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo desprecio. No soporto verlo ni el sonido de su voz, y quiero salir de aquí antes de que regrese para no tener que volver a verlo otra vez.

—Hagamos eso, entonces, aunque me encantaría esperar su regreso para sacarle el corazón y después cocinarlo al fuego. Pero supongo que podría hacer eso otro día —murmuró LaLa—. Y bien, ¿cuál es nuestro plan de huida? —Le brillaron los ojos al dar una palmada—. Ha pasado un tiempo desde la última vez que tuve que luchar con una espada. Eso podría ser divertido.

—Por desgracia, yo no sé usar una espada —le dijo Evangeline.

—¿Y esas clases de defensa personal de las que me has hablado? ¿Jacks te enseñó algo, o fue solo una excusa para meterte mano? —LaLa movió las cejas.

A Evangeline se le calentaron las mejillas.

—Me enseñó algunas cosas… pero sobre todo me rodeó con sus brazos.

—Eso pensaba. —LaLa sonrió, pero Evangeline sabía que era una de esas sonrisas de alguien que intenta alegrarse por una amiga.

Aunque, como LaLa era una Destino, su sonrisa parecía un poquito más peligrosa. Era una sonrisa que también decía: *Si te hace daño, dímelo y yo le haré más daño a él*.

Eso hizo que Evangeline recordara su última conversación con LaLa. Antes de perder la memoria, LaLa la había visitado para advertirle sobre Jacks. *Mientras estés con Jacks, no estarás segura*, le había dicho.

—¿Todavía crees que Jacks va a hacerme daño? —le preguntó.

La sonrisa forzada de LaLa desapareció.

—Jacks le hace daño a todo el mundo. No ha sido el mismo desde el día en el que mi hermano y Castor murieron y en el Norte todo se fue al infierno.

Durante un instante, LaLa no le pareció una Destino. No le pareció cruel ni poderosa, ni con el potencial de matar a alguien solo porque ha hecho llorar a su amiga. LaLa solo parecía una chica que necesitaba una amiga tanto como la necesitaba ella.

Además de ser una Destino, LaLa había sido uno de los Merrywood originales. Su hermano era Lyric Merrywood, uno de los mejores amigos de Jacks junto al príncipe Castor Valor. Murieron el mismo día y, aunque no fue culpa de Jacks, Evangeline sabía que se culpaba por no haber sido capaz de salvar a Castor.

—Si algo podría motivar un cambio en Jacks, creo que serían sus sentimientos por ti —le dijo LaLa al final—. Pero aun así debes tener cuidado, porque incluso sus sentimientos son peligrosos.

—Lo sé.

—¿Sí? —LaLa la miró con seriedad y sus intensos ojos entornados por la preocupación.

Había tres reglas sobre los Destinos que Evangeline había aprendido de niña. La más importante de estas reglas era no enamorarse nunca de un Destino.

Evangeline conocía esta regla, pero no había pensado en ella desde hacía mucho y no estaba segura de haberla entendido correctamente antes.

Ahora estaba cobrando un nuevo sentido. Antes, después de recuperar la memoria y volver a perder a Jacks, empezó a temer que quizá él tuviera razón y eso fuera lo que tenía que pasar.

Si de verdad estuvieran destinados el uno al otro, ¿no debería ser más fácil? ¿No debería haber menos derramamiento de sangre y menos corazones rotos y menos gente intentando separarlos? ¿No debería haber *ganado* ya el amor?

Pero quizá la razón de la advertencia sobre enamorarse de los Destinos no era porque amar a un Destino nunca saliera bien, sino porque era mucho más difícil. Casi imposible.

Lo único que LaLa quería era amor, y aun así era ella quien siempre abandonaba a su novio en el altar. Incluso ahora, después de reunirse por fin con su dragón, LaLa no parecía segura de querer estar con él.

Evangeline había oído una vez que los Destinos no eran capaces de amar del mismo modo que los humanos. Ella había creído entender que no podían sentir esa emoción, pero en ese momento se preguntó si eso también significaba que los Destinos no creían del mismo modo en el amor. Quizá creían que el amor con los humanos estaba condenado al fracaso, y después actuaban de un modo que propiciaba ese fracaso.

—No voy a renunciar a Jacks —dijo Evangeline.

LaLa hizo un breve mohín con los labios.

—Eso es muy humano.

—No sé si eso es un cumplido o un insulto.

—Creo que un poco de ambos. —LaLa le mostró otra sonrisa poco entusiasta—. Sé que te gusta hacer lo correcto, pero lo correcto no siempre es lo mejor con nosotros. Creo que esa fue parte de la razón por la que Jacks se

convirtió en un Destino. Cuando era humano, él siempre intentó hacer lo correcto, pero eso no le sirvió de nada y perdió a la gente a la que más quería.

LaLa hizo una pausa para fruncir el ceño.

—Quiero apoyarte. Me gustan mucho las causas perdidas y las malas ideas. Pero me temo que, si intentas salvar a Jacks, tú también morirás. Sé que has recuperado la memoria, pero solo por si necesitas que te lo recuerde, Jacks es un ser sobrenatural que te matará si alguna vez lo besas.

—O podría besarlo y que él se diera cuenta por fin de que *no* va a matarme —sugirió Evangeline.

—¡No, no, no! —exclamó LaLa, furiosa—. Ese es el peor plan del mundo.

—Pero ¿y si no lo es? Sé lo que dicen las historias, que los besos de Jacks son letales para todos excepto para su único y verdadero amor… Y sé que supuestamente ya ha besado a esa chica. Pero también sé que las historias mienten y retuercen la verdad, de modo que eso podría ser mentira. *Yo* soy el verdadero amor de Jacks. Lo creo con la misma seguridad con la que creo que el agua llena los océanos y que la mañana sigue a la noche. Lo creo con todo mi corazón y con toda mi alma. Y tiene que haber algún tipo de magia en ello.

—No creo que sea así como funciona la magia. —LaLa la miró con tristeza—. Creer algo no lo convierte en realidad.

—Pero ¿y si la razón por la que creo en esto es porque *es* cierto? Sé que todas las historias dicen lo contrario, pero el corazón sigue diciéndome que mi historia con Jacks no ha terminado.

LaLa jugó con uno de los botones de su chaqueta. Tenía el ceño fruncido.

—Puede que vuestra historia no haya terminado todavía, pero eso no significa que vaya a acabar bien. Conozco a Jacks de toda la vida. Se le da genial conseguir lo que quiere. Pero no creo que Jacks quiera un final feliz. Si quisiera eso, lo tendría. Hay una razón por la que no lo quiere.

—Entonces me alegro de que me tenga a mí.

LaLa la miró como si quisiera seguir discutiendo.

—Sé que parezco ingenua —continuó Evangeline—. Sé que mi fe en el amor puede parecer tonta. También sé que eso podría no ser suficiente. Pero no hago esto porque crea que voy a ganar. En realidad estoy un poquito asustada, porque creo que voy a perder. Ya no pienso que el amor garantice la victoria o un final feliz, pero creo que es un motivo para luchar por esas cosas. Sé que mi intento de salvar a Jacks podría terminar en una feroz explosión, pero prefiero saltar con él por los aires a observarlo mientras se quema.

Ante esto, LaLa sonrió por fin.

—Esa es quizá la peor declaración de amor que he oído nunca, pero creo que tu pasión se merece un brindis. —Tomó dos copas de vino de la mesa y le ofreció una—. ¡Por los corazones tontos y por el fuego! Y porque Jacks y tú solo ardáis en la pasión y el deseo.



34

Evangeline

Después del brindis, Evangeline y LaLa bebieron un poco más de vino del que seguramente debían.

Evangeline no solía beber, pero a pesar de la audacia con la que le había hablado a LaLa, la aterraba la idea de decirle a Jacks que estaba enamorada de él, por si aun así la dejaba.

Se había convertido en piedra, la habían envenenado, le habían disparado flechas, la habían azotado con magia y casi la habían matado media docena de veces. Pero todas esas cosas no la habían asustado tanto como la idea de que Jacks no la correspondiera.

Evangeline sabía que LaLa tenía razón, que a Jacks se le daba genial conseguir lo que quería. Cuando Jacks decidía algo, no había modo de cambiarlo. El único que podía conseguir que Jacks se quedara era el propio Jacks.

—¿Te lo estás pensando mejor? —le preguntó LaLa.

—No —dijo Evangeline—. De hecho, tengo un plan para escapar.

Antes, mientras LaLa jugaba con los botones de su chaqueta, Evangeline había tenido una idea para la que no necesitarían espadas ni fuego ni nada relacionado con el combate.

—Eso podría funcionar. —LaLa se golpeó la barbilla, pensativa, tras oír el plan que le propuso Evangeline—. Podrías marcharte justo antes del cambio de guardia, cuando los hombres estén cansados. Yo podría escapar

justo después de la llegada de los nuevos relevos. No sabrán que entré sin permiso, y estarán demasiado deslumbrados por mi belleza para cuestionarme.

Evangeline estaba ya un poquito mareada. Definitivamente, había tomado demasiado vino. Todo estaba un poquito borroso, pero se puso la ropa de LaLa y su amiga asaltó sus baúles hasta encontrar un resplandeciente vestido con los hombros descubiertos con el que sin duda estaría deslumbrante.

Después de eso, LaLa lo tuvo difícil para esconder el cabello de Evangeline con una gorra. A continuación le oscureció las raíces con parte del vino de mesa, justo lo suficiente para cambiar su apariencia a primera vista.

—Si los guardias te miran con atención, te reconocerán —le advirtió LaLa —. Así que intenta ser rápida… Pero no sospechosamente rápida.

—No creo que ahora mismo pudiera ser sospechosamente rápida ni aunque me lo propusiera —dijo Evangeline. Pero tampoco podía entretenerse mucho más. El cambio de guardia sería pronto. Si quería marcharse, aquel era el momento.

—No tardaré mucho en seguirte —le aseguró LaLa—. Y no te olvides esto. —Le entregó el mapa del bosque de Merrywood que le había dibujado; era sobre todo un puñado de triángulos que simbolizaban árboles atravesado por una línea que conducía a un círculo etiquetado como *el Manantial Resplandeciente*. El plan era que se reunieran allí, y después buscarían juntas a Jacks.

—Gracias por todo esto —le dijo Evangeline.

—¿De qué sirven las amigas si no están contigo para apoyarte cuando tomas una mala decisión? —LaLa le dio un último abrazo justo cuando sonaba la campana—. Deberías irte ya.

Evangeline salió de la tienda justo en el momento del cambio de guardia. Uno miró en su dirección, pero el cielo crepuscular debió ayudarla a ocultarse. Había antorchas por todas partes, llenando el cielo nocturno de penachos de humo que le otorgaban a todo un aspecto ligeramente etéreo. Esto hizo que Evangeline se sintiera como si estuviera bordeando las páginas quemadas de un libro de cuentos, de una historia que estaba ansiosa por abandonar.

Casi era la hora de la cena cuando atravesó el campamento real. La atmósfera era ligeramente ebria, festiva y coqueta. Parte de la alegría del festival de la reconstrucción de Merrywood se había infiltrado por fin en el campamento real.

A primera vista parecía que los hombres y mujeres de otros campamentos habían acudido para mezclarse con los guardias reales, lo que a Evangeline le vino bien. No obstante, contuvo la respiración hasta que llegó al límite de las tiendas.

Sentía el calorcillo del vino en las entrañas, pero empezaba a sentirse de nuevo nerviosa. Se escondió detrás de un montón de leña justo a un lado del camino para evitar a los soldados que vigilaban la entrada al campamento.

Puso gran cuidado en no hacer ruido, aunque la noche estaba llena de canciones y de risas y de chisporroteantes fogatas. El ruido murió cuando entró en el bosque de Merrywood, y pronto solo se oyó el crujido de sus pasos, el bronco croar de las ranas y el ocasional aullido de un lobo, desencadenando un coro de más aullidos a lo lejos.

Evangeline levantó su farol para comprobar el mapa que LaLa le había dibujado hacia el Manantial Resplandeciente.

Había pensado que el camino dibujado en el mapa era una carretera de verdad, pero no veía ningún sendero en el bosque. O se había perdido, o el camino de LaLa era solo la ruta que se suponía que debía seguir, y no un camino de verdad.

Mientras intentaba memorizar el trazado del mapa, el bosque se quedó en silencio… En un silencio inquietante. El susurro de las ardillas había desaparecido, así como los sonidos de los ciervos y de las crías de dragón. No se oía nada, y entonces crujió una rama.

Evangeline se sobresaltó.

Y Jacks estaba allí.

Estaba vivo.

No estaba herido.

Evangeline no veía en su atractivo rostro ni siquiera un arañazo. Por fin podía volver a respirar. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de lo preocupada que había estado en realidad.

—¿Te he asustado, niña?

—No… Quiero decir, sí… En realidad, no —dijo, aturullada, aunque no podría haber dicho por qué. Iba a salir a buscarlo y ahora él estaba allí. Siendo muy él.

Jacks lanzó una pálida manzana blanca mientras avanzaba a través del bosque, como una sombra se movería al atardecer: despacio y rápido, ambas cosas a la vez. Aunque estaba a varios metros de distancia, ahora se encontraba ante ella, mirándola con esos claros ojos azules que brillaban en la oscuridad.

—He recordado —exhaló.

—¿En serio?

Jacks sonrió y, como todo lo demás, fue una sonrisa muy propia de él, torcida en una comisura, dando la impresión de ser cruel y traviesa a la vez. Le recordó vagamente a la primera vez que se vieron, cuando pensó que parecía en parte un joven noble aburrido y en parte un malicioso semidios.

—Dime, niña, ¿cuánto has recordado? —Las yemas de sus dedos fríos se detuvieron en la base de su cuello.

A Evangeline se le aceleró el pulso. Solo fue un poco, y aun así resultó suficiente para borrar parte de la calidez de su interior. Jacks deslizó los dedos desde el hueco de su garganta hasta la línea de su mandíbula.

Aquello también parecía muy propio de Jacks.

Y no obstante… Su corazón latía *mal, mal, mal,* y entonces se percató de que la había llamado niña dos veces. No Pequeño Zorrillo, no Evangeline.

Pero el problema cuando quieres algo que no tienes, o que no deberías tener, es que en el segundo en el que parece posible, la razón te abandona. La razón y el deseo se llevan bien solo cuando la razón te anima a conseguir lo que deseas. Una razón opuesta a ese deseo se convierte en el enemigo. Una parte distante de su ser le dijo que Jacks estaba actuando raro, y que no le gustaba que la llamara niña. Pero la parte de ella que quería que Jacks la amara intentó ignorar aquel instinto.

—Lo recuerdo todo —le contó—. Lo recuerdo todo, desde el momento en el que nos conocimos en tu iglesia hasta la noche en el arco Valory. Siento haber tardado tanto en recuperar la memoria.

—Eso no importa —dijo Jacks con frivolidad, todavía con esa sonrisa torcida mientras lanzaba la manzana que tenía en la mano. La fruta cayó al suelo con un ruido sordo.

—Evangeline, apártate de él —le pidió una voz ahumada a través de los árboles. Le resultaba vagamente familiar, pero no consiguió ubicarla hasta que Caos se acercó con cautela—. Ahora mismo es peligroso.

—Yo siempre soy peligroso —replicó Jacks. Entonces, con una sonrisa arrogante dirigida a su antiguo amigo, añadió—: No te pega hacerte el héroe, Castor.

—Al menos yo no me rindo después de fracasar.

—Yo no me estoy rindiendo —dijo Jacks, arrastrando las palabras—. Le estoy dando a la chica lo que quiere.

Bajó los dedos por la mandíbula de Evangeline, hasta su barbilla. Por un segundo, el tiempo se ralentizó; Jacks le levantó la barbilla con cuidado, de un

modo que la hizo pensar en una sola cosa: iba a *besarla*.

Evangeline regresó bruscamente a la tierra.

—¿No es esto lo que quieres? —susurró Jacks.

Sí, quería decir. Pero una vez más oyó esa vocecilla razonable diciéndole que aquello estaba mal. Se suponía que Jacks debía burlarse de ella, provocarla, tocarla, pero nunca intentar besarla. Él no creía que pudieran besarse. Él creía en el amor condenado al fracaso y en los finales infelices.

Y Evangeline todavía quería demostrarle que se equivocaba.

Mientras él se inclinaba sobre ella, se sintió repentinamente aterrada. Y aun así no consiguió apartarse de él cuando acercó sus labios a…

Jacks se encorvó de inmediato por el dolor y maldijo sonoramente, diciendo palabras que Evangeline nunca había oído pronunciar a nadie. Tenía una mueca en el rostro, del mismo blanco que el hueso, y se agarró las costillas antes de caer de rodillas con un gemido.

—¿Qué pasa?

Evangeline se agachó para ayudarlo. Y fue entonces cuando se percató de que las palabras habían empezado a brillar de nuevo en el brazalete que le rodeaba la muñeca.

—Lo siento. —Los brazos calientes de Caos la rodearon, casi abrasándola al levantarla—. Tenemos que marcharnos antes de que Jacks intente matarte de nuevo.



35

Apollo

Aurora lanzó pétalos de flores al camino mientras avanzaba. Los arrojaba ante ella como una diosa de las hadas del bosque. Y el camino al Bosque Maldito así la consideraba.

Siempre llovía en los senderos que conducían al Bosque Maldito… excepto en aquellos por los que transitaba Aurora Valor. Tan pronto como lanzaba sus pétalos y daba un paso, la lluvia cesaba. Lo único que Apollo sentía al seguirla por el camino pavimentado con zapatos y bordeado de carruajes volcados, algunos de ellos todavía con las ruedas girando, era una brisa sutil.

—No me has dicho cuánto me costará esto —le dijo Apollo—, o a dónde vamos.

—Te estoy llevando al Árbol de las Ánimas.

—Tu padre…

—Es muy testarudo —lo interrumpió Aurora—. Él sabe muchas cosas, pero no lo sabe todo.

Algo se retorció en el interior de Apollo. Era una sensación que le decía que, o el cordero que había comido antes estaba en mal estado, o aquella era una muy mala idea. Sabía que no debía confiar en Aurora. No era ni la mitad de dulce de lo que parecía, sacando pétalos de flores de su capa plateada y lanzándolos en su camino.

Sin embargo, ¿cómo iba a rechazar aquello? Se trataba de su oportunidad para ser inmortal.

—Solo te pido una cosita a cambio —le dijo Aurora, en voz tan suave que casi no la oyó.

Apollo se tensó de inmediato.

—¿Qué quieres?

La chica se giró despacio para mirarlo, y por una vez no hubo nada dulce en su expresión. Bajo la luz de la luna parecía lobuna, y sus dientes blancos destellaron cuando habló.

—Quiero que abandones esa idea absurda de matar a Jacks. Después de esta noche, limpiarás su nombre y ya no será buscado ni perseguido.

—No puedo hacer eso.

—Entonces yo no podré llevarte hasta el Árbol de las Ánimas. —Aurora dejó de caminar cuando el sendero terminó y llegaron al brumoso intermedio que conducía al Bosque Maldito—. O eliges la inmortalidad o eliges perseguir a Jacks, a quien realmente dudo que alguna vez consigas matar… No mientras seas humano. Has enviado a todo un reino en su búsqueda, ¿y qué has conseguido? Quizá, cuando seas inmortal, tengas una oportunidad de enfrentarte a él. Pero yo no quiero que aproveches esa oportunidad, y esa es la razón por la que ahora me jurarás por tu vida que jamás dañarás a Jacks.

Apollo tensó los hombros.

—¿Por qué quieres salvar a Jacks?

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo es, si me pides que no lo mate. —Apollo la fulminó con la mirada—. ¿A ti también te ha hechizado?

Aurora se enfadó.

—A mí no me hechiza nadie. Soy una Valor. —Lo miró con toda la altanería de una princesa.

Y era por aquello exactamente por lo que a Apollo nunca le habían gustado las princesas. Como Aurora, a menudo eran muy bonitas por fuera, pero muchas de ellas estaban podridas por dentro.

—Si te preocupa que Jacks recupere a Evangeline, o que te la arrebate, no tienes nada que temer —le aseguró—. Ya me he ocupado de ello.

—¿Cómo?

—No te preocupes por eso. Yo tengo mis secretos, como lo seguirá siendo nuestra asociación. Y ahora, ¿qué vas a hacer, príncipe?

Apollo sabía que no podía rechazar aquello. Su padre siempre le había dicho que fuera *más,* y no había nada que superara ser inmortal. Suponía que

podía seguir discutiendo con Aurora sobre Jacks, pero dudaba que ganara. A pesar de lo que Aurora había dicho, estaba claro que Jacks la había hechizado, al igual que había embrujado a Evangeline.

—Cuando me lleves hasta el árbol, te lo juraré con mi sangre, pero no antes.

Aurora entornó la mirada.

—Tienes mi palabra —le dijo Apollo—. Si miento, puedes contarle al reino entero que le robé la memoria a mi esposa.

—Muy bien —replicó Aurora. A continuación, volvió a lanzar pétalos y condujo a Apollo por el intermedio.

—¿Es ahí a dónde vamos? ¿Al Bosque Maldito?

—No, si podemos evitarlo. Podríamos llegar al Árbol de las Ánimas aventurándonos desde el otro extremo del bosque, pero debería haber un viejo arco por aquí que nos llevará más rápido hasta allí. —Una arruga se formó entre las cejas de Aurora mientras examinaba la neblinosa extensión de tierra. Al final, chilló—: ¡Lo encontré!

Apollo no veía nada más que una zona de niebla que parecía más oscura que el resto.

Entonces Aurora lanzó más de sus pétalos. Esta vez los tiró al aire, y cuando golpearon la bruma, se aferraron a ella. Los pétalos formaron brevemente la silueta de un arco, y después parecieron fundirse y extenderse hasta que el arco no fue solo una silueta sino una estructura real de resplandeciente mármol blanco.

Durante su infancia, Apollo había oído historias sobre los arcos escondidos en el Norte, pero aquella era la primera vez que veía uno de ellos.

Estuvo a punto de preguntarle a Aurora cómo sabía que estaba allí, pero entonces recordó que habían sido los Valor quienes habían construido los arcos.

Como era el monarca que gobernaba el Norte, Apollo tenía un par de arcos propios. Había usado uno para sorprender a los invitados que asistieron a la Nocte Eterna. El otro protegía un árbol fénix muy antiguo. Este se parecía un poco a aquel arco, en realidad, ya que ambos estaban cubiertos de curiosos símbolos mágicos.

Aurora se mordió el labio mientras miraba los símbolos. Después se clavó una uña en la palma hasta que sangró, y manchó el lateral del arco con la sangre.

—Buen arco, ábrete y déjanos llegar al Árbol de las Ánimas, por favor —dijo.

Un segundo después apareció una puerta, del mismo blanco resplandeciente que el arco. Conducía a lo que parecía un túnel, aunque estaba demasiado oscuro para ver bien.

Aurora se sacó una cerilla del interior de la capa y la frotó contra el muro antes de dejarla caer al suelo. Tan pronto como cayó, una hilera de fuego se extendió por la pared en una franja ardiente. Repitió el proceso con el otro lado, hasta que la caverna quedó tan brillantemente iluminada como el día por dos líneas de fuego.

La joven Valor entró con elegancia, tarareando mientras avanzaba entre las hileras de llamas. El aire estaba caliente y se volvió aún más cálido a medida que avanzaban, hasta que el túnel se amplió y convirtió en una enorme caverna de resplandeciente granito blanco rodeada por el mismo fuego del túnel.

Apollo no podía ver el cielo, aunque la caverna debía estar abierta, porque un perfecto rayo de luz de luna iluminaba el árbol más colosal que había visto nunca.

Aunque *árbol* no parecía la palabra correcta. Se suponía que los árboles no tenían pulso.

El tronco rojo como la sangre de aquel árbol parecía estar latiendo. Palpitando. Cuando se acercó, Apollo habría jurado que podía oírlo. *Bum… Bum… Bum…*

¿Y eran rostros humanos lo que había tallado en la corteza?

Le pareció ver ojos aterrados y bocas torcidas congeladas en la madera, como si hubiera gente atrapada en el interior del árbol, pero era un poco difícil estar seguro de que no fuera un truco de la titilante luz del fuego.

El Árbol de las Ánimas estaba salpicado de afiladas y lustrosas hojas rojas y lleno de ramas del mismo color sangre del tronco. Algunas de las indómitas ramas reptaban hacia el cielo, mientras que otras crecían hacia afuera y hacia abajo, sobre el terreno.

Cuando Apollo leyó por primera vez sobre aquel árbol en el pergamino de lord Slaughterwood, creyó que sería similar a su árbol fénix, algo encantador y mágico. Se había imaginado un lugar perfecto para posar para un retrato… aunque él ya no hacía ese tipo de cosas.

—Es horrible —murmuró.

Aurora le echó una mirada de reprimenda.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Es solo un árbol —dijo Apollo. Pero entonces volvió a oír su corazón. *Bum. Bum. Bum*.

Estaba latiendo más rápido, ávido, hambriento, haciendo que recordara la advertencia de Wolfric: *Fui un idiota al plantarlo, para empezar. El Árbol de las Ánimas es maligno*.

Desde luego, a él no lo hacía sentirse bien.

—No me digas que estás asustado —le reprochó Aurora, burlona.

Pero Apollo se dio cuenta de que, aunque se había acercado al árbol, la chica no se atrevía a tocarlo.

—¿Planeas beber de él tú también? —le preguntó.

Según el pergamino de lord Slaughterwood, lo único que Apollo tenía que hacer era agujerear una rama, de donde manaría la sangre. Después la bebería directamente del árbol y la inmortalidad sería suya.

Ya no enfermaría ni envejecería; se mantendría joven, fuerte y sano para siempre. Aun podía morir, si alguien intentaba matarlo, pero no fallecería por causas naturales y, según el pergamino, la misma magia que lo mantendría joven también dificultaría que lo mataran.

Le habría parecido demasiado fácil, pero el pergamino también decía que hacer crecer uno de esos árboles no era una tarea sencilla. Después de que Wolfric Valor recibiera la muy inusual semilla para plantar aquel árbol, tuvo que alimentarla con su sangre… cada mañana y cada noche durante un año entero. Si se olvidaba de alimentarlo una vez, el árbol se marchitaría y moriría.

—Voy a esperar unos años más —le dijo Aurora—. Ya es bastante duro ser mujer. No deseo ser una mujer joven para siempre.

—Al menos muestras algo de sensatez, aunque no la suficiente para que me apetezca llamarte *hija* ahora mismo —bramó una voz sonora desde el túnel a su espalda.

Segundos después, Wolfric Valor apareció en la caverna flanqueado por los que parecían dos de sus hijos. Como todos los Valor, sus hijos parecían un poco más que humanos.

Aurora hizo una ligerísima mueca al verlos llegar.

—Pareces tan malhumorado como siempre, padre.

Wolfric le echó una mirada cáustica antes de girarse hacia sus hijos y ordenarles:

—Lleváosla de vuelta al campamento. Su madre y yo nos ocuparemos de ella allí.

Antes de marcharse, Wolfric se acercó a Apollo.

El príncipe echó mano a su arma.

—No te molestes —le dijo Wolfric—. No estoy aquí para matarte, chico. Has sido bueno con mi familia, así que voy a advertirte una vez más sobre este árbol. La única razón por la que sigue aquí es que no puedo talarlo. Si este árbol muere, yo también moriré. Y antes de que se te ocurra alguna idea, yo soy el único que puede talarlo.

—Yo nunca…

—No mientas —lo interrumpió Wolfric—. El hecho de que estés aquí es indicativo de lo que estás dispuesto a hacer. Pero ¿sabes lo que estás haciendo? ¿O solo has seguido a la cabeza de chorlito de mi hija?

Apollo pensó en contarle a Wolfric que su hija era más bien el cerebro que había estado chantajeándolo, pero dudaba que eso lo ayudara en su situación.

—¿Quieres saber por qué te dije que no cuando me preguntaste por este árbol? —continuó Wolfric—. ¿Quieres saber cuál es el precio de beber del Árbol de las Ánimas? La magia siempre tiene un precio, y para obtener la vida eterna, debe sacrificarse otra vida. En ese caso, perderías a la persona a la que más quieras. Esa es la razón por la que me dieron la semilla para plantar este árbol.

Wolfric estiró el cuello para echarle al árbol una amarga mirada.

—En mi juventud era un poco idiota, como tú. Una vez, mientras visitaba un reino vecino, salvé la vida de su princesa. Se llamaba Serenity. Era guapa, y yo fui un poco más amistoso de lo que debería haber sido. Antes de marcharme del reino, Serenity me entregó la semilla para plantar este árbol. Me dijo que era para darme las gracias por salvarle la vida y yo la creí. Me consideraba merecedor de la inmortalidad y no pensé en preguntar a ninguno de mis consejeros de confianza qué era este árbol en realidad antes de alimentarlo con mi sangre cada día.

»Solo después de que creciera hasta ser un árbol maduro, justo cuando estaba a punto de beber por fin su sangre, descubrí que la princesa Serenity me había dado la semilla de aquel árbol con la esperanza de que lo plantara y mi mujer muriera tan pronto como yo bebiera de sus ramas.

»Después de que le salvara la vida, Serenity creyó que estaba enamorada de mí, pero sabía que yo nunca estaría con ella a menos que Honora muriera. Sin embargo, yo habría preferido morir antes de dañar a mi esposa.

—Yo también —afirmó Apollo. Todo lo que había hecho había sido para protegerla.

—Espero que lo digas en serio —dijo Wolfric, con seriedad—. No vuelvas a acercarte a este árbol, o será lo último que hagas.



36

Evangeline

—¿Qué…? No… ¿Cómo? ¡No! —jadeó Evangeline, incapaz de hilar correctamente las palabras. Quería decir que Jacks no intentaría matarla, que nunca le haría daño, pero temía que aquellas palabras no fueran ciertas, y decirlas en voz alta las haría menos verdaderas aún.

Si fuera verdad que Jacks no le había hecho daño nunca, no habría necesitado decirlo.

Se presionó los ojos con las manos, esperando detener las lágrimas que amenazaban con caer.

Caos emitió un sonido forzado a medio camino entre gruñir y aclararse la garganta. Evangeline no sabía si el vampiro estaba intentando encontrar un modo de consolarla o una excusa para marcharse, ahora que la había alejado de Jacks.

Cuando se apartó las manos de los ojos, Caos parecía deliciosamente incómodo. El vampiro, envuelto en una capa negra y vestido de piel gris humo, estaba rígidamente apoyado en un árbol al otro lado del Manantial Resplandeciente.

Evangeline no recordaba haberle dicho que la llevara al Manantial Resplandeciente, pero debió hacerlo. El lugar en el que se encontraba ahora era recóndito y precioso, con unas aguas iluminadas que hacían que el círculo de árboles a su alrededor brillara con tonos verdes y azules, mientras que las rocas que circundaban el estanque refulgían bajo la encantadora luz.

Todo parecía tocado por un tipo etéreo de magia, excepto Caos. La magia que lo envolvía a él parecía de un tipo distinto.

La luz del agua era lo bastante brillante para dejarle ver los extremos predominantes de sus colmillos, que estaban alargándose y volviéndose más brillantes que el agua. La luz de la luna se reflejaba en sus puntas afiladas.

—¿Planeas morderme? —le preguntó.

—Acabo de salvarte la vida —le contestó él, pero pronunció las palabras con un pequeño gruñido—. No voy a hacerte daño.

—Tengo la sensación de que eso es lo que la gente dice siempre justo antes de hacerte daño.

—Entonces deberías alegrarte de que yo no sea gente, técnicamente. —Su boca se curvó ligeramente en las comisuras.

Evangeline suponía que estaba intentando sonreír, pero parecía más hambriento que tranquilizador.

—¿Qué le ha pasado a Jacks? —le preguntó.

—Creo que tú ya lo sabes. —Caos inclinó la cabeza en la dirección del brazalete de cristal que le rodeaba la muñeca.

En ese momento no brillaba, pero lo había hecho cuando Jacks intentó besarla, unos minutos antes, justo como lo hizo cuando Apollo le hizo daño.

Un zumbido se inició en su cabeza, o quizá había estado siempre allí. Puede que el zumbido estuviera allí para evitar que pensara demasiado en lo que acababa de ocurrir con Jacks, y en por qué podría haber intentado matarla.

—Ese brazalete posee una magia muy antigua —le explicó Caos—. Se suponía que era un regalo de boda de Vengeance Slaughterwood a mi hermana gemela.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—La tengo. Creo que sois amigas, aunque dudo que sigáis siéndolo cuando haya terminado esta historia. Tú conoces a mi hermana como Aurora Vale, pero su nombre real era Aurora Valor.

Los terrenos cubiertos de musgo que rodeaban el Manantial Resplandeciente parecían de repente inestables bajo los pies de Evangeline.

—¿Has dicho Valor?

Caos asintió mientras Evangeline intentaba asimilarlo. El día anterior había recordado tanto y habían pasado tantas cosas que le era difícil ordenarlo todo. Sin embargo, sabía quiénes eran los Valor. Los había estudiado mientras buscaba las piedras del arco Valory, pero nunca se había percatado de que Caos era uno de ellos.

Se sintió tonta de inmediato. Minutos antes, Jacks lo había llamado Castor, y Castor Valor había sido uno de los mejores amigos de Jacks. Se suponía que estaba muerto, como todos los Valor… Pero estaba claro que ese no era el caso.

Y si Aurora era la hermana de Castor, entonces sus padres debían ser Wolfric y Honora Valor. Evangeline no sabía cómo podría haber descubierto que se trataba en realidad de los primeros reyes del Norte, que habían regresado de la muerte después de cientos de años. Y aun así tenía la sensación de que, de algún modo, debería haberlo descifrado. Siempre había recelado de Aurora, aunque había creído que solo compartía el nombre con Aurora Valor. Jamás imaginó que se tratara de la misma persona.

—Veo que tienes un montón de preguntas —le dijo Caos.

—Es lo único que tengo —replicó Evangeline—. ¿Cómo volvió a la vida tu familia? ¿O solo fingían estar muertos? ¿Dónde han estado todos estos años? ¿Y por qué han regresado ahora?

—Sé que esto va a ser difícil, pero te sugiero que reserves tus preguntas hasta que termine esta historia, por si Jacks regresa. —Caos no le dio tiempo para objetar antes de decir—: Creo que Jacks ya te ha contado que mi hermana estaba prometida con Vengeance Slaughterwood.

Evangeline asintió y Caos continuó:

—Vengeance creía que Aurora era solo una guapa princesa incapaz de cuidar de sí misma. Hizo que le forjaran un brazalete de protección, uno que detuviera a cualquiera que intentara hacerle daño.

»El brazalete solo tenía un inconveniente: una vez que se ponía, era imposible quitárselo. Sabiendo esto, mi hermana se negó a ponérselo. No necesitaba ningún amuleto que la protegiera, o eso pensaba, pero se quedó con el brazalete. No sé qué planeaba hacer con él, pero mientras estuvo encerrada en el Valory, el brazalete se convirtió en una leyenda.

—Espera —lo interrumpió Evangeline—. ¿Tu hermana estaba en el interior del Valory?

—Toda mi familia estuvo atrapada en el Valory en un estado de animación suspendida. ¿Por qué crees que yo deseaba abrirlo?

—Creí que era por tu yelmo —le dijo Evangeline. Antes de la apertura del Valory, Caos llevaba un casco maldito que evitaba que se alimentara. Pero, ahora que lo pensaba, tenía mucho sentido que Caos tuviera una motivación más profunda para abrir el arco. Él era el monstruo que algunos creían que estaba en el interior del Valory, pero en lugar de eso, era su familia la que estaba encerrada.

—La noche en la que abriste el arco Valory, Jacks estaba medio loco. No dejaba de desvariar sobre tu muerte, diciendo que tenía que salvarte. Yo no me lo tomé en serio. —Caos se detuvo para pasarse una mano por el cabello y murmuró—: Puede que lo mordiera por accidente, y pensé que solo decía esas cosas porque lo afectaba la pérdida de sangre. Entonces, un par de días después, descubrí que había hecho un trato con mi hermana para conseguir el brazalete. Lo quería para ti, para que nadie pudiera hacerte daño nunca más.

—Estaba obsesionado con eso —dijo Evangeline. Recordó que antes se había mostrado protector con ella, aunque ahora parecía obsesionado. O lo había parecido. Obviamente, algo había cambiado entre aquella noche y la última vez que vio a Jacks en la posada. Caos había dicho que el brazalete de protección funcionaba según la intención de la otra persona, y este había detenido a Jacks justo cuando intentaba besarla.

—¿Por qué intercambió Jacks este brazalete? —le preguntó Evangeline.

—Intenté detenerlo —le dijo Caos—. Le pedí que no lo hiciera, pero no me hizo caso.

—¿Por qué intercambió el brazalete? —le preguntó con mayor contundencia esta vez.

Caos la miró, pero no a los ojos.

Evangeline se recordó que se suponía que no se debía mirar a un vampiro a los ojos porque se lo tomaban como una invitación para morder, pero en este caso parecía diferente. En ese momento, Caos no parecía tan hambriento como triste.

—Jacks obtuvo el brazalete a cambio de su corazón.

—¿De su corazón? —repitió Evangeline—. ¿Qué tipo de corazón? ¿Es algún tipo de objeto mágico? ¿Un artilugio? Supongo que no será su corazón de verdad.

—Todo el mundo tiene dos corazones distintos —le explicó Caos—. Está el corazón que late y que te mantiene con vida, y después está el otro corazón, el segundo corazón, el que se rompe en lugar de latir, el que ama para que esta vida tenga un sentido. Ese es el corazón que quería mi hermana.

—¿Por qué querría Aurora eso? —le preguntó Evangeline, aunque temía que ya conocía la respuesta y que tenía algo que ver con los dos nombres que había visto grabados en la pared de la Madriguera.

AURORA + JACKS

Aunque había tallado los nombres en la pared cientos de años antes, a Aurora debieron parecerle un par de años, quizá solo unos meses, ya que había pasado todo ese tiempo atrapada en un estado suspendido en el Valory.

—Está enamorada de Jacks, ¿verdad? —le preguntó Evangeline.

—Eso es lo que siempre he sospechado —le contestó Caos—. Aurora nunca me lo ha confesado, pero supongo que no lo ha hecho porque Jacks no mostró nunca ningún interés por ella. Era Lyric Merrywood quien estaba enamorado de ella, y a mí siempre me pareció que mi hermana estaba con él solo como una excusa para estar cerca de Jacks, que ni siquiera la miraba.

»Si Aurora hubiera querido de verdad anular su compromiso con Vengeance para casarse con Lyric, nuestro padre se habría enfadado, pero la habría dejado hacerlo. No es un tirano. Pero Aurora disfrutaba siendo el objeto del deseo. Le gustaba tener la atención de Lyric y de Vengeance, y creo que esperaba que eso pusiera celoso a Jacks.

»Por supuesto, todo salió mal. No creo que a Aurora se le ocurriera nunca que, después de abandonar a Vengeance, este iría a por Lyric y arrasaría la totalidad de las tierras de Merrywood. Pero ese es el problema con mi hermana. Ella nunca piensa las cosas, y sé que en este momento tampoco lo está haciendo.

—¿Sabes qué planea hacer con el corazón de Jacks? ¿Va a utilizarlo para hechizarlo? —supuso Evangeline en voz alta. Aunque sabía, por experiencia, que no se necesitaba el corazón de alguien para hacer eso. Además, los encantamientos de amor podían romperse.

—Tengo la sensación de que planea hacer algo más permanente —dijo Caos con seriedad.

—¿Como qué? ¿Le entregará un nuevo corazón?

—No lo sé. Pero supongo que, cuando termine, Jacks será por fin suyo.

Evangeline tenía ganas de vomitar y de caminar de un lado a otro, o quizá de caminar de un lado a otro y vomitar. No soportaba la idea de que Jacks estuviera con Aurora… y tampoco creía que eso fuera lo que Jacks quería.

¿Por qué había hecho eso? ¿Cómo podía haber renunciado a su corazón? ¿Cómo podía haber renunciado a ella? Aunque dudaba que él lo viera así. Jacks seguramente se diría que estaba haciendo lo correcto, que sacrificar su corazón para protegerla era un acto noble.

Por desgracia, no era eso lo que había hecho en realidad. Aunque se hubiera convencido de que había renunciado a su corazón para salvarla, Evangeline temía que también lo había hecho porque así le sería más fácil renunciar a ella.

Tenía que existir un modo de cambiar aquello. De arreglarlo. De evitar que Aurora cambiara para siempre el corazón de Jacks, o que le entregara otro corazón diferente. ¿Quién sería Jacks, si eso ocurría?

—¿Cómo recuperamos su corazón? —le preguntó a Caos.

—Nosotros no, solo tú. Me temo que yo no puedo ayudarte.

—¿Por qué no?

—Lo haría, pero creo que mi hermana ha escondido el corazón en el único lugar al que yo no puedo ir. Creo que está en alguna parte de la Madriguera.

—¡Evangeline! —La voz cantarina de LaLa atravesó los árboles que los rodeaban—. Espero que no lleves demasiado tiempo esperan… —La voz de LaLa cesó abruptamente cuando salió del bosque y vio a Caos al otro lado del Manantial Resplandeciente—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? —Hizo una mueca de desagrado.

—Acabo de salvarle la vida a tu amiga —replicó Caos con brusquedad.

Y… ¿Era la imaginación de Evangeline, o había sacado pecho? Hasta aquel momento, había seguido pensando en él como Caos. Pero ahora que se había erguido, con la capa despreocupadamente lanzada sobre un hombro, lo vio como Castor Valor, el arrogante y joven príncipe del Glorioso Norte.

—Bueno, ahora que estoy yo aquí… —LaLa agitó una mano hacia el bosque.

—¿Estás echándome? —le preguntó Castor.

—Lo estoy intentando —le dijo LaLa. Era la más bajita de los tres y, aun así, había algo en el modo en el que observaba a Castor que daba la sensación de que estaba mirándolo por encima del hombro—. ¿No tienes sangre de virgen que beber, o algo así?

—¿Sangre de virgen? —Castor le mostró una de esas devastadoras sonrisas de vampiro mientras se pasaba una mano por el cabello, como un auténtico castigador—. ¿Qué tipo de historias has estado leyendo sobre mí?

—Yo no leo historias sobre ti. —LaLa resopló, pero Evangeline habría jurado que el color de sus mejillas era más intenso.

—Entonces, ¿es solo una coincidencia que estés citando una de ellas?

—Sé que bebes sangre —le dijo.

La mirada de Castor se volvió abrasadora. *Me gustaría beberme tu sangre*, parecía decir.

Y de repente todo parecía un poco más picante de lo que debería. A LaLa no parecía gustarle Castor, pero Evangeline suponía que el vampiro sentía algo muy distinto por ella.

—Creo que estamos desviándonos del tema —los interrumpió Evangeline antes de que el vampiro mordiera a LaLa—. Jacks está en problemas.

LaLa dejó de mirar a Castor de inmediato.

Evangeline le explicó rápidamente lo que el vampiro le había contado sobre Aurora y el corazón de Jacks.

—No puedo creerme que siempre haya pensado que Jacks es el listo. —Una vez más, LaLa miró a Castor—. ¿Por qué no lo detuviste?

—Lo intenté.

—*Puf* —dijo LaLa—. Está claro que no te esforzaste lo suficiente.

—Esto no es culpa de Castor —dijo Evangeline, pero ninguno de ellos estaba prestándole atención.

—¿Alguna vez has conseguido detener a Jacks? —le preguntó Castor.

LaLa levantó la barbilla imperiosamente.

—Una vez le clavé un cuchillo de untar.

—Me acuerdo de la que liaste con el cuchillo de untar —le dijo Evangeline—. Fue un desastre. Y hablando de desastres… ¿Qué vamos a hacer con el corazón de Jacks?

—Yo propongo que secuestremos a Aurora y que la torturemos hasta que nos diga dónde está —dijo LaLa.

—No voy a dejarte torturar a mi hermana —la interrumpió Castor.

—¡Tu hermana es un monstruo!

Castor hinchó las fosas nasales.

—Todos nosotros somos monstruos. —Con un gruñido, se apartó del árbol en el que había estado apoyado.

Por un segundo, Evangeline creyó que iba a cruzar el manantial y a clavarle los dientes a LaLa. La tensión había regresado, tensándole la mandíbula y los hombros. Entonces, despacio, dio un paso atrás.

—Ni te pido que la perdones por lo que le ocurrió a tu familia —dijo Castor en voz baja—, pero no es necesario que le hagas daño. Estuvo encerrada en el Valory durante siglos; ya ha sufrido suficiente por su crimen. Si quieres que sufra por esto, encuentra el corazón y devuélveselo a Jacks. Esa será suficiente tortura para ella.

Castor se giró para marcharse.

—¿A dónde vas? —le preguntó LaLa.

—El sol saldrá pronto. Tengo que marcharme, pero ya le he dicho a Evangeline a dónde tiene que ir.

Y dicho eso, Caos desapareció en la noche.



37

Apollo

La tienda estaba vacía.

Evangeline se había marchado.

A primera vista, parecía que se había producido una pelea. Todo estaba revuelto: los baúles de ropa estaban volcados, las almohadas habían sido acuchilladas, la mesa estaba tirada sobre un disturbio de vino derramado y de comida dispersa. El suelo estaba lleno de bayas pisoteadas, junto a la carne manchada de tierra.

—¡Guardias! —bramó Apollo, llamando a dos soldados que estaban fuera.

Estuvo claro desde el momento en el que entraron en la tienda que ellos no habían oído ningún alboroto. No se había producido ninguna batalla, ningún secuestro… Justo como Apollo había temido.

Evangeline se había marchado voluntariamente… y había dejado aquella escena para despistarlo.

Lo que solo podía significar una cosa.

Había recordado.

—Quiero que encontréis a mi esposa —les ordenó Apollo—. Traédmela, sea como sea.



38

Evangeline

—Todavía preferiría torturar a Aurora —dijo LaLa mientras caminaba junto a Evangeline por el sendero que las llevaría a la Madriguera. El sol había empezado a salir y proyectaba la cálida luz de la mañana sobre todas las gotas de rocío que aún se aferraban a la hierba que bordeaba el camino.

—Creo que a mí también me gustaría torturarla —replicó Evangeline, pero lo hizo porque necesitaba decir algo, cualquier cosa, para quitarse de la cabeza el hecho de que Jacks no tenía corazón, y de que cuando lo recuperara, quizá no sería el mismo.

LaLa era una buena distracción. Había sugerido que le prendieran fuego al cabello de Aurora, que le arrancaran las uñas y otras cosas que Evangeline ni siquiera se atrevía a repetir.

—Yo solo quiero besarlo —dijo Evangeline en voz baja—. Y no morirme.

Antes de la noche anterior, nunca había pensado que Jacks pudiera matarla de verdad. La noche que pasaron juntos en la cripta había temido que él la mordiera y se convirtiera en un vampiro, pero nunca temió que la mataran sus labios.

Hasta ahora.

LaLa se giró para mirarla con una sonrisa especialmente amable.

—Espero que algún día llegues a besar a Jacks delante de Aurora. Esa sería la mejor tortura.

—Creía que pensabas que un beso de Jacks me mataría.

LaLa se encogió de hombros.

—¿Qué te puedo decir? La venganza me hace sentirme esperanzada.

Un par de pasos después, encontraron el letrero que decía: ¡*Bienvenido a la Madriguera*!

Había un pequeño dragón dormitando encima, roncando diminutas y adorables chispas.

Con una punzada, Evangeline pensó en la noche que pasó con Jacks.

Después recordó que el Bosque Maldito había llevado a Jacks de vuelta a la Madriguera.

¿Era posible que el mejor día de la vida de Jacks fuera el que pasó allí con ella? Parecía esperar demasiado, y aun así la idea alimentó de nuevo parte de su fuego. Puede que Jacks no quisiera un final feliz, pero Evangeline se negaba a creer que no la quisiera a ella. Aunque, ¿quién sabía qué querría cuando Aurora le hubiera cambiado el corazón?

—Deberíamos estar cerca —dijo LaLa—. Si no recuerdo mal, Aurora tenía una guarida del mal escondida en la base de un árbol. Su familia siempre iba de vacaciones a la Madriguera. Recuerdo que intenté jugar con ella los primeros años, pero ella siempre prefería estar con los chicos.

LaLa desvió a Evangeline del camino a través de un bosque lleno de árboles y de setas con sombreros de terciopelo que le llegaban a las rodillas y a los muslos. Había más dragones durmiendo sobre ellas, llenaban el aire de chispas de luz dorada. Después las setas desaparecieron y durante varios metros el terreno estuvo desnudo: sin setas ni hierba, y ni siquiera una ramita rota. Había solo un enorme círculo de tierra intacta rodeando un árbol en cuyo centro había una talla de un lobo con una corona de flores.

—Debería haber traído un hacha —dijo LaLa mientras se detenía delante del árbol.

—Seguramente puedo usar mi sangre para abrirlo.

—Sí, pero sería mucho más divertido usar un hacha con ese símbolo suyo.

—Podemos volver después de encontrar el corazón de Jacks.

Evangeline sacó la daga que Jacks le había dado y por un segundo sintió una punzada de algo parecido al pesar. Sabía que no había sido culpa suya perder la memoria, pero le habría gustado recuperarla antes. Le habría gustado acordarse de Jacks cuando le lanzó aquel cuchillo.

Recordándolo ahora, estaba claro que le había dolido que lo hubiera olvidado. Si hubiera recordado antes, quizá habría evitado todo aquello.

Se cortó el dedo con la daga y después presionó varias gotas de sangre contra el árbol, intentando abrirlo. Tras varios segundos, una puerta apareció

en la madera. Había escaleras al otro lado, blancas y cubiertas de flores talladas. Debían ser mágicas, porque cuando Evangeline puso el pie en ellas, comenzaron a brillar.

—¿Dónde consiguió Aurora la magia para hacer todo esto? —preguntó.

—No tengo ni idea —le respondió LaLa—. Se creía que todos los hijos de los Valor tenían magia, pero nadie sabía qué tipo de magia tenía Aurora en realidad.

Evangeline contó veinte peldaños antes de llegar con LaLa al final. Como las escaleras, el suelo de aquella habitación brillaba, iluminando unas paredes totalmente cubiertas de estantes. En un lado parecía haber sobre todo libros: tomos bonitos en colores pasteles como violeta, rosa, dorado y crema, todos atados con pulcros y pequeños lazos.

Evangeline apenas les echó un vistazo antes de girarse hacia el otro lado, que estaba lleno de frascos y botellas. Algunos eran bulbosos y otros estrechos, cerrados con brillantes tapones de cristal o sellados con cera derretida. Y había todo tipo de cosas en su interior. Evangeline atisbó flores secas, arañas muertas, dedos (*puag*), pociones tan brillantes como piedras preciosas e incluso una botella que resplandecía como la luz de las estrellas. Pero no había nada que pareciera un corazón, ni latente ni de otro modo.

Examinó con la mirada la variedad de tarros hasta que se detuvo en una botella llena de un líquido rojo vino que fulguraba cuando lo miraba. La levantó. Unido al tapón de cristal había un lazo con una pequeña etiqueta escrita a mano que decía: *Sangre de dragón*.

Evangeline hizo una mueca. No le gustaba nada la idea de que hubiera sangre embotellada, pero le parecía especialmente cruel extraérsela a los pequeños dragones.

Soltó la sangre y encontró un bonito frasco lleno de destellos plateados. Los destellos se alejaron tan pronto como tocó el cristal. Después todos cayeron en el fondo del tarro en un ceniciento montón. Aquel envase no tenía etiqueta, pero Evangeline no creía que contuviera el segundo corazón de Jacks.

Reconocería el corazón de Jacks; ella *conocía* el corazón de Jacks. Su corazón estaba tan herido como el suyo, pero era fuerte y no se alejaría ni se escondería de ella. Latería más rápido, más fuerte y en concierto con el suyo.

Evangeline cerró los ojos y alargó una mano hacia los estantes, dejando que sus dedos rozaran las pulidas botellas de cristal.

Por favor, late. Por favor, late, repetía en silencio, tocando frasco tras frasco y tras frasco.

Nada. Nada. Nada. Solo cristal frío y más cristal frío y…

Sus dedos rozaron algo que no era ni un frasco ni de cristal. Contra su piel, parecía cuero. Abrió los ojos para encontrar un libro de piel blanca con letras en relieves dorados en el lomo.

—Me pregunto… —murmuró—. ¿Es posible que Aurora vaciara el interior de uno de estos libros para guardar el corazón?

—Supongo que todo es posible —dijo LaLa, que se puso a trabajar sacando los libros de los estantes. Desató los lazos, sacudió los libros y los puso boca abajo para ver si caía algo; Evangeline oyó un par de llaves traqueteando contra el suelo. Después vio que una larga peluca castaña caía de un tomo antes de que LaLa lo tirara negligentemente al suelo—. No es lo mismo que echar la puerta abajo con un hacha, pero está bastante bien —añadió, lanzando otro libro sobre su hombro.

Evangeline tomó el libro de cuero blanco del estante con el mayor cuidado. La cubierta no tenía título, solo otra imagen de una cabeza de lobo con una corona.

No sabía si el corazón de Jacks estaría oculto en aquel volumen, pero estaba claro que había algo en su interior. Notó algo raro al intentar abrir el libro, como si se negara a ceder. *Magia*.

Evangeline se pinchó rápidamente el dedo y arrastró su sangre por las páginas del libro mientras decía:

—Por favor, ábrete.

El libro obedeció de inmediato.

Las palabras *Libro de Hechizos de Aurora* estaban pulcramente escritas en la primera página.

—Es el libro de hechizos de Aurora. —Evangeline pasó la página, esperando encontrar un índice, pero aquel libro parecía ser un diario.

La primera entrada tenía una fecha, seguida de una línea que decía: *Hoy he probado mi primer hechizo*.

—No creo que vayas a encontrar el corazón de Jacks ahí —le dijo LaLa.

—Lo sé, pero quizá encuentre el hechizo que Aurora planea usar para cambiar el corazón de Jacks o darle uno nuevo.

—O quizá podríamos encontrar un hechizo para usarlo con ella —sugirió LaLa alegremente.

Evangeline siguió pasando las páginas. Notaba el papel viejo y frágil entre sus dedos, mientras miraba con atención entrada tras entrada.

Aurora era tenaz, Evangeline tenía que reconocérselo. La mayor parte de sus primeros hechizos había fracasado, pero eso no había parecido detenerla.

Siguió probando hechizos decididamente hasta que por fin empezó a tener éxito.

¡Hoy me he cambiado el color del cabello! Ahora es de un glorioso y brillante violeta. Pero parece que Jacks no se ha dado cuenta.

—Pues claro que no —gruñó LaLa, leyendo sobre el hombro de Evangeline.

Evangeline sintió un breve aleteo de algo parecido a la alegría, pero se disipó rápidamente un par de fechas después.

Mi hermana, Vesper, ha tenido por fin una visión del futuro de Jacks. «Se enamorará de un zorro», me dijo.

«¿De un zorro? ¿A qué te refieres?», le pregunté.

Pero, por supuesto, Vesper no lo sabía. Aún está intentando controlar sus visiones. Justo ahora, no siempre tienen sentido. Pero creo que lo he resuelto de un modo bastante brillante.

Mi hermano Castor ha estado organizando una red de espionaje para mantener el Norte seguro. ¡Como si nuestro padre necesitara alguna ayuda con eso! Por suerte para mí, los espías de Castor son bastante útiles. A uno de ellos le gusto, por supuesto. El otro día, mientras sin duda intentaba impresionarme, me habló de una campesina a la que había conocido y que podía convertirse en zorro. Planeaba decírselo a mi hermano, pensando que aquella chica sería una espía excelente.

Yo lo convencí para que no lo hiciera.

Esa chica tiene que ser el «zorro» del que Jacks va a enamorarse. Aunque yo no permitiré que eso ocurra.

De hecho, puede que ya haya hecho algo que no debería para evitarlo. Pero ahora es demasiado tarde para cambiarlo.

—No es demasiado tarde para torturarla —dijo LaLa.

—Nunca me fie de ella —murmuró Evangeline—, pero todavía me cuesta creer que sea tan horrible.

Aunque Aurora no describía lo que había hecho, Evangeline creía saberlo.

Jacks le había contado la historia de cómo se convirtió en el Arquero de *La balada del arquero y el zorro*. Lo contrataron para cazar a un zorro, pero después descubrió que el zorro era en realidad una chica… una chica de la que había empezado a enamorarse. Se lo contó a los hombres que lo habían contratado, seguro de que habían cometido un error al pedirle que cazara a

una persona, pero en lugar de liberar a Jacks de su contrato, lo hechizaron para obligarlo no solo a cazar sino a matar a la chica zorro. Jacks luchó contra la maldición y no disparó a la chica… pero después la besó y ella murió.

—¿Crees que esto significa que fue Aurora quien le lanzó ambos hechizos a Jacks? ¿La maldición del Arquero y la que hace que sus besos sean letales?

—No me sorprendería —contestó LaLa—. Aurora se ha llevado el corazón de Jacks. Creo que eso de *Si no es mío, no será de nadie* encaja muy bien con ella.



39

Evangeline

Más banderines festivos parecían haber brotado durante la noche. Alegres y pequeños triangulitos de todo tipo de telas y colores cubrían la totalidad de la bulliciosa aldea de Merrywood: de rayas melocotón, verde menta, azul cerceta moteado, rosa atardecer y púrpura con lunares… Todos se agitaban dichosamente con la suave brisa.

El brillante sol amarillo pegaba con fuerza, sin obstruir por las nubes, aunque había una humedad en el aire que hacía que Evangeline pensara que podía llover, a pesar de no haber nubes. Se imaginaba el cielo abriéndose como si lo cortaran con un cuchillo.

Se ajustó discretamente la peluca que se había llevado del escondrijo de Aurora, la marrón que se había caído de uno de los libros. Esperaba que eso la ayudara a mezclarse con la gente y a evitar a los guardias mientras buscaba a Aurora con LaLa. El plan era encontrar a la antigua princesa entre los asistentes, y después seguirla con la esperanza de que las condujera al lugar donde guardaba el corazón de Jacks.

El día anterior, Aurora había mencionado su interés por los tenderetes de golosinas y cosas bonitas del festival de Merrywood. Pensándolo ahora, Evangeline recordó lo contenta que parecía, con su corona de flores y su sonrisa resplandeciente. En retrospectiva, se preguntó si tanta felicidad no se debía, efectivamente, a que por fin había conseguido el corazón de Jacks.

Evangeline buscó a Aurora entre la multitud, más allá de los vendedores de sierras y martillos, de bayas y cerveza y de fruslerías sin fin. A su alrededor, los niños se reían y chillaban mientras corrían haciendo girar sus molinillos de papel. La felicidad se arremolinaba en el aire como si fuera polen. Estaba en todas partes, tocándolo todo excepto a Evangeline. Lo único que ella podía sentir era una tensión en el pecho, una sensación de que se estaba quedando sin tiempo.

Ya había pasado un día desde que Aurora consiguió el corazón de Jacks.

¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Y si la razón por la que no conseguía encontrar a Aurora era que estaba en alguna parte con Jacks, al que ya le había cambiado el corazón? ¿Y si…?

—¿Ves a la princesa malvada en alguna parte? —le preguntó LaLa.

Evangeline negó con la cabeza. Veía a la gente regateando, charlando y ayudando en la reconstrucción, pero no a la chica del cabello violeta.

—¡Manzanas asadas por dragones, comprad vuestras manzanas asadas por dragones! —gritó un tendero empujando una carretilla de un dulce rojo. Parecía haberla pintado con mucho mimo. Las palabras *Manzanas Asadas por Dragones* estaban escritas en una elaborada caligrafía curvada, y a su alrededor había delicados dibujos de manzanitas y siluetas de adorables dragones.

Detuvo la carreta delante de LaLa.

—No nos interesa, gracias —le dijo LaLa.

—Alguien ha comprado algo para la joven señorita.

El vendedor, un joven de rostro amistoso y sincero, sonrió. Pero su sonrisa fue un poco forzada, un poco equivocada, como la sonrisa que un niño podría haber añadido al retrato de un maestro.

Al vendedor le temblaron los dedos cuando le entregó a Evangeline un pequeño pergamino atado con un lazo blanco nuevecito.

—Me pidieron que primero le diera esto.

Con nerviosismo, Evangeline desplegó el pergamino.



No llevaba nombre ni inicial, pero Evangeline supo de inmediato de quién era. *Jacks*.

Se giró para mirar al vendedor de manzanas. Si Jacks le estaba diciendo que no lo buscara, significaba que estaba pensando en ella. Todavía había esperanza.

—¿Cuándo te dieron esto? —le preguntó.

Pero el joven no contestó. Ni siquiera la miró. El vendedor parecía estar en una especie de trance mientras vertía el azúcar de un saco sobre su preciosa carretilla de manzanas y después se dirigía a sus dragoncitos. Eran tres: uno marrón, otro verde y el último de color melocotón.

—Es la hora —dijo el joven en voz baja.

Los dragones gimotearon.

—Haced lo que os digo —murmuró, todavía sin hacer caso a Evangeline.

Evangeline se dio cuenta con sobresalto de que debía estar bajo la influencia de Jacks. Lo había visto hacerlo antes, controlar a otra gente, pero en el pasado siempre había sido para protegerla.

Tenía la horrible sensación de que ese no era el caso ahora. El vendedor se limpió una lágrima de los ojos justo cuando los dragones exhalaron sus chispas de fuego y prendieron el azúcar. En segundos, el carro entero estaba ardiendo, cubierto de llamas blancas y naranjas. El vendedor se mantuvo inmóvil a su lado, como clavado en el sitio.

—¡Necesitamos agua! —le gritó Evangeline a LaLa, girándose hacia el pozo en el centro de la plaza.

—¡No! —LaLa la agarró del brazo—. Tenemos que irnos.

Arrastró a Evangeline lejos del vendedor y de la plaza, justo cuando los guardias reales aparecieron y vieron la carreta ardiendo y los asistentes al festival empezaron a correr con cubos de agua.

El joven estaba llorando. Los dragoncitos estaban llorando.

El fuego se había extinguido, pero la carreta estaba destrozada, reducida a unos fragmentos humeantes de madera quemada.

—No me puedo creer que Jacks haya hecho esto —murmuró Evangeline mientras LaLa la alejaba de la multitud—. Me parece innecesariamente cruel.

—Jacks *es* innecesariamente cruel —le dijo LaLa—. Solía hacer cosas así continuamente. Tú no conoces a ese Jacks porque él siempre ha sido diferente contigo. —Su tono se suavizó y, aunque no lo dijo en voz alta, Evangeline supo que LaLa estaba pensando que esa versión de Jacks había desaparecido ya.

—¿Crees que Aurora ya le ha cambiado el corazón, o que le ha dado otro?

LaLa se mordió el labio pero no contestó, lo que a Evangeline le pareció un sí.

Cuando llegaron a las afueras de la aldea, el sol les golpeaba la cara con fuerza.

Era la hora del día en la que no había sombras. Todo estaba brillante e iluminado. Una chica como Aurora debería haber sido fácil de localizar en una multitud como aquella, donde la mayor parte de la gente llevaba ropa sencilla y el cabello de colores ordinarios.

—No la veo —dijo Evangeline. A una parte de ella le preocupaba que fuera demasiado tarde, que Aurora hubiera cambiado ya el corazón de Jacks o que le hubiera dado otro. Pero no pensaba rendirse y sabía que, si él siguiera siendo *su Jacks* y ella hubiera perdido el corazón, él tampoco renunciaría a ella.

—Creo que podría haberla encontrado. —LaLa señaló un rastro de pálidos pétalos rosas que conducían desde la aldea al bosque de Merrywood. Después puso los ojos en blanco—. Cuando Aurora era pequeña, quería que la gente pensara que dejaba un rastro de flores allá a donde iba, así que a menudo llevaba cestas de pétalos y los lanzaba al caminar. Apuesto que, si seguimos este rastro, encontraremos el corazón de Jacks.



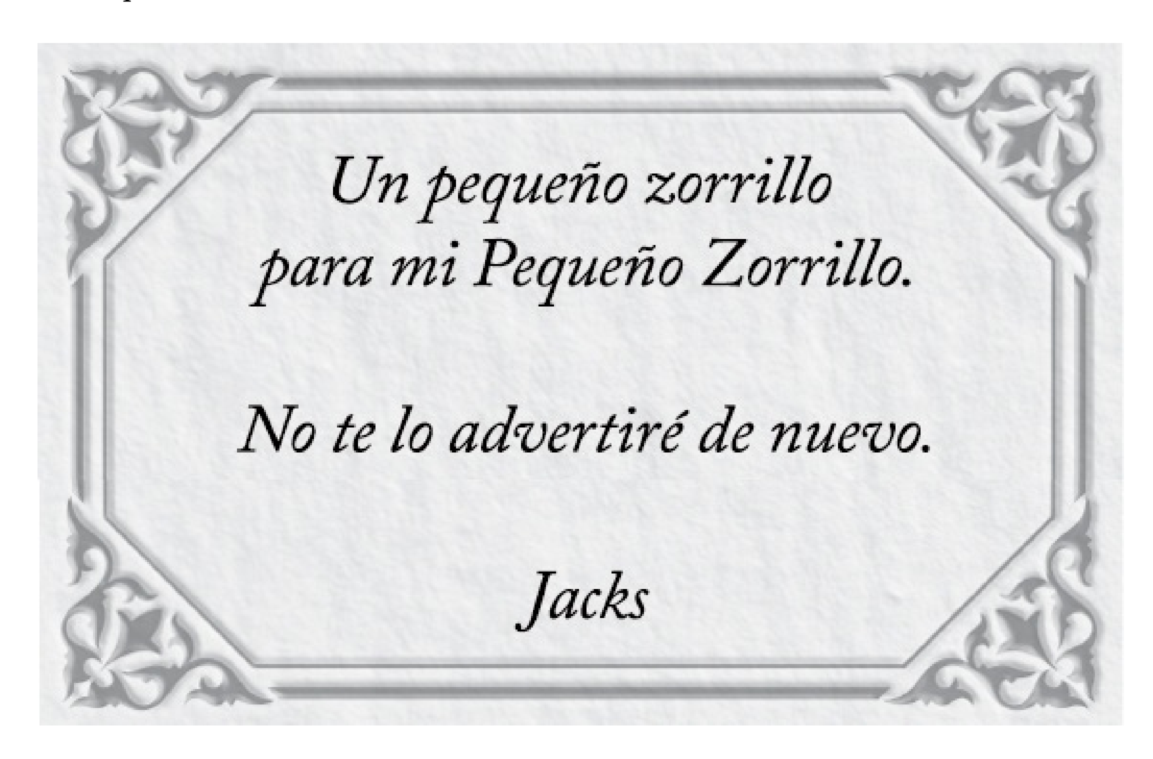
Los pétalos rosas habían caído sobre las piedras y la hierba e incluso sobre algunos dragones dormidos, y condujeron a LaLa y a Evangeline por un sinuoso camino que conducía a las sombras del bosque de Merrywood. Seguir los pétalos le recordó a Evangeline una historia que no conseguía recordar del todo, aunque estaba bastante segura de que no terminaba bien.

Quería tener la esperanza de que su historia sería diferente. Creía que todas las historias tenían el potencial de obtener infinitos finales, y se esforzó por mantener esa creencia con cada inhalación que tomaba y cada paso que daba.

Hasta que, por fin, el camino de pétalos terminó.

Se detenía a los pies de un árbol. Allí había un zorro. Era de un marrón rojizo y blanco, con una preciosa cola tupida. Pero la cola no se movía, y tampoco lo hacía el zorro; estaba tumbado a los pies del árbol y una flecha dorada le atravesaba el corazón.

—¡Oh, no! —Evangeline cayó de rodillas y buscó el latido del zorro, pero lo único que encontró fue una nota unida a la flecha.


Un pequeño zorrillo
para mi Pequeño Zorrillo.

No te lo advertiré de nuevo.

Jacks

—Ahora mismo lo odio un poco —dijo Evangeline.

—Al menos no ha matado a una persona —replicó LaLa.

—Pero lo hará pronto. Eso es lo que esta nota dice en realidad.

Primero Jacks había destruido la carreta. Después había matado a aquel zorro. El siguiente sería un humano.

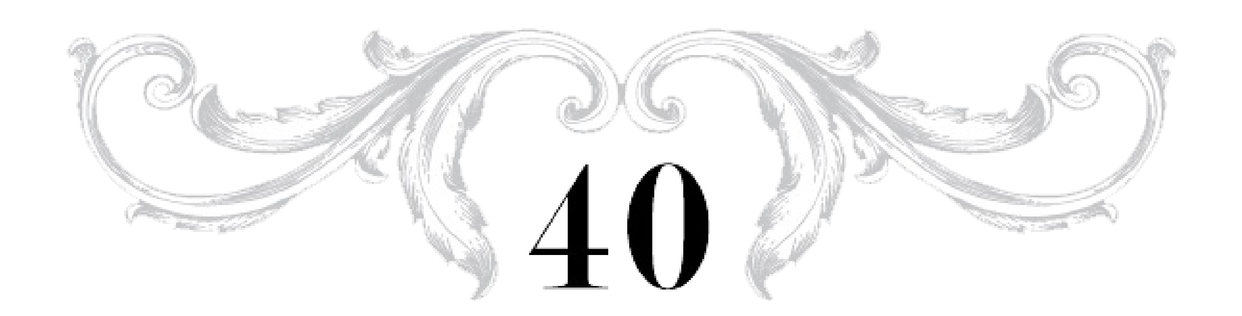
—¿Significa esto que quieres rendirte? —le preguntó LaLa.

—No. Voy a salvarlo.

—No hay manera de salvarlo ahora —se oyó una voz en el árbol. Un segundo después, la madera crujió, una puerta secreta se abrió y Aurora Valor apareció.

Tenía el cabello violeta despeinado y el rostro pálido. Un enorme moretón se estaba formando en su sien.

—Si has venido a por el corazón de Jacks, no lo encontrarás aquí. Llegas demasiado tarde.



40

Evangeline

La falda irisada de Aurora Valor se hinchó a su alrededor en un círculo perfecto mientras caía al suelo en un elegante montón. Los mechones de su cabello violeta cayeron sobre una frente en la que no había una sola línea de preocupación. Su expresión parecía casi serena. Aurora le recordó a Evangeline a una damisela en apuros, esperando pacientemente la llegada de su príncipe.

Pero, después de mirarla con mayor atención, el semblante de Aurora le pareció más una fachada que un reflejo real de sus sentimientos.

Su bonita mirada se endureció y su voz musical tocó una nota amarga cuando miró a Evangeline y le preguntó:

—¿Qué hiciste? ¿Por qué se enamoró Jacks de *ti*?

—Bueno, porque no es una zorra rabiosa como tú —replicó LaLa.

Aurora hizo una mueca. Otro fragmento de su fachada se agrietó, y su boca se curvó en una fea mueca.

—¿Dónde está Jacks? —exigió saber Evangeline—. ¿Y qué has hecho con su corazón?

Aurora se rio.

—¿Crees que yo tengo la culpa de que hiciera esto?

La chica levantó la cola del zorro muerto y la agitó despreocupadamente de un lado a otro, mientras el pobre animal yacía allí, con la mirada vacía.

—Aunque aprecio el simbolismo, yo no tuve nada que ver con esto.

—No te creo. Sé que lo has hechizado —le dijo Evangeline—. Encontré tu antiguo libro de hechizos. Tú fuiste la culpable de que matara a la primera chica de la que se enamoró, la que se convertía en zorro.

—Sí, pero yo no tengo la culpa de esto. —Aurora soltó la cola del zorro muerto—. Jacks hizo esto por su cuenta, por *ti*. —Su voz se agrió con algo parecido a los celos, como si deseara tanto el tormento de Jacks como había deseado su amor.

—Fuiste tú la que le quitó el corazón —le espetó Evangeline.

—¡Yo no se lo quité! Me lo entregó él voluntariamente, pero ya no lo tengo.

—¿Por qué no lo tienes? —le preguntó LaLa, escéptica.

Aurora apoyó la cabeza en el árbol con otra pose dramática.

—Jacks vino a verme antes y me exigió que le devolviera el corazón. Como no se lo di, me dejó sin sentido. —Se señaló el creciente moretón de su sien—. Cuando recuperé el conocimiento, Jacks no estaba. Y tampoco el corazón.

—Eso no tiene sentido —dijo Evangeline—. Si Jacks ha recuperado el corazón, ¿por qué ha hecho todo esto? —Señaló con la mano el zorro muerto.

Aurora se rio.

—¿Crees que Jacks se llevó su corazón porque quería recuperarlo? —Se rio de nuevo, más fuerte y alegre.

—Creo que deberíamos salir de aquí —murmuró LaLa.

—Deberíais —dijo Aurora, todavía riéndose—. Cuando Jacks termine de destruir su corazón, volverá y no solo matará a un zorro salvaje.

Aurora empezó a jugar de nuevo con la cola del zorro. La movió de un lado a otro, mientras la sangre se calentaba y aceleraba en las venas de Evangeline.

Puede que LaLa dijera algo, pero Evangeline no lo oyó debido a las palabras que no dejaban de repetirse en su cabeza: *Cuando Jacks termine de destruir su corazón.*

Quería creer que Aurora solo intentaba hacerle daño, que solo intentaba atormentarla. Quería decirle que Jacks no destruiría su corazón, pero lo cierto era que tampoco había esperado que lo intercambiara. Una de las cosas que más le gustaban de Jacks era su determinación, su voluntad, su intrincada persecución de las cosas que más deseaba. Pero no quería creer que lo único que quisiera ahora fuera no sentir nada. Que desdeñara tanto su corazón. Que pudiera renunciar al amor, a todo, por completo.

Quería gritar y maldecir. Y una parte de ella también quería caer de rodillas y llorar.

Jacks era el Príncipe de Corazones: llevaba casi toda su vida buscando el amor. ¿Iba a rendirse ahora que ella estaba allí?

—¿A dónde ha ido? —le preguntó a Aurora—. ¿Y cómo lo detengo?

—No puedes. —Aurora suspiró y ladeó la cabeza, cansada, como si fuera ella la más afectada por todo aquello—. Te lo he dicho, llegas demasiado tarde.

—¡Entonces dime a dónde ha ido!

Aurora puso los ojos en blanco.

—No me contó sus planes al dedillo antes de golpearme la cabeza.

—Yo sé dónde está —murmuró LaLa—. Solo hay un modo de destruir el segundo corazón de una persona.

—¿Cómo? —le preguntó Evangeline.

LaLa tragó saliva con dificultad y la miró con pesar.

—Lo siento, Evangeline.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque, de no ser por mí, Jacks no tendría a dónde ir. El corazón que se usa para sentir es poderoso, y solo puede destruirlo el fuego. Pero no cualquier fuego.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Evangeline.

LaLa todavía parecía triste.

—Después de que encerraran a Dane en el Valory, yo quise destruir mi corazón.

—¿Quisiste destruir tu corazón por Dane? —se burló Aurora.

LaLa la fulminó con la mirada. Durante un segundo, Evangeline supo que estaba reconsiderando la idea de torturarla.

—Puedes hacerle daño después de contarme cómo crees que Jacks va a destruir su corazón —le dijo Evangeline.

—El único modo de destruir un segundo corazón es con el fuego de un árbol fénix de verdad.

—¿Plantaste un árbol fénix? ¿Eres idiota?

Aurora se puso en pie. De repente parecía verdaderamente asustada. Tenía las mejillas teñidas de un furioso color. No debió creer que Jacks pudiera destruir su corazón de verdad; había estado jugando con Evangeline, burlándose de ella para divertirse.

—¿Dónde plantaste el árbol? —le preguntó Aurora.

—Como si fuera a decírtelo —le dijo LaLa.

Aurora se dirigió a Evangeline.

—¿Tú sabes dónde está?

Evangeline tenía la sensación de que lo sabía, pero no pensaba decírselo a Aurora. Había visto el árbol durante su primera noche en el Glorioso Norte.

Fue la noche antes de la Nocte Eterna: Apollo había estado apoyado en las ramas del árbol fénix, posando para un retrato. Aunque en realidad se había fijado en el espectacular árbol antes de percatarse de la presencia del príncipe.

Su madre le había contado la leyenda del árbol fénix, como lo hizo su antigua tutora, *madame* Voss. Las hojas de un árbol fénix tardaban más de mil años en transformarse lentamente en oro, en oro real, pero si alguien arrancaba una de ellas antes de que todas cambiaran, entonces el árbol entero estallaba en llamas.

Eso debía ser lo que Jacks planeaba hacer. Arrancaría una hoja dorada, el árbol se incendiaría y entonces lanzaría su corazón a las llamas. Y Evangeline no dudaba que iba a hacerlo. A menos que ella lo detuviera.

—Yo no quiero que Jacks destruya su corazón —les aseguró Aurora—. Si me dices dónde plantaste el árbol, le contaré a Evangeline cómo llegar hasta allí usando un arco.

—No quiero tu ayuda. Y no me fío de ti —le dijo Evangeline. Con suerte, esperaba no necesitar su ayuda. Estaba bastante segura de saber dónde había plantado LaLa el árbol fénix; solo tenía que llegar allí antes que Jacks.

—LaLa, ¿dónde está el arco más cercano? —le preguntó.

Si LaLa le decía dónde estaba el arco, estaba segura de que podía conseguir que este la llevara al claro del árbol. Su sangre abría cualquier puerta, y los arcos siempre la obedecían.

—Yo iré contigo —le dijo LaLa.

—Gracias —replicó Evangeline—, pero creo que esta vez tengo que ir sola. Si voy a salvar a Jacks, no será haciendo uso de la fuerza.

—Entonces, ¿cómo piensas salvarlo? —le preguntó Aurora.

—Con amor.

Aurora se rio de nuevo. El sonido era cada vez más desagradable.

A Evangeline se le calentaron las mejillas, pero se negó a sentirse avergonzada.

—El amor no es algo de lo que reírse.

—Lo es hoy. Porque, verás, Evangeline, aunque consigas salvar el corazón de Jacks, eso no será suficiente para salvarte tú. Si alguna vez lo besas, morirás. Y da igual que tu amor sea el más verdadero del mundo.

Evangeline se recordó que Aurora era una mentirosa; hasta hacía unos minutos, todo aquello había sido una farsa. Pero ahora no parecía estar fingiendo; parecía alarmantemente victoriosa.

—Cuando me di cuenta de que Jacks no mataría nunca a la chica zorro, le lancé otro hechizo —le explicó Aurora—. Pero la maldición de las historias retorció la realidad. No será el verdadero amor de Jacks quién sea inmune a sus besos y hará que su corazón vuelva a latir. Solo una chica que *jamás* pudiera enamorarse de Jacks podría sobrevivir al primer beso. Quizá tu amor pueda salvar su corazón, pero si decides besarlo, serás solo otro de los zorros a los que Jacks ha asesinado.



41

Evangeline

Encontrar el arco fue fácil.

Evangeline tuvo la sensación de que apenas les llevó unos minutos.

Había supuesto que el trayecto desde el escondite de Aurora hasta el arco oculto en el límite del Bosque Maldito no sería tan rápido. LaLa y ella deberían haber tardado cerca de una hora en encontrarlo, pero el tiempo parecía estar acelerándose. El corazón de Evangeline todavía latía imposiblemente rápido; incluso sin moverse, se sentía jadeante y sin aliento.

Se sintió aliviada cuando llegó al claro. Jacks todavía no estaba allí.

Solo estaba ella, el árbol fénix y el sol que se ponía despacio.

La primera vez que estuvo en aquel claro había músicos tocando animadamente harpas y laúdes, cortesanos engalanados con sus mejores ropas, una mesa de banquetes abarrotada de comida y la promesa de los deseos cumplidos en el aire.

Aquella noche, cuando Evangeline se acercó al resplandeciente árbol, solo se oía el susurro nervioso de las hojas. Podía oírlas temblando y estremeciéndose unas contra otras, como si de algún modo notaran que su tiempo casi había llegado a su fin.

La última vez que estuvo allí, las hojas que todavía no habían cambiado eran rojas, naranjas y de color bronce, pero aquella noche eran tan verdes como las esmeraldas y la hierba cubierta de rocío.

Vio los nervios de una temblorosa hoja cambiando rápidamente del verde al dorado. Después la observó mientras el oro empezaba a extenderse por la superficie de toda la hoja, como si intentara escapar de lo que temía que iba a ocurrir. Y, no obstante, a menos que el resto de hojas cambiara también, la transformación de aquella única hoja no sería suficiente para protegerse de lo que Jacks iba a hacer.

Evangeline tomó una profunda y tranquilizadora inhalación, tanto por sí misma como por el temeroso árbol.

Ella también tenía miedo. Tenía la sensación de que no debía tenerlo. Tenía la sensación de que su fe en el amor debía ser inquebrantable.

Pero se estaba quebrando un montón.

Incluso el ligero suspiro de la brisa la hacía tensar los hombros. El silencioso movimiento de las hojas la obligaba a contener el aliento.

La noche en la que abrió el arco Valory tuvo la sensación de que iba a ocurrir algo inevitable. Sabía que había nacido justo para abrir aquel arco. Sentía que todos los acontecimientos de su vida la habían conducido a aquel momento.

Ahora que estaba viviendo los momentos posteriores a lo inevitable, también se sentía así. En lugar de tallado en piedra, aquel momento parecía un frágil tapiz que podía deshacerse con solo un tirón de un hilo… o un tirón de una hoja.

En el claro bullía la expectación; ardía contra su piel como las chispas de una cerilla, hacía que tuviera la sensación de que podía pasar cualquier cosa. Antes siempre le había gustado aquella sensación, pero ahora la ponía tan nerviosa como a la pequeña hoja que acababa de cambiar del verde al dorado.

Ella también había cambiado desde la primera vez que entró en aquel claro, desde su primera noche en el Glorioso Norte, cuando creía que casarse con un príncipe haría que todos sus sueños se hicieran realidad. En aquel momento, sus sueños le habían parecido imposibles y se había sentido muy valiente por creer en ellos. Pero ahora se daba cuenta de que aquellos nunca habían sido sus sueños, en realidad no. Habían sido sueños que había tomado prestados de los cuentos de hadas, sueños a los que se había aferrado porque todavía no había creado los suyos.

Aquella primera noche en el Norte no había soñado con un futuro junto a Jacks. Se había sentido atraída por él, pero no era eso lo que se suponía que debía desear.

Jacks no le proporcionaría seguridad. No iba acompañado por la promesa de un final feliz. Si acaso, le garantizaba lo contrario. Él no creía que los

héroes terminaran bien. Enamorarse de Jacks parecía algo que estaba condenado desde el principio, pero Evangeline había aprendido que el amor era más que un sentimiento. Y no tenía que ser la opción sensata, porque el amor era también más poderoso que el miedo. Era la forma definitiva de esperanza. Era más fuerte que las maldiciones.

Y no obstante…

Le preocupaba que su amor no fuera suficiente.

Las últimas palabras de Aurora todavía la inquietaban.

Da igual que tu amor sea el amor más verdadero que el mundo ha visto nunca. La maldición de las historias retorció la realidad. No será el verdadero amor de Jacks quién sea inmune a sus besos y hará que su corazón vuelva a latir. Solo una chica que jamás pudiera enamorarse de Jacks podría sobrevivir al primer beso.

A Evangeline no le gustaba pensar en Jacks con otras chicas. No le gustaba imaginárselo preocupándose por ellas, besándolas o matándolas. Cuando lo conoció, creyó que él tampoco pensaba nunca en ellas. La despreocupada e irrespetuosa versión de Jacks a la que había conocido en su iglesia no parecía capaz de preocuparse por nadie.

Pero ahora, cuando recordaba a Jacks el día que lo conoció, no pensaba en su primera y horrible conversación. Lo veía sentado en el fondo de su iglesia, rasgándose violentamente la ropa y con la cabeza baja, como si estuviera de luto o llevando a cabo alguna penitencia.

Le habían roto el corazón. No en el mismo sentido en el que pensaba la mayoría de la gente, como cuando alguien te decepciona. A Jacks le habían roto el corazón una y otra vez, hasta que ya no fue capaz de albergar esperanza, de preocuparse o de amar.

Las historias siempre hacían que pareciera que las chicas a las que Jacks besaba no lo amaban de verdad. Solo eran chicas a las que él probaba y descartaba como prendas de ropa que no le sentaban bien.

Pero en ese momento Evangeline se preguntó si Jacks podría no haber sido tan desalmado al principio, si algunas de esas chicas no habrían sido importantes para él antes de que las besara. Después se preguntó si alguna de ellas lo habría querido de verdad. Si hubo alguna que creyó, igual que ella, que su amor sería suficiente para salvarlo, para romper la maldición. No fue así.

No era de extrañar que Jacks creyera que los sentimientos de Evangeline no serían suficiente. Y quizá no lo eran, pero eso no significaba que fuera un

caso perdido. Quizá no sería solo su amor lo que lo salvaría. Quizá tenía que ser también el amor de Jacks.

Evangeline miró la recién cambiada hoja dorada y la observó balancearse contra otra hoja verde, como si le rogara que cambiara también. Porque, a menos que el árbol entero fuera de oro, todo ardería. Igual que lo harían ella y Jacks si ella era la única que creía en el poder del amor.

En el aire crepitó algo, como si estuviera cargado de pequeñas chispas. Después sintió un hormigueo en la muñeca, en la silueta de su cicatriz del corazón roto.

Jacks había llegado.

Se giró. Y fue casi como la primera vez que lo vio en aquel claro.

Aquella noche había estado tan mordaz, tan frío, que la niebla seguía aferrándose a sus botas mientras caminaba.

Recordó que se había dicho a sí misma que no debía girarse, que no debía mirarlo. Y cuando lo hizo, intentó observarlo solo un segundo.

Pero le fue imposible. Jacks era la luna y ella la marea, controlada por su imposible fuerza de atracción. Eso no había cambiado.

Con corazón o sin él, todavía quería que Jacks fuera suyo.

Pero aquel Jacks no lo era.

Había algo en sus manos pálidas, un frasco que lanzaba como si fuera una de sus manzanas. Aunque no era una manzana. Era su corazón.

A Evangeline se le rompió el suyo un poquito al verlo lanzando el corazón tan descuidadamente como si fuera una pieza de fruta que podía desechar, en lugar de algo indeciblemente valioso y precioso.

El corazón brillaba como los rayos del sol antes de fundirse con el horizonte. El frasco estaba lleno de colores, sobre todo dorado, pero había chispas de luz iridiscente que estallaban contra el cristal y hacían que el oro pareciera palpitar.

Mientras, Jacks parecía totalmente impasible.

—Tú no deberías estar aquí.

—¡Tampoco deberías estar tú! —le gritó Evangeline.

No había pretendido gritar. Su plan no había sido chillarle, sino confesarle por fin cuánto lo amaba, pero verlo tratando su corazón tan descuidada y negligentemente la hizo gritar.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que tú ya conoces la respuesta, niña. Aunque no te gusta mucho. —Jacks lanzó el frasco más alto.

Evangeline no pensó… Saltó con los brazos extendidos, intentando apresar el corazón. Sus dedos rozaron el frasco, pero Jacks la atrapó a ella primero.

Le puso la mano en la base de la garganta, lo bastante fuerte para mantenerla a raya y evitar que se hiciera con el corazón del frasco. Aun así, no le hacía daño. No le estaba clavando los dedos en la piel.

O intentaba tener cuidado debido al brazalete protector que Evangeline llevaba en la muñeca… o no quería hacerle daño porque la cercanía de su corazón estaba contagiándolo de algunos de sus sentimientos.

La luz del interior del frasco vibró más fuerte, como si luchara por liberarse. Y Jacks ya no parecía totalmente impasible. Sus ojos azules contenían una luminosidad casi feroz, como si intentaran combatir los sentimientos que volvían reptando hacia él.

—Deberías irte —gruñó.

—¿Por qué? ¿Porque vas a quemar tu corazón y, cuando lo hagas, crees que me harás daño? Ya me estás haciendo daño, Jacks.

Evangeline alargó la mano… no hacia el frasco, sino hacia él.

Su mandíbula era como una roca; estaba dura e implacable bajo sus dedos. Él la apretó todavía más, y le apartó la mano.

—Si intento hacerte daño, el brazalete me detendrá —le dijo con brusquedad.

—No hablo de nada físico.

Me duele el corazón.

Y era cierto. Evangeline nunca se había sentido a la vez tan cerca y tan lejos de alguien. La mano fría y dura de Jacks seguía en su garganta, tenía los ojos clavados en los suyos. Pero era una mirada que decía que aquella sería la última vez que la tocaría, el momento final.

Aquello había sido todo entre ellos.

Jacks no se estaba rindiendo. Ya se había rendido.

—¿Cómo puedo hacerte entender que lo nuestro no terminaría bien? Solo *terminaría*.

—¿Cómo puedes saberlo si no lo has intentado?

—¿Que no lo he intentado? —Jacks se rio, y el sonido fue horrible—. Esto no es algo que puedas intentar, Evangeline.

La risa murió en sus labios y el fuego se extinguió en sus ojos. Durante un segundo, Jacks no le pareció ni un Destino ni un humano: le pareció un espectro, una caracola vacía que había sido vapuleada por las olas demasiadas veces. Y una vez más, Evangeline pensó que le habían roto el corazón una y

otra vez, tantas que ya no podía albergar esperanza, que solo podía contener miedo.

—Esto es algo que solo tiene una oportunidad de salir bien o mal, y si te equivocas, no puedes intentarlo de nuevo. No puedes hacer nada.

El silencio llenó el espacio entre ellos. Ni una sola hoja del árbol se atrevió a moverse.

Después, tan bajo que Evangeline casi no lo oyó, Jacks dijo:

—Tú estabas allí, tú viste lo que me hizo el brazalete cuando intenté besarte.

Algo parecido al remordimiento le llenó los ojos. Evangeline no sabía cómo era posible, pero parecía incluso más frágil que antes, como si apenas fuera necesaria una caricia para destrozarlo, como si la palabra equivocada pudiera romperlo en un millar de fragmentos.

—No podemos acercarnos más —le dijo Jacks, acariciándole la garganta. Evangeline supo entonces que, en un instante, la soltaría. La dejaría, arrancaría una hoja y le prendería fuego a su corazón.

Estaba demasiado aterrada para moverse, tenía la lengua petrificada por miedo a decir algo equivocado. Le temblaban las manos y sentía un vacío en el pecho, como si tuviera un agujero y la esperanza estuviera abandonándola a ella también, desapareciendo en el mismo lugar que le había robado a él toda su esperanza.

Pero ella sabía a dónde conducía aquel lugar, y se negaba a ir allí.

—Te quiero, Jacks.

Él cerró los ojos cuando ella dijo las palabras.

Evangeline no había perdido la esperanza. Quería pedirle que la mirara, pero lo único que importaba en realidad era que él no la soltara.

—Antes solía preguntarme si existía el destino —le dijo con ternura—. Me daba miedo que su existencia implicara que mis decisiones no son de verdad mías. Después, en secreto, empecé a albergar la esperanza de que el destino existiera y de que tú y yo estuviéramos predestinados, de que por algún milagro yo fuera tu verdadero amor. Pero ahora ya no me importa el destino, porque ya no necesito que elija por mí. No necesito que él tome esta decisión. La he tomado yo, Jacks. Y eres tú. Siempre serás tú, hasta el final de los días. Y lucharé contra el destino y contra cualquier otro que intente separarnos… Incluido *tú*. Te he elegido a ti. Es a ti a quien quiero. Eres mío. Y no vas a terminar conmigo, Jacks.

—Creo que ya lo he hecho. —Jacks abrió los ojos, llorando lágrimas rojas—. Suéltame, Evangeline.

—Dime que no vas a quemar tu corazón y te soltaré.

—No me pidas eso.

—¡Entonces no me pidas tú que te suelte!

Sus ojos vertieron más lágrimas, pero tenía el frasco agarrado con fuerza.

—Estoy roto. Me gusta romper cosas. A veces quiero romperte a ti.

—Entonces rómpeme, Jacks.

Jacks tensó los dedos en el cuello de Evangeline.

—Por una vez, quiero hacer lo correcto. No quiero hacer esto. No quiero ver cómo te mueres otra vez.

Las palabras *otra vez* se clavaron en Evangeline como una espina.

—¿A qué te refieres? ¿*Otra vez*?

—Falleciste, Evangeline. —Jacks la abrazó hasta que ella pudo sentir los trémulos movimientos de su pecho mientras resollaba—: Te tenía en mis brazos cuando ocurrió.

—Jacks… No sé de qué estás hablando. Yo no me he muerto nunca.

—Sí, lo hiciste, la noche en la que abriste el Valory. La primera vez que lo hiciste, yo no estaba contigo.

Jacks se quedó callado un momento y Evangeline lo oyó pensar: *No podía despedirme de ti*.

—Solo estabais Caos y tú —susurró—. Tan pronto como su yelmo cedió, te mató. Yo intenté detenerlo… Intenté salvarte… pero…

Jacks abrió y cerró la boca, como si ni siquiera consiguiera encontrar las palabras.

—No pude. Cuando llegué allí, ya te había mordido y habías perdido demasiada sangre. Falleciste tan pronto como te tomé en mis brazos. Lo único que pude hacer fue usar las piedras para volver en el tiempo. Me advirtieron que eso me costaría algo, pero pensé que sería algo que me arrebatarían a mí. No imaginaba que podían quitártelo a *ti*.

Lo siento, pensó.

—No lo sientas, Jacks.

—Es culpa mía —gruñó.

—No, no lo es. Yo no perdí la memoria porque tú regresaras al pasado. La perdí porque Apollo me la borró.

Durante un instante, la expresión de Jacks fue letal. Después, con la misma rapidez, descartó sus palabras.

—Eso no importa. Lo que importa es que falleciste. Y, si te mueres de nuevo, no podré traerte de vuelta.

—¿Así que prefieres vivir sin mí?

—Prefiero que tú vivas.

—Estoy viva, Jacks, y no voy a morirme pronto.

Evangeline cerró los ojos y lo besó.

Fue un beso como una plegaria, callado y casi suplicante, hecho de labios trémulos y dedos nerviosos. Fue como buscar en la oscuridad esperando encontrar una luz.

Los labios de Jacks sabían ligeramente dulces y metálicos, como las manzanas y las lágrimas de sangre.

—No deberías haber hecho eso, Pequeño Zorrillo —susurró Jacks contra su boca.

—Ahora es demasiado tarde.

Evangeline le rodeó el cuello con las manos, acercándose a él mientras separaba los labios. Despacio, Jacks deslizó la lengua en su interior.

Fue un beso más tierno de lo que Evangeline habría imaginado, no tanto un sueño febril como un secreto, un susurro peligroso que escaparía si él era demasiado descuidado. Jacks movió las manos con cautela hasta la chaqueta de Evangeline. Uno a uno, con suaves movimientos de sus dedos, le desabrochó los botones.

Las piernas de Evangeline se olvidaron de cómo funcionar y sus pulmones dejaron de respirar. Jacks le quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo.

Se había equivocado. Su vida no había estado llena de momentos que la conducían al arco Valory; cada instante la había llevado a aquel lugar. Había sido necesario todo el desamor, todo el casi amor y todo el amor equivocado para saber que aquello era amor verdadero.

Se oyeron cristales rotos. A Jacks se le había caído el frasco… Y tan pronto como ocurrió, el beso asumió una nueva vida. Fue como si las estrellas colisionaran y los mundos agonizaran. Todo era vertiginoso, todo giraba a su alrededor. Jacks la besó con más fuerza y ella lo abrazó, clavándole los dedos en la parte de atrás del cuello antes de deslizarlos en su suave cabello.

Evangeline no habría querido apartarse nunca, pero empezaba a sentirse mareada. Se le estaban cerrando los ojos, aunque podía ver las estrellas.

—Pequeño Zorrillo… —La voz asustada de Jacks rompió el beso.

Estoy bien, dijo ella, o intentó decirlo. Evangeline no conseguía pronunciar las palabras. La cabeza le daba vueltas, y las estrellas también giraban. Había pequeñas constelaciones tras sus ojos.

Le flaquearon las piernas.

—¡No! —gritó Jacks.

Entonces Evangeline sintió que sus brazos la atrapaban al caer. Intentó levantarse, intentó moverse, pero se sentía demasiado mareada.

—¡No! —gritó Jacks—. ¡Otra vez no!

Cayó al suelo con Evangeline en su regazo. Ella se estremeció mientras la sostenía.

Jacks… Pensó su nombre. Todavía no podía hablar, pero consiguió abrir los ojos de nuevo. Las estrellas se habían marchado y el mundo volvió a enfocarse despacio: primero el cielo, todo índigo y violeta; después el árbol, resplandeciente y dorado.

Y allí estaba Jacks.

Estaba angelical y angustiado. Su precioso rostro había perdido el color. Ríos de sangre caían de sus ojos sobre sus mejillas pálidas.

—No llores, amor mío. —Le secó cuidadosamente las lágrimas con los dedos, mostrándole una sonrisa débil—. Estoy bien.

Jacks tenía los ojos muy abiertos y tan azules como el cielo despejado después de una tormenta.

—¿Cómo es…? —Se detuvo.

Era una visión adorable. Su boca adusta se abrió suavemente, como si se hubiera olvidado de cómo hablar.

—Ya te lo he dicho. Tú eres el amor de mi vida. Eres mío, Jacks de la Madriguera. Y no terminarás conmigo.

—Pero te estabas muriendo…

—No —dijo ella, un poco avergonzada—. Solo me había olvidado de respirar.



Érase una vez un día en el que no hubo nada más que besos, y en el que todo fue perfecto. Y después hubo todavía más besos.



43

Evangeline

Todo el desamor y el dolor y el miedo y el terror casi merecieron la pena, solo para ser testigo de cómo miró Jacks a Evangeline después de su primer beso.

Ella había creído conocer todas sus expresiones. Había visto su travesura, su burla, su enfado, su miedo, pero nunca había visto tanto asombro en sus ojos azules. Destellaron mientras las hojas del árbol fénix se agitaban con un sonido que la hizo pensar en una lenta exhalación.

En algún momento se habían acercado al árbol. Ahora, Jacks tenía la espalda apoyada contra el tronco y ella descansaba contra él. El cielo se había oscurecido, pero las brillantes hojas doradas del árbol los iluminaban. Ella no recordaba que las hojas hubieran brillado antes, pero había suficiente luz para ver una onda de cabello dorado cayendo sobre la frente de Jacks mientras su expresión se oscurecía y la abrazaba un poco más fuerte en su regazo.

—Tienes cara de estar pensando algo que no va a gustarme —le dijo.

Jacks le acarició la mandíbula sin pensar.

—Te quiero —le dijo sin más. Después, su rostro se volvió repentinamente serio—. No pienso perderte de vista nunca más.

—Parece una amenaza.

Él siguió mirándola con solemnidad.

—No será solo ahora, Pequeño Zorrillo. Será siempre.

—Me gusta cómo suena *siempre*. —Sonrió contra los dedos de Jacks y levantó la mano para tocarle la mejilla, porque ahora él también sonreía.

Y la quería.

La quería.

La quería.

La quería.

La amaba tanto que había reescrito su historia. Había renunciado a lo que había creído que era su única oportunidad en el amor y ahora había roto por fin la maldición de la que nunca había esperado escapar.

Evangeline tenía ganas de bailar por el claro y de cantar a todo pulmón, para que el mundo entero la oyera, pero no estaba lista para abandonar sus brazos. Todavía no. Quizá nunca.

Recorrió uno de sus hoyuelos con los dedos.

—¿Sabes? —le confesó—. Siempre me han encantado tus hoyuelos.

—Lo sé. —Jacks sonrió con arrogancia—. Es muy obvio que te enamoraste de mí a primera vista.

—No fue amor a primera vista. —Evangeline resopló—. Solo he dicho que me gustaban tus hoyuelos. —Le apartó la mano de la mejilla—. Pero ni siquiera me caías bien. Me parecías horrible.

—Y aun así no dejabas de mirarme. —Le agarró la mano de nuevo y se la colocó en el cuello.

—Bueno… —Ella le pasó la otra mano alrededor del cuello antes de deslizar los dedos de nuevo en su cabello. Le gustaba mucho su cabello—. Aunque no me cayeras bien, siempre has sido absurdamente atractivo.

Le tiró suavemente del cuello hasta que bajó la cabeza y acercó sus labios a los suyos.

Durante un momento, todo fue de nuevo perfecto.

Jacks tenía su corazón. Ella tenía a Jacks. Estaban enamorados. Aquello era todo lo que quería. Aquel era su final feliz.

Pero el problema de los finales felices es que son más un ideal que una realidad. Son un sueño que perdura después de que el narrador haya terminado su relato. Pero las historias reales nunca terminan. Y parecía que la historia de Evangeline y Jacks todavía no había terminado.

Las hojas verdes y doradas del árbol fénix habían comenzado a agitarse de nuevo. Se movían frenéticamente, más fuerte que cuando Evangeline llegó al claro, como si el árbol entero se estremeciera. Estaba temblando, asustado.

Entonces oyó los aplausos.

Tres sonoras palmadas seguidas por una voz amarga.

—¡Un espectáculo conmovedor!

Evangeline se apartó de los labios de Jacks para ver a Apollo a apenas unos pasos de distancia, con los ojos muy abiertos y la barbilla levantada.

Sonrió de oreja a oreja mientras terminaba de aplaudir.

—Vosotros dos sí que sabéis, menuda actuación. Ha sido romántica y autodestructiva. Lo único que falta es el gran final. —La sonrisa de Apollo se amplió. Era una sonrisa que haría que a partir de entonces Evangeline temiera siempre las sonrisas principescas—. Pero creo que yo puedo ayudaros con eso.

Levantó la mano hacia el árbol fénix y arrancó una hoja dorada.

Se produjo un crujido.

Una chispa.

—¡Evangeline, corre!

Jacks se la quitó del regazo justo cuando el árbol se prendió en llamas. La luz los cegó, blanca y brillante. El fuego devoró al precioso árbol en segundos. El tronco, las ramas, las hojas… Todo estaba ardiendo.

Evangeline corrió tan rápido como pudo.

Se dijo a sí misma que no debía mirar atrás.

Pero ¿dónde estaba Jacks? ¿Por qué no la seguía?

El humo era más denso, las llamas ardían con más fuerza. Se detuvo solo un segundo y se giró para mirar.

—¡Jacks! —Había demasiado humo—. ¡*Jacks*! —Empezó a correr de vuelta.

—¡Oh, no, tú no! —Apollo la agarró desde atrás, rápido y demasiado fuerte.

—¡No! —gritó Evangeline. Intentó zafarse, pero Apollo era mucho más grande que ella—. Jacks…

—Deja de revolverte. —Apollo la levantó bruscamente y se la puso al hombro, inmovilizándole las piernas con un enorme brazo y dejando colgar su cabeza y sus brazos—. ¡Estoy intentando salvarte, Evangeline!

—¡No! ¡Esto lo has hecho *tú*! —Golpeó la espalda de Apollo con los puños, le pateó el pecho con las piernas—. ¡Jacks! —gritó de nuevo.

Dejó de forcejear brevemente para levantar la cabeza, para ver si Jacks había escapado del fuego, si acudía en su ayuda.

Pero lo único que vio fue humo y llamas.



44

Apollo

Evangeline siguió gritando y golpeando a Apollo con los puños, tan fuerte que seguramente le estaba haciendo moretones, pero él apenas sentía los golpes.

Ella había elegido a Jacks, otra vez.

Había elegido mal, otra vez.

Apollo había intentado salvarla. Había intentado protegerla, pero no había sido suficiente. Ahora lo veía. Ningún humano ordinario podía escapar del influjo de Jacks. Era una pena que Apollo no pudiera salvarla y seguir siendo humano.

No tardó mucho en regresar al arco que lo había llevado al claro del árbol fénix. No había visto a Jacks siguiéndolo a través de las llamas, pero no tenía la esperanza de que eso significara que había muerto.

Aunque en realidad no importaba que siguiera vivo. Apollo no creía que Jacks pudiera usar el arco solo. No podría quitarle a Evangeline, no esta vez.

El dolor lo atravesó al pensarlo.

Ojalá pudiera arrancarle el maldito brazalete de protección.

Pero esta vez había esperado el dolor. Y estaba acostumbrado a él; lo había sentido constantemente cuando estuvo sometido a la maldición del Arquero. Sin embargo, aquel dolor era mucho peor.

Se tambaleó y casi tiró a Evangeline al atravesar el arco.

—¡Suéltame! —gritó ella—. ¡Por favor! Por favor, tengo que volver… —La chica empezó a llorar—. Si te importo algo, ¡suéltame!

Apollo la dejó por fin en el suelo. Ella intentó alejarse reptando, pero él era más grande y más fuerte. Le agarró el tobillo y tiró de ella con tanta fuerza que aterrizó sobre su estómago. El dolor que lo azotó esta vez fue casi cegador, pero solo necesitó un tirón para hacerla caer. Después usó su cuerpo para mantenerla inmóvil mientras buscaba las esposas que se había colgado del cinturón.

—¡No!

—Tranquilízate, cariño —le dijo mientras le esposaba las manos a la espalda.

—¡No me hagas esto! —gritó Evangeline, sacudiéndose y pataleando frenéticamente.

Consiguió golpearle el hombro, pero él la agarró y le ató las piernas por los tobillos.

En cuanto terminó, se apartó de ella, tambaleándose. El dolor era casi insoportable. Se encorvó y vomitó en un lado del túnel al que la había llevado.

Pensó en dejarla allí. No estaba seguro de cuánto dolor más podría aguantar. Y ni siquiera estaba seguro de necesitar que ella estuviera presente en lo que iba a hacer.

Pero todavía la quería. La miró, atada en el suelo, con el cabello rosa pegado a las mejillas mientras lloraba. Lo había traicionado y le había roto el corazón, pero si a ella solo le quedaban algunos minutos en aquella tierra, quería que los pasaran juntos.

—No te preocupes, cielo, todo esto habrá acabado pronto —susurró. Entonces la levantó de nuevo en sus brazos.



45

Jacks

Lo único que Jacks podía ver era humo. Espeso y gris, ardía en sus ojos y en su garganta. Pero tenía que encontrarla.

—¡Jacks! ¡Ayúdame! ¡Jacks! —Podía oír su voz. Sonaba diminuta y aterrada. Nunca la había oído sonar tan pequeña antes.

Después de los primeros gritos, ni siquiera parecía ella.

Al principio, su voz había sido como el fuego: la oía en todas partes, gritando su nombre, llamándolo. Pero después, sin importar a dónde fuera, Evangeline sonaba muy lejos.

—¡Jacks!

—¡Ya voy, Pequeño Zorrillo!

El sudor bajaba por su cuello mientras corría a través del humo.

—Jacks… Aquí… —Ella se detuvo, tosiendo.

Pero sonaba más cerca.

Jacks buscó el sonido de su tos, alejándose del árbol en llamas, alejándose del humo.

El aire seguía cargado de hollín, pero podía ver de nuevo a través de la oscuridad, a través de la ceniza. Vio un árbol en el claro que no se había incendiado, un roble ordinario contra cuya corteza estaba apoyada una chica de cabello violeta. Tenía una mano en la cadera de su vestido irisado y la otra ante sus labios, fingiendo toser.

Aurora.

No era Evangeline.

—Supongo que no soy quien esperabas —le dijo Aurora con dulzura.

Jacks odiaba el sonido de su voz. Nunca antes le había gustado, pero en ese momento deseó apresar la voz y lanzarla a las llamas del árbol fénix que ardía a su espalda.

—¿Dónde está? —gruñó.

Aurora hizo un mohín.

—¿Qué te hace pensar que yo podría saberlo?

Despacio, Jacks abrió y cerró los puños. Estaba intentando ser amable porque era la hermana gemela de Castor, pero ¿cuántas veces había hecho aquello? ¿Cuántas veces había excusado a Aurora por ser quien era? ¿Cuántas veces se había dicho a sí mismo que no era peligrosa, que solo tenía algo que él quería? Sabía que no había sido ella quien había incendiado el árbol fénix, pero lo había alejado de Evangeline. Y supiera o no dónde estaba, quería hacerle daño… Mucho.

—Voy a darte una oportunidad más. —Jacks la agarró por la garganta—. ¿Dónde está Evangeline?

Aurora hizo un mohín.

—¿Quieres morir? —Jacks apretó ligeramente—. ¿Eso es lo que quieres, Aurora? Porque estoy muy harto.

—Tú no me matarías —replicó ella—. Por lo que he oído, estrangular no es tu estilo. Tendrías que besarme, y no creo que eso le gustara demasiado a tu querida Evangeline.

—Siempre podría hacer una excepción. —Jacks le apretó un poco más la garganta—. Dime dónde está.

Aurora se sorbió la nariz. Había lágrimas en sus ojos, aunque Jacks suponía que eran tan reales como la tos.

—Dime por qué la has elegido a ella —le pidió—. He estado intentando descubrirlo, pero ni aunque me mataran comprendería tanta fascinación. ¿Es más guapa que yo? ¿Es eso?

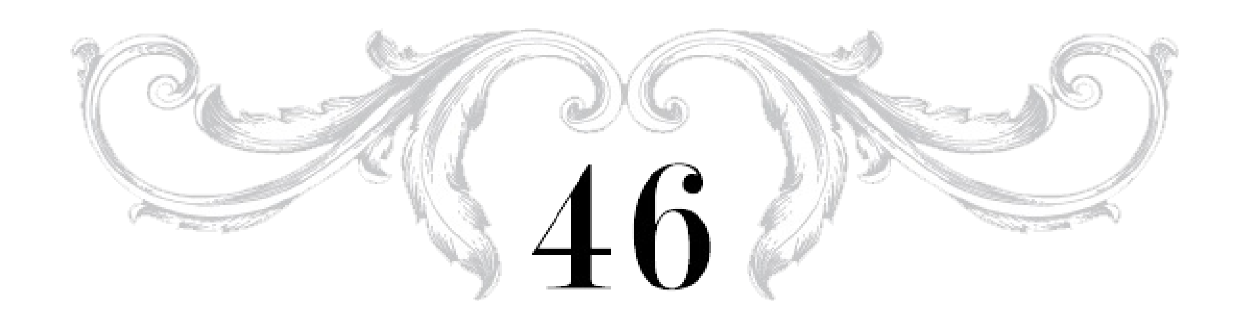
—¿De verdad eres tan mezquina?

—Sí.

—Y te preguntas por qué no te quiero.

Aurora hizo una mueca y derramó una lágrima, que esta vez parecía real.

—No puedes salvarla, Jacks de la Madriguera. Apollo la ha llevado al Árbol de las Ánimas.



46

Evangeline

Evangeline intentó escapar con todas sus fuerzas del metal con el que Apollo la había apresado. Intentó arañarse la piel para hacerse sangre. Si conseguía derramar aunque solo fuera una gota, podría abrir las esposas. Podría regresar con Jacks.

Aunque se temía que Jacks no era el único por el que tenía que preocuparse.

Apollo había usado un arco para transportarla a un lugar en el que nunca había estado. Estaban en una cueva gigantesca con el suelo iluminado por ríos de un fuego anaranjado que la hizo pensar en la guarida de un vampiro, llena de sangre y de una magia cruel y castigadora.

Apollo la había llevado en brazos unos minutos, pero como no dejaba de forcejear, se la lanzó de nuevo sobre el hombro y la llevó como un saco de patatas, impidiéndole ver.

Sabía que había algún tipo de árbol. Era el árbol más grande que había visto nunca, una cosa enorme y horrible con feroces ramas y rostros distorsionados tallados en el tronco. ¿Y lo que sentía no era un latido?

Bum. Bum. Bum.

Era el latido del corazón, sin duda. Evangeline lo había notado vibrando a través del suelo cuando Apollo la dejó como el cordero de un sacrificio delante del temible árbol.

—¡Apollo, por favor, no lo hagas! —Luchó frenéticamente con las esposas que le ataban las muñecas—. ¡Por favor, suéltame! —le suplicó—. Lo…

Intentó decirle que lo sentía. Sabía que eso habría sido lo más inteligente en ese momento, pero no podía disculparse por besar a Jacks.

En lugar de eso, apretó los dientes y miró a Apollo.

—¿Tan herido está tu orgullo que vas a matarme por un beso?

—No es eso lo que estoy haciendo. —Apollo apretó la mandíbula mientras el sudor bajaba por su frente—. Quería que estuviéramos juntos para siempre, quería que mi legado fuera también el tuyo. Iba a convertirte en reina.

—Y como no va a ser así, ¿vas a matarme?

—No es eso… No quiero matarte. Si hubiera otro modo, no haría esto, pero no lo hay. No puedo mantenerte a salvo siendo humano, pero tampoco puedo tenerte y ser más que eso. —Se puso de rodillas y le acarició la mejilla con los dedos—. Esta es la decisión más difícil que he tomado nunca. Eres el amor de mi vida, Evangeline, y te echaré de menos desesperadamente.

Se acercó y le dio un beso en los labios.



47

Jacks

Jacks no creía que pudiera ser testigo de algo peor que de la muerte de Evangeline en sus brazos, pero aquello se acercaba bastante. Evangeline estaba en el suelo, atada delante de un árbol, y el canalla que le había robado la memoria se había inclinado para besarla.

—¡Quítale las manos de encima, hijo de puta!

Jacks atravesó la caverna y le dio a Apollo un puñetazo en la cara. Después lo golpeó una y otra vez. Lo golpeó hasta que dejó de sentir el puño rompiéndole los huesos. Cuando la sangre manó de la nariz del príncipe, Jacks sintió que le salpicaba la mejilla.

Habría sido más fácil cortarle el cuello, pero primero quería hacerle daño.

—¡Voy a matarte por esto! —Sobre el rostro de Apollo llovieron más puñetazos.

—¡Detenedlo! —gritó alguien. Se oyeron pasos apresurados por la cueva.

Entonces agarraron a Jacks. Notó unas grandes manos con guantes en sus brazos. Intentó zafarse, intentó usar sus poderes para detenerlos, pero estaba agotado o aquellos guardias eran de algún modo más que humanos.

—¡Soltadme!

Jacks luchó mientras los guardias le sujetaban los brazos con firmeza y empezaban a arrastrarlo lejos de allí.

Pero no eran guardias. Él conocía a aquellos hombres. Parecían Dane y Lysander Valor, los hermanos mayores de Castor.

—¡Soltadme! Esto no es asunto vuestro.

Puede que Dane, el más testarudo de los hermanos de Castor, murmurara algo, pero Jacks no lo oyó sobre el estruendo de la sangre en sus oídos y los gritos de Evangeline, que seguía atada en el suelo.

—¿Por qué no la ayudáis a ella en lugar de detenerme a mí? —gritó Jacks.

Y entonces vio a Wolfric.

Era la primera vez que lo veía desde aquella noche en el Valory. Esta vez parecía vestido para la batalla, con cuchillos sujetos a sus brazos por correas, espadas en sus costados y otra arma a la espalda.

Estaba hablando con Apollo. Jacks esperaba que Wolfric le presentara a aquel canalla a alguno de sus cuchillos y que después ayudara a Evangeline, pero todos en aquella cueva parecían haber perdido la cabeza. En lugar de apuñalarlo, Wolfric le dio una palmada en el hombro y le entregó su pañuelo. Después se dirigió a Jacks y a sus hijos sin echarle siquiera una mirada a Evangeline.

—¿Qué estás haciendo? —bramó Jacks.

Wolfric lo miró con seriedad y se pasó una mano por la barba.

—Lo siento, hijo, pero no puedo dejar que te acerques a ella.

—No podrás evitarlo —rugió Jacks. Intentó liberarse de Dane y Lysander, pero todos los Valor eran mucho más fuertes de lo normal.

—Es su esposa —dijo Wolfric, como si eso lo justificara de algún modo.

—¡Va a entregársela al árbol como sacrificio! —gritó Jacks.

Apollo parecía medio muerto. Tenía la cara ensangrentada y casi irreconocible después de la paliza que Jacks le había dado. Pero seguía en pie, y ahora blandía su espada.

Y Wolfric no estaba haciendo nada. A Jacks no siempre le había caído bien, pero lo respetaba. Sabía que Wolfric creía en el honor y en la justicia y en todas las cosas sobre las que parloteaba durante los brindis.

—¿Es porque soy un fugitivo? —le gritó Jacks a Wolfric—. Esas historias sobre mí no son ciertas. Yo no le quité los recuerdos… ¡Lo hizo Apollo!

—No me importa nada de eso —gruñó Wolfric—. Estoy haciendo esto porque es lo correcto.

—¡No lo es y lo sabes! —gritó Jacks.

En el suelo, Evangeline seguía forcejeando y llorando. Tenía las mejillas manchadas por las lágrimas, y levantó la cabeza del suelo para mirar a Jacks. Le brillaban los ojos. Incluso en ese momento, parecía muy dulce. No habló, pero la oyó pensar: *Todo va a salir bien*.

Pero nada iba bien.

Nada volvería a estar bien nunca si Jacks la perdía ahora.



48

Evangeline

Evangeline seguía forcejeando contra las esposas que le sujetaban las muñecas. Lo único que necesitaba era una gota de sangre. Tenía que salvarse y salvar a Jacks… Si ella no conseguía salir de aquella, no quería pensar en lo que iba a pasarle a él.

Su historia no podía terminar así.

Evangeline sabía que Jacks le había dicho que los héroes no tenían un buen final, pero eso no significaba que fuera a cedérselo a los villanos.

Parecía que Apollo apenas podía mantenerse en pie después de la paliza de Jacks. El príncipe tenía la nariz rota y ensangrentada, y un ojo hinchado, pero aun así consiguió levantar su espada sobre su cabeza.

La hoja destelló bajo la luz de la luna.

La tierra palpitó más rápido. Diminutos guijarros saltaron del suelo y golpearon las mejillas de Evangeline cuando el perturbador latido del árbol empezó a vibrar más fuerte que antes. *Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum*.

Contuvo el aliento. Si Apollo le clavaba la espada y no la mataba, podría usar la sangre para quitarse por fin las esposas.

—¡Pequeño Zorrillo! —Jacks se sacudió contra sus captores mientras gritaba y maldecía a todos en la cueva—. Pequeño Zorrillo, lo siento. —Su voz torturada se elevó hacia el cielo.

Su sonido roto habría hecho llorar a Evangeline si no lo estuviera haciendo ya. Quería decirle que no lo sintiera, quería repetirle que todo

saldría bien… Pero, por si no era el caso, gritó:

—¡Te quiero!

—Cállate —le espetó Apollo, y después bajó la espada. La hoja silbó a través del aire.

Pero no la golpeó a ella. Apollo cortó una de las ramas escarlatas del árbol. La sangre manó de la madera.

Evangeline nunca había visto nada tan horrible. Casi esperaba que el árbol gritara, pero si acaso, parecía más vivo que antes. La sangre manó y su tronco se volvió más rojo, como si su piel se ruborizara, y más ancho, como si se preparara para algo.

—Adiós, amor mío —dijo Apollo. Y entonces acercó la boca a la rama sangrante.

Fue horrible verlo. La sangre manchó los labios y la barbilla de Apollo mientras bebía y bebía. Se atragantó un poco y escupió, pero terminó con una sonrisa escarlata hecha de dientes rojos y labios sanguinolentos.

Aparte de eso, estaba perfecto.

Debería haber tenido un aspecto horrible, pero había cambiado: Apollo resplandecía como Jacks lo hacía a veces. Ya no tenía la nariz rota, sus ojos ya no estaban hinchados. Su mirada era dorada, tan brillante como las estrellas del cielo.

—Me siento como un dios —dijo con una carcajada.

El terreno latió más rápido y fuerte. Su potencia sacudió a Evangeline. La tierra se le pegó a las mejillas mientras rodaba para alejarse del árbol.

Cuando volvió a levantar la mirada, Apollo se tambaleó. Recuperó el equilibrio rápidamente, pero después trastabilló de nuevo mientras intentaba alejarse del árbol. Evangeline vio que su piel resplandeciente se volvía gris y que su rostro atractivo se deformaba al intentar dar otro paso.

—¿Qué está pasando? —Apollo hizo una mueca de dolor y miró a Wolfric con expresión acusadora.

—Te lo advertí —le dijo Wolfric—. Te dije que, si apreciabas tu vida, te olvidarás de este árbol.

Apollo cayó de rodillas y se aferró al suelo con una mano, como si intentara sujetarse.

—Me dijiste que se llevaría la vida de la persona a la que más quisiera.

—Así es —replicó Wolfric—. Se está llevando la tuya.

El terreno tembló más fuerte. Rocas y tierra saltaron en el aire mientras unas raíces que eran como largos dedos brotaban del suelo y buscaban al príncipe.

—¡Parad! —gritó Apollo. Las ramas del árbol bajaron sobre él como los barrotes de una jaula—. ¡No! Esto es un error… Se suponía que no me llevaría a mí.

Evangeline lo vio defenderse frenéticamente con su espada. Las lágrimas bajaban por las mejillas de Apollo mientras golpeaba, pero una rama atrapó su arma en su corteza. De inmediato, el árbol lanzó la espada lejos. Aterrizó con un repiqueteo junto a Evangeline.

Los rostros atrapados en el tronco del árbol se retorcieron en una mueca. Abrieron los ojos mientras las ramas del árbol se cerraban alrededor de Apollo y empezaban a arrastrarlo hacia el tronco.

El príncipe arañó la corteza mientras gritaba:

—¡Se supone que debes llevártela a ella, no a mí!

Evangeline nunca había sido testigo de nada tan horrible. Observó cómo se abría el tronco, como una boca, lista para consumir al príncipe.

Apollo emitió un sonido aterrado en algún punto entre el llanto de un niño y un aullido animal.

La chica cerró los ojos, pero siguió oyendo los gritos.

—¡No! —chilló Apollo—. Por favor, no…

Aquellas palabras fueron las últimas.

Después, silencio.

En todas partes.

Una quietud perfecta llenó la cueva del mismo modo en el que antes lo habían hecho los gritos de Apollo.

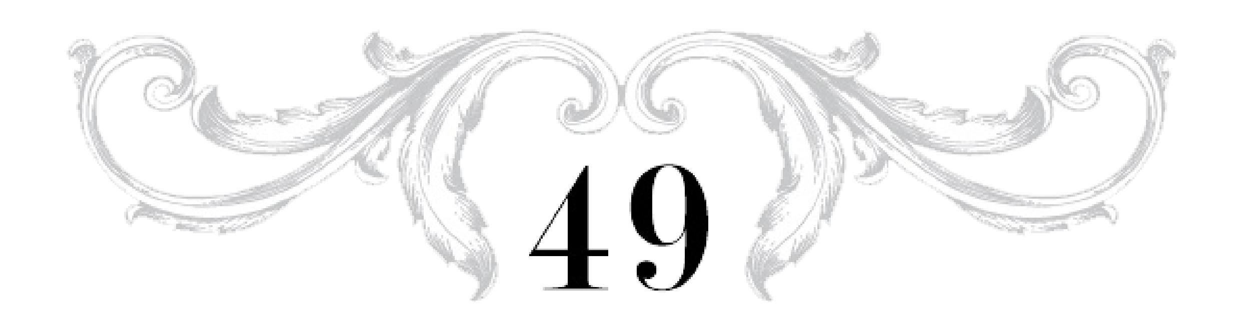
No había chillidos.

Ni gritos.

Ni ramas alongándose.

No se oían latidos.

Con cautela, Evangeline abrió los ojos. El Árbol de las Ánimas estaba exactamente igual que antes, aunque ahora había un nuevo rostro horrorizado atrapado en su tronco.



49

Evangeline

La historia habría terminado allí, tras la derrota del villano y con la feliz pareja a punto de comer unas ambiguas perdices.

Por desgracia, la pelea no cesó solo porque Apollo se hubiera quedado atrapado en el interior de un árbol para toda la eternidad. Jacks seguía furioso. Y por eso, cuando los hijos de Wolfric Valor lo soltaron por fin, hubo más puñetazos y maldiciones violentas. Palabrotas resonaron en la caverna iluminada por la luz de la luna mientras los puños golpeaban caras y rompían ropa.

Evangeline gritó: ¡*Parad*!, después del primer puñetazo. Pero rápidamente quedó claro que nadie la escuchaba y que la pelea se les iría pronto de las manos si no conseguía encontrar un modo de detenerla.

La espada abandonada de Apollo no estaba muy lejos. Después de correr por el suelo rocoso hasta ella, consiguió cortarse el dedo con la hoja y usó la sangre para librarse de las esposas.

—¡Basta! —gritó mientras corría hacia la pelea.

Los dos hijos de Wolfric Valor estaban enfrentándose a Jacks; ambos tenían la nariz ensangrentada y estaban formando un lío tremendo. Wolfric era el único que se había mantenido al margen de la refriega. Parecía estar inspeccionando el árbol… o quizá hablando con él. Evangeline solo le echó un vistazo antes de saltar entre los tres jóvenes y gritar:

—¡Parad ya con este sinsentido!

Jacks fue el primero en detenerse, seguido por uno de los hermanos Valor. El otro, el más ancho de los dos, le dio un último puñetazo a Jacks en el estómago, como si no pudiera contenerse. Pero Evangeline tenía la sensación de que era el tipo de hombre que necesitaba decir la última palabra.

Jacks se encorvó con un gruñido y Evangeline corrió a su lado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Le rodeó los hombros con un brazo protector mientras se erguía de nuevo—. Los mataré más tarde.

—Suerte con eso —dijo el más ancho de los Valor, el que le había dado el último puñetazo. Se quitó su camisa gris oscuro para limpiarse la nariz.

—Ese es Dane —gruñó Jacks.

Evangeline tardó un segundo en ubicarse. *Dane*. LaLa lo había dicho un par de veces; Dane era su dragón. Aunque Evangeline nunca había intentado ponerle cara, no creía que se hubiera imaginado al bruto que acababa de propinar el último puñetazo.

Su hermano, que tenía un tono de piel bronceado y dorado y que incluso brillaba un poco, parecía un poco más agradable.

—No es nada personal, Jacks. Solo estábamos haciendo lo que nos pidió nuestro padre.

Jacks tensó el brazo alrededor de Evangeline mientras le echaba una mirada a Wolfric, que acababa de volver con el grupo.

—¿No podrías haber encontrado un modo más fácil de librarte del príncipe? —le preguntó Jacks—. No sé, ¿quizá atravesarle el estómago con una espada o cortarle la cabeza?

Los tres Valor hicieron una mueca ante la mención de la decapitación.

Jacks sonrió.

A los Valor no les habían cortado la cabeza de verdad, por supuesto, pero debían estar ya familiarizados con la historia. Posiblemente habían visto incluso sus estatuas decapitadas en el puerto de Valorfell.

—Siento haberte puesto en esta situación —le dijo Wolfric a Evangeline. Parecía apesadumbrado, pero había algo en sus palabras, en el modo en el que dijo *esta situación*, que la hizo pensar que no lo sentía de verdad.

Tenía la impresión de que Wolfric creía que había hecho lo correcto y que esto era más importante que el dolor o terror que le hubiera causado. A continuación, les explicó la historia del horrible árbol, que lo había plantado sin saber lo que era y que Apollo lo descubrió y le preguntó cómo usarlo. Wolfric les dijo que había advertido al príncipe dos veces al respecto.

Evangeline se lo creía, pero no creía que a Wolfric Valor lo apesadumbrara lo más mínimo que el príncipe no hubiera escuchado sus advertencias.

—¿Planeas recuperar el reino? —le preguntó Jacks.

Wolfric se rio.

—No tengo que recuperar nada. El Norte siempre ha sido mío. —Comenzó a silbar mientras caminaba hacia la entrada de la caverna—. Vamos, hijos —llamó sobre su hombro—. Tenemos que encontrar a vuestra hermana.

Los hermanos se miraron con una expresión que hizo pensar a Evangeline que se sentían reacios a seguir a su padre en otra aventura. No podía culparlos, ya que ella tampoco habría estado ansiosa por encontrar a Aurora.

—¿Qué crees que le harán? —preguntó Evangeline cuando se hubieron marchado.

—No creo que la encuentren nunca —dijo Jacks—. Esos chicos no quieren buscar a su hermana; se rendirán después de dos días. Y Wolfric es demasiado orgulloso para permitir que nadie que no sea de la familia sepa que su hija es un monstruo.

Como Castor, pensó Evangeline. Pero no quería decirlo en voz alta; la verdad era que Castor le caía un poquito bien. Y no quería seguir hablando de los Valor, aunque estaba segura de que aquello no sería lo último que sabría de ellos. Ahora que Apollo no estaba, suponía que su título de princesa ya no valdría de mucho. Pero, si Wolfric Valor quería el reino, podía quedárselo, siempre que ella pudiera quedarse a Jacks.

Jacks se rio suavemente a su lado y Evangeline tuvo la impresión de que había oído lo que había pensado.

Se giró hacia él. Un moretón púrpura y azulado estaba creciendo debajo de su ojo izquierdo, y tenía un corte en el labio. Tenía la ropa rota. Los botones de su camisa habían desaparecido; tenía la manga izquierda rasgada por el hombro y colgando en ángulo.

Y aun así estaba tan guapo como siempre.

En realidad, le recordó a su primer encuentro en la iglesia, cuando él estaba sentado al fondo, rasgándose la ropa. Pero ahora sonreía. Observó cómo se curvaban sus labios en una sonrisa arrogante mientras empezaban a caminar para salir de la caverna.

—¿A dónde vamos? —le preguntó.

Un hoyuelo apareció justo debajo del corte que Jacks tenía en la mejilla.

—A donde tú quieras, Pequeño Zorrillo.

Epílogo

La infame maldición de las historias del Glorioso Norte observó a los desafortunados enamorados, que ya no eran tan desafortunados, saliendo de la antigua cueva.

A la maldición la aliviaba que se marcharan por fin. Nunca le había gustado aquella cueva, que era un sitio deprimente, y aborrecía al miserable árbol que vivía allí. La maldición le prendía fuego a todas las historias que mencionaban al árbol encantado en un intento de advertir a los mortales, pero los humanos podían ser criaturas muy tontas.

Le alegró descubrir que aquella chica humana y su no del todo humano enamorado eran lo bastante listos para alejarse del árbol.

Suponía que la pareja estaría ahora de camino a algún tipo de final feliz. Normalmente, ella habría dejado de mirar en ese momento.

Los finales en los que todos eran felices para siempre le parecían tremendamente aburridos. No se conseguían buenas historias con ellos, porque no le permitían modificar demasiado a menos que quisiera cambiar drásticamente su rumbo. Ahora no quería hacer eso, pero quería descubrir la respuesta a una pregunta concreta que aún no se había contestado.

Y por eso la maldición de las historias observó mientras el chico no del todo humano y un poco herido rodeaba con el brazo los hombros de la chica a la que una vez consiguió hacer regresar de la muerte.

La maldición esperaba que los dos encontraran su final feliz. No estaba totalmente segura de que el chico no del todo humano se lo mereciera, pero la chica del cabello de oro rosa se lo merecía sin duda.

Miraba a su chico no del todo humano con adoración, a pesar de las magulladuras, de los cortes y de las salpicaduras de sangre que llevaba encima.

—Todavía tengo una pregunta —le dijo ella.

Si la maldición de las historias hubiera sido capaz de respirar, habría contenido el aliento justo entonces.

Observó mientras el chico no del todo humano levantaba una ceja ofendida.

—¿Solo una?

—No… En realidad, tengo muchas más. —La chica se mordió el labio con sus dientes blancos.

Algo cambió en los ojos no del todo humanos del joven; parecía que él también quería atraparle el labio entre los dientes.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Pequeño Zorrillo.

—¡Estupendo! —Ella curvó la boca en una dulce sonrisa—. Cuéntame lo de las manzanas.

—Siguiente pregunta.

—Me has dicho que podía preguntarte lo que quisiera.

La mirada del chico no del todo humano se volvió burlona, destellando con pequeñas motas plateadas.

—Pero no he dicho que fuera a responder.

La chica hizo un mohín.

El chico no del todo humano le recorrió el labio inferior con el dedo.

—Eso no importa —le dijo en voz baja—. Ya no las necesito.

La chica pestañeó, sorprendida.

El chico no del todo humano se acercó a ella…

Y la maldición de las historias decidió dejar de mirar. Había llegado el momento de dejar solos a aquellos dos para que fueran felices y comieran perdices.

Otras historias estaban fraguándose en el Glorioso Norte.

Agradecimientos

Siempre me pone nerviosa escribir los agradecimientos. Me da miedo no ser capaz de expresar lo agradecida que le estoy a toda la gente increíble de mi vida. Este libro ha sido especialmente difícil de escribir, y lo cierto es que no habría podido hacerlo sola.

Primero, quiero darle las gracias a Dios porque, sinceramente, me parece un milagro haber terminado de escribir este libro.

Sarah Barley, tú formas parte del milagro que me ayudó a terminar este libro… y eres maravillosa. Muchas gracias por tus llamadas telefónicas, por tus correcciones y por los ánimos que tanto he necesitado. No habría sobrevivido a esta novela sin ti.

Mis libros tienen un hogar increíble en Macmillan USA y le estaré eternamente agradecida a la gente que trabaja allí y al increíble equipo de Flatiron Books. Gracias a Bob Miller, Megan Lynch, Malati Chavali, Nancy Trypuc, Maris Tasaka, Cat Kenney, Marlena Bitter, Sydney Jeon, Donna Noetzel, Frances Sayers, Emily Walters, Keith Hayes, Kelly Gatesman, Louis Grilli, Erin Gordon y a todos los de Macmillan Audio, Macmillan Library y Macmillan Sales. Es una bendición contar también con un hogar maravilloso en Reino Unido con Hodder & Stoughton. Kimberley Atkins, es un sueño trabajar contigo: gracias por venir a leer cuando tanto lo necesitaba, y por todas tus brillantes sugerencias.

Estos libros no serían lo mismo sin algunos de los artistas increíbles que han trabajado en sus cubiertas y mapas y cubiertas alternativas, no solo de esta novela sino de toda la saga. Muchas gracias a Lydia Blagden, Erin Fitzsimmons, Virginia Allyn y Sally Pham. Gracias a Rebecca Solar por darle

vida a estos personajes de un modo tan extraordinario con su espectacular narración para el audiolibro. Este libro habría descarrilado sin mis amigos: os agradezco vuestros ánimos, vuestro amor, vuestras preguntas y que me hayáis avisado cada vez que tomaba una mala decisión con la historia. Gracias a Stacey Lee, Kristin Dwyer, Isabel Ibañez, Anissa de Gomery, Jenny Lundquist, Kristen Williams, Brandy Ruscica, J. Elle y Kerri Maniscalco. Y una enorme y especial mención a Mary E. Pearson por ser la primera lectora de esta novela: te estoy especialmente agradecida por los consejos que me diste.

Muchísimas gracias a mi maravillosa agente, Jenny Bent, y a todos en la Bent Agency. Os estoy muy agradecida por vuestro incansable trabajo.

Se me escapan las lágrimas al pensar en cómo podría darle las gracias a mi familia. Este último año ha sido increíblemente duro y no podría agradecerles lo suficiente su amor y su ayuda y el hecho de ser tan maravillosos. Gracias, mamá y papá y Allison y Matt: os quiero a todos más de lo que las palabras pueden expresar.

Por último, gracias a los lectores. Este último año me he sentido abrumada por el amor que ha recibido esta saga. Os estoy muy agradecida por vuestras ilustraciones y vuestros vídeos y por todos los mensajes bonitos. Recibo mensajes muy a menudo que empiezan con un «Dudo que llegues a leer esto…». ¡Pero lo leo! No puedo responder a todo el mundo, pero quiero que sepáis que os leo a todos y que os estoy tremendamente agradecida.



STEPHANIE GARBER es una autora estadounidense de ficción para adultos jóvenes conocida por la serie *Caraval*.

Imparte clases de Escritura Creativa en el Norte de California y gestiona un blog, además de colaborar con otras plataformas para hablar sobre escritura y libros.

Fue durante sus años como estudiante universitaria cuando empezó a escribir. Terminó varias novelas pero todas fueron rechazadas hasta que su cuarto libro, una space opera, llamó la atención de un agente literario. Sin embargo, fue la publicación de otro título, *Caraval*, lo que la lanzó al estrellato.

Aunque Garber no pretendía convertir la novela en una serie cuando la escribió, pronto surgieron dos secuelas, *Legendary* y *Finale*, que completarían una trilogía.